Fr. LUIS DE ALARCÓN, O. S. A.

CAMINO DEL CIELO. Y DE LA MALDAD Y CEGUEDAD DEL MUNDO

BX2349
.A32

JUAN FLORS, Editor

LIBRARY OF PRINCETON
JUN 11 1980
THEOLOGICAL SEMINARY

BX2349
.A32

CAMINO DEL CIELO. Y DE LA MALDAD Y CEGUEDAD DEL MUNDO

ESPIRITUALES ESPAÑOLES

Biblioteca patrocinada por el «Centro de Estudios de Espiritualidad» de la Universidad Pontificia de Salamanca

Directores:

PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ
De las RR. Academias Española y de la Historia

LUIS SALA BALUST
Catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca

Serie A

TEXTOS

Tomo I

Fr. LUIS DE ALARCÓN, O.S.A.

CAMINO DEL CIELO

Fr. LUIS DE ALARCÓN, O. S. A.

LIBRARY OF PRINCETON
JUN 1 1 1980
THEOLOGICAL SEMINARY

CAMINO DEL CIELO. Y DE LA MALDAD Y CEGUEDAD DEL MUNDO

EDICIÓN Y PRÓLOGO

de

ANGEL CUSTODIO VEGA, O. S. A.
De la Real Academia de la Historia

JUAN FLORS, Editor
BARCELONA
1959

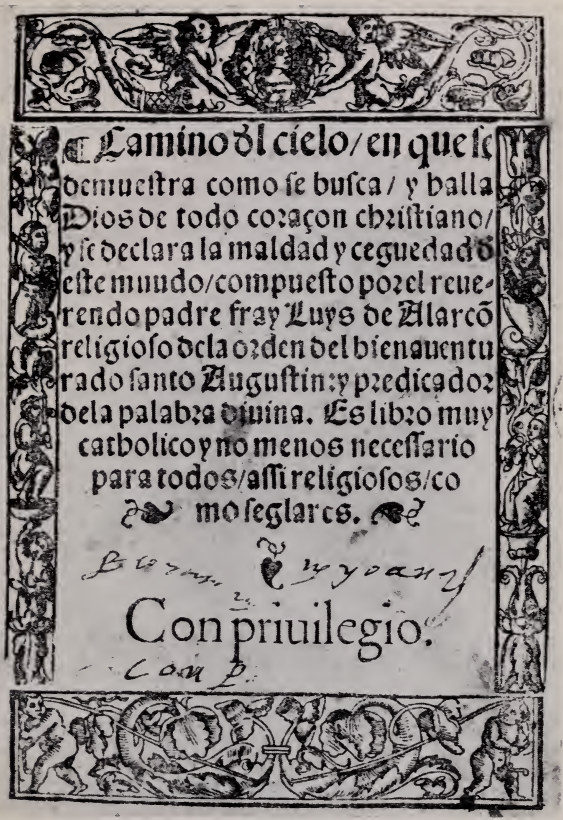
Texto de la edición de Alcalá, 1547, cotejado
y corregido por el de la de Granada, 1550

© JUAN FLORS, Editor - Barcelona, 1959

DEPÓSITO LEGAL, B. 9.560 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

Imprenta Clarasó; Villarroel, 17. — Barcelona


Camino del cielo/ en que se
demuestra como se busca/ y halla
Dios de todo coraçon christiano/
y se declara la maldad y ceguedad de
este mundo/ compuesto por el reue-
rendo padre fray Luys de Alarcõ
religioso de la orden del bienauentu
rado sancto Augustin: y predicador
de la palabra diuina. Es libro muy
catholico y no menos necessario
para todos/ assi religiosos/ co
mo seglares.
Con priuilegio.

EDICIÓN DE GRANADA, 1550

(Madrid, Bibl. Nac., R. 4.563)

ÍNDICE GENERAL

Caps.		Págs.
	Breve introducción, por el P. Ángel Custodio Vega, O. S. A.	1
	Camino del Cielo	39
	Privilegio	41
	Comienza el prólogo del libro que trata del *Camino del Cielo* y de la maldad y ceguedad de este mundo, entitulado a los muy poderosos señores don Felipe, Príncipe de Castilla, etc., y la Serenísima señora Infanta doña María su hermana	43
	Prólogo al católico y devoto lector sobre el libro llamado *Camino del Cielo*	53
	Primera Parte: Comienza el libro que trata del *Camino del Cielo* y de la maldad y ceguedad del mundo.	
I.	En que se declara la intención y necesidad de este libro y por qué se llama *Camino del Cielo* . .	65
II.	Del primer ejercicio del *Camino del Cielo,* que es la lección devota y frecuentada, y de los grandes daños que se siguen de leer libros mundanos.	75
III.	De cuatro maneras de libros de los demonios, y primeramente de los objetos mundanos . . .	78
IV.	De la segunda manera de libros de los demonios, que son los juegos	81
V.	De la tercera manera de libros de los demonios, que son los hombres malos	84
VI.	De la cuarta manera de los libros de los demonios, que son los malos libros escritos . . .	87
VII.	Cuán grandes males se siguen de los libros de los demonios.	91
VIII.	De los libros de Dios y primeramente de la utilidad que se sigue de leer en ellos	94
IX.	Cuáles libros deben ser elegidos para leer . .	96
X.	Que a todos y especialmente a los príncipes es muy necesaria la frecuentación de la santa lección, y	

Caps. Págs.

de un gran libro por la mano de Dios en que todos pueden y deben leer cada día y en cada hora. 98
XI. De otra lección de grande utilidad que nos ofrece este gran libro por la mano de Dios escrito . . 105

SEGUNDA PARTE: Comienza el segundo ejercicio del *Camino del Cielo,* que es la sagrada meditación.

I. De cuán necesaria sea la meditación para alcanzar la salvación 109
II. En que se prosigue y declara cuán saludable sea la meditación y cuán dañoso la falta de ella . 115
III. De lo que se ha de meditar a la hora de la mañana, y primeramente de los dones naturales . . 127
IV. De la meditación de los bienes temporales . . 130
V. De la conservación de todas las cosas . . . 131
VI. En que se prosigue la meditación de los bienes naturales y temporales 133
VII. De la meditación de los dones gratuitos . . 140
VIII. De la segunda manera de los dones gratuitos, que es la justificación de las ánimas 147
IX. De la misericordia del ánima que está en pecado y de la vileza de todo lo de este mundo . . . 158
X. Cómo por la meditación de estos dones gratuitos se sube mayormente al conocimiento de Dios . 161
XI. En que se resume todo lo dicho de lo que se ha de meditar a la hora de la mañana, y cómo la majestad y humildad de Dios se deben considerar juntamente 168
XII. De lo que se debe meditar a mediodía, que son los males de que somos librados 172
XIII. En que se continúa la materia del infierno y se declaran las penas de sentido 177
XIV. De lo que se ha de meditar a la tarde y en la noche, que son los bienes celestiales que Dios nos tiene prometidos 184
XV. En que se continúa la materia de los bienes del cielo y se declara cómo los deleites principales se gozan en Dios 194
XVI. En que se resume la meditación de la noche y se declara el orden que se debe tener en las sobredichas meditaciones, y la necesidad de ellas . . 199
XVII. De la consideración de los beneficios particulares y de lo que han de pensar los príncipes y caballeros y mercaderes y oficiales y labradores, cuando se ocupan de sus oficios 202

Caps. Págs.

XVIII. De otra vía por la cual podemos subir a Dios con la meditación de los movimientos y ser de todas las cosas 209
XIX. De otra vía más alta para subir y aprovechar en el conocimiento y amor de Dios 214

TERCERA PARTE: Comienza el tercero y último ejercicio del *Camino del Cielo*, que es la oración.

I. De la cualidad de la oración y de cuatro condiciones de que ha de ser acompañada, con las cuales siempre es oída 223
II. De la necesidad de la oración 230
III. De la nobleza y excelencia de la oración . . 233
IV. De la utilidad y poderío de la oración . . . 237
V. Que prosigue la utilidad de la oración y la eficacia y excelencia de ella 241
VI. De los impedimentos de la oración y divina conversación 249
VII. De los remedios para amar la oración y gozar de la divina conversación 260
VIII. Del segundo remedio para gozar de Dios con la oración, que es el recogimiento de los sentidos . 264
IX. Del tercer remedio para conversar con Dios por la oración, que es el motivo del amor de Cristo y cómo por aplicación de las cinco letras vocales a sus cinco llagas se podrá adquirir atención en el Oficio divino 266
X. Del cuarto remedio para amar la oración y gozar de la conversación de Dios, que es la frecuentación de los sobredichos ejercicios. 271
XI. Del quinto y último remedio para la oración y conversación de Dios, que es frecuentar los santos sacramentos de la confesión y comunión . . 275
XII. De cómo la santa comunión ayuda mucho para conservarse el hombre en gracia y gozar de la conversación de Dios 280

BREVE INTRODUCCIÓN

I

El *nombre y la obra de este ilustre religioso fué ignorado de nuestros historiadores Herrera y Vidal, y sólo en el siglo XVIII figura en la* Bibliotheca Augustiniana *del célebre P. Ossinger, religioso y escritor alemán, que dice:* De Alarcón, Ludovicus, natione Hispanus, alumnus provinciae Castellae, filius Coenobii Complutensis, vixit saeculo XVI. Vir qui vitae probitati bonarum artium studium coniunxit. Ex ingenii sui monumentis videtur liber lingua hispanica scriptus, cui titulus: CAMINO DEL CIELO, CÓMO SE BUSCA Y SE HALLA, Alcalae seu Compluti 1547 apud Joannem Brocar. *El citado historiador agustiniano toma la noticia de Nicolás Antonio,* Bibliotheca Hispana Nova, *II, pág. 18. Nicolás Antonio se limita a consignar el nombre y el título del libro, de donde dedujo, no muy exactamente, las demás noticias el P. Ossinger. Nada se sabe del lugar de su nacimiento, ni del convento en que hizo su ingreso en la Orden, ni dónde hizo sus estudios eclesiásticos.*[1] *Dado el lugar de la publicación primera de su Obra, Alcalá, Ossinger y otros le han querido hacer hijo del Convento de Alcalá. Pero esto no es posible, dado que Alarcón debió de ingresar en la Orden muy joven, y ciertamente antes de que se fundase el Colegio de Alcalá, no ante-*

1 *Dado el ascendiente que Alarcón parece tener en la Corte de España, así con el emperador Carlos V, como con Felipe II, no sería aventurado suponer a Alarcón hijo de los señores de Alarcón y sobrino del famoso Padre Juan Alarcón, el introductor en España de la llamada Observancia. Como éste, nuestro Alarcón hace sus estudios en Italia y vive allí muchos años* — diutissime, *dice Seripando* — *siendo afiliado a la provincia de la Apulia por éste donde fué prior del convento de Luceria, con gran prestigio y méritos. Allí vivió hasta el 1540 en que, con permiso del general, se vino a España para entenderse con los reformadores de la Orden y gestionar con el General por medio del Emperador la solicitada reforma.*

rior a 1527, según el P. Herrera; y de principios del siglo XVII, según opinión razonada del P. David Gutiérrez.[2] *Quizás las dos fechas sean demasiado extremas. Pero de todos modos no hay que pensar que en él ingresase y viviese el P. Alarcón. Cabe, sin embargo, que viviese y estudiase algún tiempo en dicha Universidad y morase en el Colegio llamado de San Ildefonso; pero todo es moverse entre conjeturas y suposiciones, sin el menor fundamento sólido. Por lo que hace a la Provincia a que perteneció, tampoco es cierto que perteneciese a la propiamente llamada de Castilla, sino a la de España, la cual se dividió en dos, Provincia de Andalucía y Provincia de Castilla, en 1527, fecha para la cual ya era religioso nuestro biografiado.*[3]

El P. David Gutiérrez, en su citado estudio, escribe en nota, página 243: "Dada la identidad del nombre y de la Patria y sus tendencias andariegas es muy probable que se refiera a fray Luis de Alarcón la siguiente nota del primer Registro de Seripando:

> Die 16 nov 1539: fratrem Ludovicum hispanum, qui in provincia Apuliae *diutissime degere ac conventui Lucerino fuerat praefectus,* de illo *optime meritus,* receptus praeterea ac *cooptatus a patribus in eius filium,* manere iussimus, quoad sibi placeret, in ea provincia, *tamquam eius filium:* mandantes ne quispiam nostrorum inferiorum, ob eam causam quod esset hispanus infestare aut oppugnare illum auderet, sed nostra auctoritate locatum ibidem, quiete acturum sinerent. (Roma, Archivo de la Orden, reg. Dd 18, fol. 92v.)

2 *Sobre el P. Luis de Alarcón no sabíamos más que la Nota de Ossinger, hasta que el P. David Gutiérrez publicó en la revista Agustiniana* La Ciudad de Dios, *vol. CLXX, págs. 242-257, 1957, el artículo titulado* FRAY LUIS DE ALARCÓN, O. S. A. Documentos y notas en torno a su vida y actividades. *En él exhuma del* Registro Generalicio *de la Orden de los Padres Jerónimo Seripando y Cristóbal de Padua, unos cuantos documentos de gran interés y hasta ahora desconocidos, que ponen en claro parte de su vida y su actividad. Aceptamos plenamente no sólo los documentos alegados clara y ciertamente, sino también los dos que da él por* muy probables. *Véase págs. 243, nota 3; y 253. Disentimos, sin embargo, de las glosas y deducciones personales que hace frecuentemente de ellas. Con todo, agradecemos su importante trabajo, que nos ha permitido trazar la semblanza y biografía, aunque a salto de mata, del ilustre escritor agustiniano. No pretendemos imponer tampoco nuestro criterio e interpretación de los citados documentos. Cada cual elija lo que mejor le parezca. Nosotros hemos intentado tan sólo salvar nuestra conciencia y nuestro proceder histórico noble y lealmente.*

3 *Todo esto hay que coordinarlo con los datos que a continuación y más adelante señalamos.*

Esta nota, tomada en absoluto y sin antecedentes ni consiguientes, pudiera engendrar alguna duda de que se refiera a nuestro insigne religioso fray Luis de Alarcón. En primer lugar, el nombre de Luis es comunísimo en España, y nada se puede establecer a base de dato tan endeble. En segundo, los datos que se consignan de él parecen no convenir a nuestro Alarcón. Dice que el citado Ludovicus hispanus *había vivido en la Provincia de la Apulia* diutissime, *que había sido rector del colegio o convento Lucerino o de Luceria con aplauso común, siendo recibido y adscrito por los padres de allí entre sus hijos, razón por la cual le autoriza vivir donde él quiera y elegir casa dentro de dicha Provincia, como un hijo de la misma, ordenando (el Superior General) que nadie le moleste por el hecho de ser español. Todo esto pasa en 1539, fecha muy digna de tenerse en cuenta por lo que ahora diremos. En efecto, con fecha 8 de agosto del año siguiente, se le autoriza a Fray Luis hacer el viaje a Bruselas o Corte del Emperador Carlos V, y el 25 de octubre escribe el Emperador ya al General de la Orden, Seripando, recomendándole el asunto de la Reforma de la Orden en España. El viaje lo tuvo que hacer Alarcón desde España, donde debió morar algún tiempo, y no breve, para enterarse del estado de observancia de esta Provincia; a no ser que se hiciese tan sólo eco y fuese simplemente el portavoz de un grupo de reformistas de España, lo cual pudiera ser o no ser. Estas fechas tan próximas crean grave dificultad para identificar a los dos personajes.*

Cabría, sin embargo, una conciliación a base del supuesto antes enunciado: de que Alarcón, residente en Italia y en la Provincia de la Apulia, se hiciese eco y portador de la petición de algunos religiosos de España, anhelosos de mayor observancia religiosa. En este caso la autorización de Seripando para que Alarcón se presente a la Corte del Emperador fué hecha en firme y sin señalarle itinerario. En cambio la concesión del día siguiente, de regresar a España, parece dar la clave o solución de este enigma. En ella pídele Seripando que antes de venir se entreviste con él, ya en algún convento de la Orden, ya en un lugar fuera de ella, donde buenamente puedan verse. "Entre tanto, añade,

nadie inferior a nosotros se entrometa con su persona ni le cause ninguna molestia, antes todos le atiendan con la mayor caridad y solicitud. Y si necesitase permanecer dos o tres días en algún convento para reparar las fuerzas o descansar, que los priores conventuales le atiendan y den cuanto necesite, dentro de sus posibilidades, pudiendo para ello presentar estas nuestras Letras o las anteriores."

Dice así el registro generalicio de Seripando:

> Mediolani, die 8 augusti 1540. Fratri Ludovico Alarchon, hispano, petenti a nobis facultatem conferendi se ad curiam C[aesariae] M[aiestatis] eam concessimus: omnibus ad quos pervenerit plurimum ipsum commendantes.
>
> Mediolani, eadem die. Fratri Ludovico Alarchon aliis litteris fecimus facultatem redeundi in Hispaniam expectandique nos in loco aliquo, sive intra sive extra Religionem, ubi melius potuerit accipi. Interimque nemo nobis inferior de persona sua intromittere se praesumat vel molestiam ei aliquam inferat. Quin potius, quibuscumque licuerit officiis ac beneficiis eum prosequantur. Et cum necesse illi fuerit duobus aut tribus diebus in aliquo monasterio restaurandi vires gratia moram facere, hortati sumus priores locorum ut bene de illo mereantur et iuxta facultates ipsorum in nullo desint. Facta illi facultate seu his litteris seu prioribus utendi.

Este documento, sumamente interesante, merece algunas notas y glosas aclaratorias, porque puede ser la clave de muchos misterios de este asunto.

En primer lugar, no sabemos nada de la carta o petición de Alarcón, y todo lo que se añada es suposición gratuita, que si no es favorable es odiosa. En este documento Seripando se muestra atentísimo y benévolo con Alarcón y manda que nadie se entrometa con él ni le cause la menor molestia. Podría decirse o suponerse que Seripando se quiere congraciar con Alarcón para sacarle el secreto de su misión a la Corte del Emperador y a España. Pero todo esto no lo dice ni indica el insigne General agustiniano. Lo que aparece es lo otro, y a ello hay que atenerse, mientras no tengamos pruebas para lo contrario. Tal tono de deferencia y respeto singular guarda Seripando en todos sus documentos con nuestro Alarcón, que ¡ojalá! nosotros supiéramos imitar siempre.

Era muy natural, si no se lo había dicho antes Alarcón, que Seripando tratase de averiguar qué misión le llevaba a la corte del Emperador, y quiénes eran los promotores de la reforma, y cuáles sus intenciones.[4] *Por su parte, es de suponer que el viaje de Alarcón a España sería para ponerse en contacto con los solicitantes y redactar el* Memorial *oportuno. En este punto, el pensamiento del P. Gutiérrez no aparece claro. Lo que no se puede explicar bien, al menos con la insuficiencia de documentos que tenemos, es la parte que cabe a Alarcón en este asunto, y siempre será un misterio si el asunto de la reforma fué cosa personal suya o fué simplemente el portavoz y agente de los religiosos de España. Si se admite la segunda susodicha hipótesis, es indiscutible esto último, y puede referirse a él el documento primeramente transcrito. Si la primera, hay que negar la identificación, y admitir que Alarcón vivió en España bastante tiempo antes de esta fecha. Pero ordenadas las autorizaciones de Seripando y su entrevista con el Emperador, nosotros, personalmente, nos inclinamos a lo segundo, lo cual hace disminuir mucho el papel personal de reformista de Alarcón y explicaría el documento, que al fin de su artículo alega el P. Gutiérrez, sobre acusaciones lanzadas contra Alarcón y algunos otros religiosos, cosa entonces bastante común. Es interesante la carta de Carlos V al General de la Orden Seripando, recomendando la petición de Alarcón. Aunque puede verse en el artículo citado del P. Gutiérrez, vamos a transcribirla aquí, por su importancia y porque su texto puntualiza algunas cosas interesantes. Dice así:*

Carolus diuina fauente clementia R. Imperator, Hispaniarum rex.

4 *¿Descubrióse en esta entrevista la misión de Alarcón? No sabemos nada. La conducta deferente de Seripando con Alarcón parece sugerirlo. También Alarcón parece estar en óptimas relaciones con Seripando, de quien debió hacer un gran elogio como superior y amigo de la observancia ante el Emperador, según se desprende de la carta segunda. Más nos inclinamos a esto último, pues es cosa extraña que en la Visita a la casa de Medina del Campo, donde moraba y esperaba Alarcón a Seripando y Seripando a Alarcón, nada se dice de lo que hablaron. Como patrocinado suyo y como morador de Italia muchos años, Alarcón tenía que ser sospechoso de fidelidad a los frailes de Castilla y en cambio mirar a Seripando con gran confianza.*

Reuerendo y deuoto padre general de la orden de Sant Agustín:

El padre fray Luis de Alarcón vino aquí y me informó de algunas cosas que dize que conuernía que se remediasen y proueyesen en la dicha orden en España por la mucha necesidad que ay dello; y me dió el Memorial, que va juntamente con ésta, por donde lo entenderéis más particularmente. El qual me ha parescido remitiros y rogaros y encargaros lo veáis y proueays, cerca de los puntos en él contenidos, lo que os parecerá que más conuernná a seruicio de Dios nuestro Señor, y bien, reformación y reposo de la dicha orden. Que si para este efeto fuere necesario que yo mande dar algún fauor y ayuda, escriuéndonos vos sobre ello, se proueerá lo que conuenga.

Y porque el dicho fray Luis de Alarcón se recela que algunos perlados de su orden se an indinado contra él por aver venido a informar y entender en este negocio, avré mucho plazer que le tengáis por muy encomendado y no primitáis que se le haga mal tratamiento.

De Bruxellas, a xxv días de octubre de MDXL años.

Este documento necesita alguna aclaración exegética. Ciertamente se trata de un texto auténtico, pues se conserva su original en el Archivo General de la Orden de Roma, Santa Mónica, Via del Santo Uffizio, 25.

Lo segundo que deja entrever es que Alarcón es un informante de palabra y por escrito, "de algunas cosas que conuernía que se remediasen y proueyesen en la dicha orden en España por la mucha necesidad que ay dello". El P. Gutiérrez trata de desvirtuar la fuerza de estas palabras, atribuyendo a Alarcón un papel de reformista iluso o mal intencionado, alegando las palabras de Santo Tomás de Villanueva a Seripando con fecha 22 de mayo de 1542: "De acá, Vuestra Paternidad Reverendisima sepa que la Provincia está muy quieta y pacifica... El R. Padre Provincial hace muy bien su oficio y con mucha diligencia y cuidado[5] (SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, Obras, *edición BAC, Madrid, 1952, pág. 576 y sigs. Y* Opera Omnia, *t. VI, página 518*). *El P. Gutiérrez dice en nota, que no ha po-*

5 *Este elogio del P. Nieva, aunque merecido, pues era un santo varón, tiene su explicación personal en Santo Tomás de Villanueva, precisamente dirigiéndose a Seripando. Con todo, nada se deduce de ello; y debió estar conforme con la actuación del P. Nieva nuestro Alarcón, que durante este tiempo nada dice ni obra.*

dido dar con este Memorial *en el Archivo de la Orden, "que de haber seguido su camino recto, debió ir directamente de España a Roma sin pasar por Bélgica ni por manos extrañas a la Orden". La Carta del Emperador nos dice claramente "que el* Memorial *va juntamente con ésta". Ahora bien, ni el correo del Emperador era fácil se perdiese, ni el* Memorial *dejó de llegar a su destino. Cierto que cuando llegó a Roma, ya Seripando se hallaba en viaje y que tardó en recibir dichas cartas; pero indudablemente las recibió juntamente con el* Memorial. *Más tarde, como veremos un poco más adelante, volvió a enviar el* Memorial *por medio del cardenal Cervini, Protector de la Orden. ¿Qué fué de este* Memorial, *que ahora no aparece en el Archivo de la Orden? ¿Qué contenía dicho* Memorial? *Todo es un misterio; y por muchas conjeturas y suposiciones que hagamos, siempre nos quedaremos a oscuras. En la Carta del Emperador se dice lacónicamente: "y proueays cerca de los puntos en él contenidos, lo que... más conuerná a seruicio de Dios, bien y reformación y reposo de dicha orden". Ya veremos que el reposo de algunos conventos hubo que restablecerlo por medio de dos Vicarios Generalicios nombrados en 1554 por el General Cristóbal Patavino, que fueron los padres fray Luis de la Barrera y fray Francisco de Riaño. Es cosa algo extraña que también otro famoso* Memorial, *enviado algunos años más tarde por el célebre cronista de la Orden P. Jerónimo Román, donde hablaba al General del estado de la Provincia de Castilla, se perdiese también, o al menos no acusase recibo de él el General, razón por la cual se vió precisado a hacer al año siguiente un resumen de él en Carta, de la que dejó copia, que se ha conservado y modernamente ha sido publicada por Adolfo Coster para probar la autenticidad de la catilinaria de fray Luis de León en el Capítulo famoso de Dueñas. Pero no queremos insistir en este punto, extraño a nuestro intento. Sólo, sí, hemos de repetir que mientras el* Memorial *de Alarcón no aparezca, ni podemos darle ni quitarle la razón, ni saber hasta qué punto estaba justificada su intervención en este asunto.*[6]

6 *Es de lamentar la desaparición, o no inclusión de esta clase de* documentos *en el Archivo Generalicio de Roma, por destem-*

Dice además Carlos V "que algunos perlados de su orden se an indinado contra él (Alarcón) por aver venido a informar y entender *en este negocio, y que avrá mucho placer le tengais por muy encomendado y no primitais que se le haga mal tratamiento". Esto nos parece muy lógico y natural, aunque no muy edificante y, menos, laudable. Alarcón se había venido de Italia a España para ponerse al frente de los reformistas y gestionar la reforma por todos los medios, partiendo de aquí para Bruselas con el célebre* Memorial. *De esto tuvieron noticia clara los "perlados de la orden", y era de presumir que pusiesen el grito en el cielo y "se indinasen contra él", como ha sucedido siempre y sucederá.*[7] *¿Por qué se metió Alarcón en este negocio tan delicado, y quiénes le impulsaron a ello?*

Hay que partir del supuesto que Alarcón afiliado o cuasi afiliado a la Provincia de Apulia, donde había vivido tal vez desde su juventud de estudiante, como su tío el P. Juan de Alarcón, debía, como éste, llevar en sus venas sangre de reformador y rigorista. Sus buenas relaciones con Seripando — que dicho sea entre paréntesis, le trata siempre con grandísima deferencia e interés, como veremos luego, así estando en Italia como en España —; su amistad y ascendiente con el Emperador, primero, y luego con Felipe II; su conocimiento del italiano y de muchos personajes de Roma; incluso su buena amistad con Seripando, al que los españoles no conocían más que de oídas: todo, en una palabra, le hacía muy apto para este papel de intermediario y negociador del asunto. Mas prosigamos el hilo de la historia de nuestro biografiado.

plados y desfavorables que fueran; pues tratándose de Archivos secretos, no consultables a cualquier religioso, aun hoy día, sino a quienes pueden medir su alcance y hacer el uso debido de ellos, no se ve grave inconveniente en conservarlos; antes, como en el caso presente, nos podrían aclarar muchas cosas.

7 El papel de los reformistas ha sido siempre odioso, y casi aún más el de los amparadores y negociadores de tales reformas con Roma. En el caso de Alarcón la cosa es más chocante aún, por estar alejado de España y no estar consiguientemente del todo enterado de los asuntos y estado de la Provincia. Pero sea cual fuere nuestra reacción moderna y temperamental ante un caso como éste, el verdadero historiador debe prescindir de toda tendencia y criterio personal y atenerse a los datos, y a la rectitud o no rectitud de intención. Alarcón tiene muchas razones en su favor y sería injusticia no reconocerlas.

Con fecha 11 de mayo de 1541 vuelve a escribir el Emperador a Seripando desde Madrid, sin duda a instigación de Alarcón, quien enterado de su venida a España en plan de Visitador, se lo debió comunicar al Emperador, quien, alegrándose de la noticia, se apresuró a escribirle la siguiente carta por medio de su gobernador Pedro de los Covos.[8] *Dice así:*

El Rey.

Reverendo padre general de la orden del señor Sant Agustín:

Del padre fray Luis de Alarcón, que, como sabéys, movido de buen celo, fué a negociar algunas cosas tocantes al bien desa orden, he sabido vuestra llegada en estas partes, de que he avido mucho plazer por la buena relación que de vuestra persona tenemos, y porque conuiene mucho al servicio de Dios nuestro Señor que vos vengáys a visitar los monasterios y casas que en estos reynos ay de vuestra orden, por el fruto que dello se siguirá, según el buen zelo que tenéys. Mucho vos ruego y encargo que vuestra venida sea por esta nuestra corte lo más breve que ser pueda; porque, demás del contentamiento que recebiremos de conocer y comunicar vuestra persona, se os dirán algunas cosas particulares que conuienen proueerse para el bien de la orden y conseruación de la reformación della.

De Madrid, a XI días del mes de mayo de mill y quinientos y quarenta y un años.

Por mand. de su Mtad. el gobernador en su nombre,

PEDRO DE LOS COUOS.

Esta carta del Emperador no llegó a manos de Seripando debidamente, pues no sabemos a dónde la dirigió, si a Roma o a Gerona, donde comenzó la Visita canónica en 16 de febrero de 1541. En cambio, recibió la de Alarcón por duplicado (se ve que quiso asegurar la comunicación de la noticia, enviándole por doble conducto la misma carta), según consta por el atestado siguiente del Diario de Seripando:

8 *A través de esta carta se ve la satisfacción de Alarcón por la venida de Seripando a España en plan de Visitador. El texto de la carta está respirando inteligencia y comprensión mutuas. Las cartas que le escribe a Toledo y las peticiones que le hace acusan esto mismo.*

Hispali, die 25 iunii 1541. Respondentes litteris fratris Allovisii Alarcón, diximus: binas sed eoden exemplo accepisse litteras. illas uero quibus annexas aiebat alias quasdam, nomine Regis nostri et inuictissimi Imperatoris scriptas, minime accepisse; sed neque de illis quidquam auditum a nobis fuisse, praeter id quod ipse ad nos scripserat.

De la carta del Emperador y de la respuesta dada a Alarcón por Seripando, se deducen dos cosas, al menos, inequívocas. La una, que Alarcón hizo de Seripando una buena relación de su celo y observancia. Sin duda que esta "buena relación que de vuestra persona tenemos" era de Alarcón, porque si bien es cierto que a su regreso de Túnez en las fiestas de Acción de gracias que se celebraron en Nápoles, fué Seripando el encargado de los sermones y dejó muy buena impresión en el ánimo del Emperador, allí presente, impresión que recuerda once años después el Cardenal Granvella en carta al mismo Seripando; pero realmente una cosa es el buen concepto que sacó entonces de él como predicador y hombre de ciencia, y otra la que se le hizo en este caso como Superior celoso y amante de la observancia.

Segunda, que la palabra que emplea el Emperador para significar la gestión de Alarcón en este asunto, de negociar, *demuestra bien a las claras, que éste era no el promotor de la reforma, sino el negociador de la misma, a través de Carlos V y el General de la Orden Seripando. Es también significativo, que el Emperador diga a Seripando, de Alarcón, que estaba "mouido con buen zelo, como sabeys". Cabe, es cierto, algún engaño por parte de Carlos V. Pero si las cosas no hubiesen sido verdaderas y de algún bulto, jamás el Emperador, que tenía medios sobrados de enterarse, se hubiese propasado a dar un paso en falso. Carlos V muestra gran deseo de conocerle y saludarle y hablarle en su corte de Madrid; pero no olvida (y así se lo hace constar claramente), que es la observancia y reforma de la orden lo que le preocupa.*

El día 10 de octubre Seripando se halla en Toledo, y en esta misma ciudad expide una carta-oficio destinando a Alarcón al convento de Medina del Campo

hasta el próximo capítulo que iba a celebrar la provincia de Castilla.[9]

> Toleti, die 10 octubris 1541: Misimus ad venerabilem priorem conuentus nostri Metinensis fratrem Ludouicum Alarcon, ut eo loco moram trahere ipsum sineret usque ad provinciale capitulum proxime in ea prouincia Castellae celebrandum.

El mismo día envía al prior de Valladolid una nota ordenándole que le remita a Medina los libros que había dejado allí el P. Alarcón, según éste le ha contado, y si es como él se lo ha contado. Es muy probable que ya por esta fecha anduviese con la composición de su libro, Camino del cielo, *y los necesitase para continuar la obra. Llama la atención que intervenga en asunto tan baladí el General de la orden y tenga que enviar un aviso de este género. El P. Gutiérrez añade en nota que este prior era a la sazón fray Diego López, uno de los religiosos más venerados por sus virtudes en la Provincia, según el P. Herrera. Claro que lo uno no quita lo otro, y que ambas cosas caben perfectamente en un sujeto. Es de suponer que Alarcón indicase al P. Seripando el convento de Medina, como más propicio para su estancia, del cual era prior entonces el beato Alonso de Orozco, cosa que dice bien en favor de Alarcón, que de ser un inobservante hubiera escogido otro cualquiera.*[10]

9 *Es muy de notarse que Alarcón escoja la casa de Medina del Campo donde era prior el Beato Alonso de Orozco, que, como es de suponer, mantendría la observancia y rigor religioso en todo su vigor. Orozco va a ser en el próximo capítulo uno de los definidores y colaboradores de Seripando en las normas que dará, a fin de cortar los abusos y remediar los males denunciados por el* Memorial *de Alarcón.*

10 *El acudir al General Alarcón con este detalle arguye o un exceso de confianza y patrocinio en Seripando; o que el citado prior o no se cuidaba lo más mínimo o tomaba pretexto de ello para mortificarle. O tal vez lo uno y lo otro. El Prior de esta casa era fray Diego López. Herrera, Tomás de, hace de él un cumplido elogio* (Herrera, T., Historia, etc., *págs. 283-285*). *Sin embargo, en una carta del P. Villavicencio que se conserva autógrafa en Simancas se dice de él y otros:* "Y para que sea libertada la Provincia... v. m. advierta al provisor que los de la monarquía de treinta años son, el Provincial fr. Francisco Serrano, fr. Diego López y fr. Gabriel de Montoya" *(Carta 1.ª a Gabriel Zayas, Secretario de Felipe II). La compañía en que va embarcado este Padre Diego López, y lo de* la Monarquía de treinta años, *dice*

En 12 de octubre hizo Seripando su entrada en Madrid, no hallando al Emperador, sino a su hijo el Príncipe Don Felipe II, el cual estaba sin duda enterado del asunto de Alarcón, ya que la reforma de las órdenes religiosas le preocupaba tanto o más que a su padre. Sin embargo, hubiera sido muy beneficiosa para Seripando, para la Orden y para nuestro biografiado que se hubiese realizado dicha entrevista con el Emperador. El General de la Orden relata así su audiencia con el Príncipe:

> Die 12, venimus ad oppidum Madriti, quo loco tunc erat illustrissimus Hispaniae princeps, don Philippus de Austria, cum consilio suae Maiestatis. Die 13 salutavimus illustrissimum principem supradictum, una cum reverendissimo cardinali Toletano, Hispaniae gubernatore, qui mira humanitate nos receperunt.

Extraña algo esta relación lacónica, limpia de todo dato y referencia y como si se hubiese tratado de una visita puramente de protocolo. Y más aún interviniendo en ella el arzobispo de Toledo, que tanto se interesaba y preocupaba por la reforma de la Iglesia y de las órdenes religiosas. Es indiscutible que aquí le manifestaron los deseos del Emperador y todo el asunto de los reformistas de la Orden, cuyo portavoz era Alarcón.[11]

Seripando terminó la visita canónica de la Orden en España, y en la primera quincena de noviembre, días 11 al 15, se celebró el anunciado capítulo en Dueñas, en el que fué nombrado Provincial el P. Francisco de Nieva y definidores los padres Antonio de Villasandino, Andrés de Ávila, Diego López y Alonso de Orozco. El P. Gutiérrez ante la lista de superiores y cargos dados en este capítulo, apunta con cierta reticencia, que

más de este Reverendo Padre que cuantos elogios y panegíricos le hayan tejido nuestros cronistas, aunque entre ellos se encuentre el célebre P. Tomás Herrera.

11 *Era a la sazón arzobispo de Toledo D. Juan Tavera, varón insigne por su virtud y sus letras. Trabajó incansablemente por la reforma del clero secular y regular, y vivió una vida de austeridad y retraimiento ejemplares. Este insigne cardenal y arzobispo de Toledo tuvo muy buenas relaciones con los Agustinos. Concretamente era admirador y amigo del P. Nieva de quien dijo en cierta ocasión: "Que si las Religiones perecieran, fray Francisco las volvería a resucitar."*

no figura el nombre de nuestro Alarcón para nada. Ni tenía por qué figurar, dado que, estando afiliado a la Provincia de la Apulia, y no constando que lo fuera posteriormente a la de Castilla o España, no tenían por qué nombrarle nada, ya que su estancia era de puro huésped o residencial, no muy fijo, como más adelante veremos. No cabe duda que en su visita a dicho convento de Medina, Seripando debió hablar largo y tendido con Alarcón. Pero nada nos dice en su Diario aquél, ni de la solución que dió a su petición. Tal vez la plana mayor elegida daba garantías de observancia y religiosidad para lo futuro. El hecho de que guardara silencio durante diez años es la mejor prueba de ello. Ya veremos y hablaremos de las normas que dió y sus efectos saludables.

Durante este tiempo Alarcón dió cima a su libro, Camino del cielo, *que publicó en Alcalá en 1547 y reimprimió con ligeros retoques en 1550 en Granada. No sabemos cuándo, pero tal vez en la primavera o estío de 1551 regresó a Italia, quizás a su convento de Luceria. El hecho es que en octubre del 1551 el nuevo General de la Orden, Cristóbal Patavino, le concede autorización para volver a España, su patria* — Provinciam suam, *que este significado me parece tiene aquí esta palabra, de no haberse incardinado en la de Castilla durante los diez años anteriores citados, lo que no es fácil; o tal vez, quiera decir su provincia de origen* — *con facultad de elegir el convento que le sea más cómodo y gustoso. Y también de edificar uno nuevo, si tiene medios para ello, construído el cual, nadie inferior a nosotros se atreva a removerle de allí, salvo la suprema autoridad de la Orden y salvos también el título y autoridad del Provincial durante el tiempo de su Visita; y que no impida la colecta debida. Se le concede la facultad de predicar y, por lo avanzado de su edad, que pueda llevar consigo un compañero de nuestros religiosos, el cual pueda permanecer con él, y si éste se cansare, que tome otro, y otros, si fuere menester, sin que se lo impida nadie. Quien estudie y conozca la fundación del convento de la Nubla y otros de los llamados de la Observancia en España, verá que éste, que autoriza aquí el General Patavino, es un calco. El documento es interesante, y aunque puede verse*

en el citado artículo del P. Gutiérrez, queremos traerle aquí para comodidad de nuestros lectores. Dice así:

> Tridenti, die 25 octobris 1551. Facultatem fecimus fratri Aloisio de Alarcón revertendi in Hispaniam, provinciam suam, et quemlibet conventum sibi commodiorem, cuius tamen prior eius opera egeret, adeaundi et in co permanendi. Insuper et fabricandi monasterium, si sibi facultas occurreret; quo fabrefacto, nullus nobis inferior eum removere posset, servata tamen Religionis auctoritate, titulo et dignitate provincialisque pro tempore existentis visitatione et collecta non impedita. Illique praedicandi facultatem fecimus et pro gravescente aetate socium ex fratribus nostris apud se tenendi, unoque discedente alterum et plures recipiendi, sine alicuius impedimento.

Tal vez relacionada con este permiso de regreso a España otorgado por el General Cristóbal de Padua a fray Luis de Alarcón esté una carta de Carlos V a su hijo Don Felipe sobre el asunto de la reforma y corrección de algunos abusos e inobservancias de la Orden. Dice así la carta:

> Serenísimo Príncipe, Nro. muy charo y amado hijo. Vn religioso de la orden de S. Agustin ha venido Aquí y nos ha informado que aunque los monasterios de la dicha orden que Ay en esos Reynos An sido visitados Algunas Veces, no fue tan cumplidamente como hera menester, porque los frayles y Religiosos de ellos quedasen en la observancia, clausura y recogimiento que sería razón. A cuya causa y para que zesen los desordenes que Ay, y se consiga el efecto para que fue instituyda la dicha orden, y nro. sor. sea de ello seruido, y no tan ofendido como Al presente lo es, Ay mucha nezesidad de los visitar y Reformar para que los dichos Religiosos no viban con la soltura y libertad que Asta Aqui. Y por que Aca no se tiene otra relazion ni informaçion de este negozio, y por ser de la qualidad que es, he querido escribiros y Rogaros que secretamente os mandeis informar de personas de quien se tenga satisfaçion que lo saben y dirán la verdad, si Ay necesidad de visitar y Reformar los dichos monasterios; y Allando que la Ay, nos Avisareis de ello, imbiandonos de dos frayles mas suficientes de la misma orden que oviere, para que se escriba A su general les embie, que para ponerlo en efecto fuere menester, pues por su persona no lo podría hazer. — Serenisimo principe Nro. muy charo y muy Amado hijo. Nro. Sor. sea en vuestra continua guarda. de Augusta A XXX de Septiembre de 1551.
>
> Yo el Rey — Erasso.

Esta carta que se halla en el Ms. de la Biblioteca Nacional de Madrid 13.229, folio 213 recto, no es autógrafa de Carlos V ni de Erasso, sino copia fiel. El Códice está casi todo él escrito de puño y letra del Padre Herrera, aunque este documento no lo es. Nada se dice del religioso que informó. Mas cotejando fechas tal vez no fuese aventurado sospechar que fuera nuestro Luis, aunque el no citar su nombre, como lo ha hecho otras veces, nos retrae de ello. Suponiendo que Carlos V redactara su carta a raíz de la visita del citado religioso, tenemos que ésta está fechada en 30 de septiembre y que el 25 de octubre autoriza el General a fray Luis de Alarcón para que regrese a España. Por otra parte en esta época era difícil que hubiera otro religioso de mayor amistad y estima ante el Emperador, y de mayores posibilidades económicas para hacer un viaje tan largo y costoso como éste a Augusta. No obstante esto, no nos atrevemos a darlo como hecho, ni aun siquiera como opinión probable, sino como una mera sugerencia.

En todo caso, el documento es de gran importancia, y revela que el asunto de la observancia de la Orden se mantenía en pie, y que el Emperador estaba muy preocupado con la reforma de los religiosos, de cualquier Orden que fuese, especialmente de los Agustinos, a los que siempre tuvo afecto y estima especial, tal vez por Santo Tomás de Villanueva y algún otro, que fueron predicadores suyos, como después lo fué el Beato Alonso de Orozco de su hijo Felipe II. No debió el asunto llevarse muy urgentemente, ni era posible, dada la tramitación que pedía el César. El hecho es que hasta 1554 no vemos nombrados Vicarios del General, para entender en el asunto de la paz de algunos conventos y de las anomalías y desmanes de algunos religiosos, a los Padres fray Juan de la Barrera y fray Francisco de Riaño. ¿Fueron éstos nombrados a consecuencia de la intervención del Emperador con el General, o no tienen nada que ver con ella? No lo sabemos, ni para el caso nuestro es menester.

Mas sigamos el hilo de la vida de Alarcón, interrumpida por este breve incidente.

Sin duda la lista de privilegios y exenciones que el General concede a nuestro Luis de Alarcón, tal vez con miras a halagar su persona y hacerle desistir de su

idea de reforma de la orden, no fué del gusto suyo ni debieron satisfacerle; porque no era esto lo que él perseguía, sino lo otro. Propuestas semejantes hacían a San Juan de la Cruz los calzados de Toledo, si abandonaba su idea de reforma de la Orden. Que fray Luis de Alarcón no era un personaje cualquiera y que sus planes debían tener más realidad de la que le atribuye el P. Gutiérrez, se deduce no sólo del ascendiente que tiene ante Carlos V y Felipe II, sino ahora con el famoso Cardenal Cervini, Protector de la Orden y después Papa. Porque no sólo le convence nuestro Alarcón, sino que le hace tomar con calor su asunto, obligándole a escribir por dos veces al General de la Orden, entonces en Trento. Cristóbal Patavino contestó al Cardenal Protector una carta muy obsequiosa, "diciéndole que estaba dispuesto a ejecutar lo que mandase su Señoría — *Dominatio sua* —; pero que él no juzgaba oportuno imponer nuevas leyes a dicha Provincia de España, sin someterlas antes a maduro examen". *Con esta respuesta — continúa el P. Gutiérrez — envió también al cardenal protector copia de una severa requisitoria que mandaba entonces al prior provincial y a los definidores de la provincia de España y, que en tono más dulce, termina con estas palabras:* Paternis tamen hortationibus cum ipsis egimus, hortantes illos ad obedientiam et pacem servandam.

Mucho deja entrever el General en estas palabras y en el fondo parecen dar toda la razón a Alarcón sobre la necesidad de reforma. Sin embargo, donde Cristóbal Patavino descorre el velo y pone al descubierto la llaga de la inobservancia de la Provincia es en su contestación segunda al Cardenal Cervini, cuyo resumen nos da en su Diario o Registro. Dice allí el sucesor de Seripando:

> Tridenti, die 28 ianuarii 1552: *Reverendissimo Ordinis Protectori.* Harum litterarum exemplum misimus ad rēvmum cardinalem sanctae Crucis, protectorem nostrum. Dominatio enim sua, suasu cuiusdam fratris Alloysii de Alarcón, miserat ad nos quaedam capitula pro reformatione praedictae provinciae hispaniae, petieratque ut eadem confirmaremus. Nos vero et ea confirmare et omnia quae Dominationi suae placuissent agere paratus esse, respondimus; rogantes tamen eam — *Dominationem* — cum pleniorem notitiam fratrum illius provinciae non

haberet ut super his capitulis mittendis maturius consideraret. Magisque nobis visum fuisset, dum hortatoriis litteris ipsos conveniremus, ne gravioribus legibus ultra gravati, a Religionis obedientia discederent: cum fratres essent duri ad regendum, multumque gravarint Praedecessorem nostrum; neque ad nos acta sui capituli, iam octo mensium spatio celebrati, miserint; nullamque de collecta duorum iam annorum mentionem fecerint, ut ex litteris iis nostris ad illos directis, Dominatio sua reverendissima coniicere poterat.

Este documento nos parece de una gravedad insospechada y que revela toda la dificultad de emprender la reforma en España, como pedía Alarcón y sus amigos. Es extraño que la nueva petición o insistencia de nuestro biografiado coincida con el nuevo capítulo celebrado después de la renuncia de Seripando al Generalato. Aunque no sabemos la intervención que tuvo en los capítulos celebrados desde el 1541 hasta el cincuenta, pero la quietud de Alarcón y sus partidarios, los nombres de los Superiores elegidos y las normas y decretos dados por el capítulo bajo la inspiración de Seripando, hacen suponer que en su tiempo se corrigieron, si no todos, sí la mayor parte de los abusos que habían sido denunciados. La serenidad imperturbable, la energía y suavidad en las formas y el interés comprensivo y eficaz de Seripando son ya muy distintos en Cristóbal de Padua. No conocemos bien la persona y temple de este General, pero a través de este documento se advierte ya un poco de indignación e impaciencia. Parece lamentarse y resentirse de que Cervini se haya dejado persuadir de Alarcón. En cuanto a los religiosos de la Provincia de España les llama duros de gobernar duri ad regendum. *Dice de ellos, que amargaron la existencia de su predecesor,* multumque gravarint praedecessorem nostrum; *que después de ocho meses de celebrado el capítulo provincial, todavía era la hora en que no le habían remitido las Actas:* Neque ad nos Acta sui capituli iam octo mensium spatio celebrati miserint; *que hace más de dos años que ni le envían ni le hacen siquiera mención de la* colecta *o tasa que debían enviar a la curia generalicia:* Nullamque de collecta duorum iam annorum mentionem fecerint. *En resumen: que vistas las cosas despacio y la actitud de dichos religiosos, no se atreve a imponerles nuevas leyes ni preceptos, temeroso*

de que se salgan de la Orden o se declaren en rebeldía: Magisque nobis visum fuisset... ne gravioribus legibus ultra gravati a Religionis obedientia discederent.

El panorama que deja entrever esta relación es bastante desolador, y da plena razón objetiva a la petición de reforma de Alarcón y sus partidarios. "El nombre de Alarcón — escribe el P. Gutiérrez — aparece por última vez en los registros de la Orden el día 24 de agosto de 1554. Con esta fecha nombró el prior general Cristóbal de Padua vicarios suyos en la provincia de España a fray Juan de la Barrera y a fray Francisco Riaño para que pusieran paz en alguna comunidad y para que averiguasen lo que había de verdad en ciertas acusaciones, que algunos súbditos de la misma provincia le habían presentado contra otros. Entre los acusados figura un "frater Ludovicus Larcón, que muy probablemente debe ser identificado con el nuestro; porque las mutilaciones y deformaciones de apellidos extranjeros son frecuentísimas en los libros oficiales de la Orden, escritos entonces por secretarios o amanuenses italianos, y porque no es verosímil que hubiera por aquellos años en la misma provincia otro religioso llamado Luis, que llevase un apellido tan cercano al del nuestro y, por otra parte, tan inusitado en España en la forma en que lo presenta con toda claridad el registro. Damos, pues, por seguro que se trata de él. Pero nada hemos podido hallar acerca de la visita de los Padres Barrera y Riaño, ni del resultado de la misma en lo que se refiere a fray Luis de Alarcón." [12]

Hubiera sido interesante conocer el nombre de los acusados, porque sin duda éstos son los reformistas cuyos planes se propuso Alarcón hacer triunfar, valiéndose de su influencia en la corte de España y ante el cardenal Cervini. Este fin era de prever, y no nos ha extrañado lo más mínimo. Lo desconcertante es, que, figurando la acusación en los registros generalicios, y habiendo sido nombrados visitadores para averiguar la verdad del asunto, así como las causas y causantes de los disturbios de algunos conventos, no se consigne lo

12 *Es muy lamentable, que después de tales acusaciones no se trate de consignar la verdad sobre el caso. Se consigna una cosa, se trata de averiguar su verdad, y después no aparece ni se consigna nada. Ni siquiera su comprobación.*

más mínimo en el Registro el resultado de la Visita. Con toda seguridad que nada apareció contra ellos, especialmente contra Alarcón. Y como lo otro lo juzgaba el General irremediable, según hemos visto, dejó estar las cosas; lo cual no es muy de alabar, pues aunque se trate de documentos secretos, como son los Regestos generalicios, pero, al fin, scripta manent, *y la acusación contra nuestro autor y otros santos religiosos ha quedado estampada.*

El mal no se aminoró en los años sucesivos. El General Patavino carecía del celo y el interés que distinguió a Seripando, y no quiso o no se atrevió a afrontar el mal ni a intervenir en los capítulos como su predecesor, y así vemos que tres años más tarde, en el capítulo de Dueñas del 1557, un nuevo campeón de la observancia hace oír su voz valiente y delatora de los males de la Provincia: fray Luis de León. Su famoso discurso ante la asamblea allí reunida ha sido, es cierto, puesto en duda sencillamente por las cosas o acusaciones que allí hace. Tanto se ha repetido por nuestros historiadores el nombre de "Provincia observantisima", y a sus conventos el de "Observantisimos", que muchos se resisten a tener por auténtica esta maravillosa y verídica oración del insigne agustino de Salamanca. Adviértase que fray Luis de León lleva en sus venas sangre de los Alarcones y que como nuestro biografiado es de la provincia de Cuenca también.[13] *Pasarán algunos años, y el famoso cronista de la Orden y de Felipe II, fray Jerónimo Román hará al General de la Orden una exposición aterradora del estado religioso de la provincia de Castilla, a la que no contestó*

13 *Entre otras muchas acusaciones, quéjase fray Luis de haber sido perseguido dos años por haber defendido a un religioso. ¿Quién era este religioso y cuál su causa? Quéjase además de que se hayan conculcado las* actas hieronimianas, *esto es, las normas establecidas por el General Jerónimo Seripando, lo cual es verdad, y una prueba más de la autenticidad de la* Oración de Dueñas. *Sin duda, mientras fué general Seripando el miedo guardó la viña y nadie se atrevió a levantar cabeza de rebelión; pero cuando renunció (1551) respiraron de nuevo, y prescindieron de las normas establecidas por el insigne General. Cfr.* Oración de Dueñas, *hacia el fin. Las palabras de fray Luis de León son estas:* Queruntur *nostri homines et merito queruntur se, opinionum errore caecos, non habere quod sequantur, cum alii* Actis Hieronimianis *standum esse censent alii non censent; alii cum delectu tenent, alii reiiciunt." (Cfr. ed. 1.ª, pág. 46.)*

palabra el General, ni siquiera acuse de recibo.[14] *Un año después volvió a insistir, haciendo un resumen del* Memorial *primero, que gracias a una copia del diligentísimo P. Méndez, Francisco, que se conserva en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, podemos saber su contenido; pues a lo que parece tampoco se conserva en el Archivo generalicio de la Orden de Roma.*[15] *Pasarán algunos años más, y nos encontramos en 1607 con la deposición y encarcelamiento del Santo fray Agustín Antolínez, elegido Provincial legítimamente, y denunciado al Nuncio por un grupo de capitulares descontentos con "una relación siniestra", el cual sin más averiguaciones le quitó el cargo, le trajo a San Felipe el Real de Madrid, donde le encarceló, juntamente con fray Basilio Ponce de León por haber salido a su defensa. Hoy es todavía la fecha que no tenemos un estudio imparcial, verídico y documentado del estado y desarrollo espiritual y social de la Provincia o provincias de España, desde sus comienzos hasta el siglo XVIII.*[16]

II

El P. David Gutiérrez en su breve y documentado estudio sobre nuestro Alarcón condena con cierta insistencia su actitud de reformista. Nos parece que su

14 *"Qué males y desventuras hay en la Provincia, ya se los escribí el año pasado muy a la larga, aunque nunca recibí respuesta. Mas de esto y de los agravios que he recibido aguardo a Vuestra Reverendísima, y entonces cada uno contará su dolor." (Cfr.* Discours prononcé par Luis de León au Chapitre de Dueñas reédité par Ad. Coster, *"Revue Hispanique", tomo L, 1920, Extrait, página 9).*

15 *El caso escandaloso sucedido con el celoso y santo fray Agustín Antolínez, fué relatado en la Oración fúnebre en la iglesia de San Agustín de Salamanca por el Padre fray Basilio Ponce de León y luego impreso con todas las licencias de la Orden. En la Real Biblioteca de El Escorial se halla un Manuscrito en que se estudia canónicamente el caso de Antolínez, llegando a la conclusión de que la elección fué legítima y la deposición arbitraria; y este recurso no se hace al General, sino al Nuncio de España.*

16 *No es nuestra intención desnudar a un santo para vestir a otro; esto es, acusar a la Orden o Provincia de España (Castilla y Andalucía) para ensalzar a alguno o algunos de sus hijos. Pero el juez justo, cuando se sienta en el tribunal de la Historia a juzgar, debe atenerse a la verdad y nada más que a la verdad, según su leal saber y entender.*

comentario a los documentos alegados obedece a una posición de principios, que por partir nosotros de otros muy diversos no podemos aceptar plenamente. Nada nos va ni nos viene en ello, sino la verdad pura y el deseo de ser justos en nuestros juicios sobre personas beneméritas, a quienes los interesados, particularmente el superior General de la Orden, trataron con la mayor deferencia, y tal vez con la mayor comprensión e inteligencia posibles. Confesamos, que de la confrontación de los personajes de este drama se ha aumentado y ennoblecido en nosotros la figura del inmortal e inconmensurable Seripando y se ha elevado la de nuestro Alarcón. En cambio, Cristóbal de Padua deja ya en su nota escapar una palabrita de afectado desconocimiento y desdén — cuiusdam fratris Alloysii de Alarcón — *que jamás afloró a la pluma de Seripando. Mas examinemos una por una las acusaciones que el P. Gutiérrez formula contra Alarcón.*

Dice así en la página 251 (seguimos la paginación de la Revista y no la de la tirada aparte para facilidad de nuestros lectores): "El reformista español no acudió esta vez a Carlos V, pero tampoco siguió el camino señalado por las leyes, ya que presentó su Memorial *— acaso personalmente — al cardenal protector Marcelo Cervini, el cual lo envió al prior general, que continuaba en Trento."* "*¡Ojalá hubiera sabido imitarle también — se refiere a Santo Tomás de Villanueva — como promotor de la observancia regular, de acuerdo con las leyes que había profesado, y en perfecta colaboración con sus legítimos superiores! Si lo hubiera hecho así, tal vez no hubiera contado malévolos que con sus denuncias debieron de amargarle los últimos días de su vida. Y a buen seguro que los historiadores de la Orden que escribieron en nuestra patria, no habrían relegado su nombre al olvido, y que el mejor de todos ellos, fray Tomás de Herrera, le habría asignado un puesto en aquel tesoro incomparable de nuestra historia, que tituló* Alphabetum Augustinianum. *Pero este insigne maestro de la Orden, que conoció ciertamente los textos latinos que hemos copiado, no veía con buenos ojos a los frailes reformistas que procuraban imponer sus ideas a espaldas de sus legítimos superiores, ni dejaba tampoco sin castigo a los descontentos — tan*

frecuentes en la historia española de todas las familias religiosas — que juzgaban perdida o relajada una provincia de cuatrocientos o quinientos individuos, cuando sabían que cinco o diez navegaban a la deriva o cuando tenían noticia de que alguno había naufragado. Y a este número, a juzgar por los documentos que hemos transcrito, perteneció nuestro fray Luis de Alarcón, autor de un buen libro de doctrina espiritual, en el que se nos presenta con luz más atrayente y simpática."

Confesamos que en nuestra larga vida de lector e investigador no hemos leído inculpación más dura sobre un religioso, que no tiene en su vida más culpa, a lo que parece, que haber pedido y gestionado la reforma espiritual de su provincia. Dejemos aparte el juicio que emite sobre el P. Herrera como historiador, y como enemigo de todo reformista y reformador de la Orden. La historia tiene sus fueros, y ni que sean los documentos adversos, ni que sean los personajes antipáticos y odiosos, es lícito callarlos, y vengarse de unos y otros de esta forma.[17] *Si el P. Herrera calló a Alarcón por lo que dice el P. Gutiérrez, cometió un gran desafuero contra la historia y nos lo hace sospechoso de fidelidad en todo lo que nos cuente de otros.*[18]

Pero volvamos a nuestro Alarcón y su reforma. Admitamos por un momento que la provincia de España, agustiniana, no necesitaba reforma — lo cual está contra toda la documentación que hoy tenemos y que va apareciendo —;[19] *supongamos, digo, que los inobser-*

17 *Ya hemos visto atrás que sus informes sobre el P. Diego López no son tan verídicos y reales como debieran ser, según el Padre Villavicencio atestigua.*

18 *Por regla general nuestros cronistas son más ensalzadores y panegiristas que historiadores. A través de sus crónicas todos parecen unos sabios y santos, y después los hechos y obras no aparecen, o si aparecen lo son en grado muy inferior al pregonado. En realidad éste era el concepto de la Historia entonces y son muy pocos los que se libran de su corriente. Aún hoy día no ha desaparecido de las corporaciones religiosas totalmente este estilo.*

19 *Al hablar de relajación de una Provincia religiosa, o más propiamente de males y corruptelas de la misma, no es menester que por ellas se entienda la corrupción de costumbres y el quebrantamiento de los tres votos, especialmente el de castidad. Tratándose de la Provincia agustiniana de España, o si se quiere de las dos principales de ella, Castilla y Andalucía, no hemos hallado acusaciones ni lamentos en nuestros reformistas. El gran mal estaba en la cosa pública; en la tiranía de los superiores y en las ambiciones por los cargos y prelacías, que convertían muchas veces*

vantes eran "cinco o diez", y no al revés, como siempre ha sucedido, y el documento del P. Cristóbal Patavino, y la Oración de Dueñas de fray Luis de León,

---

los conventos en campos de Agramante. Ciertamente y durante muchos años las Provincias no gozaron de paz, de unión interna, de vida de hogar cristiano, lo que hacía que muchos religiosos suspirasen por las misiones, no sólo por celo de las almas, sino también buscando su paz y dicha espiritual. Vamos a alegar algunos documentos de valor inequívoco anteriores a la actuación de Alarcón o contemporáneos suyos que revelan hasta dónde llegaba el mal que se pretendía remediar. Ya en 1533 se había recibido en Castilla una carta-decreto del general de la Orden P. Gabriel della Volta Veneto, firmada en Venecia de la cual entresacamos lo siguiente:

"Informado por cartas que me han escrito el Cardenal de Compostela y otros grandes señores, he llegado a saber que en la Provincia de Castilla... no se guarda ninguna equidad; ni la mutua caridad, ni la antigua modestia; sino que todos, *olvidados de todo deber de religión, arden en discordias y odios intestinos, y que acaso la causa de tal situación es la prórroga excesiva del mando, y la desenfrenada ambición de dominio, de la cual enferman de tal modo algunos, que nunca sufren estar sin mando, como si este derecho les perteneciera."*

No se puede decir más, y si lo que oímos del Superior general de la Orden lo oyéramos de algún súbdito, nos escandalizaría y no le creeríamos. Pero este testimonio está corroborado por otros. Memorables son las palabras de Seripando cuando se le pidió por cierto Provincial de Castilla la facultad de usar el tormento con los religiosos: "No queremos, dice el caritativo padre, que uséis de tormento con los religiosos; y si no hay otro remedio, es preferible que les quitéis el hábito y los despidáis" (Reg. Generalicio de 1544 a 1546).

Las huídas de los religiosos a Roma a quejarse al P. General fueron tan frecuentes en estos años que en 1547 el General exhorta al Provincial fray Alonso de Madrid a que "no sea tan áspero con sus súbditos"; y en el 1550 reprendía al sucesor suyo, P. Serrano, diciéndole: "No faltan quienes acusan a dicho Provincial de tiranía y, ojalá fuese falsa la acusación." El día 30 del mismo mes le escribía: "Vienen a Nos con extraordinaria frecuencia muchos religiosos de vuestra provincia sin licencia alguna..., quejándose con gran amargura de que no pueden aguantar más tiempo la insufrible tiranía de los Provinciales, que en todo proceden a su antojo, prescindiendo de las Leyes. *Sin duda alguna se debe obedecer con gran respeto a los superiores y prelados...; pero antes es preciso que también los mismos prelados obedezcan a las Leyes y prediquen con el ejemplo."*

En el mismo año en que es acusado Alarcón y otros reformistas, 28 de julio de 1554 escribe el general Cristóbal Patavino al Padre fray Alonso de Madrid, nuevamente elegido Provincial: "Procura ante todo la paz... No sigas los ejemplos de tus predecesores, que, si son ciertos los informes, no trataron de ser queridos como padres sino temidos como amos." Y con fecha 13 de noviembre del 1555: "No te conduzcas con tus religiosos como amo, de lo cual te acusan muchos; sino pórtate como padre."

Hemos escogido estos textos que revelan el estado de la Provincia, y la falta de paz y amor, y el desarreglo en los de arriba por su ansia desenfrenada de mandar; todo ello en tiempos de la actuación de Alarcón. Después de los documentos consignados, huelga todo comentario.

y la Carta de Jerónimo Román atestiguan; supongamos que sea verdad lo que dice nuestro erudito e inteligente hermano P. Gutiérrez. Demos que Alarcón fuera un iluso en esta materia; ¿ha sido nunca pecado pedir reforma y mayor observancia de la Orden? Cierto es, que siempre han sido mal vistos los reformadores, no sólo de los malos religiosos, sino muchas veces de los que se dicen y tienen por buenos. Cierto también que Alarcón creía demasiado en las reformas por decreto, impuestas desde arriba, si es que se llegan a imponer alguna vez. La historia de la reforma de las órdenes en España en el siglo XVI es una lección muy orientadora y provechosa. Alarcón hubiera estado mucho mejor en su provincia adoptada de Apulia, y se hubiera ahorrado muchos disgustos, si en vez de venir a España, y ponerse al frente de los reformistas, hubiese dejado el agua correr y que las personas y las cosas hubiesen marchado a la deriva. Porque siempre ha sido verdad, que quien se mete a redentor, ha de salir crucificado.

Más dirá el P. Gutiérrez: No es por reformador, sino por haberse saltado las leyes profesadas. Veamos la actitud de Alarcón y qué leyes ha quebrantado. Desde el primer momento cree que es el General quien debe imponer toda reforma o ley de observancia a las provincias religiosas. Jamás pasó por su mente avasallar la autoridad del General. Si acude al Emperador, y al Cardenal Protector de la Orden, es para que convenzan al General de que tome cartas en el asunto y se decida a la reforma. Nunca fué esto prohibido por nuestras antiguas leyes, ni aún hoy está prohibido que uno se sirva de amigos del General, cardenales, religiosos, de la orden o fuera de ella, para moverle a alguna empresa o reforma. Otra cosa hubiera sido, acudir a la Santa Sede para que ésta impusiera dichas normas al General velis nolis. Nada de esto ocurre. Yo al menos no veo la infracción de las leyes de la Orden ni del Derecho entonces existente, para que se le acuse de infractor "de las leyes que había profesado".[19 bis]

19 bis *Aunque son muchos los ejemplos que se pudieran alegar de apelaciones o recursos al Rey, séanos permitido citar el caso de Santa Teresa que acude a Felipe II con el asunto del encarcelamiento de San Juan de la Cruz; del Beato Alonso de Orozco, al*

En cuanto a la razón o no razón de la reforma, no se puede decir nada; porque ni los superiores Generales citados nos dicen nada del contenido del Memorial, *ni éste aparece ahora por ninguna parte, y aun puede conjeturarse que nunca fué archivado entre los documentos del Archivo Generalicio, a pesar de que llegó con el correo del Emperador y luego aparece en manos de Cristóbal Patavino. En cuanto al número de los reformistas, tampoco es posible entrar en discusión, pues nos son del todo desconocidos. Pero demos que lo fuera sólo el P. Alarcón. Las razones que se esgrimen contra él son exactamente las mismas que los calzados de Toledo alegaban contra San Juan de la Cruz. Si San Juan de la Cruz y Santa Teresa no triunfan en su reforma, hubieran pasado a la historia como disconformistas y amigos de novedades y reformas. Al fin y al cabo al principio no eran más que "frayle y medio".*

No sabemos si Alarcón murió en España o se volvió a Italia y murió en su convento de Luceria. En los archivos de la Orden no se conserva el menor vestigio. En las listas que el P. Francisco Méndez nos conserva de los conventos de Toledo, San Felipe el Real, Salamanca y otros y que hoy se encuentran en la Biblioteca de la Academia de la Historia, no aparece su nombre entre los profesos ni entre los muertos. Es extraño que la segunda edición de su libro Camino del cielo *se haga en Granada. En cuanto al silencio que guardan los historiadores de la Orden en España del nombre de Alarcón, nos parece más justa y honrosa la explicación de que por estar afiliado a la Provincia de la Apulia y no haber estado sino fugazmente en España no le creyeron pertenecer a la historia de la Provincia de Castilla, ni a ningún convento en particular. O tal vez por ignorancia de su persona, poco amiga de barullos y exhibiciones, y que, para honra suya, no le vemos jamás mezclado en política interna*

---

mismo, con el recurso del P. Monte, sancionado por todo un capítulo Provincial; el caso del mismo Santo Tomás de Villanueva, con la separación y unión de nuevo de las provincias de Castilla y Andalucía, a Carlos V; el caso del P. Antolínez con el Nuncio. Por otra parte, ni los Generales de la Orden ni los Superiores acusan nunca a Alarcón de infracción de las leyes de la Orden ni quebrantamiento de fuero.

y contiendas capitulares, a las que no se sabían sustraer entonces hombres eminentes en letras y en virtud.[20] *Desde luego su obra* Camino del cielo *es un remanso de paz y nos revela a un hombre muy dado a la oración y contemplación, a la vida retirada, y al silencio del claustro. Ni una alusión siquiera, ni una censura velada a la reforma de la Orden y a la relajación de costumbres. Ni una queja por su postergación y abandono. Pudo por su alcurnia y nobleza y por su ascendiente en la corte de Carlos V y su hijo Felipe II, a quien dirige y dedica la obra, obtener altos puestos y dignidades. Jamás se le ve apetencia de ellas, y en su libro muestra gran desprecio de los honores y dignidades. Y no es que se tratara de un hombre de negado entendimiento y escasa cultura. Que su libro pone muy alto su nombre y nos lo revela como escritor de pluma ágil y elegante, como hombre cauto y prudente, y como religioso de acrisoladas virtudes. Tal es a grandes rasgos la figura y actuación de nuestro gran escritor fray Luis de Alarcón, uno de los escritores espirituales más profundos y que preludia la gran escuela de escritores místicos agustinianos, eminentemente teólogos y filósofos, y siempre amenos en sus disertaciones.*

III

Tiempo es ya que entremos en el estudio de su obra, cuya gloria nadie le puede discutir ni empañar. Aunque relativamente breve, es lo suficientemente larga y extensa para suponer que no la compuso en unos días de vagar forzoso. Por otra parte, sin que digamos

20 *Bastaría este sólo dato para colocarle a gran altura espiritual sobre todos sus hermanos de hábito, de los que hace un duro retrato el P. Gabriel della Volta en el texto antes citado. Permítasenos copiar unas palabras del P. Jerónimo Román para que sepamos quiénes eran éstos que tanto se oponían a reformas y amordazaban a los que se propasaban ir a Roma con quejas: "Yo de mí sé decir que por haber tratado con verdad de los males que en esta provincia pasan, fuí privado de la honra que Vuestra Reverendísima me dió del Magisterio siendo recibido por el Definitorio y estando en mi posesión, sin haber cometido culpa alguna, y he estado dos veces preso y como hombre vil he sido tratado. Y de esta manera son tratados los demás. Porque el Maestro León, por-*

de ella que es un escrito limado y muy trabajado literariamente, su composición es esmerada, sus razonamientos bien hechos, su plan perfectamente trazado, los lugares de la Sagrada Escritura abundantes y bien traídos. Todo arguye un escrito largamente meditado, hecho despacio, y reajustado en todas sus partes, que guardan una armonía y proporción perfecta.

Escasean las referencias personales en toda la obra, y sólo al fin de la Introducción o Prólogo de la misma nos habla de los motivos que tuvo para escribirla, y el fin o fines que se propone con ella. Alarcón comienza lamentando el gran descuido que reina en el mundo de las cosas del cielo y de la salvación propia. "Cosa es de gran admiración — escribe — ver el descuido que hay en muchos el día de hoy de su salvación. Cosa es de gran dolor y espanto ver la ingratitud que tienen a aquel inmenso y eterno amor con que nuestro Señor Dios nos ama, pues por puro amor nos da tantos bienes corporales y espirituales; de los cuales, en todo tiempo y lugar estamos tan cercados y necesitados, y él en todos los momentos nos está siempre enviando tantos dones, tantos presentes y mercedes, como son todas estas nuestras potencias exteriores e interiores, y todas las cosas que gozamos con ellas."

Y prosigue el celoso escritor agustiniano: "Teniendo, pues, deseos de hacer algún servicio, aunque pequeñuelo, a nuestro Señor Jesucristo y, por su amor, a qualquier humilde y devoto cristiano; y doliéndome de ver en estos nuestros tiempos, tan peligrosos, cómo muchos por vivir tan desacordados de las cosas que siempre deberían meditar y traer delante sus ojos, corren tan de gana por el camino de la perdición, como ciegos desatinados e insensatos; acordé — por despertar mi ánima y la de todos los que se quisieren servir y ayudar de este mi trabajo y amor verdadero con que

---

que trata de la cosa pública es tenido por hombre facineroso; y a fray Cristóbal de Frómesta, prior de Salamanca lo privaron de su oficio, porque quiso desarraigar un pecado que está en esta provincia muy adelantado; y a Goddaraz, porque saben que ha de pedir justicia, le llaman inquieto. En fin, sólo los que públicamente tratan de lo bueno y aborrecen la tiranía, son los condenados, y ninguno tiene favor, sino los que siguen el bando de fray Pedro Suárez...".

les amo en nuestro Señor Jesucristo — componer este breve tratado, que trata del ejercicio salubérrimo y salutífero de la meditación sagrada y de las causas y efectos della. Y porque las causas que proceden, y que mucho ayudan, son los buenos libros; y los efectos, los santos y divinos deseos, acordé que acompañase al tratado de la meditación el de la lección y oración. Porque todos, como diremos, se ayudan para alcanzar la divina unión y su beatífica y eterna fruición. De lo cual se sigue, que con razón podemos llamar a este tratado Camino del cielo, *pues todas estas cosas que en él se tratan nos encaminan, por medios tan necesarios, para buscar y hallar a nuestro Señor Dios, y comenzarle a gozar desde luego en este mundo, hasta llegar a alcanzarlo perfectamente en su celestial reino."*

Y añade insistiendo: "Y dado que de estas materias están ya escritos muy muchos libros y mejores, mas porque en nuestra lengua materna ninguno he visto, trataré muy en particular las cosas que se deben leer y meditar y desear. Y las declararé todas juntas y por el orden que aquí van puestas. El cual orden puede mucho al devoto lector ayudar, para que más fácilmente y mejor las pueda saber, gustar y retener: saber, con el entendimiento; gustar, con la voluntad; retener, en su memoria continua. Por esto yo, aunque indigno de hablar y de escribir de tan santa materia, ayudándome de lo que el Señor por su bondad infinita me ha inspirado, y de lo que en los libros santos he leído, deliberé ofrecer al cristiano y piadoso lector mi estudio y deseo de su consolación y salvación con este breve y compendioso libro, pidiéndole por el amor eterno e inmenso de nuestro Señor y Redentor Jesucristo, reciba en esta obra mi intención, y supla mis faltas con su devoción, y con sus oraciones pida al Señor perdón de mis pecados, y gracia para que él y yo, y todos, seamos salvos".

Nada más nos dice el autor de su libro, sino que quiere que sea breve para que fácilmente se lea y pueda ser retenido en la memoria: "Pretendo — dice — hacer breve este tratado, para que más fácilmente sea leído y retenido." Sabia determinación, de la que con tanta frecuencia se olvidaron nuestros escritores del siglo XVI y XVII de mística y teología, y que les valió el olvido

y desdén de la inmensa mayoría de los lectores. Característica fué la brevedad, sin embargo, de los Agustinos, quienes sin duda tomaron muy a pecho esta recomendación de su santo Fundador, que así en sus sermones como en sus libros de espiritualidad, recomendó siempre y practicó la brevedad clásica inculcada por el poeta venusino. Santo Tomás de Villanueva, el Beato Alonso de Orozco, el Venerable Padre Montoya, fray Luis de León, Malón de Echaide, y todos en general, dieron a sus escritos casi siempre el nombre de opúsculos o libritos.

Es una lástima que Alarcón no nos haya dado una lista de los libros santos que él dice leyó para la composición de este libro suyo. Mas como afirma que de esta materia no ha visto ninguno en lengua materna, esto es, castellano, nos deja un poco confusos sobre las posibles fuentes de su doctrina y su entronque con la escuela agustiniana. Entre los Opúsculos de Santo Tomás de Villanueva existe uno en castellano, intitulado: De la leccción, meditación, oración y contemplación. *Las coincidencias son a veces casi literales. Cabría por tanto preguntar, si es Santo Tomás de Villanueva quien depende de Alarcón o Alarcón de Santo Tomás. Las coincidencias son evidentes. Hablando de la Lección nos dice el Santo: "Entiendo aquí por lección no sólo lo que leemos en los libros, pero aun las conversaciones y pláticas y vistas y obras malas y buenas en que nos ocupamos." Todo lo cual desarrolla ampliamente Alarcón. Un cotejo detenido de ambos escritos nos llevaría a conclusiones inequívocas sobre la mutua dependencia. No es este el lugar de señalarlas, ni es menester. Ahora bien: ¿quién depende de quién?*

Desde luego hay que admitir un documento común a los dos escritores agustinos y que ambos explotan a manos llenas: el llamado Scala paradypsi, *que figura entre las obras apócrifas de San Agustín, y que tal vez sea de Hugo de San Victor o alguno de su escuela. También entre los Opúsculos de San Bernardo figura otro con el mismo título de* Lección, meditación, oración y contemplación. *Téngase en cuenta que el opúsculo de Santo Tomás está encaminado a los principiantes, y que tal vez se redactó en Burgos cuando*

fué prior de allí, donde contribuyó notablemente a formar un centro de espiritualidad agustiniana, cuyo eco es el códice Ms. de la Biblioteca Nacional de Madrid 5.495, escrito hacia el 1543-4. Extraña desde luego que no cite a este santo Varón, que ya por este tiempo tenía fama de Santo. Mas como nada había publicado, y Alarcón no cita a ningún autor vivo, no tendría esto nada de extraño. Nosotros nos inclinamos a creer que es Alarcón quien depende de Santo Tomás de Villanueva. Esto sería un gran timbre de gloria para nuestro autor, pues sería el primero y tal vez el único verdadero discípulo espiritual que tuvo y que supo desentrañar con arte y elocuencia las doctrinas del maestro. Porque, a decir verdad, ni Orozco le cita y sigue, ni menos fray Luis de León y Malón de Echaide.

En este supuesto, cabe también preguntar: si Alarcón depende de Santo Tomás de Villanueva, ¿por qué no expuso la cuarta parte del Opúsculo, esto es, la Contemplación? *Esto puede tener una explicación natural. En primer lugar, Alarcón se dirige principalmente al gran mundo del pueblo cristiano, no a religiosos o almas escogidas y piadosas. En este plan, la* Contemplación *hubiera sido algo fuera de lugar; no así en Santo Tomás, que se dirige a religiosos principiantes, pero al fin a gente espiritual. que aspira a la perfección. La segunda razón es, que las normas de la Inquisición desde el año 1525 se habían extremado en esta materia con motivo de la lucha contra los alumbrados y falsos místicos que pululaban por todas partes. El mismo Beato Alonso de Orozco anda muy recatado en cosas de* contemplación, *rehuyendo tratar de ellas positivamente en sus escritos, aunque muchas veces lo promete en el título de las obras o en sus prólogos. El mismo San Juan de la Cruz, años después, optó por suprimir el comentario a las cinco últimas estrofas de la* Noche oscura, *donde debía hablar de la transformación de la Amada en el Amado, quizás por este motivo. Más extraño es que no cite el Vergel de oración del Beato Alonso de Orozco publicado por vez primera en 1544. No hemos podido hacer un cotejo de ambos escritos. Alarcón convivió con Orozco durante el priorato de éste en Medina del Campo, y tal vez algunos años después.*

Un caso claro de influencia concreta nos lo ofrece el autor en el capítulo último de la segunda parte de la obra, donde dice textualmente: "Lo dicho en este capítulo es por la mayor parte del libro llamado Via Spiritus. *Lo cual por ser útil y devoto me pareció ser bien recolegirlo en esta última meditación, que aquí he puesto."*

Hasta ahora no se sabía bien qué libro era éste y de qué autor. Hoy gracias especialmente a don Pedro Sainz Rodríguez, P. Bernardo Bravo, P. Leturia y P. Fidel de Ros se sabe ya claramente que fué escrito por el hermano lego franciscano Fray Bernabé de la Palma; que se editó primeramente en Sevilla en 1533, Flandes, 1533, Salamanca, 1541 y otras muchas veces en diversas poblaciones, bien íntegra la obra, bien resumida; aunque hoy es tan rara que es poco menos que imposible hallar de ella un ejemplar en España. La influencia de esta obra fué muy grande; y como no se conocían los escritos de Santa Teresa ni de otros místicos españoles, y se presentaba como obra de revelación y experiencia mística, fué aceptada y seguida por muchos. Es un caso excepcional el de los Jesuítas de Gandía, especialmente la influencia sobre el P. Antonio Cordeses, superior de aquella casa. Es muy posible que, conocido el citado libro, que piensa editar en breve esta biblioteca de "Espirituales españoles" *bajo la dirección competentísima y sabia de don Pedro Sainz Rodríguez y don Luis Sala Balust, se pueda saber hasta dónde influyó en nuestros místicos este libro del piadoso lego franciscano. Por lo que afecta a nuestro fray Luis de Alarcón, podemos decir que si bien lo conoció y utilizó, su tónica y orientación es totalmente diversa e independiente, a juzgar por los largos extractos y el estudio que hace de* Via Spiritus *el P. Bernardo Bravo en su reciente estudio publicado en "Manresa", enero-marzo 1959, págs. 35-74. El citado autor y libro fueron incluídos en el Indice de la Inquisición, no por herético, sino por ser un peligro en aquellos momentos de exaltación mística y de iluminismo quietista degenerado. De momento baste esta noticia sobre el libro* Via Spiritus, *haciendo votos por la próxima publicación del mismo, que llenará las medidas de todos.*

IV

El plan del libro de Alarcón es sencillo y bien ordenado. En su Introducción plantea el problema y razón de su libro. Es un hecho — dice — que los hombres de hoy viven totalmente olvidados del cielo y de su salvación. Mas, si buscamos la raíz y causa de ello la hallaremos en la falta de fe. Enciéndase esta antorcha divina en el alma y el hombre comenzará a ver la vanidad y falta de ser de las cosas terrenas, a despreciarlas como bagatelas y fuentes de muchos males, por no decir de todos los que padece el hombre, y comenzará sobre todo a ver claro en las cosas del espíritu, en las verdades eternas y en todo lo que se refiere al cielo. Medio eficaz y primario, la lectura de buenos libros. Porque de aquí le ha de venir al hombre la luz de la fe, el conocimiento de las cosas celestiales y el suspirar del corazón por ellas. La meditación es una consecuencia de la lección, y no consiste en otra cosa que en meditar y pensar atenta y devotamente sobre lo que se ha leído, reflexionando sobre las razones y motivos en que se apoyan dichas verdades a fin de que penetren en el alma y la muevan. La tercera parte, la Oración, no es más que el fruto de las dos anteriores, es decir, conocidos los bienes celestiales, pedírselos encarecidamente a Dios, a fin de lograrlos. Naturalmente clama contra la lectura de malos libros, que él clasifica en inútiles, vanos, nocivos y perversos. Párrafos hay que coinciden con fray Luis de León en el Prólogo a los Nombres de Cristo. *Véase una breve muestra:*

"Las palabras malas corrompen las buenas costumbres. *Extrema locura es que estando en tanto peligro de condenación eterna, y siendo de nuestra cosecha tan mal inclinados, se busquen y lean libros con que sean los vicios más despertados y avivados. Ansí como leer en libros devotos es el primer paso y escalón del* Camino del cielo; *ansí leer libros mundanos es el principio del despeñadero de los vicios por do van al paradero del infierno. Porque de las malas palabras se causan los malos pensamientos, y de los malos pensamientos los malos deseos, y de los malos deseos las*

malas obras, y de las malas obras las malas costumbres, y de las malas costumbres las penas eternas. ¿Qué otra cosa son los libros mundanales, sino tizones infernales? ¿Qué otra cosa son las lecciones y pláticas profanas, sino unas espuelas que ofrecen los demonios para hacer correr por los vicios?"

Véase cómo escribe fray Luis de León en el Prólogo de los Pequeños Nombres de Cristo: "*cosa lastimera es pensar en cuánta miseria han dado por su soberbia algunos cristianos que, dejados los libros devotos y santos, se han entregado a los libros mundanos, que destruyen las buenas costumbres. Que bien dijo San Pablo:* Corrompen las buenas costumbres las palabras malas. *¿De dónde nacen tantos vicios y ofensas de Dios, sino de tratar con tan mala doctrina, mayormente la gente moza, de noche y de día? Teniendo gran compasión de perdición tan grande quise escribir este libro en romance y tratar de los nombres de nuestro Salvador...*" *Hablando Alarcón de Cristo, como nuestro guía y camino, escribe estas palabras que parecen un eco de* los Nombres de Cristo: "*Él es nuestro camino, por el cual subimos a gozarle, imitando su vida y ejemplo; y él, en cuanto hombre, es por do subimos; y él mismo, en cuanto Dios, es a quien subimos. Porque el descender es causa del subir. Y así decía Jacob, que vía a los ángeles descender y subir por la escala, porque los hombres que viven humildes y limpios son semejantes a los ángeles. Éstos descienden y suben por la escala que es Cristo nuestra cabeza; descienden a considerar su humildad, suben a contemplar su divinidad; descienden imitando la humildad con que vivió en esta vida presente, suben a gozar por contemplación de la divina esencia.*"

Muy largos, interminables nos haríamos, si fuésemos a exponer todos los aspectos de este libro así literarios como místicos y teológicos. Dejándolos todos en gracia a la brevedad, y porque ya es bastante lo que hasta aquí hemos dicho, saliéndonos de los límites prefijados, vamos a dar solamente una muestra del procedimiento que suele emplear Alarcón en sus meditaciones o reflexiones sobre las cosas. Método sencillo, admirable para enseñar a meditar en los principios, pero que aun a los más acostumbrados y entrados en años

les es sumamente útil, porque nos enseña a remontarnos de las cosas más sencillas y vulgares hasta el mismo Dios, yendo de efecto en efecto y de maravilla en maravilla y de revelación del amor de Dios en revelación. Porque eso es lo que quiere Alarcón: que en todo veamos la mano cariñosa y providente del Señor que todo lo dispone para nuestro bien y deleite. Camino del cielo *llamó a su libro, y eso es todo él: un caminar y ascender hacia el cielo, hacia Dios, subiendo la escala de las criaturas hasta dar con el Criador. Por eso no se hace pesado este libro, antes dentro de la monotonía del tema, suscita nuestra curiosidad y nos pone ante la vista mil pensamientos e imágenes pintorescas y vivas como tomadas de la realidad, que nos llevan como en andas y nos transportan sin pesadez ni fatiga a las más altas moradas del cielo. He aquí cómo se expresa, hablando de los frutos del campo y sus flores:*

"*Debes notar, y mucho — escribe —, el modo con que Dios nos da sus bienes y dones. Cómo tiene cuidado* ab eterno *de criar de un grano de trigo una espiga, y cómo la va criando y aumentando, y cómo después por tantos medios hace ser apurado el trigo, y después la harina que de él se saca; y después, que sea amasado, sazonado y cocido, hasta que viene a ser pan que se come. Por la misma vía es de considerar el vino que bebemos; cómo* ab eterno *tiene cuidado de criar una cepa y sacar de ella tallos, y después flores, y después agraz, y después de agraz tan agro convertirlo en uvas dulces; después hacer que el mosto sea sacado y sazonado por tantos y tan diversos medios, hasta ser apurado y venir a ser vino y puesto delante de ti en un vaso para que lo bebas. Lo mismo has de considerar acerca de la fruta; por cuántos medios pasa desde que se lanza una pepita en la tierra hasta que viene árbol crecido a dar su fruta madura. Lo mismo de la carne, desde que se comienza a criar un corderito en las entrañas de su madre hasta que viene a ser carnero, y después, asado y cocido o en otras maneras guisado, puesto sobre la mesa delante de ti en el plato. Considera atentamente acerca de todo esto, cómo Dios* ab eterno *puede y sabe y quiere todos estos medios, y agora cuando se hacen los hace por amor de ti todos, y mueve a todos a todas estas cosas para que se hagan,*

y está presente a todo, y entiende en todo, y lo hace todo."

Así es todo el libro de Alarcón, a veces más florido a veces más sencillo y escueto, a veces más profundo y filosófico, a veces más a flor de tierra. Unas veces sumamente tierno y delicado, como en el último capítulo donde nos habla de la comunión y de sus efectos amorosos unitivos; y otras duro y fuerte, como cuando habla a los pecadores y mundanos. Pero siempre es oportuno y práctico. Un capítulo dedicó en su libro a las lecturas y meditaciones en que se deben ejercitar en sus oficios los gobernantes, los jueces, los caballeros y mercaderes, y hasta los labradores y oficiales de cualquier oficio y condición (Cap. XVII de la segunda parte). La obra de Alarcón no es una obra vulgar, antes sobresale sobre la mayor parte de los tratadistas de su tiempo y ciertamente los vence a todos en elegancia y corrección de estilo, cosa extraña después de haber vivido en Italia la mayor parte de su vida. No es elogio obligado y exagerado el de Catalina García, J., Ensayo de una tipografía complutente, *pág. 77, núm. 216, cuando dice: "Libro místico, que por su espíritu y su forma literaria, en particular por lo que toca a su dicción, puede ponerse al lado de los mejores de su época."*

Y, sin embargo, y a pesar de sus dos ediciones y estar dedicado a Felipe II ni es conocido ni citado de nadie, no sólo fuera de la Orden, sino lo más extraño que es, dentro de la misma. Mucho es lo que debemos a la diligencia y estudio de nuestro mejor conocedor de las joyas de nuestra mística, D. Pedro Sáinz Rodríguez, quien desde un principio se interesó vivamente, y en primer término, por la obra de nuestro Alarcón, Camino del cielo. *Nosotros nos consideramos muy felices en haber podido secundar su iniciativa que, a juzgar por este primer volumen, va a ser una verdadera revelación literaria y mística.*

V

Sólo nos resta hablar un poco de los dos ejemplares únicos que se conservan de esta obra en la Biblioteca Nacional de Madrid, y del método seguido en su transcripción.

El de Alcalá es un tomito en 8.° de doscientos folios, y cuatrocientas páginas, más algunas hojas en blanco al principio y al fin. En letra nítida y clara de tipo 10.° aproximadamente. El texto tiene numerosas abreviaturas, aunque todas fáciles de leer. La puntuación es varia, como de la época, aunque tiene ya todas las palabras separadas, y los puntos y comas se hallan ya bastante bien empleados por medio de rayitas verticales.

La impresión está muy distante de ser correcta. Y aun a veces da la sensación de que se hizo sin ser revisadas las pruebas por el autor. Con todo, no deben ser atribuídas todas las equivocaciones a los cajistas de imprenta, puesto que varias de ellas permanecen en la Edición de Granada, hecha en 1550. La ortografía es la propia de la época, aunque ya muy mejorada; por ejemplo, respecto de las obras impresas en Salamanca y en Zaragoza. Véase las del Beato Alonso de Orozco y los Nombres de Cristo *de fray Luis de León, 1583.*

El de Granada, es un tomo en 4.° de 134 folios, más 4 folios de la portada y Tabla de materias. Está encuadernado en pergamino blanco y perteneció a la biblioteca particular de la Condesa del Campo de Alange, cuyo ex-libris y escudo lleva pegado en el interior de la primera pasta. Actualmente pertenece como el anterior a la Biblioteca Nacional y lleva la signatura R. 4563. La portada es completa como sigue:

Camino del Cielo, en que se / demuestra cómo se busca y halla / Dios de todo corazón christiano / y se declara la maldad y ceguedad de / este mundo. Compuesto por el reue/rendo padre fray Luis de Alarcõ. / religioso de la orden del bienaventu / rado santo Augustin: y predicador / de la palabra divina. Es libro

muy / catholico y no menos necessario / para todos, assi religiosos co/mo seglares. / Con priuilegio.

Camino del Cielo en que se: *en tinta negra y letra minúscula gótica, excepto la* C *primera. Lo restante en letra gótica y tinta roja.* Con priuilegio, *en tinta negra. En derredor, orla grotesca renacentista. A la vuelta gran orla en forma de arco con Amorcillos jugando en las columnas, basas, frontis. En el centro, la imagen de San Agustín de pontifical con un libro abierto y leyendo en él. Rodeando el cuadro, la leyenda:* Os justi... gressus eius.

Viene luego la concesión de impresión y privilegio del príncipe Felipe, fechada en Guadalaxara XXIX días del mes de Mayo de Mill y Quinientos y Quarenta y siete años.

Va luego el refrendo del Secretario, Juan Vázquez, firmado en la Villa de Aranda de Duero a veinte y seis días del mes de Septiembre de mil y quinientos y quarenta y siete.

Sigue luego en el reverso de este folio: Tabla de lo que trata el libro del Camino del cielo *(en rojo) y acontinuación la capitulación del libro (que falta en la edición de Alcalá) y que difiere algún tanto de la del cuerpo del libro.*

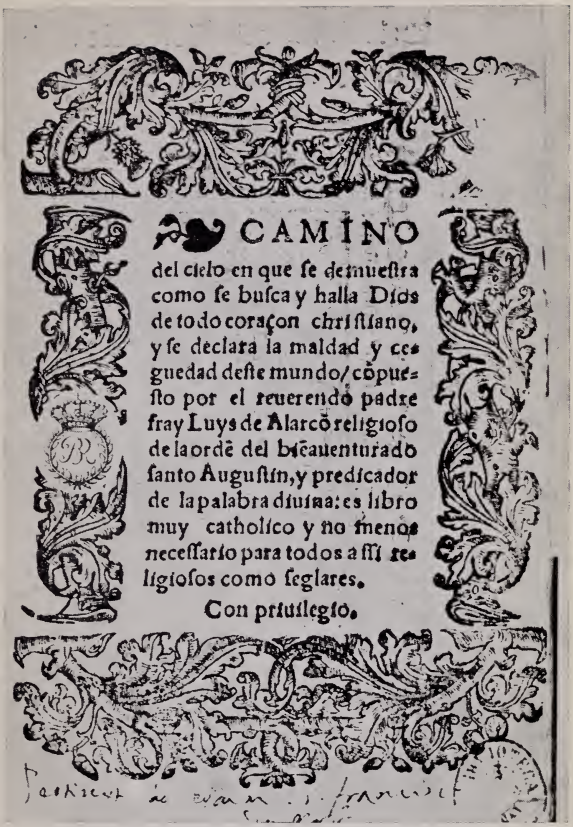
En vez de Exercicio primero... Segundo... Tercero... *escribe:* Parte Primera, Parte Segunda, Parte Tercera *(en rojo). Esta Tabla debió escribirse e imprimirse después del libro, puesto que no forma parte de él su paginación, y a veces modifica el texto de los epígrafes.*

A pesar de estar impreso en 1550, lleva la letra y forma de foliación que los incunables o primeros impresos. Su letra gótica, es grande y clara, y ocupa toda la página y todas las líneas, no dejando espacio ni hueco alguno en ellas. Su estado de conservación actual es excelente, aunque carece del folio I y II de la dedicatoria, y del 8.º correspondiente a este cuadro, que se pueden suplir por el impreso de Alcalá.

Dada la fecha del Privilegio, *1547, es casi seguro que se pidió para la edición de Alcalá, que no pudo estamparlo por haber llegado tarde, según se desprende*

de la fecha de refrendo de Juan Vázquez, cinco meses después de la firma del Príncipe Felipe.

La edición de Granada, sin representar una revisión a fondo del texto y estilo del libro, corrige y enmienda numerosos pasajes, generalmente con acierto. Lástima grande que no sometiera a una lima literaria continua todas sus páginas. Es más. A veces da la impresión de descuido, intencionadamente querido.


CAMINO
del cielo en que se demuestra como se busca y halla Dios de todo coraçon christiano, y se declara la maldad y ceguedad deste mundo/ cõpuesto por el reuerendo padre fray Luys de Alarcõ religioso de la ordẽ del bienauenturado sancto Augustin, y predicador de la palabra diuina: es libro muy catholico y no menos necessario para todos assi religiosos como seglares.
Con priuilegio.

EDICIÓN DE ALCALÁ, 1547

(Madrid, Bibl. Nac., R. 21.713)

CAMINO / DEL CIELO

en que se demuestra / cómo se busca y halla Dios / de todo coraçón christiano, / y se declara la maldad y ce- / guedad deste mundo: compue- / sto por el reuerendo padre / fray Luys de Alarcón religioso / de la orden del bienauenturado / santo Augustin, y predicador / de la palabra diuina: es libro / muy cathólico y no menos / necessario para todos assí re- / ligiosos como seglares. / Con priuilegio.

[PRIVILEGIO]

Por cuanto por parte de vos, Fray Luis de Alarcón, de la orden de San Agustín, nos ha sido hecha relación, que vos habéis hecho y compuesto un libro intitulado Camino del Cielo, *y lo habéis dirigido a mí, suplicándonos y pidiéndonos por merced, que habiendo respecto el trabajo que en ello habéis tomado, os hiciésemos merced y mandásemos que vos, o la persona o personas que vuestro poder hubieren, y no otros algunos, pudiesen imprimir y vender el dicho libro en estos reinos y señoríos de Castilla; ni traerlo a vender impreso de fuera parte, por tiempo de diez años; o como la nuestra merced fuese. Y Nos, acatando lo susodicho, y porque habiéndose visto el dicho libro por algunos del nuestro Consejo pareció que era útil y provechoso, tuvímoslo por bien; y por la presente os doy licencia y facultad para que por tiempo de los dichos diez años primeros siguientes, que se cuenten desde el día de la fecha desta mi cédula en adelante, vos, o la persona o personas que vuestro poder para ello hubieren, y no otras algunas, puedan imprimir y vender el dicho tratado en estos dichos reinos y señoríos de Castilla, so pena, que la persona o personas que sin tener vuestro poder para ello lo imprimieren, o hicieren imprimir, o vender, pierdan la impresión que hicieren, y los moldes y aparejos de diez mil maravedíes por cada vez que lo contrario hiciere. La cual dicha pena se reparta en esta manera: la tercia parte, para la persona que acusare; y la otra tercia parte, para nuestra cámara y fisco; y la otra tercia parte, para el juez que lo sentenciare. Y mando que cada pliego de molde del dicho tratado se venda al precio que por los del nuestro Consejo fuere tasado; y mando a los del dicho nuestro Consejo, Presidentes y Oidores de las nuestras Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la nuestra casa, corte y chancillerías, y a todos los corregidores, asistentes, gobernadores, alcaldes, alguaciles, merinos, prebostes, y otras justicias y jueces cualesquier, destos dichos nuestros reinos y señoríos, que por el dicho tiempo de diez años guarden y hagan guardar y cumplir esta mi cédula, y contra ella os no vayan, ni pasen, ni consientan ir ni pasar por alguna manera, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedíes para la nuestra cámara a cada uno que lo contrario hiciere. Fecha en Guadalajara a XXIX días del mes de Mayo de mil y quinientos y cuarenta y siete años.*

YO EL PRÍNCIPE.

Por mandato de su Alteza,

JUAN VÁZQUEZ.

En la Villa de Aranda de Duero a veintiséis días del mes de septiembre de mil y quinientos y cuarenta y siete años, los señores del Consejo de Su Majestad tasaron y moderaron el precio a que se hubiere de vender cada pliego entero, de molde, del libro y tratado de que en esta cédula de su Alteza se hace mención, a tres maravedíes y no más.

BLAS DE SAAVEDRA.

COMIENZA EL PROLOGO DEL LIBRO QUE TRATA DEL CAMINO DEL CIELO Y DE LA MALDAD Y CEGUEDAD DE ESTE MUNDO, INTITULADO A LOS MUY PODEROSOS SEÑORES DON FELIPE, PRINCIPE DE CASTILLA, ETC., Y LA SERENISIMA SEÑORA INFANTA DOÑA MARIA, SU HERMANA

El amor divino de nuestro Señor Jesucristo, Dios único, infinitamente amable y sumo, y eterno amador nuestro — muy Alto y muy Poderoso Señor, y Excelente y Serenísima Señora — nos obliga, y con inmenso peso de honestidad, utilidad y suavidad nos inclina, y con las saetas tan poderosas y espesas de sus dones continuos, inestimables e innumerables nos compele, a que a Él sobre todas las cosas amemos; y esto mismo en todos lo deseemos, y con el talento y fuerzas que de su mano recibimos lo procuremos.

Y aunque a todos tengamos este tan justo y pío afecto, mayormente lo debemos tener a los Príncipes, de cuya buena vida y ejemplo redunda al servicio de nuestro Señor Dios mayor fructo; y de lo contrario, mayor daño. Porque como los corazones humanos son fácilmente movidos y atraídos por vía de cobdicia o de temor, y estos dos motivos se representan en mayor grado en los Príncipes; de aquí es, que, cuando son malos, ligeramente[1] caen los súbditos y son pervertidos los reinos. Así como los buenos son resucitados y en virtud establecidos.[2] Porque como los virtuosos Príncipes con su justicia y potencia son freno a los ma-

1 Ligeramente, *e. e.*, fácilmente.

2 *Toda esta doctrina no es más que un comentario de aforismo latino:* Ad exemplum regis totus componitur orbis. *Y aquel otro de la Escritura:* Los malos gobernantes hacen a los pueblos miserables.

los en sus maldades, y con su honesta y cristiana vida, benevolencia y magnificencia son espuelas para los buenos, que [1] con sus ejemplos y favores son de cada día más avivados y movidos para andar y correr por el camino de las virtudes; así, por el contrario, los malos, con su malicia e inicua potencia, aborrecen y persiguen a los buenos, a sus obras malas por vida y palabra contrarios, y favorecen a sus semejantes, que a sus apetitos perversos hallan conformes.

De lo cual se sigue, que unos por ser favorecidos y ensalzados, otros por no ser perseguidos y abatidos, y otros escandalizados con sus malos ejemplos, hacen míseros a sus pueblos y reinos, haciendo caer y perecer tanta multitud de ánimas, atraída y corrupta [2] con los vicios y maleficios de ellos, y de cualesquier señores inicuos, de la virtud enemigos, y para toda maldad poderosos y cautivos.

De aquí provino que el rey Jeroboán solo, bastó para apartar de Dios y hacer idólatra al pueblo de Israel todo.[3] El Rey Nabucodonosor hizo a tanta multitud de gentes caer en maldad tan grave y manifiesta, como fué hacerles adorar su estatua.[4] Todas las veces que el pueblo de Dios Israelítico tenía Rey malo, estaba el pueblo perverso,[5] como lo leemos en los libros de los Reyes, que de las caídas de los Príncipes y de las de sus reinos — que siempre andaban juntas —, están llenos. El rey Antíoco fué causa de grandes males, no sólo en sus reinos, mas también en el pueblo de los judíos.[6] Y desto mismo hay otros innumerables ejemplos en el Testamento Viejo.[7]

Luego que nació nuestro Señor Jesucristo, principio del Nuevo Testamento, dice el santo Evangelio que, turbado Herodes Rey, se turbó toda Hierusalén con él. Después, usó de tanta crueldad, que mató ciento y cuarenta y cuatro mil niños de su mismo reino, por matar entre ellos a Cristo.[8] En el tiempo de la Pasión, los

1 que = quiénes. *Construcción clásica común.*
2 Atraída y corrupta, *e. e., la multitud.*
3 *3 Reg. 12, 2, 5.*
4 *Dan. 3, 1 ss.*
5 Perverso = pervertido.
6 *Macab. I, 9, 1, 11 y 33.*
7 Testamento Viejo: *aquí empieza el impreso de Granada.*
8 ciento cuarenta y cuatro mil. *Este número está tomado del Apocalipsis donde habla de los matados por Dios que no habían*

príncipes de los sacerdotes persuadieron y pervertieron a todo aquel gran pueblo para que demandasen la muerte de quien [1] habían recibido incomparables e innumerables beneficios, y por los cuales había hecho tantos milagros y les había dado su doctrina divina, y conservado con ellos en toda inocencia y vida santísima. Después de la muerte, resurrección, y ascensión de nuestro Señor Jesucristo, comenzándose [2] a publicar el Evangelio, los príncipes de los sacerdotes, por ser como eran malos, contradijeron la santa doctrina evangélica, y persiguieron a los apóstoles y discípulos, ministros de ella, y echáronlos de su tierra; [3] por do se impidió el fructo de la conversión de su pueblo, y quedó la gente judaica por la mayor parte privada hasta el día de hoy de la santa fe católica, y tan ciega y obstinada.

Los emperadores, reyes y príncipes de los gentiles, procuraron de impedir y destruir la religión cristiana; y así, fué por ellos en todo el mundo perseguida por muchos tiempos,[4] en los cuales mataron innumerables cristianos, y matando los cuerpos procuraban de principal intento matar las ánimas de todos, apartándolas de su vida, que es Cristo, según lo que estaba profetizado por el profeta, que dice: *los reyes de la tierra y los príncipes se hicieron de un propósito contra el Señor y su Cristo.*[5]

Finalmente, el que leyere las historias podrá hallar innumerables ejemplos de los grandes males, que por todos los siglos hasta nuestros tiempos y en diversas

sido consignados con el trato de mujeres, pues eran vírgenes. Pero tal identificación no la ha dado nunca la Iglesia, aunque usa de este texto en la fiesta de los Santos Inocentes. Dado que Betlehen era un villorrio, una ciudad mínima de Judá, y los pueblos cercanos serían aún más pequeños, el número de Inocentes matados por Herodes debió ser muy pequeño y tal vez no pasase de unos veinticinco o treinta. Ningún historiador judío, aun enemigo de Herodes, como Flavio Josefo, hablan de esta matanza, que de haberse elevado a número tan crecido, hasta en Roma hubiera sido sonada. Los comentaristas católicos modernos sostienen la opinión indicada.

1 de quien *por* de quienes: *expresión clásica corriente en todo el siglo XVI y XVII, en los que rara vez se usa el plural de* quién.

2 Comenzándose, *por* en comenzándose.

3 *Io. 16, 3; Mc. 15, 1, Act. 4, 1.*

4 Por muchos tiempos, *e. e.*, por muchos siglos. *Construcción frecuente en los clásicos antiguos.*

5 *David en el Salmo 2:* Reges terrae et principes convenerunt in unum adversus Dominum et adversus christum eius.

partes del mundo los príncipes y grandes señores han cometido, y con que han a muchos pervertido, por ser ellos perversos, y que han al mundo turbado y escandalizado con sus malos ejemplos.

Por el contrario, cuando los príncipes son buenos y devotos, son muy buenos para sí mismos y para muchos. Son causa que las virtudes sean estimadas y las buenas costumbres amadas y proseguidas, y sean, por consiguiente, sus reinos reformados y aumentados, sublimados y establecidos. Y son causa [también] que nuestro Señor Dios sea más conoscido y servido en todo su reino, y alcancen para sí mayor felicidad en los cielos y salud temporal y eterna para sus pueblos.

Esto se muestra bien en el santo Rey David, de toda virtud ejemplo, por el cual fué el culto divino tan dilatado y ensalzado, y su pueblo de Israel tan despertado para buscar y agradar al Señor Dios nuestro y tan encaminado para el cielo, y de todos los verdaderos bienes tan enriquecido y prosperado.[1]

El Rey Ezequías por ser, como era, bueno y devoto, reformó en su tiempo su reino, que estaba muy estragado.[2] Lo mismo se escribe de otros muchos Reyes que fueron buenos y devotos, los cuales destruían los males que los Reyes o Príncipes malos, sus predecesores, habían causado y con que sus reinos habían caído, como se lee en los libros de los Reyes, ya dichos, y en otras muchas partes del Testamento Viejo.

En naciendo nuestro Redentor,[3] principio del Testamento Nuevo, vinieron los tres santos Reyes a adorarle dende tan lejas tierras,[4] y a reino extraño y do reinaba Herodes, tirano crudelísimo.[5] Los cuales, postpuesto todo otro negocio, trabajo y peligro, vinieron a buscar y adorar al Niño, como a su hacedor y Dios todopoderoso, y ofrecerle sus dones, y con ellos sus corazones. Porque con los presentes visibles que le traían — conviene a saber, oro mirra e incienso —, significaban los invisibles que le ofrecían, que eran su hacienda y su cuerpo y su ánima.

1 *Reg. 19, 2, 4.*
2 *Reg. 4, 18.*
3 *Reg. 8.*
4 lejas = lejanas: *frase admitida en el Diccionario actual.*
5 cruelísimo, *1.ª ed.*

El emperador Constantino, en siendo convertido a la fe y servicio de nuestro Señor Dios, ensalzó la fe y religión cristiana por todo el mundo. El emperador Teodosio edificó en gran manera a todo el pueblo cristiano con su virtud y ejemplo. Y lo mismo el emperador Justiniano Augusto. Y por decirlo en breve, todos los Emperadores, Reyes y Príncipes, que han sido buenos y devotos cristianos, han con gran virtud resplandescido y en sus reinos o señoríos grandemente fructificado.

Lo mismo que he dicho de los Príncipes en el linaje de los varones, se ha de entender, y se puede ejemplificar, en el de las mujeres, como se manifiesta, cuanto a las malas, en Jezabel, Herodías y otras muchas; y, cuanto a las buenas, en la reina Santa Elena, en la infanta Constancia, hija del emperador Constantino Augusto, y en Santa Elisabeth, hija del Rey de Hungría, y en aquella tan gloriosa princesa santa Catarina,[1] y en otras innumerables y devotas, que han imitado sus pisadas.

Y porque, dejando de decir en particular otros muchos ejemplos antiguos, que sería cosa prolija recontarlos, digamos algo de los de nuestros tiempos, que suelen más mover, puestos delante los ojos: mire Vuestra Alteza[2] en los ejemplos dignos de memoria de sus padres y predecesores.

Los Reyes Católicos, el Rey Don Fernando y la Reina Doña Isabel, fueron a todos ejemplo de honesta vida. Encendidos con celo de la fe católica, destruidores de la maldad herética, favorecedores de la santa Iglesia, protectores y aumentadores de la república cristiana, vencieron y sujetaron las tierras de los infieles, reformaron en sus tiempos las religiones, edificaron espiritual y temporalmente muchos y grandes monasterios, hicieron muchas y grandes obras pías, rigieron los pueblos con justicia, y conservaron y ampliaron sus reinos con su benevolencia.

La Emperatriz, de buena memoria, madre de Vuestra Alteza, fué a todos ejemplo y dechado de honesti-

1 *1.ª ed.:* Catherina. *Se refiere a Santa Catalina de Alejandría, a quien la tradición hace de sangre real y sapientísima filósofa.*

2 Va. Ala.

dad, humildad y caridad. A las cosas de Dios, devota; a los suyos, grandes y pequeños, benévola; en sus costumbres y persona, grata y amable.

Del Emperador, padre de Vuestra Alteza, porque aún está en este mundo presente, no digo más de que, miren porque más se despierten, cómo con ser, como es, de tan gran corazón y ánimo, es juntamente tan piadoso, que muchas veces por evitar las muertes de los cristianos y otros muchos males, que nacen de la discordia, y ser tan amigo de justicia y de clemencia y paz cristianas, ha dejado sus intereses temporales y, reconciliádose con sus enemigos.[1] Encendido con celo de amparar y ensalzar la fe católica, se ha puesto en tantos trabajos, resistiendo a la potencia de los turcos y sujetando a los moros y favoresciendo a los agraviados. Sobre todo esto, ha resistido y humillado la soberbia de la multitud de los herejes que en sus tiempos por nuestros pecados se han levantado contra la fe santa, y caído por su soberbia y mala vida; y ha procurado y procura destruir su secta pestífera. Y esto, ¡con tanta prudencia, esfuerzo y diligencia! Primero, con hacer que sea congregado universal concilio, para que sean corregidos y salvos; después, a los obstinados, por fuerza de armas, porque no inficcionen más a otros; contra los cuales nuestro Señor le ha favorecido con admirable manera. Que[2] siendo la gente tanta y tan belicosa, y la tierra de Alemania tan áspera y tan fuerte, la ha ya vencido y sujetado, y muerto y preso a sus caudillos principales, tan poderosos y soberbios y de la fe y paz cristiana tan crueles enemigos. Desde su pequeña edad nunca le han faltado muchos y grandes trabajos, a los cuales siempre ha respondido, como Emperador católico y devoto, ofreciendo su estado y su misma persona a tantos sudores y a tantos peligros, y empleando en el servicio de nuestro Señor Dios sus fuerzas. De modo que, siempre ha traído y trae la cruz a cuestas.[3]

1 *1.ª ed.:* enemigos, pudiendo si quisiera tan fácilmente destruirles.

2 Que *por* porque.

3 *Difícil es hallar elogio más cumplido y brillante de la Emperatriz Isabel y del gran Emperador Carlos V. Los agustinos fueron siempre admiradores y devotos del Emperador, el cual correspondió siempre con atenciones a aquéllos. Recuérdense, entre*

El Rey de romanos,[1] tío de Vuestra Alteza, siempre ha padecido muchos trabajos por resistir a los infieles y humillar y sujetar a los herejes, de los cuales, así de los unos como de los otros, nuestro Señor Dios le ha enviado muchas adversidades, porque a quien más ama, en más trances y tribulaciones le pone para que por su amor las sufra, y más merezca, y con estas penas transitorias le aumente la corona celestial y consolaciones eternas. Al fin, a todos ha respondido como Rey católico, a nuestro Señor Dios devoto, y a las cosas de su santa fe, honra y servicio, muy celoso y afectuoso. Pues, cuanto a sus prójimos, así sus súbditos como los otros, con tanta benignidad de obras y palabras responde, con tanta rectitud rige, con tanta prudencia y benevolencia conversa, que no sólo de los buenos, mas aun de los malos es amado y alabado. Porque tanta es la fuerza de la verdad manifiesta, que aun a los contrarios trae a lo que manda.

El rey de Portugal, tío también de Vuestra Alteza, da de sí ejemplo a todo el mundo de ser amigo de la virtud y devoto a las cosas de Dios, en tanto grado, que en su corte y casa real ha puesto gran diligencia en que los hijos de los nobles y todos los demás se ejerciten en cristianas costumbres, y se confiesen y comulguen cada semana o a quince días,[2] procurando de resucitar, en parte, en su Reino la piísima costumbre que guardaba y gozaba el pueblo verdaderamente cristiano en tiempo de la primitiva iglesia. Por ser, como es, tan magnánimo y devoto, ha ennoblecido sus reinos, haciendo universidades magníficas, y buscando y trayendo a sus tierras personas doctas, y edificando y dotando muchos colegios y monasterios. Y porque, ilustrado de la gracia divina, conoce que, así como ninguna cosa más daña a la cristiana religión que las

otros, los nombres de Santo Tomás de Villanueva, su predicador, a quien hizo Arzobispo de Valencia, y fray Dionisio Vázquez, cuyos sermones admiraba, asistiendo a ellos cuantas veces podía. De fray Luis de Alarcón no sabemos que tuviera relaciones con él. Mas el tono con que habla de su vida y de sus hechos, indican una admiración sincera. Los elogios que siguen, completan el panegírico de la casa real, cuya religiosidad y vida cristianísima nos describe por este mismo tiempo o un poco más adelante el Beato Alonso de Orozco en las dedicatorias de sus libros a personas reales.

1 *Don Fernando, hermano del Emperador, a quien sucedió en la corona e imperio de Alemania por renuncia de éste.*

2 a quince días, *esto es,* cada quince días.

Órdenes desordenadas, así ninguna cosa más aprovecha a los pueblos que el ejemplo y doctrina de los religiosos buenos y monasterios bien ordenados, ha reforzado las Religiones en sus reinos, favoresciendo para ello con toda largueza en las cosas temporales, para hacer observar las costumbres espirituales y vidas religiosas.

Mirando, pues, en [1] las razones y sobredichos ejemplos, son los príncipes y todos los grandes señores, cuando no son buenos, muy malos; más que otros; así por ser más ingratos, como por tener para el mal más poder y ocasiones y aparejos. Como también por haber pocos que osen o quieran decirles la verdad para que sean desengañados y corregidos; antes hallan muchos que en sus vicios los lisonjeen, y en sus pecados los alaben. Por lo cual — *que esto es ser loado y bendecido el pecador en sus malos deseos y vicios* — [2] son, como dice el profeta, de nuestro Señor Dios menospreciados y desamparados, así los lisonjeros como los lisonjeados.[3]

Por el contrario, cuando los príncipes son buenos, son grandemente buenos, y mejores que los otros; así porque son más agradecidos, como porque vencen por el amor de Dios más ocasiones, y más y mayores dificultades; como también, porque con su potencia y benevolencia son causa de más y mayores bienes, y alcanzan mayor grado de felicidad inmortal para sí mismos, y son causa de la salvación de muchos. Pues, como sea sentencia infalible, que todos los príncipes y grandes señores, así espirituales como temporales, no pueden dejar de ser o muy buenos o muy malos, como lo significa el Sabio diciendo: *Los poderosos serán poderosamente atormentados;* [4] y la sentencia que dice: *Los que bien presiden, de doblada honra son dignos:* [5] no pueden [6] dejar de ser, o muy amadores de Dios o muy enemigos del mismo Señor Dios y de él muy aborrecidos; o muy saludables, o muy perjudiciales; o alcanzar de aquí a poco mayor infierno, o más alto grado en el cielo.

1 en las, *e. e.*, a las. *Quiere decir:* De las razones y ejemplos susodichos se sigue, etc.
2 *Ps. 9, 16.*
3 *Ps. 12, 2-4.*
4 *Sap. 6, 7.*
5 *1 Tim. 5, 17.*
6 no pueden dejar de ser, *e. e.*, no pueden por menos de ser, etc.

Deseando yo, como siervo y capellán verdadero de Vuestra Alteza, que por estos presentes y superfluos halagos (por este mundo engañoso ofrecidos), vanos y míseros, amargos y momentáneos, no pierda[1] los gozos verdaderos y eternos, e incurra en los males intolerables y perdurables; mas antes, después de este transitorio señorío alcance y posea aquel reino celestial, felicísimo y eterno, y en mayor grado de perfecto descanso y cumplido e interminable gozo, acordé componer este presente TRATADO, que trata de tres ejercicios con que se busca y se halla a nuestro Señor Dios, y con que se camina por el camino del cielo, y do se muestra la maldad y ceguedad y el despeñadero de este mundo; y ofrecerlo especialmente a Vuestra Alteza, deseando hacerle algún servicio verdadero y grato.

Porque, aunque de parte de quien lo ofrece sea pequeño, por parte de lo que se ofrece — por ser para fructo suavísimo y sempiterno —, y por parte de a quien se ofrece — que es el corazón real y católico de su espíritu, que respondiendo a la devoción de sus padres y predecesores, tomará más gusto en este manjar divino, que no en los viles de Egipto —: espero le será sabroso y salutífero y, por consiguiente, acepto mi trabajo y servicio. Y por la buena y cristiana disposición de su ánima, será como la semilla que cayó en tierra muy fructífera, para que no sólo se siga a Vuestra Alteza consolación en mayor aumento; mas, que la luz y devoción con que lo leyere y obrare, despierte a muchos, que están durmiendo, siendo causa con su sabor y ejemplo que este libro sea de todos más leído, y lo que nuestro Señor por él nos enseña, sea cumplido. Y así, a Vuestra Alteza, como a todos, sea más fructuoso.

A honra y gloria de nuestro Señor Jesucristo, sumamente amable y summo amador nuestro.

1 *en el original:* pierdan... incurran... alcancen, etc. *Cambio de persona, o porque el autor se descuidó o porque en el Príncipe se dirige a todos los que reinan y gobiernan, o porque en vez de* Vuestra Alteza *debe leerse* Vuestras Altezas, *como parece más probable. Las palabras:* siervo y capellán verdadero de Vuestra Alteza *parecen indicar que el autor debió ser predicador de la Corte y Capilla real, como lo fué luego el Beato Alonso de Orozco, que quizás sucedió al P. Luis de Alarcón, retirado en sus últimos años a Granada, donde hizo la última edición de su libro (1550).*

PROLOGO AL CATOLICO Y DEVOTO LECTOR SOBRE EL LIBRO LLAMADO *CAMINO DEL CIELO*

Cosa es de gran admiración ver el descuido que hay en muchos el día de hoy de su salvación. Cosa de gran dolor y espanto ver la ingratitud que tienen a aquel[1] inmenso y eterno amor con que nuestro Señor Dios nos ama; pues, por puro amor nos da tantos bienes corporales y espirituales, de los cuales en todo tiempo y lugar estamos tan cercados y necesitados, y él en todos los momentos nos está siempre enviando dones, tantos presentes y mercedes, como lo son todas estas nuestras potencias exteriores e interiores, y todas las cosas que gozamos con ellas. Y además de esto, nos[2] tiene prometido para de aquí a poco darnos los bienes celestiales y eternos, y llevarnos a morar consigo en sus palacios reales y divinos, como a sus hijos herederos, y, por consiguiente, señores de todas las cosas terrenales y celestiales. Y sobre todo esto, que claramente veamos y gocemos al mismo Dios inmenso, que es nuestro padre único y amantísimo.

Y no contento con hacernos tantos bienes, y tenernos aparejados aquellos soberanos y perdurables bienes, su pura e infinita caridad, con que nos ama, le ha hecho humillarse a padecer por nuestro amor tantos y tan grandes males, haciéndose para esto hombre a nosotros semejante, para que, vestido de nuestra flaqueza, le viésemos y conversásemos aquí en la tierra; y él se pudiese humillar y humillarse a conversar así visiblemente con nosotros, y a servirnos, y a padecer por nuestro amor tantos y tan graves tormentos, hasta ser

1 a aquél, *e. e.*, para con aquel.
2 Y demás de esto: *1.ª edición:* Y sobre todo esto: *2.ª*

en la cruz descoyuntados sus brazos, por el deseo que tiene de abrazarnos y consigo eternamente unirnos, procurando la amistad de nosotros, sus criaturas, como si le fuese en ello la vida.

¡Oh cristiano! ¿qué más te ha podido amar el mismo Señor Dios todopoderoso? ¿Ni qué amigo hay que te pueda amar más ni tanto? Porque, aunque fuera otro igual tuyo, ningún amor hay mayor que poner alguno su vida por su amigo. Pues, si lo es perder en cualquier manera la vida, mucho más es perderla con muerte tan dura y crudelísima. Cuanto más, que, cuanto es mayor su divina majestad y excelencia, que es infinita, tanto más se aumenta el grado sobreexcesivo de la bondad y caridad inmensa del que así padece y se humilla por amor de ti, su criatura.

Mas ya que por todo esto, por vía de pura virtud, como debes, no le ames ni sirvas, ¿por qué, a lo menos, no te inclinas a le obedecer y servir por aquellos tesoros eternos, y aquellas honras verdaderas y supremas, y aquellos deleites del paraíso, incomparables y perdurables, que tan presto puedes alcanzar, y para siempre han de durar? Y si aún todo no basta para moverte a le agradar, ¿por qué, a lo menos, no te mueves por el temor de los tormentos intolerables y eternos del infierno, en los cuales caen tantos a arder en crueles llamas de fuego, agora luego, dende la muerte tan presta en el alma, y después del día del juicio, en ánima y en cuerpo, para que este tu cuerpo tan delicado y tan regalado esté todo de pies a cabeza ardiendo, como el tizón que está en el fuego después de todo encendido y abrasado, y que hayas de estar allí dando gritos y aullidos para siempre, padeciendo tan intolerables penas y angustias, sin ningún remedio, ni refrigerio, ni término?

Cosa es de grande espanto, que haya alguno tan loco a quien aquella damnación tan grave y eterna, y tan presto venidera, sobre todo, no le espante y siempre atemorice.

Dime, pues, oh cristiano: ¿cuál debe ser la vida del que tiene delante de sí cualquier de estos motivos, cuanto más todos tres juntos? Dime: ¿con qué solicitud no debe desear y procurar sólo el servicio divino, y ordenar toda su vida, y enderezar todos sus negocios

y trabajos, para que a sólo Dios, infinitamente amable y amador suyo único e inefable, merezca en todo siempre servirle y agradarle? ¿Cómo no tiene por estiércol todo cuanto hay en este vano y transitorio mundo, en respecto de ganar la amistad eterna de Cristo, el que de su puro amor recibe tantos y tan grandes y continuos dones; y que le promete para de aquí a poco aquellos bienes perfectos y perdurables; y que se ve en tanto peligro de verse de aquí a poquito perder el reino del cielo y caer en el profundo del infierno a padecer aquellos tormentos y dolores crudelísimos y continuos y sin términos? ¿Cómo es posible que haya alguno que con todos estos motivos — a los cuales se reducen todos con que los corazones humanos pueden ser persuadidos, y que los tiene en sumo grado — y que no sea movido a querer siempre con voluntad entera sólo el divino beneplácito, pues debería bastar sólo uno de estos objetos, cuanto más todos juntos?

Mas ¡ay dolor! que con todo esto, vemos el día de hoy ir a tantos de los que se llaman cristianos por el camino de la perdición y damnación. ¡Ay dolor! que con todo esto, así vivimos, que ya no parecemos cristianos; y aunque tenemos usurpado el santo nombre de Cristo, con las obras le negamos. Porque si viviésemos como verdaderos católicos, y como aquellos que tienen delante sí[1] tales motivos, como de la abundancia del corazón habla la boca y obra la mano, ¿cuáles serían nuestras obras[2] y conversaciones? Cierto es, que en todo lugar y tiempo daríamos buen olor del amor divino, y todas nuestras pláticas, ora fuesen en las casas, ora en las calles o plazas, ora en los caminos y en las posadas, serían hablar de Dios; pues, todas las cosas, como dice el Apóstol, *habemos de hacer a honra y gloria de Dios.*[3] Por lo cual, aunque hablásemos algunas veces, como nos es necesario hablar, de cosas temporales, serían también estas pláticas mezcladas de la memoria de Dios, para en todo loar a Dios y acordarnos siempre de Dios. También nuestras obras y conversaciones y negociaciones todas serían virtuosas; y para un solo negocio y fin ordenadas, que es para agra-

1 delante si, *e. e.*, delante de sí.
2 nuestras pláticas y cuales nuestras obras, *1.ª edición.*
3 *1 Cor. 10, 31.*

dar a nuestro Señor Dios en este mundo, y verle y gozarle en el otro.

Mas, ¡cuán al revés se hace todo esto el día de hoy en el mundo, en medio del mismo pueblo cristiano! Salid por las calles, plazas y caminos, y mirad que comúnmente de todo se habla y se obra. Ya las pláticas no son cristianas y santas, sino profanas y deshonestas, y cuasi siempre, por lo menos, vanas. Cuán sin vergüenza se dicen pullas unos a otros. Y aun, muchas veces por los caminos y aun por las calles,[1] no han empacho ni temor de inficionar las orejas cristianas con sus cantares sucios y palabras muy deshonestas. Ya por maravilla oiréis hablar las cosas de Dios; sino tratar de solas las cosas transitorias de este mundo. Y si algunas veces oímos mentar a Dios, es para oír vanamente jurarle, o perjurarle, o blasfemarle.

Pues, cuanto a las obras a que la caridad nos obliga, como son las obras de misericordia que nuestro Señor sobre todo nos encarga, y so pena de pérdida del cielo y caída del infierno nos manda, y que por vía de su divino amor así nos las encomienda, diciendo: *Lo que hiciste a uno de los míos más pequeños, a mí mismo lo hicistes*[2] (como dice en el Santo Evangelio que lo dirá así en el día del juicio): con ser, como he dicho, de nuestro Señor Dios tan encomendadas ¡de cuán pocos son el día de hoy guardadas y sobre todas las cosas amadas! ¡Cuán pocos, o ningunos, habrá el día de hoy en cada pueblo cristiano, que sobre todas las cosas tengan cuidado de saber si viene algún pobre peregrino para lo llevar a su casa y hospedar y servirlo en ella por el amor de Dios con gran alegría, y le pese mucho cuando se ha pasado algún día en que no ha hallado alguno, y por consiguiente, no ha llevado a nuestro Señor Jesucristo a su posada! ¡Cuán pocos hay el día de hoy que tengan su mayor cuidado en ir a visitar al enfermo, dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, consolar al afligido, enseñar al ignorante, corregir al que ha caído en pecado, y así de todas las otras obras piadosas, a sus prójimos necesarias para sus cuerpos y para sus ánimas! ¡De cuán pocos son el

1 *falta aquí el fol. 8.º de la 2.ª edición.*
2 *Mat. 30, 40-45.*

día de hoy estas obras tan salutíferas sobre todas las cosas amadas, y aun de cuán muchos parece que están ya olvidadas!

También, si fuésemos verdaderos cristianos, ¡en cuán poco tendríamos todos los bienes y males de este mundo, momentáneos, y cuánto más estimaríamos los bienes y males del otro, tan presto venidero, pues son puros y sempiternos! Mas ¡ay de nosotros!, tan insensatos y ciegos, que vemos el día de hoy a muchos ponerse en tantos trabajos y aflicciones del cuerpo y del espíritu por un interés pequeñuelo y transitorio, y apenas se halla uno que quiera sufrir menos que esto por alcanzar de aquí a poco el reino del cielo. Tienen muchos corazón para hacer grandes gastos para regocijos vanos o pasatiempos mundanos, o para cualquier cosa que se les ofrezca de su temporal y vana honra o hacienda; mas luego se hallan pobres para dar por el amor divino y ganar la celestial patria. Sienten mucho la muerte corporal y temporal de sus hijos, mas muy poco la muerte espiritual y eterna de sus ánimas. Duélense en gran manera de una adversidad momentánea, suya o de sus hijos o amigos, y dáseles muy poco de ver caídos en la sentencia de la damnación eterna a sí mismos y a los otros. Aflígense mucho por una pérdida pequeñuela de esta hacienda temporal, mas muy poco por la pérdida de la heredad celestial. Temen mucho una enfermedad o dolor momentáneo, y no temen el peligro en que están de caer de aquí a poco en el infierno. Tiemblan de la muerte corporal, que no puede ser ejecutada y aun mucho dilatada, y tienen tan poco temor de perder la vida eterna.

Dime, oh ánima cristiana, ¿qué[1] es la causa de tanta locura? Dime, oh hermano mío, ¿qué es la causa de tan incorporable desatino? ¿Qué otra piensas puede ser, sino la falta de fe verdadera? Y así digo, que en todos nuestros vicios y pecados incurrimos por falta de esta fe católica. Porque, o falta la obra de la fe, o la vida de la fe, o la misma cualidad de la fe. Quiero decir: que tarde o nunca piensan en lo que creen; o los tales no sienten lo que creen, o totalmente no lo creen.

1 qué es la causa, *por* cuál es la causa. *Construcción clásica.*

Contra estos últimos, que son infieles, no quiero aquí mucho disputar, porque pretendo hacer breve este tratado para que más fácilmente sea leído y retenido.[1] Solamente digo con San Gregorio, y con el Apóstol,[2] y con el Evangelio: Que todos éstos caen en el vicio de la infidelidad por los deméritos de sus muchos y graves pecados. Enmienden, pues, la vida, y conocerán la verdad de la cristiana doctrina. La razón de esta verdad infalible está clara. Porque el que vive como cristiano, así en lo que cree como en lo que obra, deja su voluntad propia por hacer la voluntad divina. Pues, imposible es que el tal sea engañado, pues por amor de Dios deja a sí mismo.

Esto se manifiesta entre nos por ejemplo; porque si algún hombre tiene un criado que haga con él esto mismo, cosa es imposible que en cosa que importe a su tan fiel sirviente, vida o hacienda, permita ser engañado, siendo el tal señor bueno y poderoso. Pues, como Dios nuestro Señor sea bondad infinita e inmensa potencia, ¿cómo permitirá que su verdadero siervo — como lo es todo verdadero cristiano — viva engañado en cosa que tanto le importa? Imposible cosa es que sea engañado en el conocimiento de las cosas de Dios, el que deja su voluntad propia por hacer la voluntad de Dios. Y esto es lo que dice el mismo Dios nuestro Señor Jesucristo en su Santo Evangelio: *si alguno* — dice Él — *quisiere hacer la voluntad de Dios conocer ha si mi doctrina es de Dios.*[3] Aquel y sólo aquel que deja su voluntad propia por hacer la de Dios, ama a Dios sobre todas las cosas, y más que a sí mismo; y por consiguiente, con amor verdadero. El tal que así a Dios ama, no puede ser que no sea de Dios amado de amor perfecto, como de amigo verdadero. Por lo cual dice: *Yo amo a los que me aman.*[4] Y por San Juan dice: *Dios es caridad, y el que está en este amor divino, en Dios está, y Dios en él.*[5] Y en otra parte dice: *Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y a él vendremos, y en él moraremos.*[6]

1 *1 Tim. 5, 8.*
2 *Io. 7.*
3 *Io. 7, 17.*
4 *Prov. 8, 17.*
5 *1 Io. 4, 16.*
6 *Io. 14, 23.*

Esto es tan gran verdad, que no sólo es imposible Dios dejar de amar así a quien así le ama. Más aún, no puede ser que alguna criatura ame a Dios de amor verdadero, sin que sea de Dios amada primero; porque el mismo amor con que Dios la ama, es causa que la tal criatura le ame. Y por esto dice San Juan: *No que nosotros le hayamos amado primero, mas él primero nos amó.*[1]

De lo ya dicho queda bien probado, que el que vive como cristiano puede vivir engañado; antes, por la fuerza del amor divino ha de tener su santo y verdadero conocimiento, porque aun el mismo amor es causa de revelar el secreto. Y por esto dice nuestro Señor Jesucristo: *Si alguno me ama, yo le amaré y me le manifestaré.*[2] Y hablando en otra parte dice a sus discípulos: *Ya no os diré siervos, mas amigos; porque todas las cosas que oí de mi Padre, las hice saber a vosotros.*[3] Pues, como sea verdad infalible todo lo que nuestro Señor Jesucristo nos dice y en su santa fe se contiene; y que, por consiguiente, sobre la deuda inmensa que tenemos al amor divino, ninguno de cuantos hoy somos puede dejar de verse de aquí a poco, o reinando entre los ángeles y todos los santos con Dios en el cielo o, caído con los demonios en el profundo del infierno, arder sin fin en aquel horno horrible de fuego: ¿qué es la causa, que muchos de los que creen todo esto, hacen tan poco caso de ello?

La razón de esto es, que, aunque no les falta la cualidad de la fe, fáltales la obra y la vida de la misma fe. Quiero decir, como ya dije, que aunque no lo descreen, tarde o nunca lo piensan, y con profunda y frecuente meditación no lo consideran. De do también les sucede, que no sienten lo que creen. Es pues muy cierta y universal causa de la damnación la falta de la santa meditación. Y, pues, es la principal raíz para impedir todo bien, y la causadora de todo nuestro mal — como adelante entiendo probar —, de aquí se sigue, que ninguna escriptura nos puede ser más saludable y nos debe ser más amable, que la que a tanta falta de salud diere remedio y medicina, como lo es la que enseña las

1 *1 Io. 4, 19.*
2 *Io. 14, 21.*
3 *Io. 15, 15.*

cosas más útiles que debemos siempre pensar y en nuestro corazón traer y tratar, y el modo como las debemos meditar.

Teniendo, pues, deseo de hacer algún servicio, aunque pequeñuelo, a nuestro Señor Jesucristo y, por su amor, a cualquier humilde y devoto cristiano; y doliéndome de ver en estos nuestros tiempos tan peligrosos, cómo muchos por vivir tan desacordados de las cosas que siempre debrían meditar y traer delante sus ojos, corren tan de gana por el camino de la perdición como ciegos y desatinados e insensatos: acordé — por despertar mi ánima y las de todos los que se quisieren servir y ayudar de mi trabajo y amor verdadero con que los amo en nuestro Señor Jesucristo —, componer este breve tratado, que trata del ejercicio salubérrimo y salutífero de la meditación sagrada, y de las causas y efectos de ella.

Y porque las causas que preceden, y que mucho ayudan, son los buenos libros; y los efectos, los santos y divinos deseos, acordé que acompañase al tratado de la meditación, el de la lección y oración. Porque todos — como diremos — se ayudan para alcanzar la divina unión, y su beatífica y eterna fruición. De lo cual se sigue, que con razón podemos llamar a este tratado *Camino del cielo,* pues todas estas cosas que en él se tratan, nos encaminan por medios tan necesarios para buscar y hallar a nuestro Señor Dios, y comenzarlo a gozar dende luego en este mundo, hasta llegar a alcanzarlo perfectamente en su celestial Reino.

Y dado que de estas materias estén ya escritos muy muchos libros y mejores; mas, porque en nuestra lengua materna ninguno he visto, trataré muy en particular todas juntas y por el orden que aquí van puestas — el cual orden puede mucho al devoto lector ayudar —, para que más fácilmente y mejor las pueda saber, gustar y retener; saber con el entendimiento, gustar con la voluntad, retener en su memoria continua. Por esto yo, aunque indigno de hablar y de escribir de tan santa materia, ayudándome de lo que el Señor por su bondad infinita me ha inspirado, y de lo que en los libros santos he leído, deliberé ofrecer al cristiano y piadoso lector mi estudio y deseo de su consolación y salvación con este breve y compendioso libro, pidién-

dole por el amor eterno e inmenso de nuestro Señor y Redemptor Jesucristo, reciba en esta obra mi intención, y supla mis faltas con su devoción; y con sus oraciones pida al Señor perdón de mis pecados, y gracia para que él y yo y todos seamos salvos.[1]

1 Fin del Prólogo. Comienza el dicho libro llamado CAMINO DEL CIELO, *2.ª edición*

Primera Parte

COMIENZA EL LIBRO QUE TRATA DEL *CAMINO DEL CIELO* Y DE LA MALDAD Y CEGUEDAD DEL MUNDO

Capítulo Primero

EN QUE SE DECLARA LA INTENCION Y NECESIDAD DE ESTE LIBRO Y POR QUE SE LLAMA *CAMINO DEL CIELO*

Cuán *amables son vuestras moradas, oh Señor, Dios de las virtudes! Mi ánima las cobdicia y desfallece en pensarlas.*[1] Estas palabras decía el Profeta con ferviente deseo y suspiro y gran levantamiento de espíritu. Tenía, por cierto, gran razón y poderoso motivo. Porque es tan amable la morada del cielo, que no había de ser otro nuestro deseo. Y aunque por solo el mismo lugar corpóreo, que es el cielo empíreo, debe ser muy deseado, por ser, como es, sumamente hermoso y templado y yocundo y de todas recreaciones lleno; pero más se debe nuestro corazón encender con la cobdicia santa de la compañía tan dulce y amable, como es la de los ángeles y todas las otras órdenes de los espíritus bienaventurados, y de todas las diferencias de los santos que allí moran, y nos desean y están esperando con incomparable amor nuestra subida a reinar con ellos en aquella su ciudad tan gloriosa.

Mas lo que sobre todo esto debe inflamar nuestro corazón con deseo de subir al celestial reino, es por ver a nuestro Padre celestial y amantísimo, en el cual, toda la hermosura, ansi de los cielos corporales como espirituales, que son los sumos espíritus y todos los santos y todas sus virtudes, benevolencia y amistad, y toda dulzura y todos los bienes y todas las cosas amables y delectables, visibles y invisibles, están en él todas juntas. Y no como en las criaturas, mas como en su único ser divino e infinito e incommutable grado.

1 *Ps. 83, 2.*

Porque él es piélago inmenso, de do todo bien mana en la tierra y en el cielo, en cuyo respecto es una gota pequeñuela todo lo criado. Padre nuestro único, todopoderoso y amorosísimo, piadosísimo y dulcísimo.

Hemos, pues de desear, sobre todas las cosas, subir por verle. Porque, aunque está acá en la tierra y en toda criatura por potencia y por presencia y por esencia; y todo lo hinche, sustenta y mueve; y todo está en todo el mundo, y en cada parte mínima, todo; mas acá en la tierra no le vemos, ni se ve, sino en los cielos, que son como sus palacios divinos, de su omnipotente mano edificados, para do[1] moremos con él los que fuéremos sus verdaderos hijos. Y allí le veamos y conversemos, y con él sin fin reinemos y nos gocemos; y a él mismo, Padre nuestro que es, nuestra principal heredad y esencial felicidad, eternalmente poseamos.

Esto todo nos quiere dar a entender el mismo Hijo unigénito, nuestro Señor Jesucristo, cuando nos amonesta a que siempre oremos y, en el principio de nuestra oración, digamos: *Padre Nuestro que eres en los cielos.*[2] En decirnos, que nuestra oración sea frecuentada y que éste sea el principio de ella, nos significa que esta consideración piísima y altísima sea de nos siempre rememorada y en nuestras entrañas impresa, y por nuestra consolación y refugio tenida; porque, no hay consideración con que más el alma sea en Dios elevada y hecha devota, favorecida y enriquecida y consolada. Esto mismo quiso dar a entender el profeta cuando decía: *¿Qué tengo yo en el cielo y qué quiero sobre la tierra? Mi corazón ha desfallecido en haberlo pensado, Dios de mi corazón y Dios mi parte eterna.*[3] Esto mismo da a entender el Apóstol, diciendo: *Deseo ser desatado* — conviene a saber, del cuerpo — *y ser con Cristo.*[4] No dijo: "y ser en el cielo", lo cual se presuponía; mas dijo la causa principal por la cual lo deseaba, que es gozar de nuestro Señor Jesucristo, Dios nuestro único, y nuestro bien todo.

¡Oh cuánto debría ser el deseo que nos había siempre de abrasar por alcanzar este bienaventurado fin sin

1 do, *e. e.*, para que allí.
2 *Lc. 11, 2.*
3 *Ps. 72, 25.*
4 *Phil. 1, 23.*

fin! ¡Oh cuánto debría ser el cuidado que nos había siempre de aquejar[1] por ganarlo! ¡Oh cuán burlado se hallará de aquí a poquito el que pudiera haberlo alcanzado, y se viere haberlo perdido, y sin ningún remedio de cobrarlo! ¡Oh cosa de gran dolor y espanto, ver tanta gente perdida andar con tanta ansia, y caminos tan dificultosos, tras las cosas viles y vanas y tan míseras y transitorias, y con tan poco o ningún cuidado de buscar las celestiales y eternas! ¡Oh cosa de gran admiración, ver a los hombres ponerse en tantos trabajos por alcanzar lo que luego ha de perecer, y estar tan descuidados de lo que para siempre ha de durar! ¡Procurar con tanta diligencia y cobdicia lo que se ha de pasar en un punto, y tener tanta tibieza y negligencia para aquel sumo y perdurable contentamiento y cumplimiento de todo nuestro deseo.

Cosa es digna de llorar, que no queramos ni aun podamos tener otro cuidado, y que sea otro nuestro negocio, y que podamos comer o hablar de alguna cosa temporal, o cualquier cosa negociar, sin estar pensando en esto, y ordenándolo todo a este solo fin, en que tanto nos va, que es alcanzar[2] de ver y gozar a Dios nuestro bien, todo y sin término, en su celestial paraíso.

Pues, como sepamos por noticia infalible de la fe verdadera, poder alcanzar, y tan presto, un fin tan glorioso, ¿qué nos ha de poder impedir el camino que lleva a este perfecto y eterno descanso? ¿Y qué otro es el camino, si no el cumplimiento y observancia de la ley divina? Esto es lo que dice el profeta: *Bienaventurados los limpios en el camino.*[3] Y cuál sea este camino, decláralo en lo que se sigue, diciendo: *los que andan en la ley de el Señor.*[4] Esto mismo dijo nuestro Señor Jesucristo a un mancebo: *Si quieres entrar a la vida, guarda los mandamientos.* Todo es uno: guardar lo que Dios manda y observar su ley divina.[5] Esto enseña nuestro Señor Jesucristo, diciendo: *Amarás sobre todas las cosas al Señor Dios tuyo y al prójimo como*

1 Aquejar, *e. e.*, apurar, acuciar, afanar, afligir.
2 *1.ª ed.:* a este único y sumo negocio que es alcanzar...
3 *Ps. 119, 1.*
4 *Id., íd. Ps. 119, 2 ss.*
5 *Mt. 19, 17.*

a ti mismo; en estos dos mandamientos cuelgan toda la ley y los profetas todos.[1]

Mas, como el amor del prójimo redunda[2] del amor de Dios, de aquí se sigue, que el que verdaderamente ama a Dios nuestro Señor, toda su ley guarda. De manera, que no es otra cosa el camino del cielo, sino el amor divino. Pues, como — según nuestro Padre San Agustín —, ninguna cosa se puede amar, si primero no se conoce, de aquí se sigue, que el amor de Dios presupone el conocimiento de Dios. También, como nuestra voluntad naturalmente se inclina al bien, y Dios sea todo bien y todo bien sumo, cuanto fuere de verdadero conocimiento conocido, tanto será más amado. Pues, como la noticia que se tiene de Dios en esta vida no sea por vista, síguese que ha de ser por oídas, esto es, por fe, como lo dice el apóstol: *la fe, oyendo se causa.*[3] Oyendo, pues, las nuevas de Dios, que nos dice su santa Iglesia por medio de la santa Escriptura, venimos a conocerle; y conocido, a amarle. Es, pues, el primer principio y fundamento para allegarnos a Dios creyendo, oír lo que él mismo nos enseña, oyendo o leyendo la Escriptura santa.

Lo segundo, es pensar atenta y profundamente lo que así oímos o leemos, para bien percibirlo y entenderlo. Y este pensamiento es meditarlo.

Lo tercero y último es, que después de ser así con la meditación conocido lo divino, venimos a amarlo y desearlo. Y este deseo es, pedirlo a Dios con el corazón, en lo cual consiste la verdadera oración.

Estos tres medios son necesarios para hallar a Dios; y son como tres escalones con que a él subimos, figurados por aquella escala que vido[4] Jacob, *cuya cumbre llegaba hasta el cielo;*[5] en la cual estaba unido nuestro Señor Jesucristo. Porque él es nuestro camino, por el cual subimos a gozarle, imitando su vida y ejemplo; él, en cuanto hombre, es por do subimos; y él mismo, en cuanto Dios, es a quien subimos. Porque el descender es causa del subir. Y así dice Jacob, *que veía a los*

1 *Mt. 22, 37-38.*
2 redunda, *e. e.*, dimana.
3 *Rom. 10, 17.*
4 vido, *e. e.*, vió. *Forma arcaica del latín* vidit, *que aún se conserva en algunas regiones de Castilla la Nueva y Extremadura.*
5 *Gen. 28, 12-16.*

ángeles descender y subir por la escala: porque los hombres que viven humildes y limpios son semejantes a los ángeles. Éstos descienden y suben cada día por esta escala, que es Cristo nuestra cabeza. Descienden a considerar su humanidad, suben a contemplar su divinidad. Descienden, imitando la humildad con que vivió en esta vida presente; suben a gozar, por contemplación, su divina esencia.

Y bien se han estos pasos de este santo camino a manera de escalones, que [1] siempre van más subiendo; y también porque el uno es medio para el otro; y así es, que la lección dispone para la meditación, y la meditación para subir a la oración. Son también figurados estos tres ejercicios de este santo camino por aquellos tres días que Moisés dijo a Faraón ser necesarios de caminar a su pueblo para ir a sacrificar a nuestro Señor Dios en el desierto: *Iremos,* dice, *camino de tres días para ofrecer digno sacrificio al Señor Dios nuestro.*[2] Días se llaman estos tres ejercicios, porque así como el día natural con esta luz corpórea alumbra los ojos del cuerpo, así cada uno destos tres ejercicios divinos alumbra el ánima con la luz espiritual e incorpórea del sol de justicia.

La lección santa y devota — que es como el primero día —, halla y muestra este camino bienaventurado. Por esto dice nuestro Señor en el Evangelio: *Escudriñad las Escrituras;* esto es, leyendo atenta y frecuentemente en ellas; *porque ellas son las que dan testimonio de mí.*[3] De lo cual se sigue, que ellas nos dan a conocer a nuestro Señor Jesucristo, el cual es este camino del cielo, como él mismo lo enseña, diciendo: *Yo soy el camino.*[4]

Porque si caminamos hacia Dios, es por la participación de su mérito e imitación de su ejemplo. Él mismo es el día, del cual dice: *El que anda en el día no ofende.*[5] Él es día verdadero, *porque es luz que alumbra a todo hombre que viene en este mundo.* Y por esto dijo a sus discípulos: *¿Por ventura no hay doce horas*

1 Que, *e. e.*, porque...
2 *Ex. 5, 3.*
3 *Io. 5, 31.*
4 *Io. 14, 6.*
5 *Io. 11, 10.*

en el día? [1] Esto dijo, porque ansí como en este visible día, que tiene doce horas en el tiempo del equinocio, todas estas horas son claras, porque reciben la luz del sol corporal, así sus doce apóstoles, y todos sus imitadores, que siguen y guardan su doctrina — como lo son todos los cristianos verdaderos —, reciben fontalmente [2] la luz divina de aquel sol verdadero, que es luz del mundo.

El segundo día, es el ejercicio de la sagrada meditación. Esto enseña el profeta diciendo: *¡Cómo amé tu ley, Señor!* [3] Y luego añade diciendo: *Todo el día es tu ley mi meditación.*[4] Como si dijese: de siempre meditarla, vine a amarla. Porque cuanto uno más piensa en Dios, más le conoce. Y cuanto más le conoce, más le ama. Y porque este aumento de la luz del conocimiento de Dios, se causa [5] de la meditación, añade diciendo: *Sobre todos los que me enseñaron entendí, porque vuestros testimonios son mi meditación.*[6] Dice, pues, aquí la Iglesia, y lo mismo cualquier ánima que es verdadera cristiana: Sobre todos mis primeros maestros, esto es, los filósofos de este siglo y todos los sabios de este mundo, he entendido; porque mi meditación es tus testimonios.

Testimonios divinos son los mandamientos, los cuales son tales, a quien bien los mira, que dan testimonio quién sea el que los manda. Porque el que continuamente considera la pureza y rectitud, santidad y utilidad, nobleza y dulzura, justicia y piedad, hermosura y preciosidad, virtud y salud, bondad y felicidad que en los mandamientos mismos se contiene, y en la guarda de ellos se consigue, serle han testimonios de Dios. Porque conocerá que el que tales cosas manda, *tan justificadas en sí mismas,*[7] y que traen tanta retribución y consolación con esa misma guarda de ellas, y que nos las mandó tan mandadas, so pena del infierno a quien no las guardare, y con premio no menos que del reino del cielo eterno, a quien las guardare: no pue-

1 *Io. 1, 9.*
2 Fontalmente, *e. e.*, como de la fuente misma, plenamente.
3 *Ps. 118, 97.*
4 *Id. ibíd.*
5 se causa, *e. e.*, se origina.
6 *Ps. 118, 24. 99.*
7 *Ps. 18, 10.*

de ser, sino aquél que en justicia y misericordia, y liberalidad y bondad, y majestad y potencia, es inmenso y en toda virtud infinito: Que es ese mismo Dios nuestro, solo, inconmutable y todo poderoso.

El tercero día es el ejercicio divino de la oración, del cual dice el profeta: *Allegaos a Dios y seréis alumbrados.*[1] En lo que dice "allegaos" significa el ejercicio del amor divino. Porque ninguno se allega a Dios verdaderamente, y le abraza, y con él se unifica, sino cuando le ama. Y cuando actualmente le ama, le desea; y deseándole, ora. Y por esto dice el Apóstol: *El que se allega a Dios, hácese un espíritu con Dios.*[2] Porque — como dice San Dionisio —, el amor es virtud unitiva.[3] Y San Agustín dice: *el ánima más está a do ama, que en su mismo cuerpo, al cual anima.*[4] Pues dice, allegándonos así a Dios seremos alumbrados, porque este ejercicio, más que otro, es medio por do se alcanza la luz. Porque da a ese mismo Dios, que es esa misma infinita luz. Y pues participa de la luz, tal luz día es, y día tan claro, que en su respecto este día visible es como la noche, cuando hace muy oscuro.

Estos mismos tres ejercicios se pueden entender por aquellas tres palabras de tiempos diversos que dijo nuestro Señor Dios cuando crió todo este mundo, conviene a saber: *fiat, fecit, factum est;* que quiere decir: *hágase, hizo, fué hecho.*[5] Así, nuestro Señor Dios, cuando quiere rehacer o reformar el menor mundo, que es el hombre, el cual sólo es un mundo abreviado; [6] cuando a este tal quiere regenerar, y como de nuevo criar nueva criatura, haciéndole de carnal y animal, que es primero, espiritual y hombre nuevo, dice estas tres palabras, porque su decir es hacer.[7] Quiero decir con esto, que con estas tres palabras le hace estas tres mercedes,

1 *Ps. 33, 6.*
2 *1 Cor. 6, 7.*
3 *Mística teología.*
4 San Agustín, *Confes.*
5 *Gen. 1, 3.*
6 Mundo abreviado, *e. e.*, microcosmos, *como la llamaron los filósofos antiguos, porque en el hombre se halla reunido el universo entero; el mundo o reino mineral o insensible, el animal o viviente, y el racional o espiritual. Muchos de los teólogos con fray Luis de León y Escoto a la cabeza alegan esta razón como uno de los motivos de elegir Dios al hombre para encarnarse, como anillo de unión entre los diversos elementos de la Creación.*
7 *Ps. 148, 5.* Ipse dixit et facta sunt.

de darle estos tres ejercicios: La lección, que es el primero, muestra el camino y la obligación que de caminar por él cada uno tiene; y por esto dice *fiat*, que quiere decir, *hágase*. La meditación, con que ya en alguna manera anda el ánima allegándose a Dios por atento y frecuente pensamiento y mayor conocimiento, dice *fecit*, que quiere decir, *hizo*, o comenzóse a hacer. La oración, que es la que ya ha perfectamente allegado y a Dios abrazado, dice *factum est*, que quiere decir: *fué hecho*.

El *fecit* y el *fiat*, son como la tarde y la mañana; de los cuales dos tiempos dice la Escriptura santa que fué hecho un día.[1] Porque, aunque son dos diversos ejercicios, y cada uno de parte de sí es lucido, y ansí son dos días entre sí mismos diversos; mas, porque entrambos concurren para un solo efecto, que es alumbrar nuestro entendimiento por el conocimiento divino, por esto entrambos juntos hacen un día mismo.[2] Mas estos dos tiempos, que son tarde y mañana, incluyen en sí la hora del mediodía para hacer un día natural y entero.

Así, en la lección y meditación se entremete la inspiración, con que se enciende la oración, la cual bien es significada por la hora del mediodía, así como la lección y meditación por los tiempos de la mañana y la tarde. Porque, en estos hay aún poca luz, y muchas veces falta de calor; mas en el tiempo de la oración, es como en la hora de mediodía, en la cual la luz de la noticia divina está del todo clara y pura, y el calor del sol del celestial y divino amor calienta y enciende nuestro corazón con mayor fuerza y fervor.

En esta hora del mediodía se dice, que Dios se *apacienta* y *descansa*,[3] para dar a entender que el que dignamente se ejercita en la oración recibe de la mano de Dios descanso del alma y deleite del corazón. Porque la verdadera oración no está sino en la divina dilección, de la cual dice el profeta: *Yo corrí por el camino de tus mandamientos, cuando ensanchaste mi corazón*.[4] Y en otro verso dice: *Yo andaba en anchu-*

1 *Gen. 1, 3 ss.*
2 mismo, *1.ª ed.*, místico, *2.ª ed. tal vez errata.*
3 *Cant. 1, 13.*
4 *Ps. 118, 32.*

ra, porque busqué tus mandamientos con diligencia.[1]

La razón de esto es, porque todo aquel que dignamente ora, otra cosa no desea; y así deseando con el corazón, no pide sino agradar a Dios en este mundo, y verle y gozarle sin fin en el otro. Y esta afección, es una divina dilección, con la cual el alma a Dios desea y todo lo que le pide alcanza. Y ansí sus mandamientos cumple, y por el camino de ellos corre con esta dilección y oración, favorecida y roborada,[2] ennoblecida e ilustrada, encendida y hervorada,[3] profundada [4] y alargada, dilatada y elevada, y a su mismo principio y fin unida.

Presupuesta, pues, la simple noticia de los divinos mandamientos, que a todos es manifiesta, y que con sola la luz natural es notificada a todos, buenos y malos; será nuestro intento, tratar de estos tres ejercicios, para alcanzar con ellos el sobrenatural favor, con que queramos y podamos cumplir, y con la obra cumplamos, todas las cosas que Dios nos manda; las cuales todas cumple el que verdaderamente le conoce y ama. Lo cual, todo aquél y sólo aquél recibe y alcanza, que dignamente persevera en estos tres santos y suaves y saludables ejercicios. Y pues de ellos depende la guarda de los mandamientos, cuya observancia es subir a la vida eterna que habemos de gozar en el cielo: por tanto, con razón este libro se llama *Camino del Cielo.*

Y porque el que verdaderamente camina a aquella patria bienaventurada, siempre anda; y en todos los tiempos del día de esta presente vida camina; de aquí es, que estos tres ejercicios, en todos los días, y en todos los tiempos de cada día, y en todas las horas y momentos, nos son salutíferos e importantísimos, y a cada paso necesarios; y cuanto más usados, tanto más provechosos.

Y de aquí, que los Santos los tenían continuos, por lo cual el profeta David dice en el psalmo: *Proveía a*

1 *Ps. 118, 45.*

2 roborada, *e. e.*, robustecida, *de la palabra latina "robur"* fuerza.

3 hervorada, *e. e.*, afervorada, enfervorecida.

4 Profundada, *palabra anticuada, pero que debiera resucitarse, pues no significa lo mismo que* profundizada, *o* ahondada, *que no envuelven la idea de* dilatar *la* profundidad, *como se dilata su largura cuando se dice,* alargada.

Dios en mi acatamiento siempre;[1] y esto se hace con la frecuentación de la lección y de la meditación. Y nuestro Señor, hablando en el Evangelio de la oración, nos amonesta diciendo: *Conviene siempre orar y nunca desfallecer.*[2] Y esto mismo nos persuade el Apóstol diciendo: *Orad sin intervalo.*[3]

Mas ya que al hombre por su humana flaqueza, y mucho más por su propia culpa, con que se ha inclinado tanto a cosas contrarias como son las de este mundo, y por esto se le hace dificultoso darse siempre y en toda hora a estos espirituales ejercicios, y mayormente a los principios; dése, a lo menos, a usarlos cada día. Y en el día, las más veces que pueda. Porque le importa mucho para que se salve.

1 *Ps. 15, 8.*
2 *Lc. 18, 1.*
3 *1 Thes. 5, 17.*

Capítulo II

DEL PRIMER EJERCICIO DEL CAMINO DEL CIELO, QUE ES LA LECCION DEVOTA Y FRECUENTADA, Y DE LOS GRANDES DAÑOS QUE SE SIGUEN DE LEER LIBROS MUNDANOS

El primer ejercicio y principio de este santo *Camino* es la lección, en la cual Dios habla con nosotros, así como en la oración nosotros hablamos con Dios. De esta lección de las cosas divinas fué figura el paraíso terrenal, según dice Orígenes. Porque, así como en él había todo género de árboles, con todas las diferencias de frutos y sabores para el gusto del cuerpo; así en la sagrada lección se hallan todos para el gusto del ánima, cuyo manjar es la palabra divina. Esta misma lección es *pan de vida y entendimiento,* como lo dice el Sabio.[1] Y es un pan tan sabroso, que está figurado por el maná que dió Dios a los hijos de Israel en el Desierto, que contenía en sí todos los sabores para los que eran buenos.[2] Así de éste lo reciben para el gusto de sus ánimas todos los que no tienen estragados sus gustos con los humores desordenados y amargos de sus vicios y pecados.

Este santo y salutífero ejercicio de la santa lección, es la raíz y principio de todo nuestro bien y salvación; así como la lección profana es origen y causa de todos los males, y de la eterna damnación. La razón de esto está clara; porque como nuestro corazón es como la rueda del molino, que nunca para de tratar y moler algún pensamiento, y lo que leemos y oímos es lo que, a manera de semilla, le echamos, para que piense y

1 *Eccli. 15, 3.*
2 *Ex. 16, 15.*

muela; cual fuere la semilla, tal será la harina; y cual la harina, tal será el pan que de ella se amase y después se come.[1] Si la semilla de lo que la lección o plática ofrece, es santa, será el pan o manjar sabroso y salutífero. Si es vana, será vano. Si es profana, será ponzoñoso. Con el primero, es el ánima consolada y confortada. Con el segundo, queda vacía y estéril. Con el tercero, queda emponzoñada y pestífera. *Las palabras malas corrompen las buenas costumbres.*[2]

Extrema locura es, que estando en tanto peligro de condenación eterna, y siendo de nuestra cosecha tan mal inclinados, se busquen y lean libros con que sean los vicios más despertados y avivados. Ansí como leer en libros devotos es el primero paso y escalón del camino del cielo, ansí leer en libros mundanos es el principio del despeñadero de los vicios, por do van al paradero del infierno. Porque de las malas palabras se causan los malos pensamientos. Y de los malos pensamientos, los malos deseos. Y de los malos deseos, las malas obras. Y de las malas obras, las malas costumbres. Y de las malas costumbres, las penas eternas.

¿Qué otra cosa son los libros mundanales, sino tizones infernales? ¿Qué otra cosa son las lecciones o pláticas profanas, sino unas espuelas que ofrecen los demonios, para hacer correr[3] por los vicios? ¿Qué otra cosa sacan los desventurados de este pasatiempo, sino pasar en vano su tiempo, perder el fruto suave y meritorio que sacarían del ejercicio contrario, perder incomparables provechos e incurrir en muchos y grandes daños, tomar y comer con sus propias manos el pan mortífero, y privarse del pan, que ya dijimos, saludable y suavísimo? ¿Qué otra cosa sacan de estas ocupaciones, sino inclinación mayor a los vicios, cadenas para ser detenidos en sus pecados, vivezas para malicias, industria para maldades? Así como en la lección o plática devota habla Dios con nosotros, así a los que se dan a oír o leer las cosas vanas del mundo habla el demonio con ellos. Cual es el maestro, tales son los discípulos.

1 *1.ª ed.:* y cual la harina, tal el pan, etc.
2 *1 Cor. 15, 33. El verso es del poeta griego Menandro.*
3 *1.ª edic.:* para hacer arremeter y correr, etc.

¡Oh, gran dolor, ver la multitud de discípulos que tiene el día de hoy el demonio, y cuán pocos los que huelgan de oír y seguir a nuestro Señor Jesucristo! ¡Cuán muchos los que siguen a su enemigo crudelísimo, que los lleva engañados al infierno; y cuán pocos a su amigo y maestro, que descendió del cielo a enseñarnos su camino! ¡Oh, cuántos tienen usurpado el nombre de cristiano, pues no huelgan de seguir ni aun oír con devoción la doctrina de Cristo! Andan como ciegos, porque van desviados del camino claro que Dios alumbra con su santa palabra, la cual en toda hora, oyéndola o leyéndola, debemos ante nuestros ojos traer, para que caminando en día claro, no ofendamos en este camino, como lo dice el Evangelio.[1]

Mas los tales por falta desta luz andan siempre de noche en tinieblas profundas y peligrosas. Y por esto, a cada paso tropiezan y ofenden, y no sienten a dónde van.[2] Gastan su tiempo estos desventurados, y consumen su vida estos desatinados en oír o leer o platicar de los vicios o negocios mundanos; y con estos tales libros o lecciones se hacen cada día más incorregibles y obstinados. Porque mientras más abren las orejas o cualesquier puertas de su sentido al mundo, más las cierran a Dios. Mientras más oyen lo que el demonio les enseña, más olvidan lo que nuestro Señor les manda. Todo esto se muestra en nuestra primera madre Eva; la cual, por escuchar lo que el demonio por medio de la serpiente le decía, quedó tan emponzoñada, que ella murió, y emponzoñó y mató a su marido y a todos sus hijos, que somos todo el linaje humano.

1 *Io. 11, 10.*
2 *Io. 12, 35, 36.*

Capítulo III

DE CUATRO MANERAS DE LIBROS DE LOS DEMONIOS. Y PRIMERAMENTE DE LOS OBJETOS MUNDANOS

Como el demonio sabe que hay en nos dos inclinaciones diversas, y aün contrarias, que son: la una, a los bienes sensuales, ínfimos y transitorios; y la otra, a los espirituales, sumos y eternos. Y sabe también, que a ninguna cosa nos podemos actualmente inclinar a amarla, si no la conocemos; y que todo nuestro conocimiento entra primero por las puertas de los sentidos, mayormente por el sentido de la vista y por el del oído. De aquí es, que siempre procura, cuanto puede, ofrecernos a los sentidos cosas con que nos enseñe y haga conocer estos bienes viles y sensuales, para que desordenadamente y aun solamente los amemos; y para que, ocupados en ellos, e inclinados demasiadamente a ellos, nos impidan el conocimiento e inclinación de los bienes y deleites verdaderos y divinos.

Usa para esto de cuatro maneras de instrumentos, que son como libros suyos, por los cuales nos enseña lo que quiere, y con sus engaños nos emponzoña. Los unos instrumentos son, generalmente todos los objetos mundanos, con los cuales engaña universalmente a todos los necios, que son todos los pecadores; los cuales, aunque sean de agudo ingenio natural y tengan letras, mas con todo esto, para sentir las cosas de Dios son como necios e insensatos. Y por esto se dice en el libro de la Sabiduría, *que en el día del juicio armará Dios a sus criaturas para tomar venganza de sus enemigos, y peleará todo el mundo contra los insensatos.*[1] Dice

1 *Sap. 5, 17.*

que se armará contra ellos toda criatura, porque con justo juicio de Dios serán heridos de todas las criaturas los que quisieron más, y oyeron y miraron más a las criaturas, parando más en los dones, que no en su mismo Criador y dador de ellos.

Con los objetos de ellas engaña el demonio a los ingratos y necios; y por esto dice el Sabio: *Que la criatura es hecha como lazo o instrumento engañoso a los pies de los insipientes.*[1] Insipientes, dice, y no a los sabios, que son los amigos de Dios; porque a los tales, y mayormente a los perfectos o aprovechantes, no es ninguna criatura mal libro, sino antes bueno. Porque en ellas, bien miradas, resplandece la potencia, sapiencia y bondad, hermosura y caridad de Dios; y todas a voces dan lección para conocer la grandeza de Dios. Y por esto se dice en la Sabiduría: *De la grandeza de la hermosura y criatura, podrá ser conocido su criador.*[2]

Mas a los que no están inclinados al amor de su Dios, dador de todos los bienes, éstos son engañados a cada paso por medio de estos mismos dones de Dios y presentes bienes. Por que presentándoles el demonio estos objetos exteriormente a sus sentidos, y diciéndoles, juntamente con sus ocultas y malas sugestiones y engaños, los placeres que tomarán con ellos; y mostrándoles el cebo y no el anzuelo, el deleite vil y momentáneo y no su espiritual e incomparable daño y tormento, con esto los engaña, prende, y, en el espíritu, mata, metiéndoles las saetas emponzoñadas con las noticias y representaciones actuales de estos mundanos objetos por las puertas de sus sentidos; y ansí — como dice Jeremías — *entra la muerte por nuestras ventanas.*[3]

Y como ésta sea la causa universal de nuestra salvación o condenación, de aquí se sigue, que cuando alguno, mayormente no perfecto, más se diere a poner los ojos en estas cosas visibles, y a percibir estas cosas sensuales, tanto se pone en mayor peligro de ser eternalmente condenado. De aquí también se sigue, que toda persona, poderosa o rica, cuanto tiene mayor abun-

1 *Sap. 14, 8s.*
2 *Sap. 13, 5.*
3 *Ier. 9, 21.*

dancia de estos bienes presentes, tanto está en mayor peligro de ser engañada y condenada, si no tiene más abundancia de la gracia de Dios, para tenerlos más menospreciados que otra, por estar unida a Dios con más fuerte amor que otra. Si esto no tiene, antes se precia de estos bienes superfluos y momentáneos, acáecele lo que a Absalón: que yendo huyendo en la batalla que contra su mismo padre hacía por usurparle el reino, entrándose la bestia o mulo [1] en que venía por bajo de una encina, enredóse a las ramas con los cabellos, que tenía muy largos y muchos y muy hermosos, de los cuales se preciaba mucho; y pasándose la bestia en que iba, quedó él colgado; y llegó Joab, y metióle tres lanzas por el corazón, y matólo; y después fué apedreado, y sepultado debajo de montón de piedras muy crecido.[2]

Así el mundano e insipiente,[3] que se precia y pone más su corazón en los largos cabellos de la muchedumbre y superfluidad de estos bienes transitorios, enredado de los muchos y diversos objetos a que es inclinado, y que tiene a cada paso, queda atado a la encina del amor de este mundo; y Joab — que significa el demonio —, viendo en él este aparejo, le mete tres lanzas por el corazón, que son las tres cosas que hay en el mundo, que son — como dice San Juan —, *cobdicia de la carne, cobdicia de los ojos, y soberbia de la vida.*[4] Y con éstas, llagado y muerto en el espíritu, es después sepultado en el profundo barranco del infierno, quedando sobre él gran multitud de guijarros, que son los muchos, y duros, y perdurables tormentos.

1 *2.ª ed.:* un mulo, erradamente.
2 *2 Reg. 18, 9-18.*
3 insipiente, *palabra latinizante, hoy culterana, y sólo usada en estilo afectado. En el siglo XVI era, sin embargo, corriente, aunque ya empieza al final a ser sustituída por sus equivalentes,* necio, ignorante, *etc.*
4 *1 Io. 2, 16.*

Capítulo IV

DE LA SEGUNDA MANERA DE LIBROS DE LOS DEMONIOS QUE SON LOS JUEGOS

Otro género de libros pestíferos son los juegos, los cuales son también libros de los demonios, porque son instrumentos por los cuales enseñan a los hombres muchas lecciones con que ofendan a nuestro Señor Dios en muchas maneras. Con ellos enseñan la cobdicia y la acidia. Enseñan a mentir, jurar, perjurar, blasfemar, reñir, injuriar, hurtar, robar. Enseñan falsos testimonios, disensiones, contiendas, enemistades, rencores, homicidios, olvido de Dios, perdimiento del tiempo, pasar la vida en vano, y engolfamiento en el mundo.

En estos males todos, o en parte dellos, hacen caer los espíritus malos a los jugadores por medio de los juegos. Y pues lo que procuran de enseñar los demonios son todos estos vicios, y los enseñan — como lo vemos por experiencia —, por medio de los naipes y dados y otros juegos, síguese, que los tales instrumentos son libros de los demonios.

Es éste un vicio — allende de ser tan malo, por ser causa de tantos males —, que hace al hombre que a él se dà, tan miserable y tan malaventurado, aun mientras vive en este mundo, que de libre lo convierte en esclavo. Y no de algún buen señor, sino de muchos y muy viles, como lo son las cartas de los naipes y los otros instrumentos de los juegos. La razón de esto, si bien miramos, está clara. Porque cuando algún jugador está jugando tiene cautivo su entendimiento a mirar el naipe y a pensar en él; y no le deja pensar ni gozar otra cosa, de tantas y tan buenas como le hace perder. Tiene cautiva la memoria, porque no le deja

acordarse de otro negocio, de tantos como hay convenientes y saludables, temporales y eternos; aunque todos se deben inclinar y ordenar para un solo negocio, que es hallar y gozar a Dios en este mundo y en el cielo, de lo cual mayormente aparta el juego. Tiene cautiva la voluntad, a no estar deseando otra cosa sino la negra carta o dado o cosa semejante, que cobdicia.

Si bien profundamente miramos este cautiverio, es el más vil y más malaventurado que hay ni puede haber en el mundo. Porque venir algunos a ser esclavos de algún hombre, el mayor que sea, es cosa miserable. Y si es de alguna persona ínfima y vil, mucho mayor miseria. Mas si el tal viniese a ser cautivo de un asno, o cualquier otro animal bruto, sería más vil cautiverio. Mas si alguno cayese en tanta locura, que se hiciese esclavo de un hombre pintado, sería mayor desaventura que ser esclavo del tal animal bruto; porque, cuanto la cosa es más baja, tanto es de peor condición el que está sujeto a ella. Pues claro está, que un asno, o cualquier otro animal bruto, vivo, es mejor que el hombre pintado, porque aquel animal, aunque irracional, tiene ánima sensitiva; mas la imagen del hombre, o de otra cosa, pintada en el naipe, es cosa insensata.[1] Aquel animal se mueve y tiene facultad para muchas y admirables operaciones, como lo son las de todos los sentidos; mas la imagen no tiene ni puede tener movimiento ni facultad para obrar bien alguno.

Luego, por el tiempo que el jugador está en el juego, sujeto está a la más vil cosa del mundo. Y aún más digo. Que como tenga èste tal, mientras juega, por fin, para su consuelo, tal o tal carta o instrumento, y tal sea una imagen, como lo es el ídolo, es hecho en cierta manera como idólatra, cuanto a este efecto, mientras dura el juego. Y así, pone altar — que es la mesa — para adorar al naipe o dado o instrumento del juego; pone también candela delante de él, cuando hay necesidad, para le ver y adorar. Y delante de él está muy atento y suspenso, y por él de su verdadero Dios olvidado, y en tan profunda ceguedad caído, y de tantos males cargado. Y no solamente padece los males y daños incomparables de culpa, mas aún los males de

1 insensata, *e. e.*, insensible, que no siente.

pena. Porque ejercicio es muy penoso estar a cada paso esperando, dudoso y suspenso y congojoso.

Pierde también, no sólo la conversación divina, mas también la humana; que le podía ser saludable y suave. Está privado de todos los verdaderos bienes, y lleno de males culpables y penales. Con todo esto, hay algunos el día de hoy, que cuando no están durmiendo, o comiendo, o negociando alguna cosa de estas terrenas y transitorias, pasan su tiempo en el juego; y si alguno les dice, que no jueguen, responden: ¿Pues, qué habemos de hacer? Como si no hubiese otra cosa en qué entender, estando en tanto peligro de verse de aquí a poco perdido el cielo, y caído para siempre en el infierno, teniendo tan inmensa obligación de pensar siempre en los inefables e innumerables y continuos beneficios divinos, y tan poco tiempo para buscar a Dios y hacer digna penitencia, para escapar de la condenación eterna, y para aumentar los grados de gloria perpetua.

Con todo esto, están tan ciegos e insensatos, que dicen: ¿En qué hemos de pasar la vida, si no jugamos? ¡Oh desventurado de ti! Está encendido el horno de fuego, en que está mandado que seas metido, y sus horribles llamas, en que has de ser envuelto, suben en alto, ¿y tú, tan sin temor, quieres pasar y perder en el juego este poco tiempo que te queda de vivir en este siglo, en el cual podrías ganar con otros ejercicios, buenos y apacibles, tanto fruto, como es escaparte del infierno y subir al cielo, y aumentar la felicidad inefable e interminable del Paraíso? ¿De dónde vienen los tales a tanta insensibilidad y crueldad, sino de comprehenderles [1] la maldición del profeta, el cual — hablando de los adoradores de los ídolos, que adoran las imágenes mudas y sordas e insensatas —, contra ellos movido por el Espíritu Santo, dice: *Sean hechos los semejantes idólatras a las mismas cosas que son por ellos adoradas?* [2] Quiere decir: que, pues adoran por Dios a las cosas insensatas, sean ellos hechos sin sentido, semejantes a ellas.

1 comprehenderles, *e. e.*, alcanzarles.
2 *Ps. 105, 36.*

Capítulo V

DE LA TERCERA MANERA DE LIBROS DE LOS DEMONIOS, QUE SON LOS HOMBRES MALOS

La tercera manera de libros de los demonios son los hombres inicuos, que con sus malos ejemplos y con sus malas palabras enseñan e inclinan a los vicios. Llámanse con razón libros de los demonios, porque los demonios los toman por instrumentos para mostrar y persuadir los pecados. Son estos instrumentos tan peligrosos a quien no se guarda de leerlos u oírlos, que pueden hacer más mal que los mismos demonios sin ellos. Esto se muestra bien claro en nuestros primeros padres. Porque el demonio no se atrevió a persuadir por sí mismo a Adán para que traspasase el mandamiento de Dios, pareciéndole que por ventura no le aprovecharía, si lo tentase por sí mismo. Mas, como astuto, tomó a Eva, su mujer, por instrumento, para persuadirlo; y con este medio lo venció y derribó. Pues si pudo a Adán, siendo tan sabio y tan santo, estando en el estado de la inocencia y justicia original justísimo y rectísimo, y de nuestro Señor Dios tan familiar hijo y amigo; ¿cuánto más podrá a los otros todos, que nacen ya mal inclinados?

Es muy peligrosa la compañía de los malos; y tanto, que los que de ella no se guardaren, serán pervertidos, así como con la de los buenos convertidos y santos. Por lo cual dice el profeta: *Con el santo serás santo, y con el perverso serás pervertido.*[1] Pervierten los malos, escandalizando con sus malos ejemplos. Por lo cual dice nuestro Señor: *¡Ay del mundo, por los escándalos!*[2] Y en

1 *Ps. 17, 26.*
2 *Mt. 18, 7.*

otra parte: *¡Ay de vosotros, que rodeáis la mar y la tierra para convertir a alguno a que venga al conocimiento de la ley y de la fe cristiana, o al estado de la vida religiosa, y después que ha venido, le hacéis con vuestros malos ejemplos ser doblado peor que vosotros!* [1]

Escandalizan y pervierten las malas compañías a las veces por vía de halagos, lo cual es gran ocasión de condenación. Por tanto, dice nuestro Señor en el Evangelio: *Si tu pie o tu mano o tu ojo te escandaliza, córtalo o sácalo, y arrójalo de ti, porque mejor te será entrar en la vida eterna sin él, que en el fuego del infierno con él.*[2] Quiere decir: si tienes en tu compañía alguna persona que es tus pies o manos por la utilidad que de él recibes, o tus ojos, por el amor con que la miras o placer o deleite que con ella tienes, apártala de ti, arrojándola o huyendo de ella. Que mejor te será carecer ahora un poquito tiempo de ella y ser salvo, que no, tenerla y gozar un poquito de ella, y ser por esto eternalmente condenado.

Escandalizan y pervierten también los malos por vía de amenazas, temores y espantos. Porque muchas veces los que tratan con los malos, mayormente con los grandes señores, cuando son inicuos y que por su interés los sirven, no pueden dejar de caer. Porque, o por temor de no incurrir en algún daño o trabajo, o no perder algún provecho momentáneo, huelgan de agradarlos, aun en aquellas cosas que desagradan a Dios. Contra los cuales dice el profeta: *Los que agradan a los hombres, confundidos son, porque Dios los ha menospreciado.*[3] Y en otra parte dice contra los que por temor mundano pecan: *Temblaron de temor do no había temor.*[4]

Escandalizan y pervierten en gran manera los malos con sus malas lenguas, hablando o escribiendo cosas vanas y mundanas. Por lo cual dice el Apóstol: *Las malas pláticas corrompen las buenas costumbres.*[5] Y en otra parte dice, escribiendo a Timoteo: *Evita las pláti-*

1 doblado, *e. e.*, doble. *Mt. 23, 15.*
2 *Mt. 18, 8-9.*
3 *Ps. 52, 6.*
4 *Ps. 52, 6.*
5 *1 Cor. 15, 33.*

cas profanas y vanas; porque mucho aumentan la impiedad y su palabra es como cáncer.[1]

Así como el cáncer corrompe el cuerpo, así las tales palabras, vanas y profanas, corrompen y podrecen el espíritu. Pues, si tanto mal hacen las palabras vanas, ¿cuánto mas las deshonestas o maldicientes, o murmuradoras [2] y perjudiciales?

1 *2 Tim. 2, 16.*
2 Maldicientes o murmuradores, *2.ª ed. Primera ed.:* maldicientes, las lujuriosas o murmuradoras...

Capítulo VI

DE LA CUARTA MANERA DE LOS LIBROS DE LOS DEMONIOS, QUE SON LOS MALOS LIBROS ESCRITOS

La cuarta manera de los libros de los demonios son los libros escritos inicuos, o escripturas nocivas de los malos. Éstos son en muchas maneras. Unos libros hay que son vanos, porque tratan de cosas inútiles para nuestra verdadera salud y salvación; y esto basta para ser malos y nocivos. Porque no es pequeño mal hacer perder mucho bien, como lo hacen perder a quien en ellos se ocupa; pues, les hacen perder un tiempo tan precioso y irrecuperable, en el cual pudieran, leyendo en los libros buenos, adquirir tantos y tan buenos conocimientos, y deseos divinos, y obras meritorias, y otros frutos salutíferos.

Estos libros son los que, aunque no traten de cosas lascivas, tratan de cosas superfluas o mundanas, como es tratar de los hechos o dichos de los hombres mundanos, y no para referirlos y ordenarlos a tratar cosas que cumplan al amor y servicio de Dios; y los que desordenadamente tratan de las genealogías; y los que contienen superfluas supercherías; y los que tratan de porfías[1] y contiendas inútiles; y todos los que no se ordenan a otro fruto, sino a temporalmente deleitar y vanamente ocupar. Todos éstos amonesta el apóstol que evitemos, escribiendo a Tito, do dice: *Evita las cuestiones locas y las genealogías y porfías de la ley, porque son inútiles y vanas.*[2] Y a Timoteo, como ya

1 *2.ª ed.:* profanas, *corrección hecha a medias, pues poco más adelante dice:* palabras profanas, *que es la verdadera lección que quiso poner en la 2.ª edición.*

2 *Tit. 3, 8.*

dijimos, dice: *Evita las palabras profanas y vanas, porque mucho aumentan la impiedad, y su plática corrompe a manera de cáncer.*[1]

Otros libros son lascivos, que tratan de amores carnales y de sus obras torpes. Éstos son muy más dañosos y pestíferos. Porque, como haya en cada uno de nosotros dos inclinaciones diversas y contrarias, que son de las que dice el apóstol: *la carne cobdicia contra el espíritu y el espíritu contra la carne;*[2] y junto con esto, ninguno pueda amar e inclinarse a lo que no conoce; y cuanto más conoce y tiene delante los ojos aquello a que es inclinado, tanto más se inclina a ello; de aquí se sigue, que cuanto más nos fueren representadas las cosas lujuriosas de los actos interiores, como son los pensamientos y deseos, o exteriores de los vicios carnales, más nos inclinarán a ellas.

Pues, como el oficio de estos libros sea dar de ellas noticias, y traerlas a la memoria, y representarlas a la imaginación humana: de aquí se sigue, que el oficio y fruto de estos libros es inclinar de cada día más fuertemente a los sobredichos vicios. ¿Qué mayor desatino puede ser que hacer esto? Estáse claro, si adviertes.[3] Porque todos los que son condenados es por no refrenar, antes ser vencidos de sus malas inclinaciones, y mayormente de los vicios carnales, que son pasiones más vehementes, y mayormente con las ocasiones.

Pues, como lo que más siempre debe procurar el que salvarse quiere, es que esta su mala inclinación carnal le sea quitada o refrenada y disminuída; ¡oh, cuánta e incomparable locura es buscar ocasiones y motivos para despertarla y encenderla y aumentarla! Lo cual hacen estos libros con la memoria actual y representación de aquellos actos viciosos. ¿Qué otra cosa hace el que lee en estos libros, sino meterse el cuchillo y matarse con sus propias manos? ¿Qué otra cosa hace el que se da a leer en estos tales tratados o libros, sino estar soplando y encendiendo tizones que tiene a sí apegados, con que sea de cada día encendido y abrasado con la cobdicia carnal, en este mundo, y des-

1 *Tim. 2, 16.*
2 *Gal. 5, 17.*
3 si adviertes, *e. e.*, si prestas la debida reflexión. *Construcción latina.*

pués con mayor fuego en el infierno? Del número destos libros son, en el latín: Ovidio, y Terencio en algunas obras, y otros tales. En romance: un *Amadís* o *Celestina*, y otros semejantes. Finalmente, todas las escrituras que, o en prosa, o en coplas o metros, tratan de cosas lascivas.

Los que estas cosas han escrito, o escriben, no son sino hombres ya muy perdidos y pestíferos. Hombres que tienen tan perdido el temor de Dios, que no les basta ir ellos por el camino de los infiernos, mas procuran de llevar consigo cuantos pueden, así presentes como futuros. También — porque de la abundancia del corazón habla la boca y escribe la mano —, como están ya en los vicios tan engolfados y desvergonzados, predican como Sodoma sus pecados. De todos éstos dice el profeta: *Contáronme los iniquos fabulaciones* — que quiere decir, hablillas con delectaciones de sucias y viles representaciones — *mas no, Señor, como vuestra ley*.[1] Porque como dice el mismo profeta en otro Psalmo: *La ley del Señor es sin mácula alguna, y convierte las ánimas*.[2] Pues, como éstos con sus escripturas pestíferas hagan lo contrario de lo que la ley divina, síguese que, así como la ley de Dios nos alimpia y convierte, así estas inicuas escripturas ensucian y pervierten las ánimas.

Otro modo de libros malos, escritos, son los que tratan cosas falsas. Y si la falsedad no es más de en materia temporal, llámanse libros mentirosos; lo cual basta para ser muy malos. Porque no sólo hacen mal, y grande, en hacer perder el tiempo, mas en ocuparlo en mentira; que, aunque sea venial, es cosa muy aborrecida de Dios, y a él, que es suma verdad, contraria. Es la mentira tan abominable, aun cuando sea en materia venial, que afirman los santos doctores no ser lícito mentir por salvar la vida del hombre. Y digo más; que ni aun por salvar la vida de cuantos hombres hay en el mundo. Y añado más: que ni aun por salvar la vida eterna de todas las ánimas nos es lícito decir mentiras útiles, ¿cuanto más las perjudiciales? No creo que haya otra mayor señal de ir uno camino del infierno, que es ser mentiroso. Y por tanto dice el pro-

1 *Ps. 118, 85.*
2 *Ps. 18, 8.*

feta, hablando con nuestro Señor Dios: *Perderás a todos los que hablan mentira.*[1] Y nuestro Señor Dios dice en el Evangelio, hablando del Demonio: *Mentiroso es, y padre de mentira.*[2] Por lo cual, hablando el mismo Señor con ciertos inicuos, que sabía que habían de ser condenados, les dijo: *Que eran hijos del demonio, porque eran mentirosos.*[3] No hay mayor señal de haber de ser condenado alguno, que ser hijo del demonio, pues es semejante a su padre y ha de ser su heredero.

Si las mentiras son en materia de la fe, los tales libros se llaman y son erróneos y heréticos. Éstos son más perjudiciales y pestilenciales que todos, porque privan a los hombres del primer principio y medio de su conversión a Dios y salida del pecado, privándoles de la luz de la fe, y por consiguiente, del conocimiento de Dios, que es principio del amor y temor de Dios, por do nos convertimos a Dios. Estos tales libros, erróneos y heréticos, así como son los más pestíferos, así son los que han de ser más evitados, y que más se debe huir de ellos. Por lo cual dice el Apóstol escribiendo a Tito: *Al hombre herético, después de la primera y segunda amonestación, evítalo; porque te hago saber, que este tal está ya pervertido; y ha caído en delito, y está por su propio juicio condenado.*[4]

1 *Sap. 5, 7.*
2 *Io. 8, 44.*
3 *Id. ibíd.*
4 *Tit. 3, 10.*

Capítulo VII

CUAN GRANDES MALES SE SIGUEN DE LOS LIBROS DE LOS DEMONIOS

De darse los mundanos a leer en los libros susodichos — que son los objetos sensuales, y los instrumentos de los juegos, y las malas compañías, y las escripturas vanas y pestíferas — como con estos tales libros son de cada día más hechizados y emponzoñados, de aquí es que, aunque por de fuera y para estas cosas exteriores y viles estén vivos, mas interiormente, en sus ánimas, están y andan muertos y desalmados, inútiles y feos; y en sus costumbres, corruptos; y a los otros, pestíferos. Cuales son sus ocupaciones, tales son en la vida, y tales los veréis en sus costumbres. Olvidados de Dios y de todos sus beneficios, tan grandes y continuos. Descuidados de su celestial reino, por el cual habían de suspirar en todo tiempo. Tan sin cuidado y temor de la muerte, que tan presto los ha de arrebatar, y del infierno perdurable, que de aquí a un momento los ha de tragar. Aborrecedores de las obras de misericordia, que los podían salvar. Engolfados en las cobdicias destas cosas terrenas y transitorias y vacíos de todas las perfecciones y consolaciones divinas. Y, finalmente, privados de todas las virtudes, llenos de vicios, cargados de pecados, y hechos, no cristianos sino anticristos, no hijos de Dios adoptivos, más hijos del demonio y herederos suyos.

Pues, como una de las principales causas y raíces de todos los males, presentes y perdurables, sean estos libros de los demonios, ¡cuán grande mal es, que así pública y tan desordenadamente se hagan e impriman, vendan y compren los cristianos, y que esta pestilencia tan grande de las almas se consienta a ojos vis-

tas meter en los pueblos por medio de los demonios! Y si los gobernadores de la república no consienten entrar en sus ciudades las ocasiones de la pestilencia que mata los cuerpos, ¿cuánto más deben procurar de atajar la pestilencia que mata las ánimas?

De lo dicho se sigue, cuán gran servicio harán a nuestro Señor los príncipes cristianos en mandar destruir los tales libros, no solamente los heréticos, mas también los carnales y sucios, y refrenar, en cuanto puedan, los instrumentos de los juegos susodichos.

Deben también los obispos, y todos los otros prelados, procurarlo con los Reyes y Príncipes y los otros Señores temporales y sus Jueces, y hacer gran inquisición por sí y por medio de otras personas virtuosas y devotas, para hallar estas hierbas pestilenciales, y desarraigarlas de sus iglesias. Deben andar personalmente a procurar, que todas sus ovejas vayan por lo menos los domingos y fiestas a oír la misa y lección divina, y tomar el pasto de su ánima, que es la santa doctrina, haciéndoles oír los sermones de los predicadores, y para esto, ir ellos mismos o, si no pudieren, enviar personas idóneas que vayan los tales días por las calles y plazas, y aun por las tabernas, para que lleven delante sí a todos los que hallaren, compeliéndolos a entrar en el paraíso, como dice el santo Evangelio: Porque *mejor les será entrar cuasi por la fuerza en el cielo, que caer de su grado en el infierno.*[1]

Deben también los obispos y los otros prelados, si quieren ser salvos, procurar cuanto puedan, de nunca salir de sus obispados, y de estar entre sus ovejas, procurando cuanto pudieren de conocerlas en particular a cada una de todas, y tenerlas escritas para llamarlas. Porque, como dice nuestro Señor en el Evangelio, *El buen pastor a sus propias ovejas llama por sus nombres, y va delante de ellas,*[2] por el ejemplo; y con la doctrina les da pasto, y por todas las vías que puede las lleva delante sí, encaminándolas al cielo. Y cuando los pastores esto hacen, las ojevas los oyen y los siguen. Deben también tener gran cuidado en hacer que todos los curas estén en sus iglesias; y para esto, qué no tengan más beneficios de que puedan residir y ser mante-

1 *Lc. 14, 23.*
2 *Io. 10, 11.*

nidos, quitada toda pompa y superfluidad mundana.

Deben también hacer a los dichos curas, que en todas las fiestas, en acabando de Vísperas, hagan venir a la Iglesia a todas sus ovejas y estar allí por lo menos una hora entera, en la cual les enseñen la doctrina cristiana a todos los que fuere necesario, así a los grandes como a los pequeños. Y ellos, y otras personas idóneas que tengan para que en esto les ayuden, les enseñen cómo se han de confesar, y cuándo y cómo buscar a Dios. Y les hablen un rato del reino del cielo, que han de estar siempre esperando, y para el cual son criados. Y de los medios que han de tener para alcanzarlo, informándolos para esto de las dos vidas, activa y contemplativa, que han de tener juntas, y cómo se incluyen en los dos mandamientos, que contienen todos los otros, que son el amor de Dios y del prójimo. Y cómo el que tiene verdadero amor de Dios no puede estar sin la contemplativa, y el que el amor del prójimo sin la activa.

Deben también procurar que no haya casa de ningún cristiano do no tengan y lean cada día algún libro bueno y devoto, mandándoselo comprar a los que pueden, y comprándoselo ellos a los pobres, que para ello no alcanzan. Y velar mucho en saber que se lea cada día la santa lección, a lo menos una vez al día, pues es comida necesaria del alma. Porque ya que no oyen, como en los tiempos antiguos, en cada día sermón, supla algo desto la cotidiana lección.

Capítulo VIII

DE LOS LIBROS DE DIOS, Y PRIMERAMENTE DE LA UTILIDAD QUE SE SIGUE DE LEER EN ELLOS

Los frutos que conseguirá toda alma que tuviere por cotidiano ejercicio leer con santa intención en los libros de Dios, santos y devotos, no se lo sabré explicar con mi pluma ni lengua, mas dárselos ha a entender y gozar la experiencia. Porque la lección devota y frecuentada es en sí obra muy sabrosa, y juntamente meritoria. Quita la ociosidad, que es madre de todos los males. Destierra los malos pensamientos. Cierra la puerta a las palabras dañosas y ociosas. Pone freno a las obras ilícitas. Es muy especial remedio contra el vicio de la carne. Deshace la soberbia. Destruye la envidia. Amansa la ira. Hace olvidar la gula. Arranca la accídia. De las prosperidades vanas del mundo da menosprecio, y en las adversidades da consuelo. Aumenta de cada día más el conocimiento de Dios, y de los bienes y males eternos. Causa muchos buenos pensamientos, y hace que sean frecuentados. Engendra temor del infierno, y cobdicia santa del cielo, y disposición e inclinación al amor divino.

Para que este ejercicio sea fructuoso, has de leer u oír la buena plática o lección con toda atención y santa intención y devoción. Y lo mismo, cuando oyes algún sermón. Aprovechará mucho para tener esta disposición necesaria, y conseguir el fruto de ella, que pidas en el principio el favor divino con alguna breve oración, aunque no sea sino una sola palabra con el corazón dicha. Después de haber leído u oído, hacer otro

tanto, pidiendo que no seas ingrato al don que con la santa doctrina te es dado.

Has también de procurar que este santo y divino manjar, que recibes, lo masques con el pensamiento, y lo retengas en el estómago de tu alma, que es la memoria. Porque así como aprovecharía poco o nada, al que comiendo el manjar corporal lo lanzase presto, así este manjar salutífero a quien luego pusiere en olvido lo bueno que ha oído o leído. Aprovecha mucho, y puede también ayudar a la memoria y entendimiento, platicar [1] así de las cosas oídas o leídas, y preguntarlas y conferirlas con personas idóneas y al santo propósito unidas.

1 *2.ª ed.:* practicar, *regionalismo andaluz por* platicar.

Capítulo IX

CUALES LIBROS DEBEN SER ELEGIDOS PARA LEER

Los libros que deben usar y frecuentar las personas no letradas ni latinas, son los que, en nuestro vulgar romance traducidos, no solamente alumbran el entendimiento para conocer las cosas de Dios, mas juntamente inflaman el afecto al temor y amor divino, como son: el texto del *Santo Evangelio,* el *Vita Christi* del Cartujano, el *Vitas patrum,* las *Meditaciones* de nuestro padre San Agustín; el *Soliloquio* y otros libricos de San Buenaventura; el *Contemptus Mundi,* el *Flos Sanctorum,* y otros semejantes.

Para los que son doctos, son innumerables los que están escritos; mas los que me parecen más fructuosos son: la *Sagrada Escritura,* con su glosa ordinaria; los sagrados doctores antiguos, como son, nuestro Padre San Agustín, San Jerónimo, San Ambrosio, San Gregorio, Crisóstomo y Cipriano; las Obras de Ricardo de Santo Victore, San Bernardo, San Buenaventura. Y entre los escolásticos, Santo Tomás, cuya doctrina es sólida, copiosa y muy fructífera. Y aunque sea apacible a algunos discurrir por muchos y diversos doctores, tengo por más fructuoso elegir pocos y darse bien a ellos, que no derramarse por muchos, impidiendo el tiempo para los más provechosos.

Y aunque la doctrina de los sobredichos, y de otros, sea muy buena; mas la que me parece más útil y salutífera es la de San Agustín nuestro padre, doctor y padre de todos. Porque ésta tiene virtud singular para alumbrar y para inflamar. Enseña la materia y da la forma. Trata de todas las cosas, y radicalmente trata-

das; ilustra copiosamente con lo que ha escrito, deleita con el estilo, mueve con el espíritu. Y aunque todas sus obras son divinas, las que parecen más saludables son: la *Exposición sobre los Evangelios,* la *Exposición sobre las Epístolas Apostólicas,* que se llama la "Recolecta de Beda"; aunque toda aquella obra es de San Agustín nuestro padre; sino, que Beda la sacó de diversas partes de los libros del mismo padre nuestro, y las recoligió en un libro; de lo cual podrá el prudente lector colegir cuán excelente sea la doctrina deste tratado, pues un tan gran doctor, como es Beda, tomó tan gran trabajo por copilarlo. También es cosa de incomparable utilidad la *Exposición* del mismo nuestro Padre San Agustín *sobre los Psalmos,* llamada *Quincuagenas,* la cual en singular manera enciende y alumbra los entendimientos, y se imprime en las entrañas.

Capítulo X

QUE A TODOS, Y ESPECIALMENTE A LOS PRINCIPES, ES MUY NECESARIA LA FRECUENTACION DE LA SANTA LECCION. Y DE UN GRAN LIBRO POR LA MANO DE DIOS, EN QUE TODOS PUEDEN Y DEBEN LEER CADA DIA Y EN CADA HORA

Ninguna persona, por ocupada que sea — como lo es el Rey y el Príncipe y cualquier Señor o Juez temporal o de cualquier otro estado o condición que sea —, debe dejar de leer, por lo menos una vez al día, en algún libro devoto, si quiere aprovechar en este primer Ejercicio, que pone al hombre en el camino del cielo. Y el Rey o Príncipe, y cualquiera Juez, tiene más necesidad que otro de leer cada día en algún libro santo, porque,[1] alumbrada su ánima con la luz de la lección divina y fortificada con este manjar espiritual, no caiga,[2] más que otro, entre los negocios; en los cuales suele peligrar la piedad, y seguirse mayor descuido de lo divino, con la mayor ocupación temporal. Y por esto, tiene mayor necesidad de abrazarse más con las cosas que le causen memoria e inclinación a las cosas divinas, como lo hacen las lecciones santas, con las cuales se podrá conservar y aumentar en el amor de Dios, y ser también habilitado y enderezado y favorecido para responder mejor a su vasallo o súbdito, y satisfacer a su prójimo, y despachar recta y derechamente todo negocio.

De aquí es, que queriendo nuestro Señor enseñar todo esto, y dar a entender la especial y mayor nece-

1 porque, *e. e.*, para que. *Construcción frecuente en los clásicos.*

2 no caiga, *e. e.*, no sucumba bajo el peso de los negocios.

sidad que tienen los Reyes, Príncipes y Jueces de leer cada día en la Escriptura santa, dice así, en el Deuteronomio: *Después que el Rey comenzare a reinar, tendrá consigo el libro de la ley de Dios, y leerlo ha todos los días de su vida, para que aprenda a temer a Dios y guardar sus palabras, y para que no se ensoberbezca sobre sus hermanos, ni decline a la diestra ni a la siniestra.*[1] Y a Josué, cuando fué hecho príncipe de Israel, le dijo Dios: *No se aparte de tu boca el libro de mi ley; mas meditarás en él días y noches, para que guardes y cumplas todas las cosas que en él son escritas.*[2]

Mas el que no supiere leer, ni tuviere hijo o criado, vecino o amigo, que le lea, o con quien, en lugar de esto, platique de la bondad y obras maravillosas de nuestro Señor Dios, lea este tal, y cualquier otro, el gran libro por la mano divina escrito, que es todo este visible mundo; considerando la sabiduría y potencia y bondad del que lo ha hecho y criado, y el amor de quien tantos bienes y dones le envía en todo momento. Esto podrá leer en cada hierbecita y avecica y pececico y en cualquier animal, grande o mínimo, y con mirar en los cielos y elementos, y en cualquier cosa que está en ellos.

Esta lección leía y nos enseñaba el profeta, cuando decía: *Los cielos cuentan la gloria de Dios y el firmamento anuncia las obras de sus manos.*[3] De esta lección no hay ninguno que se excuse, porque no hay quién la ignore. Y si a ella no advierte, es por su culpa, que lo pervierte. Y esto es lo que el mesmo salmista añade luego, diciendo: *No son sus pláticas y palabras* — conviene a saber, de los cielos — *tales, que no puedan y deban ser oídas de todos.*[4] De ésta puede y debe gozar, así el idiota como el letrado, en todo tiempo; y, también, en todo lugar, a doquier que se hallare: en la Iglesia, en su casa, en el camino, en la huerta, en la villa o tierra, en la calle, en la plaza, en el campo y en el pueblo.

Dos lecciones debe leer cada día en este libro todo

1 *Deut. 17, 11.*
2 *Jos. 1, 8.*
3 *Ps. 18, 2.*
4 *Ps. 18, 6.*

hombre que se quisiere salvar. La una, considerando profundamente la inmensa bondad, caridad y benignidad de nuestro Señor Dios, que tanto nos ama; pues, en todo lugar y en todo momento nos está dando tantos bienes, y enviando sin cesar tantos dones, como son todas estas criaturas terrenales y celestiales que gozamos, y las virtudes naturales y propiedades y delectaciones que pone en ellas; las cuales todas ha criado y cría y conserva por enviarnos siempre tantos dones, por el puro amor con que nos ama, como adelante diremos.[1] ¡Cuán grandes voces nos dan todos estos bienes — que continuamente nos envía —, manifestándonos con ellos la bondad y amor con que nos los da!; pues, los dones son manifestativos del amor de quien son enviados, mayormente de aquel que no puede pretender interés; sino, que lo da todo con amor puro, como lo es nuestro Señor Dios, que, en amor y toda virtud y todo bien, es inmenso.

La segunda lección que nos ofrece todo este mundo, es el rigor inflexible e incomparable de la justicia divina y de su ira y severidad infinita. Esto nos están siempre diciendo a grandes voces el cielo y la tierra, y todas las cosas que son en los elementos y en los cielos. Porque, como representen ser infinitamente poderoso y bueno y, por consiguiente, justo, Aquél que de nada las ha criado; y tanto sea mayor la ofensa, cuanto es mayor el ofendido y menospreciado; y tanto mayor la ingratitud, cuanto más y mayores bienes nos ha dado; como no sea — según notamos— menos justo que poderoso, pues en toda virtud es infinito; de aquí se sigue y se aprende que, cuando el pecador obstinado llega al punto de su juicio, si con tiempo y muy de veras no se hubiere a Dios convertido, ha de ser con rigor de infinita justicia condenado.

A esta lección nos quiere especialmente mover el cielo, si bien miramos en algunas de sus estrellas, que son como letras en él escritas. Porque con algunas de sus estrellas nos está siempre avisando y amenazando con grandes voces. Y para que más claramente entendamos esto, dime: ¿Qué[2] es la causa por qué en el

1 *1.ª ed.:* como adelante más extensamente diremos.
2 Qué *por* cuál; *frecuente en los clásicos.*

norte está aquella figura, con ciertas estrellas figurada, en forma y manera de bocina? ¿Por qué puso allí nuestro Señor Dios esta señal de la bocina, más que otra señal alguna? Si quieres saber el porqué, oye lo que dice el apóstol, hablando del día del juicio: *Descenderá el Señor a juzgar el mundo llevando delante sí una trompeta, o bocina, con que un arcángel llamará a todos; y luego serán resucitados, y a su juicio traídos.*[1] Y él mismo dice en otra parte: *Sonará la bocina, y resucitarán los muertos.*[2]

De esta bocina dice San Jerónimo tener tan gran miedo, que siempre le parecía que le estaba sonando a las orejas. Pues, si a un San Jerónimo, con toda su penitencia y santidad, era cosa temerosa; ¿cuánto debe ser cosa más espantosa a los que están envueltos en sus vicios, y engolfados en cobdicias y suciedades innumerables, pues de aquí a poco los han de llamar a todos a aquel juicio de Dios, espantoso, en el cual se han de salvar pocos; y todos los otros han de ser condenados a ser privados del paraíso, y ser lanzados en el profundo infierno, a do vivos en ánima y cuerpo ardan de pies a cabeza en el fuego, sin ningún refrigerio ni término?

Esto es, pues, lo que nos dice la bocina, que está en el Norte; la cual siempre sin parar está dando vueltas, con las cuales están medidos y se pasan nuestros días. Dícenos, pues, la bocina con esta su señal y continuas y ligeras revoluciones, que en dando tantas vueltas — que se acabarán presto — seremos llamados a juicio. Esto nos quiere dar a entender el profeta Moisén, a do dice: *Cerca está el día de la perdición, y los tiempos se dan prisa a llegar y acabar. Juzgará el Señor a su pueblo, y en sus siervos habrá misericordia.*[3] De do se infiere, que todos los demás — quiero decir, los que no fueren sus verdaderos siervos —, caerán en el piélago de su justicia inmensa. De esto nos avisa también en otra parte la santa Escriptura, donde dice: *Si el justo apenas se salvará, el malo y el pecador ¿adónde aparecerán?* [4]

1 *1 Thes. 4, 16.*
2 *1 Cor. 15, 52.*
3 *Deut. 32, 26.*
4 *1 Petr. 4, 18.*

Por cierto, si profundamente pensamos cada día, como debemos, en aquel final juicio, siempre y en toda hora nos sonará aquella bocina, y oiremos su clamor espantoso. Mas si en todo esto alguno se descuida, pareciéndole que está lejos el día del juicio universal, mire bien cómo esta misma bocina del Norte le está siempre llamando al juicio cercano y particular. Porque en dando tantas vueltas, o tantas y cierta parte de otra — las cuales son pocas y con incomparable velocidad dadas —, en llegando la bocina con ellas a tal punto, ha de ser el último punto de nuestra vida, en el cual nos ha de arrebatar la muerte. Este último punto de la vida de cada uno, aunque sea al cabo de todo lo que naturalmente podemos vivir, será muy presto; porque toda nuestra vida es como un momento; y después de pasada, le parecerá a cada uno como un punto y como si nunca hubiera sido, o como un sueño brevísimo.

Esto, si bien sintiésemos, debería bastar a menospreciar todos estos placeres vanos de este mundo que tan presto se pasa y perece, y convertirnos al amor de Aquél que es sumo bien y siempre permanece. Por esto, el profeta, hablando con Dios dice: *Dijiste: Convertíos, hijos de los hombres; porque mil años delante tus ojos son como el día pasado.*[1] Pues, si mil años ¿cuánto más los nuestros, que, como dice el profeta mismo: *regularmente son setenta, y en los de gran sujeto, ochenta; y si algún poco más dura la vida, es trabajo y dolor.*[2] Pues si toda esta vida es un momento, aunque durase todo lo que naturalmente dura, ¿cuánto más, que muchas veces arrebata a muchos en medio de sus días, y a otros antes, y su hora última a cada uno es incierta? En cuánto temor debe cada uno estar, pues no sabe la hora, ni el momento en que la muerte le ha de arrebatar.

Esto es lo que nos enseña nuestro Señor en el Evangelio, diciendo: *Estad siempre aparejados, porque a la hora que no pensáis seréis llamados.*[3] Llamados, dice, a este particular juicio, que es en la muerte. ¡Juicio

1 *Ps. 89, 4.*
2 *Ps. 89, 10.*
3 *Mt. 24, 44.*

tan temeroso!, ¡negocio de tanto peso!, pues, en el estado que al hombre halla, le arrebata y da con él en un momento en el cielo o en el infierno! Y esto, para que esté allí gozando o penando el espíritu hasta que llegue el otro juicio universal, a do, con el mismo cuerpo, sea hecho bienaventurado o lanzado en el infierno, a ser [1] en el ánima y en este cuerpo tan flaco condenado y metido en el fuego y sin fin abrasado.

¡Oh profunda ceguedad de los que temen los males livianos y momentáneos de esta vida, y tienen menos temor de su condenación eterna! ¡Oh, cuán crueles e insensatos hacen a los malos sus pecados, pues así les quitan el temor y cuidado de no perder el cielo y caer a deshora en el profundo del infierno!

Si bien lo sintiésemos, no habríamos de poder sufrir entender en otro negocio. Ni debe ni cumple a alguno tener otro, sino este único. Y si algún otro se ofrece, débese de huir, sino fuere a éste subordinado, so pena de falta de seso. Danos, pues, nuestro Señor Dios continuas voces con esta señal de la bocina, que ha puesto y vemos en el cielo, si leemos en sus letras, que son aquéllas sus estrellas y señales que figuran la señal suya, la cual cada noche debe todo cristiano mirar, y leer esta lección que nos dice, considerando profundamente este juicio, así universal como particular, al cual nos llama.

Mas, como sea cosa en que tanto nos va, negocio que tanto nos importa, en cuyo respecto todo lo otro, cuanto hay en el mundo, no importa nada; como sea cosa en que nos importa la vida y vida eterna, o la pérdida de ella y la caída en la condenación perdurable, y tenga nuestro Señor tanta gana de nuestra salvación, si con nuestra maldad no le cerramos la puerta; de aquí es, que no se contentó de llamarnos con bocina desde el cielo, mas tiene otras muchas bocinas con que nos llama frecuentemente acá en la tierra. ¿Qué otra cosa son las campanas de las iglesias, sino bocinas de Dios? ¿Y qué otra cosa nos dice por ellas, cuando tañen por los difuntos? ¿Qué otra cosa nos está diciendo a grandes voces, sino lo que dice el común proverbio: *Cuando vieres la barba de tu vecino pelar, echa la tuya*

1 a ser, *e. e.*, para ser.

en remojo? ¡Muy remojada la debería tener cada uno de nosotros con el agua caliente de las lágrimas de la contrición, que procede del ferviente amor divino! Porque, si así no estuviere bien remojada, será muy penosa de arrancar.

¡Oh, cuán difícil y penosa cosa le es al alma del malo, que ansí no ha hecho con tiempo dignos frutos de penitencia, cuando le arranquen el alma, y la aparten de esta carne que tanto amaba, y se vea privar de todo lo de este mundo, que solamente deseaba y gozaba, y se sienta llevar de los demonios a meter en aquella damnación tan horrenda y eterna![1] ¿Por qué, veamos,[2] hacemos tan poco caso de lo que Dios nos dice con estas bocinas, pues nos llama y amonesta con ellas con voces tan dignas de ser oídas? ¿Cómo no nos hacen temblar las carnes las voces de estas señales?

Lo que siento de esto es, que los que no están en continuo cuidado, temor y temblor con las voces de estas bocinas, es porque no tienen orejas para oírlas. Porque, dado que las oigan con las orejas del cuerpo, fáltanles las interiores del espíritu. Por lo cual dice nuestro Señor Dios en el Evangelio: *El que tiene orejas para oír, oiga.*[3] Y el espíritu Santo nos dice por San Juan en el Apocalipsis: *El que tiene orejas para oír, oiga.* "De aquí se sigue, que todos los malos que tantas y tan grandes voces no oyen, andan sin orejas. En esto incurren con justa causa; y es, por ser, como son, ladrones.

Porque si miramos, hurto, según su definición, no es otra cosa sino contratar la cosa ajena contra la voluntad de su señor, y esto hacen todos los malos a cada paso. Porque todas las cosas que tienen son de Dios, que se las presta para esta vida, para que usando de ellas, según su divina voluntad, ganen la vida eterna. Mas el pecador, ingrato, usa contra la voluntad de Dios de los ojos, que le ha dado, viendo con ellos lo que Dios no quiere que vea; y de las orejas, oyendo lo que Dios no quiere que oiga. Eso mismo dígase de todas las otras potencias exteriores e interiores, y de todas las cosas que goza con ellas.

1 *2.ª ed.:* tan eterna. *Parece omis. de imprenta.*
2 veamos, *e. e.*, en efecto.
3 *Lc. 8, 8.*
4 *Apoc. 2, 7.*

Capítulo XI

DE OTRA LECCION DE GRANDE UTILIDAD QUE NOS OFRECE ESTE GRAN LIBRO POR LA MANO DE DIOS ESCRITO

Dannos también lección por otra vía las letras y señales de este libro, que son todas las cosas de este mundo. Y esto, así con los males como con los bienes, si bien los miramos y con profunda atención leemos en ellas. Los bienes, considerando cómo en el cielo podemos tener presto todos juntos y en puro grado; y esto, puede aprovechar mucho para aumentar el deseo del paraíso. Los males, porque también se padecen puros en el otro mundo; y esto, despierta en gran manera para temer el infierno.

Para leer bien esta lección, hemos de mirar atentamente todas las cosas apacibles y aborrecibles, cuando se nos ofrecen, y mirar y leer cada una por esta vía. ¿Ofrécesenos una persona de amable conversación? Habemos luego de leer lo que nos dice aquella letra de este libro de las criaturas, y ver lo que nos significa aquella criatura, sabia y amorosa; porque, con su dulce conversación nos está diciendo a cada uno: Si esta conversación mía te es deleitable en este valle de lágrimas, a do toda persona está llena de tantos defectos y miserias corporales y espirituales, ¡cuánto más dulce te será la conversación de una de las personas celestiales!

Si se te ofrece un hombre, malo, necio y malicioso, ingrato y cruel enemigo: oye lo que te dice esta letra, que es decir: ¡cuán penosa será la compañía de los demonios y dañosos en el infierno! Cuando vemos el fuego de este mundo, que sabemos que en tocándole de tan grande aflicción y tormento, leer luego en él:

¡cuánto será penoso el infernal fuego! Cuando vemos una persona hermosa en esta tierra y vida corruptible, leer luego en ella: ¿cuál será la hermosura de las que moran en la celestial patria? Cuando se nos ofrece alguna huerta delectable de este mundo, leer luego en ella: ¿cuál será la huerta y recreaciones del paraíso? Lo mesmo cuando oímos alguna música suave, o gustamos algún manjar o licor sabroso, o al contrario. Y cualquier otra cosa, que se perciba, o sienta con los sentidos, si es conveniente, mira cuánto más lo será en el cielo; si es desconveniente, lee y entiende cuánto más lo será en el infierno.

Mas estas lecciones no las leen ni oyen los malos, porque de ellos está escrito por el profeta: *Ojos tienen y no ven, y orejas y no oyen.*[1] Y Esaías dice: *Ciega, Señor, el corazón deste pueblo, y agrava sus orejas, porque viendo no vean y oyendo no entiendan.*[2] Esto es ansí. Porque, dado que tienen ojos y orejas en el ánima para ver y oír — quiero decir, para entender — las cosas del mundo, mas no las tienen para las cosas de Dios. De aquí es que, como andan ciegos por sus pecados, a cada paso, ofrecida la tentación, tropiezan y caen en los vicios. Y como andan delante de Dios sin orejas, sordos, al primer hurto en que los ase la justicia divina, son ahorcados, y en la horca perpetua del infierno puestos, cuando, al punto que menos piensan, son de la muerte arrebatados.

Pues, el que dignamente se ejercitare, como hemos dicho, en este escalón de la lección de la santa Escriptura, leyendo en los libros de Dios, que son las escripturas de los Santos, por las cuales — como dice el bienaventurado San Pedro — *nos habla Dios,* porque lo que ellos nos escriben y dicen, es por inspiración del Espíritu Santo.[3] Y subirá también con el corazón a leer en este libro de Dios, que últimamente he dicho, que el mismo Dios ha escrito por su mano: [porque] este tal, que así dignamente se ejercita en la santa lección, ya está dispuesto, y comienza a subir al segundo ejercicio, y más alto, que es la sagrada Meditación.

1 *Ps. 113, 6.*
2 *Is. 6, 10.*
3 *2 Petr. 1, 3, 20.*

Segunda Parte

COMIENZA EL SEGUNDO EJERCICIO DEL *CAMINO DEL CIELO*, QUE ES LA SAGRADA MEDITACION

Capítulo Primero

DE CUAN NECESARIA SEA LA MEDITACION PARA ALCANZAR LA SALVACION

El segundo ejercicio, y más alto y más fructuoso, con que hemos de andar y subir por el camino del cielo, buscando y hallando cada día más a nuestro Señor Dios, hasta venirlo a hallar del todo, gozándolo perfectamente en su celestial reino, es la sagrada meditación. Llámase este ejercicio "meditación", porque es obrado con la mente y pensamiento íntimo y profundo del hombre de dentro. Y ésta es propia y perfecta vía para venir el hombre al amor de Dios y al menosprecio de sí mismo.

Porque, por la continua meditación de los beneficios de Dios, somos inflamados a le amar. Y por el conocimiento de la necesidad que de sus dones tenemos, y de nuestro gran desagradecimiento y maldades con que le ofendemos, venimos a conocer ser indignos de todo bien, y dignos de todo mal; con la cual consideración somos movidos a cosas ásperas, y a obrar cosas penosas, y sufrir injurias, y haber vergüenza de tratar blandamente nuestros cuerpos con que le ofendemos. Y como estas cosas son obradas mediante el pensamiento con el corazón, afírmanse fuertemente en él; y así, siéntense mejor, y no se cae ni corrompe lo que se adquiere por este ejercicio profundamente meditado, como las cosas que son aprendidas solamente leyendo y oyendo. Este ejercicio de la meditación es un fundamento para subir al cielo y ser todo hombre salvo; porque ninguno se salva, sino el que a Dios verdaderamente ama. Y como ninguna cosa se puede amar si no se conoce, ni se puede conocer si no se considera — que es bien pensarla y meditarla — de aquí se si-

gue, ser cosa necesaria al que quiere aprovechar en el amor de Dios, ejercitarse en la santa meditación, por la cual se sube al conocimiento de Dios.

El que ahora, en esta presente vida, no sube meditando con su corazón al cielo, no podrá subir después con el ánima y el cuerpo. Esto es lo que dice el Psalmista: *Bienaventurado el varón que ayudado de vos, Señor, puso en su corazón sus subidas dende este valle de lágrimas, en aquel lugar donde lo ha puesto,*[1] conviene a saber, en el cielo; el cual no lo nombra por ser inefable. Esto mismo da a entender nuestro padre San Agustín en un sermón de la Ascensión donde dice: *Subamos con Cristo con el corazón, entre tanto que somos detenidos en este mundo, porque después subamos a estar con él, con el ánima y el cuerpo.*[2]

Esto mismo nos significa el apóstol diciendo: *Nuestra conversación es en el cielo.* Porque como dice nuestro Señor en el Evangelio: *Do está tu tesoro, allí está tu corazón;*[3] pues do está el corazón, allí es su conversación. Y como todo nuestro tesoro sea Cristo, que está esperándonos en el cielo, allí con él debe estar todo nuestro pensamiento y deseo. Este santo pensamiento o meditación es [sumamente necesaria] sin la cual no se puede adquirir virtud alguna y con la cual todas se alcanzan. Porque sin el fuego del amor de Dios ninguna virtud verdadera se cría, y *el fuego del amor de Dios con la meditación se enciende.*[4] Y esto es lo que dice el psalmista: *En mi pensamiento se encenderá el fuego.*[5]

Es la meditación de las cosas de nuestro Señor Dios la cosa más necesaria para nuestra salvación y para conservar nuestro aprovechamiento en el amor y servicio divino. Porque — como ya hemos dicho, y lo dice nuestro padre San Agustín — ninguna cosa se puede amar, si no se conoce. Y las cosas invisibles y divinas, como son su majestad, bondad, caridad, piedad y justicia, sapiencia y potencia, hermosura y dulzura, no se pueden conocer si profunda y frecuentemente no

1 *Ps. 83, 6.*
2 *Sermo de tempore 120, n. 6.*
3 *Mt. 6, 25.*
4 *Ps. 38, 4.*
5 *Id. ibíd.*

se miran con los ojos del alma, así porque nuestro entendimiento de su naturaleza es discursivo y no ve luego de una vista lo que quiere, como lo ve el ángel — y esto, aun en las cosas bajas y muy palpables, cuanto más en las cosas tan altas y sutiles — como también, porque para las cosas de Dios está muy embotado y torpe por el pecado; y también, porque le ocurren a cada paso cosas que le impiden y ofuscan, como son estas cosas sensibles a que el corazón, después de la culpa, está más inclinado. Por tanto, es menester que el hombre que quiere aprovechar en el conocimiento de Dios, se dé, expresamente y lo más morosamente que pueda, a pensar en Dios. Y para ello, hágase muchas veces fuerza en apartar su pensamiento de estas cosas exteriores y sensibles, y recogerlo a pensar o meditar en las interiores y espirituales.

El que esto no hiciere, no puede durar mucho en estado de gracia, que es amistad divina; pues, no puede amarle mucho el que no procura mucho de conocerle y conversarle, lo cual no se hace sin frecuentemente meditarle. También no recogerse muchas veces a entrar dentro de sí a pensar en Dios, apartando su pensamiento de las vanidades de este mundo, es señal que no está en la gracia y amor verdadero de Dios. Porque los movimientos de nuestra naturaleza corrupta y los de la gracia son diversos, y aun contrarios, como lo enseña el Apóstol diciendo: *La carne cobdicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne.*[1] Los movimientos de la naturaleza son, moverse por su interés y bien propio; y esto es lo que el pecador pretende. Y como no se ama y busca sino lo que se conoce, y el pecador no alcance a conocer los bienes interiores e invisibles, así estima que no hay otros bienes con que más se huelgue que estos sensibles. Y tanto, que algunos vienen a pensar que no hay otros.

De aquí es que, como por su ingratitud no buscan a Dios ni pretenden agradarle, sino sólo a sí mismos, y buscan su bien particular y privado, el cual — como dije — creen ser solamente en estas cosas exteriores y sensuales, por tanto no buscan otras. Mas toda su consolación y felicidad y fin ponen en ellas. Y así, su

1 *Gal. 5, 17.*

ánima, en estas cosas exteriores derramada, anda siempre fuera de su casa, y aun de sí misma; porque más está a do piensa y ama, que en el cuerpo do ánima. Y aún que en sí misma, cuando no se conoce y ama como debe. Pues, como lo que ama más y con que más se huelga sean las cosas exteriores de este mundo; y las interiores y divinas, que son las espirituales, sean tan diversas, y aun contrarias, esle de gran pena ocupar su pensamiento en ellas; porque el ánima no huelga de pensar sino en aquello a que está inclinada. Pues, como cuando le hacen ocupar el pensamiento y atención en las cosas del espíritu, en las cuales no toma sabor o deleite porque no las ama, le quitan de pensar en las otras que solamente ama y, por consiguiente, solamente pensar quiere; y la pena o tristeza no se causa sino de quitarle a alguno lo que ama, y hacerle tener lo que no quiere: de aquí proviene, que les es gran pena quitarles el pensamiento destas cosas del mundo, y hacerles que lo tengan ocupado en pensar y meditar las cosas de Dios.

Ésta es la causa, que — como vemos — se estarán [1] los tales todo el día jugando, o viendo maltratar un animal, como cuando corren toros; o en ver otros vanos espectáculos o en ver y oír farsas o momerías,[2] o bailes y danzas, y aun ver bailar un perro; o otras cualesquier vanidades o entender en negocios temporales, o en trabajos corporales, y en cualesquier ocupaciones terrenales: y no pueden sufrir una hora de meditación o mental oración, o de oír el oficio divino con atención, o detenerse un poco oyendo sermón. Antes en estas cosas de Dios, reciben gran pesadumbre y fastidio y desabrimiento, por estar en ellas violentados — quiero decir, contra su voluntad ocupados — y no se cansan, estando al resistero del sol, o al hielo, de ocuparse todo el día, y toda la semana, y toda la vida, en trabajar en estas cosas sensuales y viles, por estar en las cosas que aman empleados.

Pues éstos, como comencé a decir, no han menester otra prueba para conocer que no son amigos de Dios. Porque el que ama a otro como verdadero amigo, de

1 estarán: *latinismo, por* se estén.

2 momerías, *de Momo, dios gentilicio de la farsa y farándula teatral. Término y derivación inusitados.*

buena gana piensa en Él, y habla de Él, y oye hablar bien de Él, y con más voluntad que en otra cosa se huelga en ocupar en las cosas de Él. De lo cual se sigue, que el que huelga más de ocupar su corazón en las cosas del mundo que con Dios, es amigo del mundo y no de Dios. Y lo que peor es, y se sigue de lo dicho, que no solamente no es amigo, mas se hace enemigo de Dios; porque, como hemos dicho, aborrece las cosas de Dios, porque son contrarias a las que del mundo ama. Y por esto dice el apóstol Santiago: *El que es amigo de este mundo, es constituído enemigo de Dios.*[1]

De lo dicho se colige, que la raíz y causa de todos los males de los hombres,[2] es ocuparse demasiadamente en estas cosas visibles y exteriores. Y la raíz y causa de todos los bienes, es la ocupación interior y frecuentada de la meditación de las cosas entrañables [3] y divinas. Y también se sigue, cómo la ocupación exterior, aunque sea en cosas que de suyo no son malas, es muchas veces muy dañosa; porque impide la meditación de las cosas espirituales e íntimas. Porque como nuestra ánima tiene su virtud limitada, mientras se ocupa en las unas, no puede sentir ni gozar bien de las otras, cuya meditación frecuente y profunda es — como hemos declarado — para nuestra salvación tan necesaria.

Esto da bien a entender el profeta en el primero de todos sus Psalmos, a do, enseñándonos cuál sea el que ha de ser bienaventurado, y cómo sin la meditación no puede serlo, comienza así en el principio de todo su libro, diciendo: *Bienaventurado el varón que no se fué tras el consejo de los malos, ni estuvo en el camino de los pecadores, ni se asentó en la cátedra de la pestilencia; mas en la ley de Dios fué su voluntad, y en ella meditará de día y de noche.* Y queriendo otra vez en el mismo libro enseñarnos más extensamente la necesidad que tenemos de frecuentar este santo ejercicio, dice en aquel Psalmo largo y profundo que la iglesia cada día canta: [4] *Bienaventurados son los limpios en el*

1 *Iac. 4, 4.*

2 a los hombres *por* de los hombres.

3 entrañables, *1.ª y 2.ª ediciones. Errata sin duda por* eternales, *aún una línea más abajo escribe* íntimas.

4 cada día canta: *Esto era entonces; hoy desde la reforma del Salterio de Pío X sólo se reza los domingos y días de fiesta, y es el llamado* Beati immaculati in via.

camino, que andan en la ley del Señor.[1] Y añade luego, en el siguiente verso, y dice: *Bienaventurados los que escudriñan sus testimonios;* la cual escudriñación se hace por la meditación de las obras de Dios, que todas son testimonios de Dios. Y así, con su conocimiento venimos a amar a Dios, lo cual es andar en su camino y guardar su ley.

Y dice más en otro lugar del mismo Psalmo: *En tus mandamientos me ejercitaré.* Y luego, tras esto añade: *y consideraré tus caminos.* La cual consideración es la meditación. Porque, de bien considerarlos o meditarlos, venimos a obrar lo que debemos. Y por esto añade luego en el verso siguiente y dice: *En tus justificaciones meditaré: no olvidaré tus palabras.* Y más adelante dice: *Tu siervo se ejercitaba en tus justificaciones, porque su meditación es tus testimonios.* Y en otro verso dice: *Yo meditaba en tus mandamientos, los cuales amé.* Y lo uno se sigue de lo otro. Porque de mucho meditarlos, viene a amarlos; y también de amarlos viene a frecuentemente meditarlos; porque de buena gana se piensa lo que mucho se ama. Y dice más en el mismo Psalmo: *Vengan a mí tus misericordias: y viviré, porque tu ley es mi meditación.* En lo cual da a entender, que la meditación santa es causa de la vida del alma. Y en otro verso confirma esto, diciendo: *Si no fuera porque tu ley es mi meditación, por ventura hubiera ya perecido.* Y en otro verso pregunta así: *¿Cómo amé tu ley, Señor?* Y añade luego y dice: *Todo el día es la ley tuya mi meditación.* Y dice más: *Sobre todos los que me enseñaron entendí, porque tus testimonios son mi meditación.* Y en otro verso declara cómo tenía este ejercicio por su refugio en todas sus tribulaciones y angustias, diciendo: *La tribulación y angustia me hallaron, tus mandamientos son mi meditación.* Y en otro verso dice: *Cobdicié, Señor, al dador de tu salud.* Y luego añade, diciendo: *y tu ley es mi meditación.* En lo cual da a entender ser la meditación causa de adquirir todos los bienes, así como en el verso dicho antes de éste, enseña serle refugio contra todos los males.

1 *Ps. 118, 1.*

Capítulo II

EN QUE SE PROSIGUE Y DECLARA CUAN SALUDABLE SEA LA MEDITACION. Y CUAN DAÑOSO LA FALTA DE ELLA

Los que se dan, como deben, a este salutífero ejercicio de la sagrada meditación, oyen lo que habla Dios dentro de ellos, cuyas palabras son muy dulces y saludables: "*porque habla paz en su pueblo, y sobre sus santos, y en aquèllos que se convierten a su corazón.*[1] Por el contrario los que andan derramados — como muchas veces es dicho, y se dirá — en estas cosas exteriores, prívanse de la meditación, que es causa y principio de la conversación divina. Y aun vienen a aborrecerla, por lo cual son dignos de gran confusión e incurren en gran daño. Y por esto dice el profeta: *Sean confundidos y vuelvan atrás todos los que aborrecieron a Sión,*[2] que es lo mismo que especulación o contemplación o meditación. Y añade luego su daño por modo de maldición, que sabe que les sucede, y por esto dice: *Sean hechos como el heno de los tejados, que antes que se arranque se seca.*

Por estos que aborrecen a Sión, son entendidos los que huyen de la meditación, así los seculares que son mundanos, como algunos religiosos indevotos; los cuales con obras y palabras persiguen a los varones religiosos que no son entremetidos y bulliciosos y dados a las ocupaciones exteriores y trabajos corporales, como ellos. Y a los que están con Dios recogidos, y con su conocimiento, amor y familiaridad sumamente bien ocupados, tiénenlos por ociosos, y murmuran de ellos,

1 *Ps. 84, 9.*
2 *Ps. 128, 6.*

reputándolos por hombres sin provecho. E indígnanse contra ellos, porque no les son semejantes en la exterior ocupación y trabajo suyo. Éstos son figurados por Faraón y los Egipcios, que decían contra los hijos de Israel: *Están ociosos, y por esto dicen que quieren sacrificar a su Dios en el desierto.*[1] Por lo cual — como allí se dice — los afligían con duras palabras y crueles obras.

Israel, quiere decir "el que ve a Dios"; y así, los hijos de Israel significan a los que son dados a la meditación, en la cual, como se allegan a Dios, que es luz, la participan; y siendo así de Dios alumbrados con la luz de su divina noticia, le conocen y ven. Los de Egipto — que quiere decir "tinieblas" — significan a los que, por huir de la meditación y conversación de Dios, se están cubiertos de las tinieblas de sus vicios, en las cuales, como no vean lo que los otros gozan, tiénenlos por necios y locos, y de bien vacíos; aunque es todo al contrario. Porque aquéllos están llenos de Dios y, por consiguiente, de verdaderos dones y consolaciones, y estos otros son vanos e inútiles en todo bien, y llenos de estiércol de vicios y pecados. De donde se les siguen, aun en esta vida, muchas y grandes amarguras y aflicciones, como se muestra[2] en los mismos Egipcios. Cuánto, pues, sean éstos de Dios desamparados, por aborrecer a Sión, y en cuán grande daño y peligro incurran por esto, dalo a entender el profeta en la autoridad alegada, diciendo: *Sean los tales hechos como el heno de los tejados, que antes que se coja está seco.*

Así lo vemos por la experiencia. Que los tales que no se dan al ejercicio de la santa meditación, están secos, sin zumo y vigor de devoción a Dios y de caridad al prójimo, al cual, aunque saben que padece muchas necesidades, no se mueven por compasión a hospedarle, ni mantenerle, ni vestirle, ni en otras maneras consolarle, más que si tuviesen el corazón de un madero seco, o de piedra, por la gran sequedad de su alma. Este mal padecen en esta vida, que no es pequeño; pues, la hacen infructuosa, estéril y seca, no sólo de todo mérito, mas aún para todo verdadero consuelo y gozo.

1 *Ex. 5, 9.*

2 como se muestra, *e. e.*, como se ve. *Expresión comunísima entre los clásicos.*

Pero, después de arrancados de ella, serán, como el heno seco, echados en el fuego del infierno. Por el contrario, de todos estos males son librados los que se dan al ejercicio mental de la santa meditación y oración.

Por lo cual dice el profeta Esaías: *Espántanse los pecadores* — por los cuales se entienden aquí los demonios — *de los que moran en Sión:*[1] la cual Sión significa — como es ya dicho — la contemplación y meditación. Y el profeta dice: *Dios hará salva a Sión.*[2] Y en otra parte, dice: *Cantad a Dios, que es en Sión.*[3] Y queriendo dar a entender el gozo que tienen los que moran en este monte de Sión, dice: *Alégrase el monte de Sión.*[4] Y en otra parte dice: *Que ama Dios al monte de Sión.*[5] Y en otra añade diciendo: *Ama Dios las puertas de Sión, más que todos los tabernáculos de Jacob.*[6] Y en otro lugar dice: *Oyó y alegróse Sión.*[7] Y porque todo esto proviene de morar Dios con grande amor en los que moran en Sión, dice que *eligió Dios a Sión para morada suya.*[8] Y porque solos los que moran en Sión, meditando, conocen las grandezas de Dios, dice en otro Psalmo: *Que el Señor es grande en Sión.*[9] Y porque los que allí moran reciben las bendiciones divinas, dice en otro Psalmo: *Bendígate el Señor desde Sión.*[10] Y porque los que en ella moran están bien guardados, dice Esaías. *La ciudad de nuestra fortaleza es Sión.*[11] Y porque éstos son de Dios prestamente oídos, él mismo dice en otra parte: *Dirá Dios a Sión, aquí estoy:*[12] conviene a saber, para oírte y favorecerte. Y porque a los tales siempre Dios les aumenta la salud, dice por el mismo: *Daré en Sión salud.*[13] Y porque a éstos consuela Dios, dice el mismo profeta: *Consolará Dios a Sión.*[14]

1 *Is. 31, v.*
2 *Ps. 68, 26.*
3 *Ps. 9, 12.*
4 *Ps. 96, 8.*
5 *Ps. 77, 68.*
6 *Ps. 86, 2.*
7 *Ps. 96, 8.*
8 *Ps. 131, 13.*
9 *Ps. 98, 2.*
10 *Ps. 127, 5.*
11 *Is. 26, 1.*
12 *Id. 41, 27.*
13 *Id. 46, 13.*
14 *Id. 51, 3.*

Y porque estos bienes de Dios — que es piélago de amor — a los que huelgan de conversar con él por el gran celo de amor con que los ama, por el cual tiene gran cuidado de defenderlos y favorecerlos, enriquecerlos y consolarlos, y siempre más y más sublimarlos, nos dice por el profeta Zacarías: *Yo celo a Sión, porque la amo con gran celo de amor.*[1] Y finalmente, porque veamos cómo mora en Sión — que es la meditación — y libra de todos los males, y causa todos los verdaderos bienes, el profeta Esaías, en la autoridad arriba alegada, junta lo uno y lo otro, diciendo: *Huyen de Sión los vicios,*[2] que son causa de todos los males. Y luego añade, diciendo: *Mira Sión la Ciudad de nuestra solemnidad: tus ojos verán a Jerusalem.*[3]

En lo primero, da a entender, que desde luego, en esta vida, mira Sión y ve por la meditación y contemplación los bienes y gozos de aquella soberana ciudad, de lo cual recibe muchas y grandes consolaciones en considerarlos y como esperarlos. En lo segundo que dice: *tus ojos verán* — que habla de futuro —, *a Jerusalem,* que quiere decir "visión de paz", se da a entender aquella vida bienaventurada, en la cual, el que agora en Sión mora, alcanzará entonces paz perfecta, viéndose de todos los males librado, y de todos los bienes cumplido. Por el contrario, aquellos cuyo corazón no mora en el monte de Sión, como no se allegan a Dios ni participan [4] por consiguiente de la luz de su divina noticia, son y andan vacíos de los bienes verdaderos. Por lo cual dice la Sabiduría: *Vanos son todos los hombres en los cuales no está la ciencia de Dios.*[5]

Esto se sigue con gran razón. Porque, por no quererse ocupar en el interior ejercicio, buscando un solo y sumo bien con mucha gana y diligencia, como es necesario para adquirir la ciencia que da Dios a sus Santos, tan alta y tan bienaventurada, y ocuparse en mirar lo que es fuera de Dios, han venido todos los males a los ángeles malos y a los hombres; los cuales, por diver-

1 *Zach. 8, 2.*
2 *Is. 33, 5.*
3 *Id. 33, 20.*
4 ni participan... la luz... *Forma clásica, por* participan... de la luz...
5 *Sap. 13, 1.*

tirse a estos bienes criados, han sido inficionados, y destruídos, y hechos inútiles, y gran damnación suya. Y esto, todo por ocupar su pensamiento, no en Dios, sino en la criatura. Por lo cual en la Sabiduría se dice: *Los malos, según las cosas que pensaron, tendrán corrupción, los cuales tuvieron negligencia acerca del justo y se apartaron del Señor.*[1]

Y porque a los tales, que tienen muchos trabajos en estas ocupaciones de fuera, y que a las veces parecen buenas, y por no proceder de la buena raíz de la interior ocupación de la meditación y devoción, les son todas infructuosas, añade luego en la autoridad alegada, diciendo: *De aquí es que sus trabajos son sin fruto y sus obras son inútiles.*[2]

La razón de esta su tan gran desventura, que es vivir con mucho trabajo y en vano, es porque las obras exteriores toman su bondad o malicia de las interiores, y los que no moran en Sión, no se mueven a obrar y trabajar por el amor divino, sino por el amor propio. Y porque algunos no se excusen y tengan esta doctrina por no verdadera, según que el amor de su sensualidad y mala costumbre les persuade con muchos argumentos, y quieren corroborar su falsa opinión, que es tener por buena la ocupación exterior y trabajosa, aunque sea mucha, diciendo que Dios dijo a nuestro primero padre, después de haber pecado: *En trabajos comerás todos los días de tu vida:*[3] miren para esto lo que el Espíritu Santo por Zacarías dice: *Yo* — dice — *me airé un poco, y ellos se han conjurado en el mal.*[4] Quiere decir: Amenacé a los hombres un poco por el pecado, echándolos con alguna ira puerta fuera, haciéndoles salir de mi presencia a estas ocupaciones que son de fuera, a manera de cuando amenaza la madre a una hija, que mucho ama, porque la ha enojado, y le dice con ira: vete de ahí, no te vea yo delante mis ojos: y ella, salida a la calle, de tal manera se enreda y ceba en algunas cosas viles, que no quiere más entrar en casa; así éstos. De los cuales dice: *Yo me airé contra ellos un poco, y ellos hanse endurecido.* Porque en lu-

1 *Sap. 3, 10.*
2 *Sap. 3, 11.*
3 *Gen. 3, 17.*
4 *Zach. 1, 15.*

gar de enmendarse de su desamor [1] hanse empeorado, tomando el castigo por su refrigerio, y por felicidad su miseria. Tanto, que por ningunas amonestaciones, ni amenazas, ni señales de amor, hay quien los haga volver a entrar en casa y conversar conmigo y gozar de mi amor, familiaridad y presencia.

Cosa es digna de llorar ver esto, como lo vemos por la experiencia, que es la enemistad que muchos han tomado con Dios, por se dar desordenadamente a estas ocupaciones.[2] Porque con mayor voluntad trabajan todo el día, y sudan toda la semana, y se fatigan toda la vida en estas cosas terrenas, que una hora en las divinas. Por aquéllas trabajan de gana días y noches,[3] y no quieren entrar a conversar con Dios un poco de tiempo, y emplearlo, con descanso del cuerpo, en aprovechamiento del espíritu, en aprender y gozar las cosas que cumplen a su consolación y salvación.

Y si les decís, que ¿por qué no tiemplan [4] el trabajo corporal, del cual dice el Apóstol: [5] *Que vale para poco, y la piedad para todo,* responden, que para trabajar nacieron. Y aun vanaglórianse de su trabajo, y de saber muchas sotilezas para acrecentar las ganancias temporales y ocuparse en ellas. Y para esto, buscan tantas ocasiones, y tienen tantos argumentos, que es para espantar a quien los mira. Así, en esta dañosa costumbre están tan envejecidos y vienen a desatinar tanto en los verdaderos bienes de su alma y edificación del hombre interior, que ni por un pequeño espacio pueden vacar a esto. Y así son constreñidos a fingir ocupaciones exteriores y buscar muchas y diversas ocasiones para huir de la familiaridad de la amistad de Dios. Por lo cual dice el Sabio: *Ocasiones busca el que quiere apartarse de su amigo.*[6]

Digo pues, que el que quisiere ganar y conservar a su Dios por amigo, y hacer cierta su salvación, el camino excelente, verdadero y muy necesario es la meditación. Y el que este camino del todo ignora, con falta de la experiencia, está en el camino de damna-

1 *1.ª ed.:* desamor y defecto.
2 *1.ª ed.:* ocupaciones visibles.
3 días y noches, *hoy,* día y noche.
4 tiemplan, *e. e.,* templan, mitigan o aflojan...
5 *1 Tim. 4, 8.*
6 *Prov. 18, 1.*

ción: digo, del que tiene edad perfecta. Y el que tiene poco de este camino, tiene poco; y el que tiene mucho de él, tiene mucho bien.

Debemos, pues, entre las ocupaciones exteriores, procurar de no salir del todo de la interior y santa ocupación; mas traer siempre delante los ojos a Dios, como lo hacía el santo Rey y profeta entre todos sus negocios.

Mas ya que a esto no hayas llegado, debes procurar de hacerlo a lo menos al principio de cada ocupación, para que sea movida y enderezada con la intención de agradar a Dios. Y también despertar en tu ánima la memoria de los beneficios de Dios, siquiera un poquito cada hora. Mas, porque a los principiantes les es aun esto dificultoso, debes a lo menos elegir tres tiempos en los cuales pongas profundamente a Dios delante tus ojos, elevando a él tu corazón con los santos pensamientos.

Esto nos enseña aquel santo mancebo y príncipe Daniel, del cual, aunque colgaban los negocios de la monarquía, tres veces al día se apartaba de todo el ruido y negocios del mundo, e hincadas las rodillas, se daba profundamente a la santa meditación y oración.[1]

Estos tres tiempos deben ser, a la mañana, a mediodía y a la tarde, conforme a lo que dice el psalmista: *A la tarde y al mediodía y a la mañana cantaré y anunciaré; y el Señor oirá mi voz.*[2] En estos tres tiempos se pueden y deben meditar tres diferencias de dones, que de la magnífica y omnipotente mano del Señor nos son ofrecidos. Porque las cosas que se han de pensar en la meditación, para que por esta vía suba nuestro corazón a Dios, son las obras de Dios, conforme a lo que dice el Apóstol: *Que las cosas invisibles de Dios por sus obras las entendemos y miramos, y por ellas al conocimiento de la sempiterna virtud y divinidad subimos.*[3]

Pues, como todo cuanto Dios ha hecho y hace, no es sino para hacernos bienes y mercedes, de aquí es que todas sus obras — que son todas las criaturas — no son sino unos dones a nos por él continua y amorosamente

1 *Dan. 6, 10.*
2 *Ps. 54, 18.*
3 *Rom. 1, 20.*

enviados y ofrecidos. Cerca[1] de lo cual hallo, que todos sus beneficios y mercedes, que nos hace, pueden ser reducidos a tres diferencias de bienes y dones, conviene a saber: los bienes que nos ha dado, los males de que nos ha librado y los bienes que nos ha prometido. Estas tres diferencias de los dones divinos, a los cuales —como ya dije— se reducen todos, son los que nos da a entender el profeta que tomaba, y debemos tomar por motivos para convertirnos a nuestro Señor Dios, cuando nos halláremos apartados o distraídos de su actual consideración y dilección. *Conviértete* — dice él —, *oh ánima mía, a tu descanso; porque Dios te ha hecho bien; porque libró mi ánima de la muerte, y mis ojos de las lágrimas, y mis pies de la caída.*[2] Es decir, "conviértete ánima mía a tu descanso", la amonesta que se convierta a Dios, en el cual sólo puede hallar su verdadero descanso. Porque, como el corazón no tiene reposo entre tanto que no tiene lo que desea, y él, como es criado para gozar de Dios, su capacidad es inmensa; de aquí que todo lo que no es Dios es menos que su deseo, y por tanto, todo el mundo le es muy pequeño; por lo cual no puede en todo lo que hay en él hallar perfecto descanso. Así como si alguno se acostase en una cama tan angosta como una viga, que no fuese la mitad de ancha que su cuerpo, no podría bien descansar en tal cama, así nuestro corazón en toda cosa criada. Y por esto dice nuestro padre san Agustín: *Hicístenos Señor para gozar de Ti, y por tanto nuestro corazón no tiene quietud hasta que descanse en Ti.* Entiéndese, pues, por nuestro descanso al mismo Dios, principio y fin nuestro, y nuestro bien todo.

En lo que dice, "conviértete", da a entender la consideración y dilección. Porque, así como de alguno se dice convertirse o volverse a otro,[3] cuando pone en él sus ojos; y apartarse o volverse, a no estar con él o cuando está mirando atrás; así también, aunque Dios está en toda parte, y a doquier que está nuestra ánima está en la presencia de Dios; mas cuando tiene los ojos de su intención puestos en el mundo, entonces se dice es-

1 cerca de lo cual = acerca de lo cual.
2 *Ps. 114, 7.*
3 *Hipérbaton violento.*

tar apartada de Dios; y cuando los pone en Dios, se vuelve a Dios; y esto se dice convertirse a Dios.

La intención del ánima es cuando se inclina a alguna cosa por amor y la desea y tiene por su fin. Mas, como ninguna cosa se pueda amar sin conocerla — como muchas veces se ha dicho —, de aquí es, que, en la conversión de nuestra ánima a Dios, concurren ambas operaciones, que es: [1] el conocimiento que mana de la actual consideración, lo cual es por aplicación del entendimiento; y el deseo de la afección, que procede de la voluntad. Estas dos potencias son como dos ojos del ánima, con los cuales, cuando dignamente en Dios se emplea, entonces le mira. Y tener estos ojos en Dios fijados, es estar a él vueltos y convertidos. Pues, como la actual noticia y consideración se alcance meditando, y el orar verdadero, mental, se obre deseando; de aquí es, que en esta nuestra conversión se incluyen los ejercicios de la meditación y oración. Y como la meditación tome principio y causa de oír o leer las cosas de Dios, de aquí es, que la meditación y oración presuponen el otro primero ejercicio, que es la lección.

Convertirse, pues, el ánima a su descanso, es volverse a su Dios por consideración y dilección. Y poner en él sus ojos, es mirarle y conversarle y abrazarle con estos tres salutíferos ejercicios. Mas, porque el fin de los otros es el último, que es unirse a Dios por deseo y amor verdadero, y los dones que recibimos son motivos para amar al dador de ellos, de aquí es, que queriendo el profeta mover su ánima al amor de su tan gran bienhechor, en diciéndole, que se convierta a él, añade luego, diciendo: *Porque el Señor te ha hecho bien.*

Y porque todos los bienes nos deben ser a su amor motivos, y todos se pueden reducir a las tres diferencias susodichas, represéntalas todas en estas tres palabras.[2]

Unos bienes son, los ya recibidos; y éstos, se incluyen en lo que dice: *porque Dios te ha hecho bien.* Los otros bienes o mercedes son los males en que [no]

1 que es, *e. e.*, que son.
2 *1.ª edic.:* palabras o sentencias.

habemos caído y de que nos ha librado; y esto, se incluye en lo que prosigue, diciendo: *porque libró mi ánima de la muerte,*[1] conviene a saber, de aquella muerte de los pecadores, pésima, que es la damnación eterna, la cual no sólo priva desta vida mísera y transitoria, mas de aquella vida divina que se goza en Dios, fuente de vida, que es vida felicísima y eterna. Esta damnación horrible del infierno es muerte, y muerte perfecta; porque priva al ánima de lo que desea,[2] y deja el sentido para padecer todo lo a ella contrario.

Los terceros bienes son los verdaderos y eternos, que son los gozos del cielo y deleites del paraíso; y éstos representa en lo que añade, diciendo: *y porque libró mis ojos de lágrimas y mis pies de caídas.* En las cuales dos palabras se significa la liberación de toda miseria. En decir, *que le libró los ojos de lágrimas,* se denota la liberación de toda pena. En lo que dice, *que libró sus pies de la caída,* se denota la liberación perfecta de todo mal de culpa. Las lágrimas son efecto de la tristeza, y la tristeza o descontento proviene de padecer alguna miseria o falta. Ser, pues, libres de toda lágrima, es estar ya librado de todo defecto o miseria. La caída, es por la culpa, en la cual el más santo, mientras está en esta vida, puede caer, ofrecida la tentación y ocasión, como en David y en otros muchos se manifiesta. Y ésta es mayor miseria, porque es ofender a Dios y privarse de la amistad de Dios; y aun hacerse enemigo de Dios. Y este peligro en que estamos nos había de hacer, más que otra miseria, aborrecer esta vita tan mísera.

Mas la vida del cielo es bienaventurada, porque en ella el que la goza está ya libre de toda tentación, seguro de no caer en algún pecado, y de no apartarse de Dios, al cual, por clara visión y fruición, está perfectamente unido. Bienaventurada vida en la cual — como dice la santa Escriptura — *alimpiará Dios con sus manos las lágrimas de sus santos.*[3] Como diciéndoles: Ya no más, ya no más. Ya no tendréis qué llorar, ni habrá de aquí adelante qué temer. Huirá toda pena y miseria, huirá toda culpa, y todo lo que de estar gozando

1 *Ps. 114, 8.*
2 *1.ª edic.:* de todo cuanto desea.
3 *Apoc. 21, 4.*

al sumo bien aparta. No habrá ya cosa que perturbe, no cosa que ofenda. Estará alejado todo mal y presente todo bien.

De esto que ha dicho el profeta, que estará libre en el cielo, conviene a saber, de toda pena y de toda culpa, se puede entender, que estará libre de toda miseria en el cuerpo y en el alma. También, de estar libre de toda caída, se sigue estar a Dios por amor perfecto unida, y estar perfectamente deificada, y de la hermosura de su divina naturaleza perfectamente revestida. De lo cual se sigue, estar a nuestro Señor Dios perfectamente agradable y grata. Y por esto se sigue: *Entonces agradaré a Dios,* conviene a saber, con dilección y hermosura perfecta. Y porque cuando Dios así perfectamente se participa y goza, como Dios sea esa misma vida y fuente purísima de vida, de aquí se sigue, que aquella sola es verdadera vida, porque como se goza en Dios pura, no tiene mezcla de muerte alguna. Y por esto, dando a entender cómo esta sola es vida verdadera, concluye diciendo: *Que agradará a Dios en la región de los vivos.*

Toda falta es una muerte parcial, y por esto a la muerte llamamos fallecimiento, diciendo: fulano ha fallecido. Es, luego,[1] la muerte del cuerpo, cuando fallece todo lo que gozaba en este mundo. Es parte de esta muerte, cada vez que falta algo. Pues, como a cada paso falten muchas cosas de las que son deseadas de los más abastados y ricos, de aquí se sigue que esta vida no es perfecta vida, mas está muy llena de muerte. Y por esto dice San Gregorio,[2] que la vida presente, comparada a aquella vida celestial y eterna, más se ha de decir muerte que vida; porque ¿qué otra cosa es el cotidiano desfallecimiento de su corrupción, sino una muerte prolija? Es, pues, esta vida más muerte que vida, porque a cada paso falta lo que en ella se desea. Mas en aquella vida celestial y divina, como ningún mal o defecto haya, y todo el bien esté siempre junto y se posea y goce, de aquí es, que sólo aquel que de tal vida goza, verdaderamente vive. Y por esto concluye, diciendo: *Que agradará a Dios en la región de los*

1 luego = pues.
2 San Gregorio, *Homilías sobre el Evangelio, homilía 37.*

vivos, en respecto de los cuales, los más abundantes de este mundo son y están como muertos.

Represéntanos, pues, el profeta, en las tres sobredichas sentencias, todas las cosas que deben ser de nos meditadas, que son estas tres maneras de bienes, a los cuales se reducen todos — como dijimos —, que son: los bienes ya recibidos, los males de que hasta agora somos librados y los bienes que nos están prometidos y aparejados.

Los bienes que nos son dados, son en tres maneras, conviene a saber: Dones naturales, dones temporales, dones gratuitos. Los primeros son incomparables, los segundos inapreciables, los terceros incomprensibles y sumos. De los primeros, participan todos igualmente; de los segundos, también todos, aunque unos más que otros; de los terceros, solos los justos, y en diversos grados. Con los primeros nos da Dios a nosotros mismos, quiero decir, nuestro ser mismo y todo lo en él contenido. Con los segundos nos da todo este mundo. Con los terceros nos da a sí mismo. En los primeros nos da nuestra vida natural; en los segundos, esta abundancia temporal; en los terceros, su vida divina con su muerte corporal.

Capítulo III

DE LO QUE SE HA DE MEDITAR A LA HORA DE LA MAÑANA. Y PRIMERAMENTE DE LOS DONES NATURALES

Las cosas que se han de meditar, o pensar, a la hora de la mañana, luego que te levantes, son los bienes que Dios te ha dado, así naturales, como temporales, como gratuitos, que se contienen en los beneficios de la creación y conservación y regeneración.

Cerca de lo primero, has de pensar: cómo poco tiempo ha no eras, y nuestro Señor te ha hecho de nada, y dado todo eso que tienes, conviene a saber: todo ese ser tan maravilloso, dotado de tantas y tales potencias exteriores e interiores, sensuales y espirituales. Y para que dignamente las puedas pensar, considera atentamente cada una, y procura de saberla estimar, mirándola particularmente, procurando de conocer su valor y virtud por esta vía o manera.

Considera, de cuán inestimable valor son el par de ojos que Dios te ha dado. Para lo cual mejor sentir, considera, que si el rey de la tierra te enviase agora un par de piedras preciosas que valiesen dos ciudades, las mejores de su reino, ¿en cuánto estimarías este don, mayormente si supieses que te lo enviaba por puro amor? ¿Y cuánto por esto le debrías amar, y cuánto estarías obligado y debrías estar inclinado a le servir? Pues mira lo que valen este par de piedras preciosas, que son este par de ojos que Dios te ha dado. Si quieres saber su valor, mira si te faltasen y te diese Dios a escoger, o darte los ojos y no más del día y

victo,[1] o no dártelos y hacerte señor de todo el mundo. ¿Cuál de estas dos cosas es la que escogerías? Cierto es, que más querrías sola la vista corporal, con aquel día y victo, que no estar sin ella y ser señor de todo el mundo. Luego, este don de este par de piedras preciosas, que son los ojos, no sólo valen más que dos ciudades, las mejores de cualquier reino, más aún, que el señorío de todo el universo mundo.

Lo mismo podemos decir de la potencia del oír, lo mismo de la lengua, lo mismo de tener pies y manos, lo mismo de la salud corporal. Pues, si vale más que todo el señorío del mundo cada una de estas potencias, ¿cuánto es lo que valen todas juntas?

Por esta misma vía, que habemos dicho, de las potencias sensitivas y exteriores, podemos subir a estimar las espirituales e interiores, que sin comparación son mayores. Porque si Dios te mandase elegir, o todas las potencias ya dichas, o sólo el entendimiento, cierto está, que teniendo sano juicio querrías más quedar ciego y sordo y mudo y sin pies y sin manos, con que te dejase Dios el entendimiento, que no elegir lo contrario. Lo mismo podemos decir de la memoria y de la voluntad; porque todas tres son intelectuales potencias, y en capacidad infinitas, y entre sí conexas y necesarias. Pues si cada una de las potencias sensuales[2] vale más que el señorío de todo el mundo, y cada una de las espirituales vale más que todas aquéllas, estima ahora, si puedes, el valor de las unas y de las otras juntas todas.

Puedes también subir en el conocimiento del valor de estas potencias por otra vía, que es por la consideración de sus efectos admirables y recreaciones que proceden de ellos. Dime: ¿cuánta es la virtud de este par de piedras preciosas, que son los ojos, con las cuales alcanzas y gozas de ver tanta luz y tantos espacios de lugares en los elementos y en los cielos, tantos y tan diversos movimientos, tantos colores, tantas figuras, tanta variedad de hermosuras en los edi-

1 del día y victo; *frase equivalente a esta otra de hoy:* el pan nuestro de cada día, *o también:* el día y la noche, *e. e., el* puro *sustento del día.*

2 sensuales, *e. e.*, sensibles. *Hoy la primera acepción tiene sentido de carnal o propio de la concupiscencia.*

ficios, en los árboles y en todo género de plantas; en las hojas, y en las flores, y en las frutas, y en los animales, y en los hombres, y en todos los otros objetos innumerables?

¿Cuánta es la virtud de un par de joyas tan preciosas, como son este par de orejas con que gozas tantas y diversas voces y sonidos, y tantas y tan suaves músicas, unas hechas por las avecicas, otras con voces humanas, otras con tanta variedad de instrumentos, y con que gozas también de oír tantas y buenas palabras, tantas y suaves conversaciones?

¿Cuánta es la virtud del olfato, con que puedes gozar de tantos y diversos olores? ¿Cuánta es la virtud de la lengua, con que puedes explicar tus innumerables deseos y pensamientos? ¿Cuánta es la virtud del gusto, con que puedes gozar de tanta diversidad de sabores? ¿Cuánta la del tacto, con que puedes sentir tantas diversas recreaciones? ¿Cuánta la virtud de un par de manos, con que puedes hacer tantas y diversas obras? ¿Cuánta la de un par de pies, con que puedes moverte a tantos y diversos movimientos, y adquirir tantos y tan diversos lugares?

Pues, ¿qué dirás del entendimiento, con el cual tienes facultad de discernir lo bueno y lo malo, conocer lo verdadero y lo falso, alcanzar tantas ciencias y verdades, penetrar tantos secretos, recibir tantas y diversas noticias, hallar tantas razones y medios para alcanzar los fines deseados, y, sobre todo esto, levantarte a conocer al mismo hacedor tuyo y criador de todas las cosas?

¿Cómo estimaríamos una joya tan preciosa como es la memoria, con la cual te puedes acordar de tantas y diversas cosas, recibir y reducir tantas semejanzas y especies inteligibles y, sobre todo esto, poderte acordar de nuestro Señor Dios en cada hora, y gozar de su dulce memoria?

¿Cómo también apreciaremos una joya tan maravillosa como es la voluntad, en todo el reino de tu ánima señora, con la cual puedes gozar de tantos y diversos bienes corporales y espirituales, visibles e invisibles, y con que, sobre todo esto, puedes amar y gozar de ese mismo Dios, hacedor tuyo, que es piélago infinito do están y manan todos los bienes?

Capítulo IV

DE LA MEDITACION DE LOS BIENES TEMPORALES

La segunda manera de dones, son los bienes temporales. Cerca de lo cual has de meditar y debes atentamente considerar, cómo nuestro Señor Dios no sólo te ha dado y da las potencias sobredichas, mas también todas las cosas que gozas con ellas. Quiero decir; que te da ojos para ver, y todas las cosas que ves; orejas para oír, y todos los sones y músicas y palabras que oyes; olfato para oler, y todas las cosas odoríferas, tantas y diversas, que hueles; lengua para hablar, y todas las voces y palabras que formas; gusto para gustar, y todos los manjares y licores que gustas; tacto para tocar y todas las recreaciones que con él tienes; manos para obrar, y toda la materia e industria con que obras; pies para andar, y la tierra en que te sustentas y espacios por donde andes; entendimiento para entender, y todo lo que entiendes; memoria para acordarte, y todo lo que te acuerdas; voluntad para amar y gozar, y todos los bienes que amas y gozas.

Capítulo V

DE LA CONSERVACION DE TODAS LAS COSAS

El segundo punto que debes considerar con grande atención cerca de estos dones, así naturales como temporales, es el beneficio de la conservación, con el cual el Señor todopoderoso te los conserva y sustenta todos.

Cerca de esto has de notar, que en cada hora y momento te tornarías en nada, si nuestro Señor Dios no te estuviera siempre sustentando; de modo que, aunque no le vemos, siempre, adoquier que estamos, está invisiblemente con nosotros, y — como dice por el Profeta Oseas — *Nos tiene y trae en sus brazos.*[1] Lo mismo da a entender el Apóstol cuando dice, que *en él vivimos, y nos movemos, y somos.*[2] Y en otra parte dice: *Trae Dios todas las cosas en la palabra de su virtud,*[3] que es su Hijo unigénito y con él un Dios todopoderoso.

Pues, al que en esto profunda y frecuentemente meditare, mucho le podrá aprovechar para ser movido al temor y amor divino, y para se conservar delante su acatamiento con corazón humilde, ferviente y puro. ¿Quién, no se espanta de ver en esto la bondad divina? ¿Quién, que esto sienta, no se aficiona a Dios sobre todo amor de criatura? Dime: si hubiese un Rey o Príncipe tan amoroso y benigno, que a sus mismos criados por puro amor trajese en brazos, y cuando estuviesen enfermos les diese de comer con sus propias manos, y los moviese a todos los movimientos a que qui-

1 *Os. 11, 3.*
2 *Act. 17, 23.*
3 *Hebr. 1, 3.*

siesen ser movidos, ¿quién no desearía ser su criado? ¿y quién no se aficionaría a él más que a otros? Y cuanto fuese mayor este Señor, tanto se manifestaría más en esto su bondad y amor. Pues, tanto más excede a todos estos, y resplandece en ello la bondad y caridad divina, cuanto el mismo Dios, inmenso, es mayor que su criatura.

Pues, si alguno de los criados del Rey,[1] después de recibidas tan grandes mercedes y favores, le fuese ingrato y traidor; y después de le haber ofendido con desobediencias, injurias y traiciones, no dejase de traerle con el mismo amor en brazos, y darle continuos e inestimables dones, ¿cuánto más se probaría su nobleza y benevolencia? ¿Pues, cuánta es acerca de ti la bondad y caridad divina, que siendo él Dios Todopoderoso, y habiendo usado contigo de todo esto, y habiéndole tú, no sólo una vez, mas muchas, ofendido, y con tantas maldades desobedecido, injuriado y desacatado, y, cuánto es en ti, deshonrado y de su señorío poderío y virtud privado, queriendo, cuando mortalmente pecas, que, o Dios no fuese justo para te castigar o poderoso para te impedir, que es querer que no fuese Dios?

Y con todo esto, por su infinita misericordia no te ha consumido, ni condenado; antes, siempre te ha esperado, y en sus brazos traído; y eres siempre de él favorecido y tan amado, y de tantos dones inefables, generales y especiales, tan dotado y enriquecido.

Considera, pues, cómo nuestro Señor Dios te conserva, y te está siempre dando, así todo tu ser como todos estos innumerables bienes que continuamente gozas; porque en todo momento está en todo, influyendo todo con aquella virtud suya infinita, que no hace menos en esto, que si en cada momento lo criase todo de nuevo. Así como el sol, para que el aire esté alumbrado, es menester que siempre esté enviándole sus rayos; así también, Dios está siempre enviando su influencia divina con que nos conserva y da todo el ser de nuestras potencias y de todas las cosas que gozamos con ellas, así espirituales como temporales.

1 *1.ª edic.:* de aquel Rey.

Capítulo VI

EN QUE SE PROSIGUE LA MEDITACION DE LOS BIENES NATURALES Y TEMPORALES

Danos Dios siempre, como hemos declarado, todos los dones naturales y temporales; de ellos, con sus propias manos, como son el ser y todas estas potencias; de ellos, con muchos y diversos pajes y criados suyos, que son todas las criaturas, con las cuales nos está siempre enviando tantos dones y mercedes.

¿Qué piensas, si bien lo miras, que son todos estos bienes que recibes y con los cuales te deleitas, sino unos continuos dones y presentes que nuestro Señor por su puro e incomprensible amor te envía siempre empresentados[1] con sus pajes y criados, tantos y tan bien criados, dotados de maravillosa hermosura y virtud, y tan ricamente ataviados? ¿Qué son todos los árboles, sino unos pajes de Dios, tantos y tan diversos, y tan varia y hermosamente vestidos? De ellos, de blanco; de ellos, de colorado; de ellos, de verde; de ellos, de otros diversos colores; de ellos, de muchas y diferentes clases con la multitud de sus flores, hojas y frutos, y con tantas labores y figuras y primores, que traen en cada flor y en cada hojita, tan bien ataviados, que — como dice nuestro Señor Dios en el Evangelio — *Ni Salomón en toda su gloria fué tan bien vestido como uno de ellos.*[2]

¿Qué son, pues, todos éstos, sino unos pajes de Dios muy hermosos, con los cuales tantos géneros de

1 empresentados, *e. e.*, en forma de presentes. *Término desusado, pero de significación expresiva y forma bella, que debiera restituirse al uso.*

2 *Mt. 6, 29.*

frutos te envía empresentados? ¿Qué son todos los géneros de animales tan varios e innumerables, sino unos criados de Dios que te traen de que comas y te vistas? ¿Qué son todos los géneros de aves y multitud de avecitas, sino unos sirvientes de Dios? ¿De ellos, para que te sirvan como manjares a tu mesa; de ellos, para que te hagan música? ¿Qué son otros muchos animales así de géneros de pescados,[1] como de animales terrestres, sino de ellos, para traerte diversos sabores, como lo hacen los peces que viven en las aguas; de ellos, para llevarte sobre sí mismos y traerte de unos lugares a otros, como lo hacen las bestias que sirven en las casas?

¿Qué son todos los elementos, sino unos servidores de Dios que te están sirviendo de día y de noche con tantos y tan necesarios efectos? ¿Y qué otra cosa hacen todos los cielos, sino estar siempre sirviéndote con sus continuas y varias influencias y admirables movimientos? ¿Qué otra cosa es el sol, sino un criado de Dios, tan resplandeciente, que te sirve de paje de hacha[2] para alumbrarte en el día? ¿Y qué otro oficio tienen la luna y las estrellas, sino alumbrarte de noche? ¿y qué cosas son las candelas encendidas, sino unas criaturas de Dios que te sirven del mismo oficio, que es alumbrarte, para que veas y goces tantas y diversas cosas, y con que puedas hacer tantas y diversas operaciones? ¿Quién no se admira de ver una criatura tan hermosa y tan activa, de tanta virtud y eficacia, como es una candela encendida? ¿En cuánto estimarías este don y esta joya tan preciosa si nunca hasta ahora Dios te la hubiera enviado, sino que, siempre de noche, hubieras estado a oscuras, y ahora de nuevo te hubiera enviado en la noche esta tan admirable joya, como es una candela encendida, con que comenzases a ver y gozar de objetos tantos y tan diversos?

¡Oh Señor, Dios mío! cuán inestimable es la dulzura de vuestro amor acerca de mí, pues habéis obrado y obráis siempre tantas maravillas por amor de mí.

1 géneros de pescados. *Es de notar, ya a principios del siglo XVI, el significado de la palabra* pescado, *para indicar todo género de peces de río o de mar, como hoy día.*

2 paje de hacha, *el que en las casas nobles y en los palacios iba delante alumbrando el camino a su señor.*

¡Oh Señor, Dios mío, dadme, por quien Vos sois, a sentir cuánto por todos estos dones os debo amar y servir! Porque si vos, Señor, Dios mío, no me los hubiérades dado dende el principio así todos juntos, ¿cuánto estimara cualquiera de ellos, si agora de nuevo me enviáredes alguno, y aunque no fuera sino emprestado para un poco de tiempo? Quiero decir, si no me hubiérades dado desde el principio este par de piedras preciosas, que son los ojos, sino que agora me las enviáredes empresentadas de nuevo; y aunque no fueran, sino prestadas, para gozarlas por sola una semana. ¿En cuánto estimara este don, aunque no me lo diérades sino en cada mes, emprestado para este poco de tiempo, que es una semana de él, como ya he dicho?

Y lo mismo puedo decir de los objetos que gozo con los ojos, como son, tanta diversidad de lumbres y figuras, y diversidad de hermosuras y en tanto género de criaturas corporales, sensibles y racionales. Y si no me hubiérades dado la potencia del oír, sino que agora de nuevo me enviáredes este par de joyas tan admirables, como lo son este par de oídos, aunque no fueran sino emprestadas por unos pocos de días, ¿en cuánto fueran de mí estimadas? Y lo mismo digo de los objetos y recreaciones que gozo con ellas, como son tantas músicas y doctrinas y conversaciones.

Lo mismo puedo y debo considerar de todas las otras potencias, y de todas sus recreaciones a ellas propias y proporcionadas. Pues ¿cuánto os debo yo, Señor, Dios mío, porque me habéis dado, y estáis siempre conservando e influyendo esta potencia visiva, y me estáis siempre enviando tanta luz y diversos resplandores, tantas riberas y prados y huertas; edificios, campos y florestas, con tantos colores y figuras y variedad de hermosuras con que me recree? ¿Y me habéis dado, y estáis siempre dando, esta potencia auditiva, y tantas músicas y doctrinas que oiga? ¿Y me habéis dado, y me estáis siempre enviando esta potencia olfativa, y tantos olores que huela? ¿Y me habéis dado y estáis siempre dando este sentido del gusto, y tanta diversidad de manjares, tantas frutas, tantos pescados, tantas carnes, tantas especias, tantos licores, que guste? ¿Y me habéis dado y estáis siempre dando este sentido del tacto, y tantas blanduras y frescuras y regalos con que

me recree? ¿Y me habéis dado este par de manos, con que tan varias e innumerables operaciones obre? ¿Y me habéis dado y me estáis siempre dando, este par de pies, con que pueda moverme a tantos movimientos, conseguir tantos lugares, gozar de tantas y diversas cosas?

Pues si tan inestimable es, Señor, Dios mío, el amor que os debo por estas potencias sensuales y sus recreaciones; ¿qué es lo que os debo, porque me habéis dado una joya tan incomparable como es un entendimiento para conocer, no sólo innumerables objetos criados, mas aun también a Vos, mi Dios, criador de todos? ¿Y me habéis dado y dais siempre una memoria con que me pueda acordar, no sólo de los bienes que son en toda criatura, mas que me pueda acordar cada vez que quiera de vuestra bondad y caridad infinita? ¿Y me habéis dado y estáis siempre dando joya tan inapreciable como es la voluntad, con que pueda amar y gozar, no sólo los bienes criados transitorios, mas aun los eternos; y, aun sobre todos, a Vos mismo, que sois mi bien todo, y en todo, bien inmenso? Pues, ¿cuánta obligación tengo, Señor, Dios mío, de amaros por todos estos bienes, y servirte con cada uno de todos?

Porque, si agora cualquier dellos me faltase, y vos me los diésedes con condición de que no usase de ellos sino en las cosas que vos sois servido, ¿cuán de buena voluntad aceptaría este don con esta condición? Pues, luego, ¡cuánta obligación tengo a nunca querer ver, sino lo que vos queréis que vea; y nunca oír, sino lo que vos queréis que oiga; y nunca oler, sino lo que vos queréis que huela; y nunca gustar, sino lo que vos queréis que guste; y nunca hablar, sino lo que vos queréis que hable; y nunca andar, sino lo que vos queréis que ande; y nunca tocar, sino lo que vos queréis que toque; y nunca pensar, sino lo que vos queréis que piense; y nunca saber, sino lo que vos queréis que sepa; y nunca amar, sino lo que vos queréis que ame! Y si he sido muy ingrato cada vez que de estos dones no he usado en vuestro servicio, ¿cuánto he sido de ingrato y malo, cuando los he empleado en vuestro deservicio?

Esta es la primera vía para subir por estos dones naturales al conocimiento de la divina excelencia y de su benevolencia, que se comienza desde la considera-

ción de la mínima criatura, hasta entrar dentro de nos mismos al conocimiento de nuestra ánima, hecha a la imagen y semejanza divina. La cual meditación, cuando hasta aquí llega el ánima — que es entrar a conocerse a sí misma — alcanza por medio de sí un conocimiento de Dios admirable, con ser Dios no perfectamente comprehensible, como el profeta lo manifiesta, do dice: *Maravillosa es hecha, oh Señor, vuestra ciencia, que mostráis en mí: es tan confortada, que no puede ser de mí comprehendida.*[1]

Resplandece, pues, en esta meditación santa, mayormente en nuestra ánima, la excelencia y benevolencia divina. La excelencia de su potencia, sabiduría y bondad, en que pudo y supo y quiso criarnos y quiere conservarnos; y crió y cría para nos tantos bienes, de que interior y exteriormente nos tiene siempre cercados y llenos. Resplandece su benevolencia, en que no nos habiendo menester para cosa alguna, por puro amor nos lo ha dado todo, y nos lo está siempre dando.

Para subir con esta consideración por el conocimiento de Dios, buscándole, como por un camino, por medio de sus pisadas, podremos tener esta manera: Toma tú, hermano mío muy amado, una hojita de un árbol en las manos de tu consideración; toma una hoja de parra o vid, y mírala atenta y frecuentemente[2] a la claridad del sol, de manera que no haya falta ni exceso de luz. Y verásla toda tan bien labrada, que no hay labrandera ni iluminador en todo el mundo que imitarla pueda. Ponla entonces también delante de los ojos de tu alma y, profundamente considerada, podrás, y debes decir con tu corazón: Si todos los hombres y príncipes del mundo se juntasen a hacer esta hojita, no podrían hacerla, ni aun sabrían entenderla; pues, ¿cuánta es la sabiduría y potencia de aquel que la ha criado? Y si esta hoja es tan hermosa, ¿cuánto más es una ánima sensitiva? ¿Cuánto más una ánima racional? ¿Cuánto más un ángel? ¿Y cuánta mayor hermosura, subiendo por todos los espíritus celestiales hasta los sumos, que son los serafines, mayormente siendo todos distintos en especie, como dice Santo Tomás, no sólo

1 *Ps. 23, 8.*
2 *1.ª edic.:* mírala atentamente a la claridad...

los de una jerarquía de la otra, y los de una orden de la otra, mas que cada uno es distinto en especie de otro, y así, cada uno es más hermoso que otro, yendo por ellos subiendo? Pues, como sean innumerables, y la hermosura del primero e ínfimo exceda a toda la de este mundo, ¿cuál será y es la del espíritu último y sumo?

Has también de tomar en las manos de tu consideración ese par de ojos corporales, que te ha dado, y considerar y decir: ¡cuán admirable es esta joya que me ha enviado mi esposo! ¿Quién podrá apreciar el valor de este par de piedras preciosas? ¿Quién podrá dignamente comparar su hermosura? ¿Quién su virtud y eficacia, con que tantas cosas conozco, puedo y gozo? ¡Una joya tan rica, tan hermosa y graciosa, tan noble y tan poderosa, tan delicada y tan jocunda! ¡Una cosa de tanta virtud, con que tantas y diversas cosas veo y gozo cada vez que quiero! ¡Una cosa tan pequeña en cantidad y tan grande en eficacia y capacidad, en quien cabe la tierra y el cielo y tantos espacios y diferencias de lugares, y con que comprehendo innumerables y diversos objetos de las cosas visibles! Si tal es el don, ¿qué tal será el dador? Si tal es esta joya, ¿qué tal el esposo mío que la ha hecho y me la envía?

Lo mismo puede y debe pensar toda ánima verdaderamente cristiana, tomando en su consideración cada una de sus potencias, y cada uno de los objetos que goza con ellas; mayormente las potencias intelectuales, por las cuales y sus rectas operaciones, es hecha a imagen y semejanza de su criador mismo y esposo suyo. Porque considerando la incomprehensible capacidad y facultad que tiene recibida en cada una de estas potencias, siendo como es criatura, puede y debe levantarse a conocer y amar a aquel esposo, que por ser, como es, su criador, infinitamente le excede en todo. Puede también y debe subir por estos pasos y medios al conocimiento de la divina benevolencia, por esta manera: Tome una hoja de parra, o una flor, o rosa y, considerada, dirás así: Si tan hermosa es esta hoja, o flor, que se ha de secar tan presto, ¿qué tal será la hermosura de los ángeles del paraíso, y de nuestros cuerpos cuando estén glorificados en el cielo? Y si tanto se esmeró mi Hacedor en estos ojos, que me ha dado

mortales, ¿cuáles me los dará, cuando me los diere incorruptibles? Si tantos, y tan grandes, y continuos bienes me da en este destierro, ¿cuáles y cuántos me tiene aparejados en la celestial patria? Si tantos y tales son los dones que da en este mundo a los buenos y a los malos, ¿cuáles serán los que tiene guardados para los que le temen y aman, y de que han de gozar solos los buenos? Y si con todo amor me ha tratado en el tiempo que le he menospreciado y héchome su enemigo, ¿con qué amor me abrazará, siendo su hijo y en toda virtud perfecto?

En estos pensamientos se debe ocupar el ánima que es cristiana y devota; y así lo hará, si a su criador y esposo ama como debe. Debe, pues, la tal, si quiere aumentarse en el divino amor, procurar de frecuentar éstas y otras semejantes meditaciones, las cuales le serán dulces y saludables, y para las cuales podrá a cada paso hallar motivos para subir al conocimiento y amor de Dios por medio destos dones naturales y temporales.

Capítulo VII

DE LA MEDITACION DE LOS DONES GRATUITOS

Después de la consideración de los dones naturales y temporales, se sigue considerar los dones gratuitos, con cuya meditación nos llegamos más a Dios, subiendo en mayor conocimiento suyo.

Estos dones gratuitos son en dos maneras, en las cuales entrambas se nos da este mismo Dios, aunque por modos diversos. En la una manera, que es el modo de nuestra redención, se nos da para nuestro servicio y precio. En la otra, que es la justificación, se nos da para nuestro descanso y consuelo.

En el primer género de estos dones gratuitos, que es el modo de nuestra reparación, se nos representa la encarnación y nacimiento y vida y muerte de nuestro Señor Jesucristo; el cual, así como en los dones naturales nos dió este nuestro ser todo, y en los temporales nos ha dado y nos da todo este mundo, así en estos gratuitos, nos dió a sí mismo y sumamente todo.

Cerca de esto, has de considerar con toda atención y devoción, cómo habiendo tú sido ingrato a todos los dones sobredichos, tan admirables e innumerables; y habiendo ofendido y menospreciado a dador tan magnífico, inmenso amador tuyo, y que en sí mismo es piélago infinito de majestad, y gloria, y poderío; y mereciendo tú, por tanta ingratitud y menosprecio, ser no solamente privado de la felicidad que te estaba aparejada en el cielo, mas aun ser condenado al infierno; no teniendo con qué pagar al rigor de la infinita justicia la deuda de tu culpa, tuvo por bien el mismo Dios inmenso, que es el ofendido, darte a sí mismo

para tener con que le pagues la pena de tu pecado.

Para lo cual determinó de darte a su Hijo unigénito, a él igual y consustancial y con él un Dios, haciendo que sea unida a él nuestra naturaleza en unidad de persona. Porque siendo así la misma divina persona verdadero hombre, pudiese humillarse a servir, y padecer, y morir; y por este servicio, y pasión, y muerte, a que se humilló en cuanto hombre — ofreciéndolo por nosotros al Padre, y a él mismo en cuanto Dios, y al Espíritu Santo, que con él y el Padre es un Dios, por ser, como es, el que se humilla verdadero Dios — ofreciese por nosotros servicio y satisfacción de valor infinito, y así satisficiese por nuestra ofensa, que, por ser contra la infinita majestad divina, es digna de infinita pena; y así se le da al que la incurre. Y aunque no en intensión, porque no es a ella capaz la criatura, désele a lo menos infinitamente en duración, siendo como lo es eterna: porque, así, previniéndonos con su benevolencia y misericordia inmensa, nos librase de caer en su indignación infinita, pagando en la naturaleza que pecó y siendo el mismo Dios el que paga, porque así fuese la paga sumamente justificada y en sumo grado piadosa.

Es también aquí mucho de notar, que pagando Cristo, pagan con razón todos sus escogidos; porque todos son miembros de su cuerpo místico, por estar con él mismo, como su cabeza, por amor verdadero unidos. Porque por la fuerza del íntimo amor con que están así a él incorporados, se sigue que toman sus penas por propias, de modo que, él padece y ellos se compadecen,[1] él ofrece su pasión y ellos la participan y ofrecen por compasión.[2]

De aquí se sigue, que el que no está unido por verdadero amor con Cristo, pagará por sí mismo en el infierno, que será padecer los tormentos que padeció el mismo Cristo, o mayores, y sin término. Dije "los tormentos de Cristo", porque de su persona está escrito: *Mi ánima se acercó al infierno.*[3] Quiere decir: la pena que padezco es cercana a los tormentos del infierno.

1 compadecen, *e. e.*, padecer con otro.
2 compasión, *e. e.*, pasión con otro.
3 *Ps. 87, 4.*

Mas, como ya dije, por ser el que padece ese mismo Dios, y ser nuestra cabeza, con su pasión y muerte transitoria, cuanto a la pena, libra a sus miembros, que son sus escogidos, de la condenación intolerable y eterna.

Has también aquí de notar, que no sólo padeció Cristo por ti al tiempo de su muerte, mas antes fué combatido de incomparable pena y tristeza; y todo el tiempo de esta presente vida, dende el instante que encarnó hasta el punto que expiró en la Cruz. Porque, aun estando en el vientre bienaventurado de su santísima Madre, así como su ánima con suma caridad amaba a su Padre y Dios único, y por consiguiente también con sumo amor a nuestro linaje humano; así, sumamente le pesaba de todas las ofensas contra Dios hechas, y de todos nuestros males en que estábamos y estamos caídos; por los cuales remediar, como dice nuestro Padre San Agustín,[1] no le fué horrible, mas holgó sufrir estar allí encerrado hasta la hora bendita que nació, aunque era varón perfecto, porque tenía uso de entendimiento y libre albedrío tan entero, como cuando enseñó al mundo.

Esto pondera Jeremías profetizando, do dice: *Una cosa nueva, cosa nunca vista, hará Dios sobre la tierra, y es, que la mujer cercará al varón.*[2] Entonces estuvo Cristo nuestro Señor de la mujer cercado, cuando estuvo en su vientre encerrado, el cual, aunque cuanto al cuerpo era pequeñito, cuanto al espíritu era varón perfecto. Cosa es digna de contemplar, cómo allí estaba lo que allí estando pensaba y deseaba, y cómo estaba allí abrasado en el amor del Padre y nuestro. Por lo cual, sumamente se afligía su espíritu de la deshonra paterna y de la miseria nuestra. Mas después que nació, empezó a padecer, no sólo en el ánima, mas también en su carne delicatísima, naciendo y viviendo en continua y suma pobreza, trabajos y menosprecios,

1 *Se refiere a las palabras del* Te Deum: Tu ad liberandum suscepturus hominem, non horruisti Virginis uterum, *Himno atribuído por la leyenda a San Ambrosio y San Agustín, con cuyos nombres ha figurado hasta hace pocos años en el* Breviario Romano. *Alarcón recoge esta opinión, en su tiempo indiscutida. El autor de este Himno es desconocido, aunque la crítica se inclina a Nicetas, obispo de Remesiana.*

2 *Jer. 31, 22.*

persecuciones y angustias, según que por el profeta lo declara, diciendo: *Pobre soy y en trabajos desde mi pequeña edad.*[1]

Considera pues, oh ánima, con toda atención y devoción, la bondad y caridad con que este Señor omnipotente, Rey de la tierra y del cielo, y único Señor de todo el mundo, y que sobre todo lo que ha hecho es infinito [cómo] enamorándose de ti, viene a buscarte en este ínfimo mundo con deseo de desposarte consigo, aquí en la tierra, dende luego; y después, casarse contigo eternalmente en el cielo, como lo dice el Profeta, cuando de su encarnación habla diciendo. *Como esposo salió de su tálamo.*[2]

Y mira cómo a manera de un enamorado, que cautivo de amores de alguna doncella pobrecilla, deja la casa y reino de su padre, y viene a su aldea a servirla toda su vida, y hacer y padecer cosas admirables por enamorarla, así nuestro Señor Jesucristo, único príncipe del cielo y señor del mundo, y unigénito del Padre, a él coeterno, igual y consubstancial, deja, en cuanto hombre, por ti los palacios divinos y el celestial reino de su Padre, holgando de estar, cuanto al cuerpo, desterrado y pasible en esta nuestra aldea de la tierra, entre gente tan grosera, y valle de lágrimas lleno de tantas miserias.

Mira cómo dende que nace, comienza a hacer y padecer por tu amor cosas tan maravillosas. Nace, siendo hacedor del mundo, en un portalejo y establo, y por cuna un pesebrillo, en suma humildad y pobreza. De allí a ocho días comienza con gran dolor a derramar su sangre. Va luego huyendo de su indigna criatura con su padre pobre, que lo lleva en brazos, por tan largos caminos. Vive desterrado desde su niñez en Egipto por tantos años entre gente bárbara.[3] Vuelto a Israel, vivió [4] en Nazaret súbdito a su madre y a un pobre oficial, su esposo; y entre gente mala, de la cual es menospreciado.

Sale tras esto al desierto a ayunar y ser tentado. Comienza luego a predicar y enseñar al mundo el co-

1 *Ps. 87, 16.*
2 *Ps. 18, 6.*
3 *1.ª ed.*: bárbara y idólatra.
4 *1.ª ed.*: vive.

nocimiento de Dios y el reino soberano, andando a pie y descalzo de un lugar en otro, haciendo milagros sin cuento y nunca vistos, así para remedio de las ánimas como de los cuerpos. Enciéndese luego contra él por la codicia y envidia la malicia de los perversos. Es de ellos murmurado y acechado, injuriado y perseguido. Y por su santa doctrina recibe infamia, y por los milagros blasfemias, y por sus obras divinas recibe injurias y persecuciones, y por su amor ingratitud, y por su inmensa benevolencia y beneficencia grande odio y malicia. Después, al tiempo de la partida desta vida, humíllase a lavar los pies de sus discípulos, por dejarte a ti ejemplo de suma humildad. Háblate a la despedida con tan íntimo y dulce amor; déjate a sí mismo, y en manjar: como aquel que tanto te ama, no se puede de ti apartar.

Ofrécese luego a ser por ti preso y entregado en las manos de los pecadores y enemigos suyos pésimos. Es allí condenado, injuriado y maltratado. Tráenlo por las calles de aquella ingrata ciudad, a quien tantos beneficios había hecho, llevándolo de un juez a otro con tanta afrenta y vituperio. Es crudelísimamente azotado, y su cuerpo delicatísimo a poder[1] de llagas y azotes rasgado. Llagan su cabeza y traspasan su cerebro con muy largas y duras espinas con que le coronan por escarnio, y visten de una vieja púrpura por más denuesto. Es así sacado, todo llagado y sangriento y tan vituperado, a que lo vea todo el pueblo. Es de todos escarnecido y aborrecido, y pide toda aquella maldita gente, a quien tan grandes y tantos beneficios había hecho, que fuese crucificado, y que un Barrabás, homicida y muy perverso, sea librado.

Ganada a voces y con alboroto la sentencia, llévanle a la muerte entre dos ladrones, y hácenle llevar la cruz a cuestas. Llévanle con pregones y gran grita y regocijo. Dícenle injurias y danle sin piedad muchos golpes. Va tan fatigado, que cae en el suelo por el camino. Llegado al lugar de la muerte, en el monte Calvario, desnúdanle con gran furia las vestiduras, llevando, según se cree, los pedazos de sus carnes, que estaban a ellas pegados. Arrebátanle luego con gran

1 a poder, *e. e.*, a fuerza.

furor, y hácenle extender sobre la cruz, y traspasan sus manos benditas y pies santísimos con muy grandes y agudos clavos. Estiran sus brazos y piernas, y todo su cuerpo, en tanto grado, hasta descoyuntar sus huesos. Levántanle, así enclavado, en el aire, con que se aumentan los dolores, por estar así colgado de los clavos, con el peso del cuerpo. Está todo descoyuntado, y de la planta de los pies hasta la cumbre de la cabeza, todo llagado y afeado, y sumamente abatido y afligido, y en su ánima lleno de tristeza, así por nuestros pecados, como por los grandes tormentos.

¡Oh Rey del cielo y único Señor y hacedor del mundo! ¿Cómo estáis tan mal tratado y afligido? ¿Vos no sois el que vestís el cielo y la tierra de toda su hermosura? Pues, ¿cómo estáis desnudo y tan feo, hecho como leproso? ¿Vos no sois el que sustenta el mundo con sus manos? pues, ¿cómo estáis colgado de los clavos? ¿Vos no sois a quien con suma reverencia sirven en el cielo los ángeles, y contemplan los serafines? Pues, ¿cómo estáis puesto en un palo entre dos ladrones? ¿Vos no sois el que dais a todos, todos los deleites? Pues, ¿cómo estáis tan combatido de tormentos y dolores? ¿Vos no sois el que hinche de gozo a todos los ciudadanos de la celestial patria? Pues, ¿cómo estáis lleno de tristeza?

Pues, si me respondéis, Señor, que todo esto holgáis de hacer y padecer por amor de mí,[1] ¿cómo es posible que no os ame sobre todo amor, ni aun tenga otro amor? ¿Cómo no me muero de espanto de ver que mi Dios único e infinito padece por mí, su pequeñuela e indigna criatura, tan grandes penas y muerte crudelísima? ¿Cómo no me muero de pesar por haberos ofendido, o de placer en ver que soy de vos tan amado? ¿Cómo me puedo gloriar en otra cosa, sino en la cruz de mi Señor Jesucristo? ¿Cómo, Señor mío y amador mío, os puedo quitar de mi pensamiento, y cómo he podido seros tan ingrato, y por tanto tiempo? ¡Ay de mí, que por tantos años he sido tan descono cido[2] y malo! ¡Ay de mí, que tantos tiempos he vivido sin fruto! ¡Ay de mí, por todos los momentos que con

1 *1.ª ed.:* por mi amor.

2 desconocido, *e. e.*, ingrato. *Palabra opuesta a* reconocido, *hoy en desuso.*

todo mi corazón no os he amado! ¡Ay de mí, que tanto espacio de mi vida he perdido! ¡Ay de mí, que a tan inmensa bondad y caridad por cosas tan viles he menospreciado! ¡Ay de tanta dureza, que me ha causado la malicia de la culpa, pues, con saetas tan poderosas de vuestra incomparable hermosura y amor inestimable no he sido llagado y traspasado! ¡Oh, cuánta razón sería, que por la fuerza de vuestro amor, esos clavos me enclavasen, y esos azotes me hiriesen, y esas espinas me llagasen, y que con vos estuviese en la cruz afijado, como lo dice el apóstol de sí mismo![1] ¡Oh, cuánta obligación tengo de traeros siempre por blanco o señal, en todos mis pensamientos y obras, para enderezar a solo vos todas mis intenciones, considerando siempre que sois mi Dios y por amor de mí estáis así solo, llagado y sumamente abatido y afligido. Esto es lo que vos, Señor,[2] me encargáis cuando decís: *Ponme por señal sobre tu corazón* — que quiere decir, en todos tus deseos y pensamientos — *y por señal sobre tu brazo* — esto es, en todas tus obras —; *porque mi amor es tan fuerte como la muerte.*[3]

De lo dicho se infiere y manifiesta, que la meditación que más nos puede aprovechar para no caer en las tentaciones, y para más agradar a nuestro Señor Dios en nuestras obras, es procurar en todas ellas de poner delante nuestros ojos a nuestro Señor Jesucristo crucificado, considerando, cómo es Dios y se nos ha sumamente dado en este don gratuito, que es el misterio de su encarnación y pasión, en el cual muy mayormente[4] se nos manifiesta su amor divino.

1 *Gal. 2, 18.*
2 1.ª ed.: *lo que por Dios, Señor.*
3 *Cant. 8, 6.*
4 muy mayormente: *1.ª ed.:* máximamente.

Capítulo VIII

DE LA SEGUNDA MANERA DE LOS DONES GRATUITOS, QUE ES LA JUSTIFICACION DE LAS ANIMAS

El segundo género de los dones gratuitos, y que mana del sobredicho don de la Redención, es nuestra Justificación; en el cual, nuestro Señor Dios se nos da por esposo, y descanso, y deleite, y gozo cumplido; así como en el primero se nos dió para único servicio y trabajo.

En este segundo don se le comunica al alma la sangre preciosísima de nuestro Señor Jesucristo, con la cual es lavada y limpiada de la suciedad y fealdad de la culpa; y sacada del poderío del demonio, del cual estaba cautiva por el pecado; y es traída a estado de gracia, que es ser hecha grata a Dios por la hermosura divina que dél participa; y dotada de sus divinas perfecciones, y enriquecida de todos los verdaderos bienes por el amor con que es a ese mismo Dios unida.

Para mejor entender cuán bienaventurado sea este estado, y cómo este don de la justificación es máximo y preciosísimo, es de notar, que cuando un ánima se deja caer en pecado mortal, menosprecia la amistad de Dios, que moraba en ella y con quien por amor estaba unida. Perdiendo a Dios, pierde toda la hermosura de las virtudes y gracias que dél participaba. Pierde también la amistad de los ángeles y de todos los espíritus bienaventurados, y de todos los santos que son en el cielo, y de todos los justos que son en la tierra. Pierde la participación de los méritos de la pasión de Cristo. Pierde por consiguiente todo, el tiempo que está en el pecado, y ansí *recibe en vano su ánima,*

como lo dice el profeta.[1] Está de todo bien vacía. De su salud, que es Dios, alejada. Para toda obra de caridad, inhábil y seca. Para sentir de Dios, insensata.[2]

Por estar así, de todo bien vacía, éntrase el demonio a morar en ella, como lo dice nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio.[3] Y como la tal ánima esté sujeta a la voluntad del demonio, es hecha su sierva: *Porque quien hace el pecado, es siervo del pecado.*[4] Y como sea una la voluntad de tal alma y la del demonio, está a él por esta conformidad unida. Y como cada uno dé de lo que tiene, así como cuando estaba unida con Dios, participaba de toda virtud y perfección y era hecha divina, así después de unida al demonio, participa todo su mal y su diabólica semejanza. Es hecha tan fea, que está hecha un demonio. Porque si miráis cómo pintan al demonio, toda su semejanza hallaremos en esta ánima. Ella tiene la cabeza de león, por la soberbia; los ojos de basilisco, por la envidia; las orejas de asno, por la necedad o insipiencia; las narices de elefante, por la vida disoluta; el hocico de puerco, por la lujuria; la lengua y dientes de perro, por la murmuración e ira; las uñas de gato o de grifo, por la crueldad y rapiña; la cola de serpiente, por la fraudulencia. Toda negra como la pez y oscura como la noche, por las profundas tinieblas de la culpa. De modo, que no sólo esta desventurada ánima es hecha semejante a una sola bestia fiera, mas a muchas juntas, como lo dice el profeta;[5] las cuales, así ayuntadas, componen una tan horrible y monstruosa y diabólica figura.

Esta tal ánima, por participar así la semejanza del demonio, es hecha hija suya y, por consiguiente, heredera de su infernal y eterna miseria. De manera que en esta presente vida está sujeta a todos los males ya dichos, innumerables e incomparables, que son los males de la culpa; y, para la otra vida, está condenada a padecer todos los males inefables y perdurables de culpa y de pena.

1 *Ps. 23, 4.*
2 insensata, *e. e.*, insensible; *latinismo hoy no admitido en el lenguaje vulgar.*
3 *Lc. 11, 26.*
4 *Io. 8, 34.*
5 *Ps. 48, 13.*

Pues, cuando esta ánima es justificada, es sacada de tan gran lago de miseria,[1] y de la semejanza y poderío del demonio, y de ser eternalmente condenada; y es traída a estado de gracia. Llámase estado de gracia, porque la tal ánima es hecha delante el acatamiento de Dios graciosa y grata. Graciosa, porque es hija; grata, porque es esposa. Es hecha hija, porque recibe de Dios su divina semejanza, participando — como ya he dicho — su divina naturaleza.

Así como la nube cuando está cerca de la tierra, antes de ser tocada del sol, es — como vemos — un vapor terrestre, oscuro y feo; mas después que levantada en alto, recibiendo en sí los rayos del sol, por ser así unida con este rayo solar y luz celestial, de tal manera participa la luz y hermosura, que queda hecha resplandeciente y tan hermosa y tan gloriosa; así el ánima, que antes, cuando estaba apartada de Dios, era terrestre y tan fea, después que a él es unida queda deificada y de sus divinas perfecciones revestida. Por lo cual, como Dios sea sabiduría, la tal alma es hecha sabia; y como Dios sea caridad, es hecha caritativa; y como Dios sea justicia, es hecha justa; y como Dios sea todo bien, es de toda hermosura de bienes dotada; y como Dios sea Dios, es hecha divina, porque Dios le comunica su divina naturaleza, y allí es hecha hija suya. Y por esto dice San Juan: *A todos los que le recibieron, dió poder de ser hechos hijos de Dios.*[2] Esto es lo mismo que pondera en su canónica, y amonesta a ponderar, diciendo: *Ved cual amor nos dió el Padre, con que seamos llamados hijos de Dios y lo seamos.*[3] Y porque en este don se nos dan los mayores dones, dice el bienaventurado San Pedro: *Muy grandes y preciosos*[4] *dones nos ha dado nuestro Señor en hacernos partícipes de su divina naturaleza.*[5]

Recibida del ánima esta divina hermosura, y siendo por ella hecha hija, se sigue ser hecha esposa; porque es, como hemos dicho, unida a Dios con su amor eterno, que es un divino matrimonio. De arte, que

1 *Ps. 39, 3.*
2 *Io. 1, 12.*
3 *I Io. 3, 1.*
4 *1.ª ed.:* máximos y preciosos.
5 *2 Petr. 1, 4.*

todo anda junto, y lo uno se consigue a lo otro. Porque, si es hija, es esposa; y si es esposa, es hija. Hija de Dios, porque recibe su divina naturaleza por gracia. Esposa, porque es a él eternalmente unida. De aquí es, que el unigénito hijo de Dios, su esposo, hablando con tal ánima en el libro de los *Cantares,* junta estas dos prerrogativas, llamándola por estos dos nombres y diciendo: *Ven al huerto, hermana mía, esposa.*[1] Llámala hermana, porque del padre, cuyo es hijo, es hija; llámala esposa, porque por amor es a él unida. Estas dos gracias y excelencias sumas pone el profeta en un salmo juntas, a do con la tal alma habla y dice: *Oye hija y ve e inclina tu oreja, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre; y enamorarse ha de tu hermosura el rey, que es el Señor Dios tuyo.*[2] Llámale, lo primero hija. Después dice, que el rey se enamora de ella. Cuando Dios se enamora, se casa; y eso mismo es a Dios casarse que enamorarse. ¡Oh, cuánta razón tiene el ánima, y cuánto le va en esto, que es oír y seguir lo que aquí le amonesta el mismo Dios y esposo suyo! ¡Oh, cuánta razón tiene de desechar y olvidar su pueblo, tan malo, que es la muchedumbre de sus desordenadas pasiones y bestiales afectiones, por ser dotada de las divinas virtudes! ¡Oh, cuánto le importa olvidar la casa de su padre, que es el demonio, esto es, la cárcel suya de la culpa, en que la tiene tan engañada, cautiva y hecha tan mísera con el amor del lodo y cieno de las cosas que ama en este vano y transitorio mundo, y en que está hecha semejante al demonio!

Pues, con seguir este consejo, se libra de un estado y peligro tan horrendo, y comienza a ser hija y esposa del Rey del cielo. Comienza a ser delante de Dios hermosísima y gratísima, y con tan dulce y continuo amor a su divina majestad abrazada. Comienza desde luego, aunque imperfectamente, a participar de Dios, esposo suyo, que es vida eterna y de quien todo bien y consolación emana, y por el cual, perseverando en este amor, es cada día más amada y favorecida, librada de todos males, enriquecida de todos los bienes, y visitada de verdaderas y divinas consolaciones. ¡Oh, cuán bien-

1 *Cant. 5, 1.*
2 *Ps. 44, 11, 12.*

aventurado es el estado que la tal ánima alcanza con esta suprema gracia! ¿Qué lengua puede explicar la felicidad del ánima que en este estado alcanza y en él persevera? ¡Cuán libre es de los males, y cuán abundante de bienes y consolaciones!

Esto todo da a entender el Sabio diciendo: *El alma segura, es como un continuo convite.*[1] En estas dos palabras se incluyen todos nuestros deseos, que son, ser libres de los males, y abundar en los bienes. Lo primero significa, diciendo: *el alma segura.* Seguro está el que no teme, y lo que tememos son los males; mas el alma que está a Dios unida, dice el profeta: *No temeré los males, porque vos, Señor, estáis conmigo.*[2] Porque, como dice el Apóstol, *Si Dios es con nos ¿quién contra nos?*[3] Gran prerrogativa es la del ánima, que no tiene que temer a cosa alguna: ni a la hambre, ni a la pestilencia, ni a los hombres, ni a los demonios, ni a la salud, ni a la enfermedad, ni a la prosperidad, ni a la paz, ni a la guerra, ni a la vida, ni a la muerte. Ni aunque se hunda el mundo y se junte el cielo con la tierra para espanto de los malos, como será en el día del juicio, no tiene qué temer cosa del mundo, porque tiene de su mano al Omnipotente que hizo y sustenta con su mano a todo el mundo. No tiene también qué perder en esta vida, porque todo lo tiene menospreciado; y después de haber gustado el amor de tal esposo, todo lo tiene por estiércol, cuanto hay en este mundo.

Es también su vida *como un continuo convite,* como lo dice el Sabio en la autoridad ya alegada. En el convite suélense dar muchos manjares, y buenos, y de diversos sabores. Así, el alma que está a Dios por amor unida, siempre, adonde quier[4] que está y va, come muchos y sabrosos manjares espirituales, porque siempre halla motivos de recibir grandes gozos y consolaciones. Porque si el codicioso y avariento se goza de ver su dinero, o alguna heredad, porque es suya, ¿cuántos motivos de gozo tiene cualquier verdadero amador de Dios, pues todo lo que es del amigo tiene

1 *Prov. 15, 15.*
2 *Ps. 22, 4.*
3 *Rom. 8, 31.*
4 *1.ª ed.:* doquier.

por suyo, y así todo lo que es de Dios tiene por suyo propio? Y como todas las cosas son de Dios, todas también son suyas; aunque parezca que no tiene cosa alguna. Y esto es lo que dice el apóstol: *Como quien nada tiene y todas las cosas posee.*[1] Así que el tal, a doquier que esté, todo cuanto ve, cielos y tierras y mar y ríos, árboles, animales, hombres, y todas las criaturas, y todo el universo: todo es suyo. Porque, en saber que es de Dios, lo goza por propio.

Y también en cada una de las criaturas toma motivos para gustar sabores, gozándose de considerar en cada una el poderío y sabiduría y bondad de su Dios que la crió, y a quien únicamente ama; y considerando también y gozando el amor con que se la envía, para que la vea y goce. Mejor goza el bueno la heredad del malo, que su mismo dueño. Porque aquél la goza con el cuerpo, y el bueno con el alma. Aquél con el paladar o algún sentido exterior, mas el amigo de Dios, allende de gozarla también así, cuando le cumple, la goza con el corazón. Y no sólo con las criaturas, que son en la tierra; mas mucho más con los bienes que son sobre el cielo; porque su conversación es frecuentemente en el cielo, como lo dice el apóstol.[2] Porque como ha resucitado con Cristo, busca las cosas de arriba, donde está Cristo; y considerándolas y esperándolas, se alegra. Y si se goza de las cosas de Dios, mucho más con el mismo Dios, cuando su bondad y amor, que de todos sus dones colige, profundamente considera; y conociendo, ama; y amando, espera, y a gustar comienza. Con el cual gusto, menosprecia todo lo de este siglo, vano y transitorio. Por esto dice el profeta: *Menospreció mi ánima de consolarse,*[3] conviene a saber, en los vicios y en las cosas vanas, que aman los mundanos. *Y de Dios se acordó y se delectó.*[4] Pues, como la tal ánima siempre esté cercada de tantos motivos, de do gusta tantos sabores, es como siempre convidada. Y ansí, su vida es un comer sabroso y continuo. Y por esto aquí el Sabio: *Que el alma segura es como convite continuo.* Segura, por la liberación de

1 *2 Cor. 6, 10.*
2 *Phil. 3, 20, y a los Col. 3, 2.*
3 *Ps. 76, 3.*
4 *Id. ibíd.*, Delectó, *por* deleitó.

los males. Siempre en convite, por la abundancia de los bienes.

Pues, considera bien, oh ánima, lo que Dios da con este don de la justificación, y de cuán grandes e inefables bienes dota al ánima que, justificándola, toma por esposa. Sácala del poderío del demonio y de tanta fealdad, vileza y miseria en que estaba engolfada, y hácela, con la participación de sí mismo, que sea hecha sabia, justa, santa, caritativa, humilde, paciente, benívola, prudente, fuerte, templada, devota, dotada del resplandor de su divino conocimiento y de todo lo que le cumple, que es: En el mundo, inflamada con su amor divino y de toda la hermosura de las virtudes adornada, dale libertad del espíritu. Dale la paz interior del corazón. Dale que sienta su dulce presencia. Que goce de su entrañable conversación. Que esté segura y siempre convidada y gozosa y sobre todo lo transitorio elevada. En el cielo, por el corazón ciudadana y de su celestial reino heredera, con su Dios abrazada, y hecha divina.

La causa y razón de tantos e incomparables bienes es, que en este don se da Dios a sí mismo, que es fuente de todos los dones. Considera, pues, bien, y mira con toda atención y profunda meditación, estas dos diferencias de estos dones gratuitos, en los cuales se nos da Dios a sí mismo en dos maneras. En la primera, que es el modo de la Redención, se hace semejante a nos, para visible y familiarmente comunicarnos. En la segunda, nos hace semejantes a él para que le participemos. En lo primero, se viste de nuestra flaqueza. En lo segundo, nos viste de su divina excelencia. En el misterio de la Redención, se nos da por siervo y sumamente humillado. En el de la Justificación, nos levanta hasta unirnos consigo, y dársenos por nuestro gozo y descanso cumplido. Con el primero don, se humilla por nuestro amor a padecer. Con el segundo, nos sublima a le gozar. En el primero don, se nos ofrece a sí mesmo, hasta padecer por nos muerte crudelísima. En el segundo, nos da su vida eterna.

De todo lo dicho, bien considerado, se puede conocer la maldad y ceguedad del mundo, por el cual se entiende el hombre mundano. A los tales llama Cristo nuestro Señor mundo, porque son a él por amor

unidos y sujetos. Su maldad es manifiesta, pues es ingrato a Dios de quien tantos bienes ha recibido y recibe en todo momento. La ceguedad clara, pues menosprecia su amor felicísimo y eterno, de todo bien causativo.

Cosa es espantosa la maldad de un hombre malo, porque naturalmente, aunque uno esté en pecado, se aficiona a su bienhechor, que por muchos dones le muestra amor. Pues, si a aquél, por unos pocos y pequeños dones se inclina y cela tanto su honra en ausencia y presencia, y se huelga tanto de loarle y servirle; y si es ausente, desea verle, y que sea de todos amado, loado y servido: ¿por qué no hace lo mismo con su Dios, de quien recibe siempre tantos y tales dones, y con amor tan incomparable dados? Pues es tan agradecido a aquél de quien tan poco ha recibido; ¿por qué con Dios, de quien tantos e inefables y continuos dones recibe, así se ha, como si ningún bien le hubiese dado? Verdaderamente parece que para con Dios ha perdido el juicio y tornádose como bestia, insensato. Por lo qual dice de él el profeta: [1] *El hombre, como fuese honrrado de Dios, no lo entendiendo, es comparado a los animales brutos y hecho semejante a ellos.* Es el tal como el caballo o mulo, que no mira más que a la paja y cebada; mas no agradece ni conoce a quien la echa. Contra lo cual nos amonesta el profeta, diciendo: *No queráis ser hechos como el caballo, o el mulo, en los cuales no hay entendimiento.*[2]

La causa por qué el mundo cae en tanta maldad y ceguedad es, porque, por ser ingrato, pára en los dones, moviéndose en todo por su amor propio, y no mira como debe a su amantísimo dador, que se los está siempre dando, y con amor puro. Esto es lo que el apóstol enseña, diciendo: *No recibimos el espíritu deste mundo, más el espíritu que es de Dios, para que sepamos las cosas que nos ha dado Dios.*[3] El espíritu deste mundo es su amor propio, con que menospreciando a su Dios, pára en sí mesmo. Porque, como dice nuestro Señor, *el mundo no ama sino lo que es suyo.* Mas nosotros, dice aquí el apóstol, no recibimos este

1 *Ps. 48, 21.*
2 *Ps. 31, 9.*
3 *1 Cor. 2, 6.*

tal espíritu del amor inicuo, mas el espíritu que es de Dios, que es su amor divino; el cual es atribuído al Espíritu Santo; con el cual, no parando en nosotros, sino en la fuente donde todos los bienes recibimos, conocemos los dones divinos, tan inestimables e innumerables y de su omnipotente mano, bondad y caridad inmensa continuamente dados y enviados. Con la cual consideración, en su amor nos abrasamos, y a él con este amor somos unidos, y así somos librados de ser mundanos, porque somos hechos divinos.

Es aquí también de notar, y grandemente advertir, que los moros y los otros infieles no reciben los dones gratuitos. Mas por ser ingratos a los dones naturales y temporales, son condenados a las penas perdurables. Y la causa por qué no reciben los dones gratuitos es, por ser ingratos a los otros dones, ya dichos. Y porque esto mejòr se entienda, pongamos ser dos doncellas paupérrimas, a las cuales el príncipe de aquel Reino, movido con toda piedad y benevolencia, enviase cada día con sus pajes y criados todas las cosas que hubiesen menester para su mantenimiento y vestido, así, en esto como en todas las cosas necesarias, fuesen de él siempre y muy magníficamente proveídas. Y que la una de ellas holgándose mucho con los dones, de tal manera se detiene y arroja en ellos, que aunque los recibe por grandes bienes, y de tal mano enviados —porque los pajes le dicen que el Príncipe su Señor se los envía—, ella no cura de preguntar por él, ni saber dél, ni se le da cosa por él. ¿Quién no ve que esta tal es ingrata y, cuánto sea mala y necia y, por consiguiente, digna de ser menospreciada y aborrecida? Pongamos que la otra, recibiendo los dones, hace lo que debe, que es amar más al dador que los dones que le envía; por lo cual, pregunta por él a sus criados con grande diligencia, y sobre todas las cosas verle y servirle desea; lo cual sabido del Príncipe, es dél tan amada, que la toma por esposa y después se casa con ella.

Esto mismo que hemos imaginado entre el príncipe terreno y aquellas doncellas, pasa de hecho entre el príncipe del cielo y nuestras ánimas. El ánima ingrata y mundana pára en estos bienes y recreaciones temporales, que Dios le envía; y ama más estos sus dones, que no el mismo dador. Porque, así como se ama a sí

misma de amor de amicicia más que a Dios, así también ama estos bienes mundanos de amor de concupiscencia más que a Dios, que se los da todos, y con amor inmenso, con que querría darle otros mayores, puros y eternos, dándole a sí mismo. Y si ama a Dios, es de amor de concupiscencia, que es por los bienes que le da. De do también se sigue, que ama más los dones, que no a dador tan magnífico y amador tan inmenso.

Porque, cuando alguna cosa se ama por respecto de otra, más se ama la otra; y como por esto es perversa y tan ingrata, justamente es reprobada, y pierde los dones que le estaban aparejados en el cielo; y aun los que recibía en este mundo. Por amar éste su propio y transitorio bien con perverso amor más que al amabilísimo dador y a su puro amor, pierde todo su bien y a su amador. Pierde de desposarse en este mundo con el rey del cielo, y casarse con él de aquí a poco en su celestial reino. Es privada de Dios y entregada al demonio. Pierde ser reina en el paraíso y señora eterna de todo el mundo, y es lanzada en el profundo del infierno. Pierde todos los bienes y deleites presentes y perdurables, y cae en los tormentos eternos e intolerables.

Por el contrario, el ánima agradecida y justa, recibiendo como recibe cada día los dones inefables que Dios le envía, pregunta por él a los pajes y criados que se los traen, que son las criaturas: que todas son criados de Dios. Pregunta con su profunda meditación: — con que considera los dones y la bondad y amor con que le son enviados — qué tal sea el dador que se los envía, y cómo le va, y cuánto es de él amada. Y sobre todos sus dones le ama, y sobre todas las cosas le desea, y procura de le servir y agradar. Por lo cual, como Dios sea este mismo divino e infinito amor, y el que a Dios ama con verdadero amor, ya en Dios está, y Dios en él;[1] como la tal ánima es por amor a Dios unida, ya es a él desposada; y con amor perfecto se casa con él presto en tálamo y reino celestial y divino.

Volviendo, pues, al punto comenzado, los infieles, por ser ingratos a los dones presentes, naturales y temporales, que les da Dios, recibiendo de él el ser y todo

1 *1 Io. 4, 16.*

este mundo, por esto no reciben de Dios los dones gratuitos, con los cuales quería darles a sí mismo. Pues, si los infieles son condenados por ser ingratos a los bienes naturales y temporales, ¿cuánto más los malos cristianos, que después de haber recibido no solos aquéllos, mas juntamente los gratuitos, son a todos tan desagradecidos, y de Dios tan olvidados, y a su inmensa majestad tan desacatados, y de su infinita bondad tan ofensores y menospreciadores? Si el ánima del infiel es tan grave y eternalmente condenada por haber sido a Dios mala sierva; ¿cuánto mayor condenación se le seguirá al ánima de un mal cristiano, que por haber sido con Dios desposada, con cada pecado mortal se ha hecho a Dios adúltera? Si así se castiga el adulterio humano, ¿qué penas merece el adulterio en lo divino? Si es tanta culpa haber sido el infiel ingrato a los bienes visibles y transitorios deste siglo, ¿cuánto más aquél que, sobre todos estos, ha recibido tantos sacramentos, tanta luz y doctrina de los misterios divinos, y tanta noticia de los celestiales prometimientos? Y si, como dice el Apóstol, el que traspasaba la ley de Moisén era tan gravemente punido, ¿cuánto más el que hubiere acoceado la sangre de Jesucristo?[1]

De lo dicho queda manifiesta la maldad y ceguedad del mundo, y mayormente del malo y falso cristiano.

1 *1.ª ed.*: sangre de nuestro Señor Jesucristo.

Capítulo IX

DE LA MISERICORDIA DEL ANIMA QUE ESTA EN PECADO Y DE LA VILEZA DE TODO LO DE ESTE MUNDO

De lo dicho en el precedente capítulo se puede fácilmente conocer, cuán malaventurada es el ánima que está caída en la culpa; pues, está privada de tantos y tan grandes bienes y verdaderas consolaciones, de que el ánima, que está y persevera en gracia, goza, aun estando en esta vida. Y sobre todo esto, está sujeta a tantos males de culpa y de pena, y a tanta fealdad y miseria, como ya arriba hemos declarado. Por lo cual nuestro padre San Agustín dice: *¡Ay, del ánima miserable que a Dios no busca: seca está y mísera.* El ánima que a Dios no busca, ama al mundo, sirve a los pecados, está sujeta a los vicios, y nunca está quieta ni segura.

¡Cuánta es la desventura del alma que fué elegida de Dios para comunicarle tantos y tan grandes bienes, y con cuyo amor estaba sublimada en tanta dignidad y honra, y a una vida de tantos y tan diversos deleites llena, y verla después, por la culpa, puesta en un muladar muy sucio y hediondo y lleno de pulgas, de las cuales expresamente es mordida y fatigada; y que, con todo esto, elige vivir allí y estarse revolcando en aquel estiércol por algún vil sabor que halla de cuando en cuando en las viles sobras de algunos manjares que fueron allí echadas entre la basura! Así, el alma está derribada en tanta vileza, y continuamente mordida e inquieta de los deseos de sus bestiales pasiones y de muchos remordimientos de conciencia; desnuda de la hermosura y resplandor incomparable de las vestiduras divinas de que se ha despojado; y tan fea, que parece un demonio revolcándose en el estiércol de los vicios de este mundo, por haberse hecho inclinada y

dejádose engañar de unas delectaciones vilísimas y momentáneas. Esta tan grande caída y miseria de las tales[1] desventuradas almas es la que llora Jeremías en el libro de sus *Llantos,* diciendo: *Los que usaban de manjares delicados y sabrosos* — conviene a saber, divinos — *murieron en sus caminos* — esto es, en sus vicios — *y los que eran criados en palacios reales y entre paños preciosos, abrazaron el estiércol de los muladares.*[2]

¿Qué es, si bien miramos, sino estiércol todo lo que los mundanos aman y con tanto trabajo buscan y tienen en este mundo? ¿Qué son los Reinos y los Imperios? ¿Qué los ejércitos y los vencimientos? ¿Qué son los palacios grandes y adornados, y qué los muchos servidores? ¿Qué son las vajillas de plata y de oro con sus grandes aparadores? ¿Qué son las vestiduras y camas blandas y curiosas? ¿Qué los banquetes y lujurias? ¿Qué las fiestas y regocijos vanos, y toda manera de juegos y espectáculos y pasatiempos y todos los otros géneros de disoluciones y desórdenes?

El profeta Esaías llama a todo esto, "heno", diciendo: *Toda carne es heno.*[3] El Santo profeta y rey David lo llama humo, allí donde dice: *Los enemigos de Dios, luego que fueren honrados, desfallecerán como el humo.*[4] Y el uno y el otro de estos santos profetas dice la verdad en sus palabras. Porque todas estas cosas sobredichas, que solas aman los carnales, son como heno, que hoy está verde y florido y mañana está seco. Y como el humo, que luego que parece,[5] desvanécese. Así son todos los hombres carnales, con todas las cosas susodichas que de ellos son amadas. Ayer fueron, y hoy no son. Ayer como heno aparecieron, y hoy como heno se secaron. Hoy como humo suben en alto, mas mañana se habrá todo desvanecido y desaparecido. Verdad es todo esto. En lo cual se notifica, cómo todo lo que en este mundo se ama, en un punto se pasa.

Mas el Apóstol, en llamarle estiércol, más connota. Que es, no solamente perderse[6] todo el bien pasado,

1 *1.ª ed.:* las cuales desaventuradas...
2 *Lam. 4, 5,* Llantos, *e. e.,* Lamentaciones o Trenos.
3 *Is. 40, v. 6.*
4 *Ps. 36, 20.*
5 parece, *por* aparece.
6 perderse, *conjetura;* haberse, *el texto sin sentido.*

mas juntamente el mal del hedor pestífero y penoso que de ello ha quedado. Y porque así como el estiércol, que antes era manjar o vestidura, u otra cosa, mas el ser de aquello pereció, y se mudó en otra cosa tan vil y hedionda; ¡así es todo lo que deste mundo se busca y se desea! ¿Qué otra cosa queda de los amadores deste mundo, sino hedor intolerable y horror espantable? Sino, id a su sepultura y mirad su cuerpo, que sólo fue de ellos amado. Mirad bien en qué ha parado. Lo mismo será de aquí a poco de todos los que hoy viven y aman este siglo: ¡allí será su paradero! ¡así estarán de aquí a poquito! Y si su cuerpo está tan deshecho y tan feo, tan hediondo y tan horrendo; su espíritu, que es el transgresor principal y de Dios enemigo, ¿qué tal pensáis que estará en el infierno? Es, pues, todo lo deste mundo como estiércol, según lo enseña el Apóstol. Y por esto dice: *Todas las cosas juzgué por estiércol, por ganar la amistad de Cristo.*[1] En las cuales palabras nos da claramente a entender, que el que no ha llegado a esto, que es tener por estiércol cuanto hay en el mundo, aún no ha alcanzado la amistad de Cristo.

Deste estiércol levanta Dios el ánima, y la hace esposa suya, cuando la saca del pecado y la justicia. En lo cual se muestra Dios más maravilloso, más bueno y poderoso, que en haber criado la tierra y el cielo y todo el universo. Y por esto dice el profeta: *¿Quién como el Señor Dios nuestro, que mora en lo alto, y mira las cosas humildes, que son en la tierra y en el cielo? Levanta de la tierra al menguado, y levanta al pobre del estiércol, para colocarle con los príncipes de su pueblo,*[2] que son los santos y sumos espíritus que reinan en el cielo.

Pues, como el ánima, que es así ya levantada y hasta el cielo ya con el corazón sublimada, tiene por estiércol todo cuanto se ama en la tierra, y todo como a estiércol menosprecia, de aquí es, que, como no halla en este mundo qué amar, así no tiene en él qué perder ni qué temer; y, por consiguiente, la tal ánima vive muy segura y rica y consolada.

1 *Phil. 3, 8.*
2 *Ps. 112, 7.*

Capítulo X

CÓMO POR LA MEDITACIÓN DE ESTOS DONES GRATUITOS SE SUBE MAYORMENTE AL CONOCIMIENTO DE DIOS

Con este don de la Justificación resplandecen todos los miembros sagrados del cuerpo místico de nuestro señor Jesucristo, que es su santa Iglesia, cuya cabeza es el mismo nuestro señor Jesucristo, y los miembros son todos los verdaderos cristianos a él unidos y de su espíritu vivificados.[1] Y por la consideración del resplandor de las maravillosas obras y divinas virtudes que, por estar así unidos, resplandecen en ellos, podemos subir a conocer a nuestro señor Dios en muy más sublime grado que por medio de los dones naturales y temporales sobredichos, ni por otro medio o modo alguno.

Si subir has por esta vía, pon delante tus ojos la vida de un siervo de Dios que es justificado y persevera en la amistad divina; o pon delante ti a tu misma ánima, si está reformada por la gracia. Y después de haber entrado en ti, y mirando la cara de tu ánima, o de otro que persevera en gracia, podrás decir así, considerada su divina hermosura: Si esta criatura que Dios ha hecho de nada, y pequeña,[2] es tan hermosa, ¿cuán hermoso será aquel por quien es criada? Si es tan sabia, que dice el Apóstol: *El espiritual juzga todas las cosas*,[3] ¿qué tal será la sabiduría de aquél que hizo esta ánima y todas las otras cosas? Si es tan justa, que a cada uno quiere dar lo que es suyo, y que cada uno

1 *Rom. 12, 5.*
2 *1.ª ed.:* pequeñuela.
3 *1 Cor. 2, 10.*

sea, como merece, tratado, ¿cuál será la justicia de aquél por quien todas las ánimas son justificadas, y de quien toda justicia emana en la tierra y en el cielo? Si es tan caritativa y amorosa, que desea siempre hacer todo bien a todos, y en cuyo corazón caben todos, vecinos y extraños, amigos y enemigos, ¿cuál será el amor de aquél que comunica la caridad y benignidad a todos sus santos? Finalmente, considera cualquier virtud y gracia, hermosura y dulzura de entrañable y santa y dulce conversión, que halles en cualquier ánima; de allí te levanta y sube a considerar cuál [1] será en estas gracias y perfecciones aquel Señor altísimo, de quien procede todo, y en quien toda virtud y perfección está en infinito grado.

Grande es, y muy delicada y salutífera esta meditación, que pone sus ojos en el cuerpo místico de nuestro señor Jesucristo, o en cualquiera de sus miembros, que son sus escogidos. Y cuanto más va subiendo, mirando en lo más alto, tanto más resplandecen las divinas perfecciones. Porque, así como el espíritu humano más virtud y perfección ejercita y nos muestra en los miembros que en su cuerpo son más nobles y sublimes, como son los ojos y los oídos, que no en los pies ni en las manos; así el Espíritu Santo, en su cuerpo místico, más se comunica y resplandece en los mayores santos y en más alto grado a él unidos. Y así más en los mártires que en los confesores; y más en los apóstoles, que son principales ciudadanos del cielo; y más en la Reina de aquel celestial reino, que es su madre santísima, a él sobre todos conjunta e inmediata, como madre suya natural y única. Mas sobre todo resplandece nuestro señor Dios incomparablemente en nuestro Señor Jesucristo, como en la cabeza de todo su cuerpo místico.

Así como nuestro espíritu humano obra incomparablemente más y mayores efectos, y resplandece más su admirable virtud en la cabeza sola, que en todo el resto del cuerpo; así el inmenso Espíritu, que es Dios, resplandece más por admirables e incomparables efectos en la cabeza de toda la iglesia militante y triunfante — que es nuestro señor Jesucristo — que no en todos los santos, que son sus miembros, así los justos como los

1 *1.ª ed.:* quién.

espíritus angélicos. Porque en Cristo, como en la cabeza, está en grado inefable y supremo, por estar él, como está, unido en unidad de persona, según arriba habemos declarado.[1]

En ninguna cosa se muestra más Dios ser quien es, en cuantas cosas ha hecho ni hará, que en nuestro señor Jesucristo, su Hijo, por nosotros crucificado. Por lo cual dice el Apóstol: *Que en Cristo están todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios.*[2] Y San Juan dice dél: "*Vimos su gloria como de Unigénito del padre, lleno de gracia y de verdad.*[3] Resplandece, pues, la potencia divina en gran manera[4] en Cristo, considerando que Dios se pudo hacer verdadero hombre, sin dejar de ser verdadero Dios. Su infinita sabiduría, en haberse sabido hacer tan pequeño y a nosotros semejable, no dejando de permanecer inmenso e inconmutable. Su bondad summa, en quererse vestir de nuestra flaqueza por comunicarnos sumamente su divina naturaleza y gloria. Resplandece su caridad incomprehensible, porque en este misterio se nos dió a sí mismo, por puro amor y sumamente dado. Diónos en él toda su vida y toda su muerte. Y en su muerte, toda su sangre, por nosotros derramada. Y toda su carne, por nuestro amor toda llagada. Y todos sus huesos descoyuntados. Y todo su corazón traspasado de dolor por nuestros pecados. Y finalmente, toda su humanidad en servicio y trabajo tan duro, por darnos su divinidad para nuestro descanso y gozo cumplido.

Resplandece también en esto su infinita misericordia, pues, por librarnos de nuestra damnación merecida, se sujetó a tanta miseria. Resplandece asimismo su justicia sin medida, considerando que quiso ser así castigada nuestra culpa en su mismo Hijo unigénito, pues para perdonarla quiso que fuese tan cruelmente muerto. Porque, si así castigó Dios la culpa en su mismo Hijo, único y amantísimo, ¿qué castigo dará al siervo traidor y tan ingrato y temerario, por quien Cristo no hubiere pagado? Porque, aunque haya satisfecho por todos, cuanto a la suficiencia; mas no, cuanto a la eficacia,

1 *1.ª ed.:* ya habemos.
2 *Col. 2, 3.*
3 *Io. 1, 17.*
4 *1.º ed.:* máximamente.

por el que se hubiera hecho obstinado. Pues si el mismo Cristo para haber de pagar por el pecado fué tan gravemente atormentado y de incomparables dolores afligido, ¿qué padecerá el pecador que hubiere de pagar por sí mismo? Por esto, nuestro Redentor, cuando lo llevaban con la Cruz a cuestas a darle tan cruel muerte, dijo: *Si en el madero verde se hace esto, que se hará en el seco?* [1] Quiso decir: Si en mí, que soy inocente y con perfecta virtud, siempre verde y fructuosísimo, es tan punido [2] el pecado; en el pecador, inhábil para todo bien, y lleno de vicios y pecados, y que por su maldad se ha del todo secado, ¿en qué manera será punida la culpa, por la cual ha ofendido la majestad y bondad divina e inmensa, y caído en damnación de pena, no comparable y perpetua?

Podemos y debemos subir mayormente [3] por esta escala — que es la humanidad de Cristo — al conocimiento de su divina esencia por otra vía.

Porque considerada la caridad y benignidad que nuestro señor Jesucristo tiene y nos muestra en cuanto hombre, podemos y debemos elevarnos a considerar, cuánto más nos ama en cuanto Dios. Pues, tanto más nos ama en cuanto Dios, cuanto excede en cuanto Dios a sí mismo en cuanto hombre. También, considerada la suma bondad y toda hermosura de virtud y perfección que perfectisímamente resplandece en la humanidad de Cristo sacratísima, podemos levantarnos a considerar cuán amables son estas virtudes y perfecciones en su divina esencia. Es, pues, el más excelente medio para subir a Dios y aprovechar en el conocimiento de su divinidad invisible, la profunda meditación de su humanidad visible. Por lo cual la santa madre Iglesia canta en el prefacio de la santísima Natividad de Cristo, diciendo: *Digna cosa es hacer siempre gracias a ti, Señor, Dios nuestro, porque por el misterio del Verbo encarnado, ha resplandecido a los ojos de nuestra ánima una luz nueva de tu claridad divina; porque conociendo a Dios visiblemente* — conviene a saber, en su humanidad — *seamos por esto arrebatados en el amor de su invisible divinidad.*

1 *Lc. 23, 31.*
2 punido, *e. e.*, castigado. *Latinismo hoy día afectado.*
3 *1.ª ed.:* máximamente.

Capítulo XI

EN QUE SE RESUME TODO LO DICHO DE LO QUE SE HA DE MEDITAR A LA HORA DE LA MAÑANA. Y COMO LA MAJESTAD Y HUMILDAD DE DIOS SE DEBEN CONSIDERAR JUNTAMENTE

Recoligiendo[1] las cosas que hemos de considerar en la meditación de la mañana, debes, oh ánima, cerrando los ojos exteriores, o poniéndote en lugar oscuro y muy apartado de ruido,[2] mirar profundamente con los ojos interiores de la meditación santa, cómo nuestro Señor Dios te ha criado y hecho de nada; deteniéndote en pensar esto, hasta hallar y sentir bien este nada. Imaginándote sin ojos, y sin oídos, y sin olfato, y sin boca, y sin lengua, y sin pies, y sin manos, sin todas las otras partes del cuerpo; y sin entendimiento, y sin memoria, y sin voluntad, y sin sentido ni ser alguno, hasta imaginarte desecho del todo. Y ponerte en aquella distancia inmensurable que hay desde no ser algo, hasta llegar a un ser tan maravilloso, como es el del hombre con su ser humano; y mucho más con el que recibe por la gracia, que es el divino.

Y procura de sentir el daño que recibirías, si te quitase Dios alguna cosa de aquellas que hemos dicho en tu ser contenidas. ¿Y cuánto más muchas? ¿y cuánto más todas? Y por el contrario, cuán grandes mercedes te ha hecho con cada una dellas. ¿Y cuánto más con muchas? ¿y cuánto más con todas juntas? Y cómo te ha criado de un nada, que es como una masa imaginada, común a todas las piedras y hierbas y perros y gatos y serpientes y lagartijas, y a todas las otras cosas

1 recoligiendo, *e. e.*, resumiendo. *De* recolligere, *recoger, amontonar.*

2 *1.ª ed.:* oscuro y apartado...

irracionales e insensibles. Y cómo no te hizo a ti piedra, ni árbol, ni serpiente, ni lagarto, ni gato, ni perro, ni cualquier otro animal bruto; mas te ha dado dominio sobre todas estas cosas, criándolas todas para tu servicio, y dándote un ser sobre todas tan excesivo y tan maravilloso, dotado de tantas y tales potencias exteriores e interiores. Y te ha dado y da todas las cosas que gozas con ellas; y sobre todo, a sí mismo, hacedor de todas.

En esto has de traer tu pensamiento desde que despiertas a la mañana, hasta la hora de comer o de mediodía. Para esto mejor sentir y gozar desde luego es, levantándote, hincado de rodillas hacer una estación en que tu corazón se vaya al monte Calvario, y considere allí los dones que has recibido de tu esposo amantísimo, nuestro Señor Jesucristo, que hallarás allí en una cruz puesto, y por tu amor en ella enclavado. Mira bien allí cómo te ha dado todo lo que allí ves, que es todo lo que tienes en ti, y en derredor de ti, y sobre ti, esto es, tu ser todo; y todo este mundo; y sobre todo, a Sí mismo, totalmente dado, hasta ser por tu amor, como le ves, crucificado.

Considera, cómo te ha dado un ser tan admirable y de tantas y tales facultades sensitivas y espirituales dotado. Un par de piedras preciosas, como son esos tus ojos, de tan inextimable valor y virtud, con que puedas gozar y goces de tanta luz, de tantos espacios de lugares, de tantos colores y figuras, y de tantas y diversas hermosuras. Otro par de joyas tan excelentes como son los oídos, con que puedas gozar de tanta diversidad de músicas, y de tantas palabras, y doctrinas, y conversaciones. Un par de ventanas de la potencia olfativa, con que puedas percibir y gozar tanta diversidad de olores. Una potencia del gusto, con que goces de tantos y diversos sabores. Un sentido del tacto, con que percibas y sientas tantas recreaciones. Una joya tan maravillosa como es la lengua, con que puedas explicar y comunicar a los otros tus pensamientos y deseos innumerables y varios. Un par de manos, para obrar tantas y diversas operaciones. Un par de pies, para moverte a tantos y tan diversos movimientos. Un entendimiento de infinita capacidad, con que puedas conocer lo verdadero y lo falso, discernir

lo bueno y lo malo, recibir innumerables noticias de las diferencias de las cosas, hallar innumerables razones y medios para los fines intentos; y, sobre todo esto, levantarte a conocer al mismo Dios, hacedor tuyo y de todo el universo. Una memoria con que te puedas acordar de todas las cosas que puedes conocer, ya dichas, de las cosas criadas; y, sobre todo, acordarte de tu mismo criador, cada vez que quieras. Una voluntad para amar y gozar tantos bienes visibles e invisibles; y, sobre todos, al mismo Dios, que es el piélago infinito en todos los bienes.

Mira también, cómo te ha dado no sólo todas estas potencias, más también todas las cosas que gozas con ellas. Tantas y diversas lumbreras para de día y de noche. Tantas hermosuras [1] en los edificios y flores y animales y gentes, y en todas las cosas visibles, que son en los elementos y en los cielos. Y todo esto, para recreación de tus ojos. Tanta diversidad de músicas; de ellas hechas con voces humanas, de ellas con tantos y diversos instrumentos, de ellas con tanta diversidad de avecicas: y todo esto, para recrear tus orejas. Tanta diversidad de cosas odoríferas en las hierbas y flores y rosas y frutas y especies aromáticas; y todo esto, para recreación de tu olfato. Tanta diversidad de manjares y licores; tanta diversidad de frutas, carnes, pescados, hortalizas, especias, conservas, aguas y vinos: y todo, para recreación de tu gusto. Tantas blanduras y regalos del fuego y del aire y agua, vestiduras y camas, ungüentos y otros diversos refrigerios para el tacto. Tanta materia e industria, para obrar con las manos. Tantas diferencias de lugares, para andar y adquirir con los pies. Tantas ciencias y libros y noticias de las cosas visibles e invisibles; y, sobre todo, su divina noticia con la fe y santa Escriptura, y tantas y tan santas inspiraciones. Y todo esto, para perfección y consolación de tu entendimiento. Tantas similitúdines y especies inteligibles, que goces con la memoria; y, sobre todo, su memoria tan dulce. Tantos bienes corporales y espirituales, terrenales y celestiales; y, sobre todo, su misma bondad [2] para deleite de la potencia de tu voluntad.

1 *1.ª ed.:* Tantas y diversas hermosuras.
2 *1.ª ed.:* bondad infinita.

Y sobre todo esto, siempre te conserva, trayéndote en sus brazos. Y mira bien esto: cómo no te habiendo menester, te está siempre dando todo ese ser y la vida, y moviéndote a todos tus movimientos, y dándote tantos bienes; y esto, aún después de haber sido tú tan ingrato. Y que no cesa en todo lugar de darte tantos dones: de ellos, con su propia mano; de ellos, enviados sin cesar por medio de sus pajes y criados innumerables y admirables, como lo son todas sus criaturas terrenales y celestiales, a las cuales manda que siempre te estén sirviendo de día y de noche, y con las cuales siempre te está enviando tantos presentes y haciendo tantas mercedes. Y sobre todo esto (que es, haberte dado a ti mismo y a todo este mundo), te ha dado a Sí mismo. Y esto, por dos vías. La una, invisiblemente, dándote por esposo a tu ánima para tu deleite y gozo verdadero y descanso cumplido y eterno; y para esto, te ha criado capaz de sí, y a su imagen y semejanza. Y después de haberte hecho tú tan vil e ingrato, te ha sacado del poderío del demonio, y revestido de su gracia en el sacramento del bautismo y en el de la penitencia, y dotado de la luz de su santa fe y divina noticia, y de las vestiduras muy resplandecientes de las virtudes y divinas perfecciones, para que participado así de la hermosura de su divina naturaleza, seas hecha hija y esposa suya, con la cual en muy grande gracia[1] vivas, aun en esta vida, tan honrada y tan segura, y de tantos bienes enriquecida, y de tantos y tan grandes deleites visitada y consolada; y, sobre todo esto, del reino celestial heredera.

En la otra manera, mira cómo se te da visiblemente, dándosete en siervo, ofreciéndosete a Sí mismo para tu servicio. Y para esto, se ha vestido de tu flaqueza, y hecho semejante a ti, por venir a conversarte visible y familiarmente, y servirte y padecer por tu amor tantos trabajos, empleando en esto toda esta presente vida, dende el punto que se vistió de nuestra humanidad y estuvo encerrado en el vientre virginal de su madre santísima, y después nació en suma pobreza y humildad en un establo y en un pesebre, hasta tanto que vino a morir en la cruz.

1 *1.ª ed.:* con la cual máxima gracia...

Y considera, cómo al tiempo de la partida deste mundo se humilla por tu amor a lavar los pies de sus criaturas, y te habla con tanta dulzura y benevolencia, y te deja a Sí mismo en manjar, y se ofrece por tu amor a ser preso de sus siervos, y tan viles, y ser de ellos reprobado, y vituperado, y abofeteado, y mesado, y escupido, y azotado, y que su cerebro delicadísimo sea de crueles espinas traspasado. Y mira, cómo después de todo esto es llevado a la muerte con la cruz a cuestas, y es delante de su misma madre purísima desnudado y crucificado, y todo llagado y descoyuntado, y de dolores incomparables traspasado, y sumamente abatido y afligido.

Y para mejor sentir en esto su bondad y caridad, considera juntamente su infinita excelencia y majestad. Mira cómo es el mismo Dios que con sola su palabra hizo de nada todo el mundo, y lo sustenta en su mano sin cansarse, y mueve a todas las cosas a todos sus movimientos tan varios e innumerables sin él moverse. Y que sabe *ab aeterno* todas las cosas y todos sus movimientos visibles e invisibles, naturales y libres. Y con su inmensidad e incomprensible majestad está en todas las cosas, y en cada una de todas [1] está dándoles todo su ser y forma y todas sus virtudes. Y a cuya eternidad todas las cosas están presentes. Y que por su sola bondad las cría y conserva todas, por lo cual, no habiendo él menester cosa alguna, por sólo hacernos bien nos ha criado y conserva. Y, tantos cielos con sus lumbreras e influencias, tantos elementos con sus diversas cualidades, tanta diversidad de piedras preciosas y comunes, tanta diversidad de metales para tantos y tan diversos efectos, tanta variedad de plantas con tanta diversidad de hojas y flores y frutas, con tantas figuras y colores, olores y sabores; tanta multitud de animales, con tantas y diversas figuras y potencias sensitivas; tantas gentes y criaturas racionales, con tantas y tan admirables potencias y virtudes, naturales y gratuitas, adquiridas e infusas.

Y sobre todo esto, el Reino de los cielos, con su inmensidad y hermosura. Y sobre él, innumerables gentes celestiales, muy más nobles que las de este mundo,

1 de todas..., *e. e.*, de ellas.

como lo son todos aquellos espíritus bienaventurados, distintos por sus jerarquías, órdenes y especies; dotados de incomparable hermosura, potencia y sapiencia, y benevolencia y bienaventuranza. Y sobre todo esto, a los gusanicos que crió en este mundo y ha levantado de la tierra y del estiércol de sus pecados, y colocado sobre los cielos con los príncipes de su celestial reino. Y al linaje humano, que era ínfimo, ha ensalzado en sumo grado, como se manifiesta en la sacratísima Reina del cielo, nuestra Señora, que ha hecho digna madre suya, y en nuestro Señor Jesucristo, único Rey de aquel celestial reino y Señor del universo que ha ensalzado a ser Dios verdadero, y, sobre todo esto, infinito en todo; en quien todos los bienes y todo lo que hay amable en todas las cosas, visibles e invisibles, está en inmenso e inconmutable grado.

Y habiendo subido así a considerar la infinita majestad y potencia de un tal Señor, ante quien es como si no fuese todo el mundo, vuelve a considerar, cómo por tu amor se ha a Sí humillado hasta ser por ti azotado, y crucificado, y todo llagado, y descoyuntado, y muerto con la más deshonrada y cruel muerte del mundo.

Debes también de aquí colegir, cuánta sea la maldad y ceguedad del mundo. Porque si es ingratitud y maldad aborrecible cuando un hombre es ingrato a otro, habiéndole hecho algunos beneficios — siendo, los que puede hacer el que más puede, tan pocos y tan pequeños —, ¿cuánta mayor ingratitud y maldad es la de un hombre mundano, pues, es ingrato a Dios, del cual recibe tantos y tan grandes dones, innumerables y continuos, en que le da — como ya hemos declarado — su ser propio y todo el mundo; y, sobre todo, a Sí mismo; y, con amor tan puro y excelsivo? Y si sería señal de ceguedad, que alguno no hubiese vergüenza de la fealdad de la ingratitud que comete contra una criatura, ni de las vilezas y suciedades que cometiese delante los ojos de algún rey poderoso y bueno y muy aborrecedor de todo vicio, ¿cuánta es la ceguedad del mundo, que no ha vergüenza, ni se confunde de ser ingrato a su hacedor, de quien tantos bienes está siempre recibiendo; ni tiene temor ni vergüenza de cometer tantas traiciones, y vilezas, y sucie-

dades de pecados, estando como está siempre delante su acatamiento, y sabiendo que ofende tanto a sus ojos divinos?

Debes también — oh ánima — procurar siempre, o las más veces que puedas, subir al conocimiento y amor de Dios por la meditación de las cosas sobredichas, y considerar, cómo puedes y debes subir por medio de los dones naturales y temporales, y más por los gratuitos; y, sobre todo, por medio de nuestro Señor Jesucristo, que es la cabeza a ese mismo Dios sumamente unida, y de do participa todas las divinas influencias todo su cuerpo místico.

Capítulo XII

DE LO QUE SE DEBE MEDITAR A MEDIODIA, QUE SON LOS MALES DE QUE SOMOS LIBRADOS

Lo que se ha de meditar a la hora de mediodía, o después de nona,[1] por la mejor disposición de la cabeza, es los males de que nuestro Señor Dios nos ha librado; así los males de culpa, como los males de pena. Los males de culpa son: la ingratitud incomparable que hemos tenido a quien tantos y tan grandes bienes nos ha hecho y siempre hace; y la fealdad de nuestros pecados con que hemos menospreciado el amor de Dios y nuestro esposo, por hacer a nuestra alma manceba del demonio, pues habiéndola hecho Dios su real palacio y consagrado por su templo divino para morar en ella y que ella gozase de su deleitable conversación y felicísimo amor, ha menospreciado todo esto por hacerse muladar de pecados y establo de los demonios, según que en los precedentes capítulos está ya declarado.

Los males de pena, son aquellos que se incurren por la culpa, los cuales debemos ahora considerar con toda diligencia, pues es cosa que tanto nos importa. Cerca de lo cual, presupuesto — como arriba hemos probado — que por la ofensa divina se incurre la damnación eterna, veamos cuál y cuánta sea aquella miseria infernal y horrenda.

Primeramente, se prueba haber infierno, no sólo

1 nona: *Una de las horas en que dividían los Romanos el día y que corresponde aproximadamente de las tres de la tarde a las seis, en que comenzaba la primera Vigilia de la noche. Al decir el autor* o después de nona, por la mejor disposición de la cabeza, *quiere decir después de las tres de la tarde, cuando hecha ya la digestión se encuentra uno en mejor disposición de orar.*

por la autoridad infalible de la santa Escriptura, mas aun por lo que nos dice la razón humana. Porque así como cualquier gran Rey, poderoso y sabio, tiene tres lugares muy diferentes: El uno, el aposento principal de su real palacio, a do recibe y conversa con sus hijos y amigos; el otro, en lo bajo de su casa, do está la cocina y otros aposentos de mozos, do se ejercitan sus criados en diversos oficios, y do también están los establos do tiene sus bestias; y el otro lugar que es ínfimo, es la cárcel de los malhechores que están ya a muerte sentenciados por traidores y perversos: así nuestro Señor Dios, que es rey único, todopoderoso y sapientísimo, tiene en su casa, que es todo este mundo, tres estancias o lugares diversos; los cuales, tanto han de ser diferentes, cada uno en su modo, de los que tiene y puede tener cualquier rey o señor deste mundo, cuanto difiere la dignidad y justicia del mismo criador a la de su criatura.

El primer lugar do recibe y conversa a sus hijos y amigos, que son sus escogidos, es, sus aposentos reales y divinos del cielo empíreo.

El segundo, do se ejercitan sus siervos, que son los justos, sirviéndole en diversos oficios, y do también están las bestias, que son los hombres carnales y mundanos. Porque en esta vida están mezclados los buenos y los malos. Este lugar es la tierra do moramos.

El tercero e ínfimo, que es la cárcel, es aquel do son lanzados los enemigos de Dios, obstinados y condenados. Éste es un lugar profundo y misérrimo, que se llama el infierno. Este lugar se cree estar en las entrañas de la tierra, conforme a lo que dice el profeta, hablando de los condenados. *Entrarán en las partes inferiores de la tierra, serán dados en manos del cuchillo, serán presa de las raposas,*[1] que son los demonios.

Este lugar es una grande concavidad, profunda y horrenda, que está en las entrañas de la tierra, la cual la infinita justicia y omnipotencia de Dios ha hecho para cárcel perpetua y lugar de castigo y tormentos para todos los malaventurados.[2] Está oscuro y de espesas

1 *Ps. 62, 10, 11.*

2 *Es creencia universal que el infierno está en las entrañas de la tierra. La Iglesia nada ha dicho ni definido. Los teólogos tampoco defienden semejante creencia, hoy día destituída de toda*

tinieblas y profunda noche cubierto, aunque aquel fuego sulfúreo de que está lleno luce un poco para aumento del tormento con la vista de aquel lugar horrendo y de los gestos espantables de los mismos condenados. Está muy hediondo, y estarlo ha más después del juicio, así porque estará lleno de los cuerpos de los damnados, enfermos y podridos, como porque todas las inmundicias y horruras que hay en las privadas [1] y muladares y podredumbres y todos los otros hedores de todo este mundo serán lanzados en aquel lugar mísero.

Está todo encendido de fuego y en vivas llamas siempre ardiendo. El fuego es corpóreo como este nuestro, más la materia dél se cree ser piedra zufre,[2] en lo cual es más aflictivo, porque, como vemos por experiencia, causa mayor dolor al que le toca.[3] Esto da a entender el profeta diciendo: *Fuego y piedrazufre y espíritu de tempestades será parte de su cáliz.*[4] Y San Juan en el Apocalipsis dice así: *Su parte es en el estanque o lago de fuego y piedrazufre.*[5] Dice, que parte de su cáliz serán estas penas, porque tienen otras muchas. Y aunque aquel lugar de tormentos tiene muchos y diversos nombres, por las muchas y diversas miserias; más, porque el fuego, entre las sensibles, es más aflictivo y más notorio, llámase por esto aquel lugar principalmente horno de fuego, porque siempre está de llamas infernales lleno y abrasado. Así lo llama nuestro señor Jesucristo cuando dice en el Evangelio:

probabilidad. La existencia del infierno no va en el Nuevo Testamento unida a la tierra; por lo que existiría aunque ésta fuese aniquilada o destruída. El autor, que escribe para el vulgo, sigue la opinión del vulgo, en esta materia, no obstante ser un gran teólogo y filósofo, como lo acreditan todas las páginas de este libro, único que se conoce del P. Alarcón.

1 privadas, *e. e.*, retretes. *Aunque el diccionario conserva aún esta palabra con dicho significado, en el uso corriente ha desaparecido, prevaleciendo el de* retrete, *palabra culta y cortesana, que significa sitio retirado u oculto en las casas, más tarde en el siglo XVII y siguiente sustituído por el de* cámara *y* recámara.

2 piedra zufre, *e. e.*, azufre. *Sin duda por asimilación de la letra anterior. Sin embargo, es frecuente en el siglo XVI hallar esta forma en los clásicos. En realidad, ésta debiera ser la forma legítima, por cuanto de la palabra latina* sulfure, *se deriva lógicamente la forma* zufre *o* sufre *y no azufre o asufre.*

3 *Las quemaduras de azufre son peores que las otras, por el dolor que causan y la mayor dificultad en curarse.*

4 *Ps. 10, 7.*

5 *Apoc. 21, 8.*

Enviará Dios sus ángeles y apartarán los malos de medio de los justos, y echarlos han en un horno de fuego.[1]

Dos géneros de penas padecen los malaventurados en el infierno: La una, se llama pena de daño; la otra, pena de sentido. La primera es, verse privados de todos los bienes, no sólo de los que tanto amaron en esta vida, mas también de los celestiales y verdaderos, que tan presto hubieran alcanzado en la otra. Estarán privados de todas las consolaciones que tenían en este mundo, porque ya no tendrán sus casas, ni viñas, ni huertas, ni otras heredades, ni dineros; ni para su recreación tendrán prados, ni riberas, ni un solo árbol, ni una hierbecita, ni frescura alguna, o lugar apacible o delectable. No verán ya más hermosura alguna corporal, ni sol, ni luna, ni estrellas, ni otra alguna luz con que vean cosa que quieran. No tendrán pajes, ni mozos, ni fausto, ni servicio alguno. No tendrán más quién les dé buena doctrina, ni músicas, ni lisonjas. No gozarán de banquetes de muchos y diversos manjares, y muchos y preciosos vinos; ni les será dada una migaja que comer, ni una gota que beber. Faltarles han todas las vestiduras delicadas y preciosas, y las camas blandas y curiosas. Desearán los vicios que tenían en este mundo, y no les será dado alguno. Desearán todas estas recreaciones, lícitas e ilícitas, y todas les serán negadas.

¡Cuán grande será la pena que recibirán de la falta de todas estas cosas, pues, un mundano cae en tan grande tristeza por la falta de sola una! Verse han también alejados de todos los bienes perfectos y eternos del cielo, que en el momento de esta vida pudieran haber merecido, y privados de aquella inmortalidad e impasibilidad, agilidad y hermosura que verán en los cuerpos de los bienaventurados; y de la compañía tan dulce de los ángeles y los otros celestiales ciudadanos; y de aquellas riquezas y honras y deleites, hermosuras, músicas, olores, sabores y todas las otras recreaciones celestiales, corporales y espirituales; y del conocimiento, posesión y fruición de todos los bienes justos; y, sobre todo, carecer han de ver y gozar la esencia di-

1 *Mt. 13, 42.*

vina, que es piélago infinito de hermosura y do todo bien emana.[1]

Si tanto — como ya dije — se entristece alguno de una pequeñuela pérdida de estas cosas viles de la tierra, ¿qué sentirá el que viere haber perdido tantos y tales bienes, que tan presto pudiera alcanzar y para siempre gozar sobre el cielo? ¿Qué sentirán los malaventurados, cuando vieren el día del juicio subir a los buenos resplandeciendo, e ir así al celestial reino; y que a ellos los envían ardiendo al infierno? Entonces, como dice el profeta: *El pecador verá subir al justo a la memoria eterna seguro de no oír palabra* [*mala*],[2] que es la última y terrible sentencia, *y viendo esto se airará, y con sus dientes* — deseando si pudiese despedazarse — *regañará y se carcomerá: el deseo de los pecadores perecerá*[3] Y como en el libro de la Sabiduría se escribe: *Viendo los malos,* como verán, *a los justos tan sublimados y gloriosos, y quedar ellos a tantos y tales males eternalmente condenados, serán turbados con temor horrible; y maravillarse han de la súbita mudanza de la salud que jamás esperan.*[4]

1 do todo, *e. e.*, de donde todo. *Es frecuente en este autor esta acepción que no es frecuente en los clásicos de la segunda mitad del siglo XVI.*

2 *El texto suprime la negación necesaria, de no dar al término* seguro *el significado de* libre. *El texto latino es:* ab auditione mala non timebit.

3 *Ps. 111, 10.*

4 *Sap. 5, 2.*

Capítulo XIII

EN QUE SE CONTINUA LA MATERIA DEL INFIERNO Y SE DECLARAN LAS PENAS DE SENTIDO

El otro género de males que hay en el infierno se llama pena de sentido, que consiste, no en padecer la privación ya dicha de todos los bienes, más de sentir los males y tormentos contrarios con penas incomparables y diversas.[1]

La primera es, que cada uno que fuere condenado padecerá en su cuerpo todas las enfermedades o dolores que todos los enfermos y llagados padecen en este mundo. Esto da a entender Job diciendo: *Será el condenado estrechado por defuera y angustiado de dentro, y todo dolor lo arrebatará y vendrá sobre él.*[2] Y en el Deuteronomio, del condenado se dice: *Herirte ha Dios con mengua, calentura, frío, ardor y aire corrupto; herirte ha el Señor con la llaga de Egipto, con sarna y comezón, locura y ceguedad y furor; aumentará Dios tus plagas con grandes y perseverantes enfermedades, pésimas y perpetuas; y convertirá sobre ti todas las aflicciones de Egipto, que temiste y apegársete han.*[3]

La segunda pena o miseria es la fealdad. Porque, así como nuestro fuego, como sea humoso, todas las cosas que toca, aunque sean claras y hermosas, las

1 *La descripción y estudio que hace nuestro autor del infierno es de lo más brillante y vivo que se conoce, y recuerda a trechos la* Divina Comedia *de Dante o la descripción de Virgilio en la* Eneida. *El estudio que como teólogo hace del infierno, es también de lo más exacto y ponderado. En todo ello se revelan las dotes excepcionales de escritor y pensador de nuestro fray Luis, a pesar del poco cuidado e interés que pone en hacer obra literaria.*

2 *Iob. 10.*

3 *Deut. 23, 22, 27, 28.*

ennegrece y afea; y el fuego de San Antón hace horribles las partes del cuerpo que toca; así, y mucho más aquel fuego del infierno afea los cuerpos de los damnados. Y por eso dice Jeremías: *Más negra que el carbón se ha tornado su cara.*[1]

La tercera pena, es el hedor. Porque el infierno será como privadas de todo el mundo, a do serán lanzadas todas las suciedades y hediondeces. Desto dice Job: *Si subiere hasta los cielos* — conviene a saber, el malo — *y tocare con la cabeza las nubes* — esto es, por las dignidades que alcanza en esta vida — *en el fin se perderá y será como estiércol.*[2] Y Esaías dice: *De sus cuerpos subirá hedor.*[3] Y en el Apocalipsis se escribe: *Serán atormentados con el fuego y piedrazufre, y subirá el humo de sus tormentos por todos los siglos de los siglos.*[4]

La cuarta pena es inhabilidad e impotencia de todos sus miembros, de los cuales no se podrán aprovechar para hacer cosa alguna que quieran, ni evitar mal alguno de cuantos padecen. Esto da a entender nuestro Señor en el Evangelio, diciendo contra el condenado: *Atadas las manos y los pies, echadle en las tinieblas exteriores.*[5]

La quinta pena es, el tormento de las mordeduras de los gusanos. De estos dice Esaías: *El gusano de ellos no se morirá.*[6] Sobre lo cual dice San Agustín nuestro padre, que se puede entender, no sólo del gusano interior de la conciencia, mas también del corporal, que muerde de fuera. De éstos dice también el mismo Esaías: *Tu estrado será polilla, y tu cobertor será gusanos.*[7] De éstos, también el Eclesiástico dice: *Estas cosas están aparejadas a los condenados; fuego y granizo, hambre y muerte; y sobre todo esto, escorpiones y serpientes.*[8]

La sexta será, lloro muy amargo y gritos y aullidos continuos por la grandeza de los tormentos. De éstos

1 *Lam. 4, 8.*
2 *Iob. 20, 6.*
3 *Is. 3, 24.*
4 *Apoc. 14, 10-11*
5 *Mt. 22, 13. El original conserva la forma clásica un poco violenta y hoy en desuso, de* echalde, *por* echadle.
6 *Is. 66, 24.*
7 *Is. 14, 11.*
8 *Eccli. 39, 35, 36 y* serpientes, *añade ed. 2.ª*

dice nuestro Redentor en el Evangelio: *Allí será lloro y batimiento de dientes.*[1]

La séptima, y principal, será el fuego en que siempre estarán ardiendo.

Estas sobredichas penas todas son corporales, mas también padecerán en todas las potencias espirituales. El entendimiento será herido con ignorancia y ceguedad para todo buen conocimiento. Con la memoria será gravemente afligido en acordarse de todos los males que hizo y bienes que perdió. En la voluntad —con padecer todo lo que aborrece—, aborrecerá a sí mismo y a todas las criaturas, y más a Dios, porque lo crió y condenó. Y así, con el grande odio y fervor, siempre estará con grandes gritos maldiciéndose y de Dios blasfemando.

Sobre todas estas penas, con que mucho han de ser agravados, es el saber que han de ser eternas. Cosa es por cierto muy horrible y espantable considerar aquella damnación, acerbísima y sobre todas las penas de esta presente vida incomparable; y que sepa que ha de ser eterna. Si la tierra y mar y cielo, y todo el mundo se convirtiesen en un montón de arena tan grande como todo lo que he dicho, que es la tierra y el cielo y todo el universo, y al cabo de novecientos mil años se quitase un granito de la arena deste montón, y les concediese Dios que no estuviesen en el infierno sino hasta acabado aquel montón casi inmenso, tendrían esto los damnados por grande gracia y beneficio; porque esto podría tener fin; mas sus tormentos no tienen fin. Todos los males sobredichos significa y suma nuestro Señor Jesucristo, cuando dice, que dirá a los malos en aquella última, irrevocable y no menos formidable sentencia: *Apartaos de mí malditos e id al fuego eterno, que está aparejado al demonio y a todos los que le han seguido.*[2] En lo que dice *apartaos de mí,* se señala la pena de daño. En lo que dice, *id al fuego,* la pena de sentido. En lo que dice, *eterno,* la duración de pena, que será sin fin y perdurable.

¡Oh, cuán mal aventurado el que de aquí a poquito se ha de ver en tanto mal caído! ¡Oh, cuán gran remedio

1 *Lc. 13, 28.*
2 *Mt. 25, 41.*

te será, para escaparlo, pensar todo esto profundamente cada día, y cada vez que el demonio te tienta! Porque por muy carnal y malo que seas, te será gran freno, si en esto hondamente piensas. Porque, aunque no sea sino por amor de tu cuerpo que amas, huirás del vicio como de la serpiente, y abrazarás la penitencia y trabajo como regalo o manjar sabroso. Porque, dejando aparte los males y bienes principales, que son los espirituales, de que no curas, porque no entiendes; aunque no sea sino por el amor de tu carne, que tanto quieres y regalas, te apartarás de todo pecado, por no perder para siempre los deleites y regalos que para ella deseas, e incurrir en todos sus males, que tanto aborreces.

Considera, pues, que en el infierno no habrá alguna corporal hermosura, sino siempre la horrible visión de los demonios condenados. No adulaciones ni músicas suaves, sino espantosas[1] disonancias e injurias. No olores, sino hedores. No abundancia de manjares y sabores, mas grande hambre y sed continua y amargura intolerable, y que para siempre no se les dará de comer ni beber. No habrá vestiduras delicadas, mas estarán vestidos de llamas infernales. No tendrán camas blandas, mas hechas de clavos en fuego abrasadas. No honra, sino abatimiento. No riqueza, sino suma pobreza. No deleites carnales, mas en todas las partes del cuerpo estará siempre padeciendo tormentos intolerables[2] y eternos.

Con cuánta afición y alegría debes abrazar la penitencia verdadera esto poco que te queda en la vida, y estas presentes adversidades y trabajos, por escapar de aquellos tormentos tan crueles y sempiternos. Yo te ruego que me respondas con el corazón a lo que te pregunto: Si te vieses fatigado de una sed grandísima, ¿qué harías por no sufrirla así, una semana sin beber? Creo que antes eligirías hacer una penitencia tan estrecha como San Juan Bautista. Pues ¿qué harías por no sufrirla así un mes? ¿cuánto más un año?[3] ¿cuánto más toda la vida? Pues, ¿cuán de buena gana debes

1 *1.ª ed.:* sino horribles disonancias.
2 *1.ª ed.:* tormentos esquivos y dolores intolerables.
3 *1.ª ed.:* por no padecerla un mes? cuanto más...

ayunar lo que te manda la Iglesia, y aun cada día, por escaparte de aquella sed gravísima y eterna?

Y si estuvieses condenado a que te metiesen de cabeza en un horno de fuego, y que no murieses luego, mas que estuvieses así vivo padeciendo, apegado el fuego a tus ojos y celebro y todos esos tus sentidos tan delicados: Dime: ¿qué harías por no padecer un día este tormento? [1] Pues, ¿cuánto más por una semana? ¿cuánto más un mes? ¿cuánto más un año? ¿cuánto más por toda esta vida? Pues, ¿qué debes hacer por no ser lanzado a que ardas vivo en el fuego del infierno y sin ningún término?

Dime: ¿cuál te parece más fácil cosa, resistir ahora un poco de tiempo a las tentaciones carnales, o arder para siempre en las llamas infernales? ¿Cuál te parece que te será mejor: pasar este momento sin unos viles y sucios deleites, o caer de aquí a poco en tormentos tan graves y perdurables? ¿Pasar este poco tiempo sin ver algunas vanidades, o ir de aquí a poco a padecer la vista de los demonios y los otros condenados? ¿Pasarte ahora sin olores superfluos, o ir de aquí a una hora a padecer hedores incomparables y perpetuos? ¿Pasarte ahora con una comida templada, o una media, y beber lo que te basta; o por tomar ahora un poquito de más, ir de aquí a poco a do, aunque estarás muerto de hambre y de sed, jamás te han de dar de comer ni beber? ¿Pasarte ahora con una cama honesta y aun dura, o verte de aquí a poco a do, estando intolerablemente cansado, nunca te han de dar una silla en que te asientes, y menos una cama en que descanses? Porque como dice San Juan en el Apocalipsis: *Ni de día ni de noche les darán descanso, aunque estarán tan fatigados con el tormento.*[2]

Dime también, ¿qué te parece ser cosa más penosa: sufrir aquí con paciencia la compañía y persecuciones de los malos, o ir a estar para [3] siempre entre los demonios? Y porque concluya en pocas palabras toda esta materia, cuál te parece que será cosa más fácil y útil: hacer en el momento que te queda de esta vida una penitencia tan breve y tan pequeña, en la cual por muy es-

1 *1.ª ed. omite* Dime.
2 *Apoc. 14, 11.*
3 *1.ª ed.:* o ir para estar siempre...

trecha que sea, cada día comes y bebes, y ves tantas cosas con que te recreas, y gozas de la conversación de los buenos, y de leer en muchos y buenos libros, y tantas y dulces meditaciones que goces, y silla en que te sientes, y tantas buenas inspiraciones y consolaciones divinas, que no faltan a persona alguna que hace digna penitencia y a Dios con todo corazón busca y en su amor persevera; ¿o ir al infierno a hacer allí una penitencia tan penosa e infructuosa, sin mezcla de alguna consolación, ni descanso ni alivio ni refrigerio alguno, y a donde — como dice San Juan — los malos, por no padecer tan graves tormentos, buscarán la muerte y no la hallarán, desearán morir y la muerte huirá de ellos? [1] Y él mismo dice en otra parte: *comieron sus lenguas con gran dolor y blasfemaron a Dios del cielo con los dolores de sus llagas.*[2] Mejor, pues, te será agora hacer una penitencia tan leve y tan breve, que no caer en damnación tan dura y tan durable. Mejor te será hacerte ahora una poca de fuerza y apartarte de tus pecados, que no ser del número de los condenados. Fáciles y suaves se te harán los presentes males, si trujeres [3] delante los ojos las penas infernales.

Resumiendo, pues, lo que has de meditar a la hora de mediodía, y dende allí hasta la noche, considera profundamente cómo nuestro Señor Dios por su inmensa misericordia, y por el inefable y especial amor con que te ama, te ha librado hasta ahora de tantos y tan graves males. Primeramente, de muchos otros vicios y pecados, en que hubieras caído, si él no te hubiera amparado y favorecido. Después desto, mira cómo te ha librado de caer en el infierno, en el cual ha dejado caer a muchos otros, aunque tú también lo has merecido, y muchas veces, por tus maldades, con que le has menospreciado y sido tan ingrato. Mira bien cómo te ha librado de tan grave tristeza y angustia, como es verte privado de la visión y fruición de la divina esencia y de todos los bienes del cielo, y sin ningún remedio; y sobre todo esto, verte caído en el profundo del infierno; y cómo te ha librado de aquellas horribles visiones, de aquellas injurias y sumas deshon-

1 *Apoc. 9, 6.*
2 *Apoc. 16, 9 y 11.*
3 Trujeres, *forma anticuada por* trajeres.

ras, de aquellos hedores intolerables, de aquella sed y hambre perpetua y amargura eterna; de aquellos gusanos crueles, de aquel fuego y llamas infernales, de aquellos tormentos en todas las partes del cuerpo, gravísimos y continuos y sempiternos y sin mezcla de algún descanso; de aquellos gritos, bascas y aullidos espantables e interminables. Y mira bien, cómo todo el mundo con su amor y servicio, todo junto, no podría amar y servir dignamente para satisfacer al amor y servicio que tú debes a Dios por sola una vez que te haya hecho esas mercedes, que son librarte de males tan grandes. Y si por una vez, ¿cuánto más muchas?

Podrás también subir al conocimiento de la justicia y bondad de Dios con la meditación de las cosas ya dichas, considerando cuánto aborrece y castiga las culpas. Puedes de lo dicho conocer la maldad del mundo, pues es tan ingrato a quien tantas veces le ha librado del infierno; y de su ceguedad, pues, vive tan sin temor, estando en tanto peligro. Puedes también y debes con la consideración de esto, tomar y traer siempre delante tus ojos un muy poderoso motivo para el amor y temor divino. Porque considerando de cuántos y cuáles males te ha hasta ahora librado, te inclinarás a servir a tu Dios y a amarle; y mirando el peligro en que aún te ves de ser condenado, te moverás a temerle.

Capítulo XIV

DE LO QUE SE HA DE MEDITAR A LA TARDE Y EN LA NOCHE: QUE SON LOS BIENES CELESTIALES QUE DIOS NOS TIENE PROMETIDOS

Los bienes que nuestro Señor Dios nos ha prometido y aparejado, son los que gozan los santos en la vida bienaventurada del reino del cielo. Es tal aquella soberana felicidad y celestial gloria, que no se puede explicar ni aun dignamente pensar aquí en la tierra. Porque como dice el Apóstol: *ni ojos vieron, ni orejas oyeron, ni subió en corazón de hombre la grandeza de los bienes que Dios tiene aparejados para los que le aman.*[1] Quiere decir: que es sobre todo lo que aquí se puede ver, y sobre todo lo que se puede oír, y también sobre todo lo que se puede pensar o desear, que es mucho más que lo que se puede ver ni oír.

Pues si es cosa que aun con el corazón no se puede en esta vida alcanzar, ¿cuánto menos lo podremos hablar o escribir? Si es incomparable la miseria de los malaventurados, como sea muy mayor la gloria de los buenos que la pena de los malos, ¿cuán inefable será la gloria de los bienaventurados? Mas, aunque sea así (que no podemos alcanzar aquí perfecto conocimiento, antes nuestro entendimiento se queda muy al pie de la subida de aquel monte altísimo, refugio nuestro, monte de Dios, grueso y cuajado,[2] en cuya cumbre está aquella soberana Jerusalén que es nuestra madre, *la ciudad de Dios de la cual son dichas cosas gloriosas*)[3] no debemos dejar de hablar de ella, y oír según pudiére-

1 *1 Cor. 2, 9.*
2 *Ps. 67, 16.*
3 *Ps. 86, 3.*

mos sus nuevas, y procurar de siempre aumentarnos, aunque con conocimiento imperfecto, en los secretos que de ella nos revela el Señor Dios nuestro por sus Escrituras.

Porque — como dice Aristóteles — mejor es un conocimiento pequeño de las cosas celestiales y altísimas, que gran noticia de las terrenas y bajas.[1] Y porque no hay consideración que más que ésta nos pueda aprovechar, alumbrar, inflamar y consolar; ni por el contrario, cosa más dañosa que el olvido de ella; por tanto, siempre debemos procurarla y traer continuamente en nuestra memoria, so pena de ponernos en peligro de perderla. Todo esto nos da bien a entender el profeta cuando dice: *Si me olvidare de ti Jerusalén,* por la cual se entiende la bienaventuranza, *olvídeme de mi mano derecha,* por la cual también se significa la vida bienaventurada.

Así como la pena del infierno consiste en dos puntos, como dijimos, que es pena de daño y pena de sentido; así la felicidad del paraíso consiste en dos cosas contrarias a ella, que son, en la ausencia de todo mal y en la presencia y fruición de todo bien. El lugar o región beatífica es el cielo empíreo inmovible,[2] que está sobre todos estos cielos que vemos movibles,[3] sobre todos incomparablemente más resplandeciente, hermoso y jocundo y, en grandeza, cuasi inmenso. Es región do nunca hay noche, ni niebla, ni nublado, ni oscuridad alguna; do nunca nieva ni hiela, ni graniza ni llueve, ni hay tempestad, ni calor que aflija, ni mudanza o alteración alguna de tiempos que se sienta; mas siempre hace día claro y sereno, sumamente templado y en todo amenísimo y que nunca anochece porque es eterno. En este lugar, que es muy deleitable,[4] están los palacios reales y divinos, que son los aposentos de los santos, que constituyen la *Ciudad de Dios* celestial, Jerusalén, madre nuestra gloriosa. ¿Qué corazón podrá dignamente pensar cuán hermosos y excelentes sean estos edificios divinos?

Si todos los hombres del mundo, hechos de una

1 *Este lugar de Aristóteles.*
2 *1.ª ed.:* inmovile.
3 *1.ª ed.:* móviles.
4 *1.ª ed.:* lugar sumamente delectable.

lengua y de un corazón, se juntasen a edificar unos palacios, los más ricos y apacibles que pudiesen, ¿qué tales los podrían hacer? Pues, ¿cuánto mejores los podría hacer un solo Angel? ¿Cuánto mejores todos los ángeles y todas las órdenes de los celestiales espíritus? Pues, ¿cuánto mejores los podrá haber hecho el mismo que crió e hizo de nada todos los hombres y los ángeles y todas las criaturas? Pues, ¿qué tales serán aquellos aposentos que la omnipotente mano de Dios se ha esmerado en edificar para morada perpetua de sus hijos, amigos y escogidos?

Claro está, que, como nuestro Señor Dios sepa toda nuestra inclinación y capacidad, y haya criado aquel lugar para nuestra recreación y perfecto descanso, no puede haber en él defecto alguno, ni puede en él faltar cosa de cuantas podemos desear. Y como lo que Dios puede y quiere hacer, exceda a todo lo que la criatura puede pensar, ¿cuán aventajados serán aquellos celestiales edificios,[1] así en la materia como en la forma? Sus materiales, como se escribe en el Apocalipsis,[2] son oro purísimo muy más fino que el de este mundo, del cual están hechas sus plazas. Las paredes, torres y puertas de zafiro y esmeralda y de toda la diversidad de piedras preciosas. Y aquellas piedras preciosas, que son sobre el cielo, son muy más resplandecientes y hermosas que las que están en la tierra. Están muy bien trazadas y labradas por las manos de Dios. Él mismo ha puesto en ellas todas las labores y primores y vivos colores, y toda variedad de perfectas hermosuras.

Están los jardines y huertos llenos de todas las maneras de árboles, que siempre guardan sus hojas verdes y flores de diversos olores y colores, y siempre de ellos están colgando todos los géneros de frutas. Están allí también plantadas todas[3] las hierbas adoríferas. No faltan allí fuentes y fuentecicas, con arcos resplandecientes y admirablemente obrados, las cuales siempre manan aguas vivas y dulces, y vinos preciosísimos, y todos los buenos licores. Siempre están con dulcísima claridad claros, incomparablemente templados, y mag-

1 *1.ª ed.:* celestiales principios.
2 *Apoc. 21, 19.*
3 *2.ª ed. omite,* todas.

níficos, jocundos y inenarrablemente apacibles y amables. Esto meditaba el profeta cuando decía: *Cuán amables son vuestras moradas, oh señor de las virtudes; mi ánima las cobdicia y desfallece en pensarlas.*[1]

Son tan hermosos y deleitables aquellos celestiales aposentos, que los mejores que pueden en este suelo ser hallados ni pensados, se nos harían en su respecto muy feos y penosos. Y todos son de cada uno, y cada uno es señor de todos. Tiene también el bienaventurado todos los bienes que puede desear para el ánima y para el cuerpo, sin mezcla de defecto y en puro y perfecto grado. Y aunque son los del ánima primeros y mayores, diremos primero los del cuerpo, que tendrá después del juicio; por que, vamos subiendo, de lo que es menos y a todos más visible, a lo perfectísimo y de solos los espirituales perceptible.

Según San Anselmo, siete bienes poseerá el bienaventurado en su cuerpo y otros siete en su ánima o espíritu. Los del cuerpo — que pone primero, creo por la razón susodicha — son: hermosura, ligereza, libertad, fortaleza, deleites, eternidad. Será el cuerpo del menor santo tan hermoso, que resplandecerá como el sol. Conforme a lo que dice la santa Escriptura: *Resplandecerán los justos como el sol en la presencia de Dios, y el sol resplandecerá siete veces más que ahora.*[2] Y así, será siete veces mayor el resplandor del cuerpo glorioso que el que ahora tiene el sol. Será también para perfecta hermosura, dotado de los colores diversos y a cada parte convenientes, y con las facciones proporcionadas.

Será tan ligero como lo es un ángel, el cual dende el cielo a la tierra, o de la tierra al cielo, se pone más presto que en decirlo. Ejemplo tenemos de esto aun en las cosas insensibles, como lo es en el rayo del sol, el cual en el punto que sale de Oriente se pone en Poniente. Tendrá tanta fortaleza, que si quisiere mover un monte, o una ciudad, lo hará tan presto y tan sin trabajo, como cerrar o abrir el ojo. Será tanta su libertad, para hacer cuanto quisiere, que no le podrán impedir que no vaya y entre en todo lugar por cerrado

1 *Ps. 83, 2, 3.*
2 *Mt. 13, 43.*

y fuerte que sea, y para hacer cuanto quiera con aquella facilidad que los ángeles; a los cuales han de ser por gracia semejantes, los que a su compañía fueren sublimados. *La salud de los justos* — como dice el profeta — *recibirla han del Señor*.[1] Y como la tomen de la fuente pura, será sin mezcla de enfermedad alguna, y libre de todos los dolores y defectos que en todas las partes del cuerpo se padecen en esta vida, y alejado de todas las miserias de ella, así ordinarias — como son hambre, sed, frío, calor y cansancio — como de las extraordinarias, que son tantas maneras de calenturas y otras indisposiciones y corrupciones innumerables, de que en este mundo estamos tan fatigados.[2]

Será aquella salud pura y continua, sin mezcla de alguna alteración, y tan perfecta, que no sólo no podrá padecer algún defecto o cosa penosa, antes será una salud tan grande y tan nueva, que siempre hinche todo el cuerpo de una inefable y sensible dulzura. Tendrán inestimables y continuos deleites; y será la delectación tan grande, que henchirá todas las partes del cuerpo: los ojos, las orejas, las narices, la garganta, el corazón, las manos, los pies, los huesos, y los tuétanos. Y en cada una, así estarán llenos de deleite y dulzura, que todo el hombre beba y esté siempre bebiendo del torrente o avenida del río de los deleites de Dios; y esté de la abundancia de su casa embriagado, no para perder, como acá, el sentido, mas para poner los males en olvido y estar de dulzura y deleite lleno. El último bien dije ser la eternidad, porque esta vida tan bienaventurada nunca les ha de faltar; mas sin ningún intervalo, ni mudanza, siempre ha de permanecer y eternalmente durar.

Los otros siete bienes mayores[3] que gozará en el espíritu incomparablemente, son:[4] sabiduría, amistad, concordia, poderío, honra, seguridad, gozo. La sabiduría será y es tal, que ninguna cosa ignoran de cuantas quieren saber. Sabrán todas cuantas cosas Dios hizo para ser sabidas. Allí cada uno conocerá a todos y de todos será conocido; y de qué patria fué, y de qué pa-

1 *Ps. 36, 39.*
2 *1.ª ed.:* tan engolfados y fatigados...
3 *1.ª ed.:* bienes que gozará... (*om* mayores).
4 *1.ª ed.:* incomparablemente mayores son.

dres o linaje, y cómo nació, y cómo fué criado, y cómo vivió en este mundo, y todo lo que hubiere hecho, aunque no recibirá confusión ni pesar del pecado; antes, de las mismas culpas tomará motivo para amar y con gozo alabar a Dios que lo perdonó y a su infinita piedad que lo libró.

La amistad, que denota amor con conversación y familiaridad, es una cosa muy dulce en aquel soberano reino. Porque allí, toda la compañía innumerable de los ángeles y arcángeles, y de todas las otras jerarquías y órdenes, subiendo hasta los serafines; y todas las diferencias de santos, patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, vírgenes, y todos los ciudadanos celestiales, es compañía muy jocunda y amable. Porque todos son hermosos, sin mezcla de alguna fealdad. Todos sabios, sin mezcla de alguna ignorancia. Todos nobles, sin que haya entre ellos algún vil. Todos amorosos, sin mezcla de algún ingrato. Todos bien acondicionados, sin mezcla de algún necio y malicioso. Y junto con ser tan amables, será cada uno amado de todos, como ama cada uno a sí mismo, y amará a todos como a sí mismo.

Así como en nuestro cuerpo humano cada uno de los miembros tiene el bien del otro por propio, así allí todos el de cada uno. Siempre estaremos gozando de esta dulzura de amor, porque siempre estaremos juntos y viéndonos y conversándonos y amándonos. Será esto inefable gozo. Porque si tú hallas un amigo verdadero, sabio y virtuoso, a quien ames como a ti mismo, ¿cuánto no te gozas en tenerle en tu compañía y gozar de su conversación? No hay persona cuerda que no eligiese esto para su consolación, con sólo día y victo, que carecer de ello y ser señor de todo el mundo. Pues, ¿cuánto más te gozarías, si tuvieses este amor y conversación con un ángel o con un santo, que viniese cada día desde el cielo a conversar contigo, aun estando en este corruptible cuerpo y en este mundo tan mísero? Pues, ¿cuánto más te gozarás con él en el paraíso? Y si con uno de los menores, ¿cuánto más con uno de los más excelentes? Y si con los ciudadanos celestiales, ¿cuánto más con la Reina del Cielo? ¿Cuánto más con el Rey celestial, sumamente amable y único amador tuyo, nuestro Señor Jesucristo? Pues, ¿cuánto

más te gozarás con el amor y conversación de tal Rey y Reina, y de todos aquellos ciudadanos tan amables y tan amigos verdaderos tuyos, teniéndolos contigo todos juntos, de los cuales jamás puedas ser apartado, ni dejar de los amar y ser de ellos todos amado? [1]

La concordia será tanta, que todos en todas las cosas se conformarán siempre con tu parecer y querer. Así como entre los ojos a do quier que se vuelve el uno luego se vuelve el otro,[2] así a cualquier cosa que tu voluntad se inclinare, aquello mismo querrá luego toda la corte del cielo. De aquí se sigue, que, pues tienes así en tu mano a todos los moradores del cielo, inefable es tu poderío. También a tan gran poder acompaña sin duda suma honra, pues do hay entre todos los corazones y con Dios tanta unidad, no puede faltar seguridad.

De todas las cosas susodichas, se sigue tener lo último. Porque donde hay siempre tanta abundancia de todos los bienes juntos, no puede faltar cumplido gozo. Auméntase este gozo inefablemente en cualquier santo; porque tanto se goza cada uno de todos los bienes de cualquier de todos, como si fuesen suyos propios. Pues, como sean innumerables aquellos moradores celestiales, así de los espíritus angélicos como de todos los santos, gozándose cada uno del gozo o bien de cada uno de todos, como del suyo propio, ¿cuánto será aumentado su gozo?

Serán también los moradores de aquella ciudad soberana glorificados en todos los sentidos corporales; porque en todos serán llenos de los deleites a ellos proporcionados. De estos deleites no gozan los ángeles, porque no tienen cuerpos, mas solos los hombres justos. De lo cual fué figura, cuando José dió a su hermano, que había nacido del vientre de su madre, cinco partes más que a los otros sus hermanos.[3] Así el verdadero José, que es nuestro Salvador, a su hermano más amado, que es el linaje humano, de cuya carne se ha vestido, da cinco partes más en la felicidad de su reino, que son estos cinco géneros de deleites corporales, que se gozan con los cinco sentidos; los cuales esta-

1 *1.ª ed.:* tan amado.
2 *1.ª ed.:* se vuelve sin dificultad el otro...
3 *Gen. 43, 34.*

rán beatificados, gozando perfectamente de los objetos a ellos convinientes. Los ojos, viendo la hermosura inefable del cielo empíreo, y mucho más, de todos los cuerpos de todos los santos; y sumamente, en ver la hermosura corporal de aquel Rey sumo y amantísimo, que es nuestro Señor Jesucristo.

Si tanto se estima ver la hermosura de una mujer de este mundo, que tan presto la afea una calentura, y tan disforme se torna en la sepultura, ¿qué será ver la hermosura de la menor santa que mora en el cielo, hecha ya incorruptible y glorificada, y esposa digna de aquel Rey altísimo? Pues ¿cuán mayor deleite será ver la hermosura corporal de las mayores santas y santos? El menor santo resplandece siete veces más que ahora el sol, y unos resplandecerán más que otros, y serán más hermosos en el ánima y el cuerpo, según fué la diferencia de los méritos y santidad que alcanzaron en este mundo. Y por tanto, así como difieren las estrellas unas de otras en claridad y resplandores, así serán los santos, después de resucitados, como lo dice el apóstol.[1] Porque así como ahora en resplandor y hermosura difieren en el ánima, así entonces en el cuerpo y en el ánima. Pues si tan inefable deleite será ver la hermosura de los ciudadanos de aquel reino, ¿qué será ver la de la Reina y del Rey del paraíso?[2]

La potencia auditiva, será siempre llena de su propio deleite, porque siempre estará oyendo músicas corpóreas, suavísimas, de las voces e instrumentos músicos que se formarán de los cantores y tañedores del cielo, que son los santos, cuyos instrumentos serán sus mismos cuerpos gloriosos, que formarán las voces, o de alguna materia como aérea que haya Dios criado sobre el cielo, según algunos, o según otros, de un aire celestial que en sus mismas gargantas será formado maravillosamente por la virtud de nuestro Señor Dios, con el cual sin ningún trabajo podrán siempre hablar y cantar. Y como estén tan llenos del amor divino, y de gozo; y de la abundancia del corazón habla y canta la boca;[3] de aquí es que estarán siempre dulcemente cantando y a Dios loando, conforme a lo que dice el pro-

1 *1 Cor. 15, 41.*
2 *1.ª ed.:* Rey sumo del paraíso.
3 *Lc. 6, 45.*

feta: *Bienaventurados, Señor, los que moran en vuestra casa, que para siempre jamás os alabarán.*[1]

El olfato estará siempre sintiendo olores suavísimos, que procederán de los cuerpos de los mismos santos, de los cuales está escrito, que *florecerán como el lilio y serán como el olor del bálsamo delante de Dios.*[2] Este olor será suavísimo. Porque si de los cuerpos muertos de los santos ha salido tan gran olor algunas veces en este mundo, que los que se hallaban presentes les parecía estar en los deleites del paraíso, ¿qué olor será el que procederá de los cuerpos glorificados de todos los santos, y de la Reina y del Rey del cielo?

El gusto siempre estará gozando de sabores corporales incomparables, sin tener necesidad de tomar ni buscar manjares ni morderlos ni masticarlos ni tragarlos; mas sentirán y gozarán todos los sabores que quisieren, como si estuviesen comiendo todos aquellos manjares de do proceder suelen aquellos sabores. Y esto se hará así, por algún humor corpóreo sabroso [3] puesto en sus gargantas, o por alguna especie saborosa en ellas impresa por virtud divina; y créese resultará de la carne de Cristo, la cual tendrá en sí todos los sabores que quisieren gustar los santos. Porque el maná — que fué figura del santo Sacramento en que se nos da el cuerpo de Cristo — contenía en sí todos los sabores para los que eran buenos.[4] De modo que el comer que se goza en el cielo, aun de parte del cuerpo, es sin ningún trabajo y con todo regalo; libre de todo lo que es miseria, y lleno de todo lo que es suavidad o dulzura.

Es también un convite no menos delicado que sabroso. Porque como no se mezclen en él las presentes miserias, que son mascar y tragar, y otras muchas, de aquí es que aquel comer no impide el hablar ni el cantar; mas siempre estarán comiendo, y siempre cantando, y siempre bebiendo, y siempre hablando, y dulcemente conversando.

El tacto sentirá grandes deleites tocando los cuerpos glorificados, y principalmente el cuerpo de nuestro

1 *1.ª ed.:* que siempre jamás. *Ps. 83, 5.*
2 *Eccli. 24, 21; 39, 19.*
3 *1.ª ed.:* Savoroso.
4 *Sap. 16, 20.*

Señor Jesucristo. Aunque no se ha de entender ser necesario tocar realmente en los mismos cuerpos; mas, así en este sentido, como en los otros, se causarán las delectaciones por tocamiento de unas especies sensibles y delicadísimas y delectabilísimas, que por la virtud de Dios procederán de los cuerpos gloriosos de los santos. Créese también, que en todos los sentidos y partes interiores, sensibles, tendrán todo deleite sensible a ellos convenible, pues por amor de Dios se refrenaron en este mundo de todo deleite desordenado.

Capítulo XV

EN QUE SE CONTINUA LA MATERIA DE LOS BIENES DEL CIELO, Y SE DECLARA COMO LOS DELEITES PRINCIPALES SE GOZAN EN DIOS

Los bienes y gozos, que hemos dicho los recibirá el bienaventurado de las mismas criaturas, las cuales verá en sí mismas por la visión llamada por los teólogos, "vespertina", aunque las ve mejor en Dios por la visión que se llama, "matutina", porque es perfectamente clara.[1] Mas sobre todos estos bienes, gozos y deleites, tendrán otros incomparablemente mayores, que gozarán, no en las criaturas, mas en el mismo criador nuestro. Porque verán claramente al mismo Dios Trino y Uno verdaderamente en su divina esencia, que es piélago infinito e inconmutable de toda hermosura y amor y bondad y nobleza y virtud y dulzura, y de todo bien y gloria, do todo bien espiritual y corporal emana en la tierra y en el cielo, y en cuyo respecto es una gotica de bien todo lo criado, y es como si no fuese todo el mundo.

Esta visión beatífica corresponderá a la fe. Con la cual vista de ese mismo Dios serán llenos los ojos de nuestras ánimas intelectuales de toda sabiduría, y de clari-

1 *Esta nomenclatura de* visión vespertina *y* matutina *proviene de San Agustín, quien explicando la visión de Dios de las cosas en los días de la Creación, dice que el ver Dios las cosas en sí mismo era* visión matutina, *porque era clarísima y perfectísima en todo su ser y perfección; mas la que tenía de las cosas en ellos era vespertina, porque eran imperfectas y limitadas. Aplicada esta clase de visión a los bienaventurados, puede decirse que la* visión matutina *es la que tienen de las cosas en Dios, clarísima y perfecta; y la* vespertina, *la que tienen de las cosas en sí mismas, muy imperfecta, oscura y limitada.*

dad y hermosura divinas. Viéndole, abrazarle han con todas sus fuerzas, diciendo: *téngole y no lo dejaré*.[1] Y como sabrán de cierto que nunca lo podrán perder, estarán llenos de seguridad de siempre poseerle. Y esta dote corresponde a la virtud de la esperanza, con la cual segura posesión será la memoria llena de la eternidad, y en la cual tendrá siempre presentes todas las cosas apetecibles, y gozará de todos los bienes juntos.

Viendo el ánima ser Dios infinitamente amable, y cómo *ab aeterno* la amó, y entre tantos millares para tantos bien la escogió; y cómo la ama incomparablemente más que todos los santos, y más que ella a sí misma: amarle ha con toda su voluntad y fuerza. Y como nazca de tener alguno lo que ama y cuanto más lo ama y más lo tiene, más se goza; de aquí es que, como la tal ánima ama a Dios incomparablemente sobre todas las cosas, y más íntimamente a él unido la tiene, más se goza de amarle y tenerle, que de otra cosa criada. Y también, porque cuanto alguna persona ama más a otra, más se goza de su gloria; y cuanto su gloria es mayor, tanto más se goza; de aquí es, que la cosa de que más el ánima del justo, esposa divina, se goza, es de ver que la gloria de Dios, esposo suyo, es infinita.

Esta dilección y fruición perfecta corresponde a la calidad desta vida; con la cual fruición beatífica la voluntad del alma es llena de la bondad divina, y con Dios, que es todo bien y fuente do se beben todos los bienes puros, *son* — como dice el profeta — [2] *llenos todos sus deseos;* y así mismo dice el Apóstol: *Es Dios todas las cosas a todos*.[3] Lo cual declarando nuestro padre San Agustín, dice: *Que será a cada uno de todos todas las cosas que puede desear: vida, salud y honra, abundancia y paz, y todos los bienes.*

Y dice más el mismo nuestro padre San Agustín: Que una de las causas por qué Dios se hizo hombre, es por beatificar en Sí mismo inmediatamente a todo el hombre, y así, en todas sus potencias y sentidos interiores fuese lleno con la visión y fruición de su di-

1 *Cant. 3, 4.*
2 *Ps. 103, 34.*
3 *1 Cor. 15, 28.*

vinidad, y en todos los sentidos exteriores con la visión y fruición de su humanidad. De modo que Dios hartará todos los sentidos con una singular e inefable delectación, porque de todos ha de ser objeto beatífero. Será espejo hermosísimo a la vista, vihuela a las orejas, miel y todo sabor al gusto, bálsamo al olfato, flor al tacto, toda sabiduría al entendimiento, eternidad a la memoria, paz perfecta que todo sentido excede a la voluntad.

En este nombre de paz se incluye toda la felicidad del reino del cielo, y por consiguiente todo cuanto puede ser deseado. Y la razón de esto es, porque allí el alma está con Dios perfectamente unida, así como el carbón o hierro, que, metido en el fuego, es del todo abrasado. Lo cual no se hace así perfectamente en esta vida. Mas el fuego de amor que aquí Dios comunica, es como una centella en respecto del amor que se tiene en el cielo, que es como [estar] metida y totalmente encendida dentro del horno. Y esto dice un profeta, diciendo de Dios nuestro Señor: *Su fuego es en Sión, y su horno de fuego es en Jerusalén.*[1] Pues, así como el amigo de Dios está en el cielo perfectamente a Dios unido y en Dios engolfado y hecho divino (de aquí es, que participa perfectamente las divinas perfecciones), así es hecho perfectamente sabio y bueno y todo poderoso. Porque por la perfecta unión, así como el alma en todo quiere la voluntad de Dios, así también Dios quiere y hace todo lo que el alma, su esposa, quiere y querer puede. Y por tanto, así como Dios es todopoderoso en hacer su voluntad, también el ánima en hacer la suya, todo lo que quiere puede. Dios es todopoderoso por su virtud propia, y el alma por la virtud de Dios, que tiene en su mano para todo cuanto quisiere. Y así como Dios es Señor de la tierra y cielo, porque todo le obedece; así también el ánima será Señora en su modo[2] de todo, porque en todas las cosas que querrá, le obedecerá la tierra y el cielo y todo el mundo. Pues, como por tener así a Dios a toda su voluntad, y en su mano tenga luego y sin dificultad todo cuanto quiera, por esto dice: *Que el horno de fuego es en Je-*

1 *Is. 31, 9.*
2 en su modo, *e. e.*, a su modo.

rusalén. Porque Jerusalén quiere decir visión de paz, y entonces la voluntad está en paz, y perfecta, cuando tiene todo lo que desea.

En esta vida — aunque mucha paz participa, cuanto más a Dios se allega —, no se puede tener aquella paz perfecta, porque muchas cosas deseamos, que alcanzar no podemos; y otras, ya que las alcanzamos, no luego y sin dificultad, sino con mucha pena de dilación, muchas veces esperando los oficiales y sufriendo sus mentiras, y buscando con mucho trabajo las cosas para la transitoria salud necesarias porque siempre [1] estamos a muchas necesidades sujetos, y de miserias en el cuerpo y en el espíritu cubiertos. Mas en el cielo, ¿cuánto será el gozo, cuando nos viéremos haber sacudido de sobre nos tan gran carga y trabajos y defectos, y ver que todo nos obedece luego, y que todo bien lo tenemos junto, y que todas las cosas se hacen sin dilación, y nos vienen según nuestro deseo?

De lo dicho se sigue, que aquella vida bienaventurada es eterna. Porque una de las cosas que deseamos es, que nos dure la vida: ¿cuánto más aquella que es gloriosa y sola verdadera vida, como lo enseña el profeta, cuando dice: *Agradaré a Dios en la región de los que viven?* [2] Pues, como tenga allí el justo todo lo que quiere, y quiera que siempre aquella vida le dure, siempre la poseerá, y sin fin le durará. Y por esto dice nuestro Redentor: *Irán los malos al fuego eterno y los justos a la vida perdurable.*[3]

Cosa es muy digna y sobre todas las cosas importante, traer delante de nuestros ojos en toda hora la recordación de esta celestial vida. La cual es tan dulce y amable, que según dice San Agustín nuestro Padre, si no nos fuese concedido gozarla más de por espacio de un día, por éste sólo serían con razón menospreciados innumerables días de esta presente vida llenos de todos los bienes y deleites de este mundo. Pues, si esto por gozar un solo día de aquella vida soberana; ¿cuánto más siendo, como es, eterna? Si trabajamos tanto porque sea hecha nuestra voluntad en algunas cosillas de tan poca importancia, y que duran tan poco tiempo, y que muchas

1 1.ª ed.: *y siempre.*
2 *Ps. 114, 9.*
3 *Mt. 25, 34, 41.*

veces traen más daño que provecho, ¿con cuánto mayor estudio debemos procurar de alcanzar un estado tan bienaventurado, a do en todas las cosas se haga nuestra voluntad? ¿y no por un poco de tiempo, sino por eternidad? Si tanto se procura una dignidad, de tantos desasosiegos, trabajos y peligros llena, y que es momentánea, ¿cuánto más el señorío perfecto de todo el mundo, y que no se acaba? Si tanto se estiman las riquezas, que tan presto se han de perder, ¿cuánto más los tesoros que para siempre han de durar? Si tanto se desean los deleites viles y que en un punto se pasan, ¿cuánto más los divinos, y que para siempre duran? Si aplace tanto la amistad flaca e incierta de una mudable criatura, ¿cuánto más debe atraernos gozar de la amistad de todos los moradores de aquella ciudad soberana? Si tanto se cobdicia la salud enferma, ¿cuánto más aquella que es de toda enfermedad e indisposición ajena? Si los banquetes y músicas y regocijos de este destierro, ¿cuánto más el convite y músicas y regocijos del cielo?

Con la consideración de estos bienes verdaderos y eternos, puedes y debes muy fácilmente[1] subir al conocimiento del dador de ellos. Súbese en el conocimiento de la excelencia y beatitud divina, considerando aquella felicidad nuestra. Porque si tan inestimable es la bienaventuranza de la criatura, ¿cuál será la de Aquél, que a todas y con sola su vista beatifica? Súbese también mayormente por medio de estos bienes al conocimiento de la benevolencia divina, porque mediante tales y tantos dones perfectamente se nos muestra el amor incomprehensible con que Dios *ab aeterno* nos ama; pues, nos ha levantado de nada a la participación de su gloria.

Colígese también de todo esto, la maldad y ceguedad del mundo. La maldad, viendo que es ingrato al amor con que Dios para tantos bienes le ha criado; la ceguedad, con ver que se le da tan poco por perderlo.

1 *1.ª ed.:* máximamente.

Capítulo XVI

EN QUE SE RESUME LA MEDITACION DE LA NOCHE Y SE DECLARA EL ORDEN QUE SE DEBE TENER EN LAS SOBREDICHAS MEDITACIONES Y LA NECESIDAD DE ELLAS

Resumiendo en breve lo que en esta meditación hemos dicho, debes, oh ánima, despertar siempre tu memoria, y levantar cuanto pudieres todo tu entendimiento y afecto a considerar aquella región tan jocunda y los palacios divinos del cielo empíreo. Aquella inmortalidad y salud perfecta del cuerpo y el alma. Aquella compañía tan dulce de todos los ciudadanos celestiales. Aquella conversación tan delectable de la Reina y Rey de los Cielos. Aquella visión y fruición de la divina esencia. Aquella beatificación de todas las potencias espirituales y corporales. Aquella suma hermosura de los cuerpos glorificados de todos los santos, y muy mayormente de la Reina y del Rey de ellos. Aquellas músicas tan suaves, y que siempre suenan; y aquellos olores, que nunca se pierden. Aquellos sabores que no se pasan, y aquellos deleites que siempre duran. Aquellas riquezas que nunca faltan, y aquellas honras supremas que nunca perecen. Aquellos bienes puros, y juntos, que sin fin permanecen.

En la meditación de todos los bienes y dones ya dichos, así los naturales, temporales y gratuitos que nos son ya dados, como los males eternos de que somos librados, como estos bienes soberanos que nos están aparejados; debes, oh ánima, ocupar toda tu vida, procurando de traerlos siempre con profunda consideración en tu memoria.

En la meditación de los bienes recibidos te debes

ocupar a la mañana, desde que despiertas hasta el mediodía. En los males, de que eres librado, debes andar pensando desde mediodía hasta que se pone el sol, por el cual punto de tiempo entiendo la tarde. En los bienes celestiales, que nos son prometidos, y que para de aquí a poco estamos esperándolos, debes levantar tu entendimiento y deseo desde la hora ya dicha de la tarde, por todo el espacio de la noche que tuvieres, hasta que sea llegado el tiempo del sueño.

Quiero decir en esto, que en los tiempos ya dichos debes procurar de gozar estas meditaciones en todo el espacio que te sobrare de las otras ocupaciones necesarias e inevitables. Y entre las mismas, si son tales que admitirlo puedan, debes procurar de traer delante tus ojos estas consideraciones divinas. Y si fueren tales las ocupaciones, que del todo te hayan distraído de estos santos pensamientos, en acabándolas, debes resucitarlos; y si aún a esto no has llegado, debes por lo menos en los principios de aquellos tres tiempos, ya dichos, gozar un poco de tiempo con este interior y divino ejercicio de las meditaciones sobredichas, a aquellos tiempos aplicadas.[1]

Y si no tuvieres disposición para pensar así todas las cosas que, conforme a lo dicho, habrá de pensar en cada uno de aquellos tres tiempos, reparte las dichas consideraciones en siete maneras de mercedes divinas, que son: la creación y natural donación, y la conservación, y redención, y justificación, y liberación, y glorificación. Las cinco primeras se incluyen en la meditación de la mañana, que es de los bienes recibidos. La liberación, en la que comienza al mediodía, que es de los males de que somos librados. La glorificación, es la de la noche, que es de los bienes prometidos. Estas siete mercedes o beneficios diversos, puedes repartir y gozar en siete tiempos distintos y notables por sus misterios, que son en las siete horas canónicas, que son: la hora de los maitines, y de prima, y de tercia, y sexta, y nona y vísperas y completas. Y si aún pensar todas estas cosas en todo un día te es dificultoso, y por la indisposición y enfermedad grande de tu espíritu no las abrazas como conviene cada

1 *1.ª ed.:* tiempos adaptadas.

día, repártelas en los siete días de la semana, comenzando el lunes en la creación, y acabando el domingo en la glorificación: aunque cada día conviene que pienses, siquiera un poco, en todos los beneficios y motivos sobredichos. Y sobre todo esto, en fin de cada uno, vuelve a reducir delante ti a Cristo Crucificado. Y créeme, que éste es el camino derecho y cierto, para librarte de todo vicio, y hacerte virtuoso, y alcanzar el cielo.

Porque como nuestra ánima está delicada (que no puede estar y durar sin amor o deleite) si no ama los objetos espirituales y divinos, ha de amar los terrenos, y buscar su deleite en ellos. Pues, como sea así, que para amar las cosas de Dios, es menester mucho conocerlas, y para perseverar en su amor, frecuente y profundamente representarlas, de aquí es, que para no caer, es menester muy continuamente meditarlas. Y el que por sólo ver y oír los males del vicio y bienes de la virtud, piensa de aprovechar, engañado vive. Porque si no se da a la meditación de los motivos ya dichos, con la cual el conocimiento de Dios se imprime, y su divino amor se arraiga, aquel tal poco perseverará porque muy presto se le pasará el sonido de las palabras, y la vista de las lecciones; y se le despegarán de la voluntad y memoria, si no fueren con frecuente meditación en nuestras entrañas impresas.

Capítulo XVII

DE LA CONSIDERACION DE LOS BENEFICIOS PARTICULARES, Y DE LO QUE HAN DE PENSAR LOS PRINCIPES Y CABALLEROS Y MERCADERES Y OFICIALES Y LABRADORES CUANDO SE OCUPAN EN SUS OFICIOS

Debe también cada uno de nosotros reducir a su memoria los beneficios especiales que ha recibido, que son los que no se dan a todos. Y principalmente la fe, sacramentos y divina doctrina, siendo como son estos dones tan grandes negados a tanta multitud de los infieles. También las especiales inspiraciones y aparejos para servicio de Dios, que ha recibido más que otros muchos, aun de los cristianos. El buen ingenio y prudencia, y buena condición natural, y todas buenas inclinaciones; la salud del cuerpo, la integridad de sus miembros, que faltan a muchos. De ellos, sin vista de sus ojos; de ellos mudos, de ellos sordos, de ellos sin pies, de ellos sin manos; otros, comidos de cáncer; otros perpetuamente encarcelados. Y considerar cómo ha merecido todos aquellos males, y el Señor, por puro amor, le ha librado de ellos.

También los peligros en que se haya visto de perder, o mucho más, la salud de su ánima, y otras veces la salud y vida del cuerpo; otras veces la honra, otras parte de la hacienda o toda; otras de incurrir, o mucho más, en las manos o lenguas de sus enemigos y perder sus amigos. También el ser bien quisto, y las habilidades en la ciencia y oficios, y los bienes de fortuna. La buena compañía, los libros, los buenos consejos y avisos que Dios le ha dado por medio de otros, y todos los otros beneficios particulares, que son innumerables, espirituales y corporales, de los cuales más podrá en-

señar a cada uno su experiencia que mi pluma ni lengua.

Debe también cada uno, en su estado y oficio, estar pensando en alguna cosa de las dichas meditaciones, en el mismo tiempo que se ocupa en sus exteriores ejercicios, porque en ellos no salga del todo de la presencia de Dios, y gozarle con algún pensamiento. Y para que más fácil y rectamente se ocupe en aquel oficio y ejercicio suave y meritoriamente en aquel trabajo, puede también y debe usar juntamente de alguna otra consideración apropiada a su especial ocupación, y con la cual pueda ser mejor enderezado, y en la tal obra exterior amparado y favorecido.

Y si es Rey o príncipe, u otro cualquier señor o juez temporal, considere, cuando se llega a negociar o ir a juzgar, y mientras entiende en ello, cómo tiene otro superior juez rectísimo y todopoderoso, y que le está mirando, y le ha de juzgar presto, y le ha de tomar estrecha cuenta de todo lo que juzga, y de todos los males que por su culpa o negligencia hubiere en sus vasallos. Y cómo es obligado a ser espejo de virtud en quien se miren todos. Y usar de rigor de justicia contra los soberbios y rebeldes; de suavidad y misericordia con los flacos y blandos; de caridad y prudencia con todos. Y considere, que los poderosos, si no son buenos, poderosamente padecerán tormentos; y si son justos tendrán los méritos doblados.

Esto presupuesto, pues es así, cerca de los señores temporales, consideren con toda atención todo esto los que han recibido el poderío y dispensación y cuidado de lo temporal y espiritual para la salvación de todos, como son los obispos y los otros prelados a quien Dios ha escogido para tanta honra y tanta familiaridad suya, y a quien encomendó sus ovejas, que son las ánimas, por las cuales derramó su sangre y dió su vida y sufrió tantas penas. Consideren, pues, bien los prelados, en cuánto mayor grado deben tener y cumplir lo que dijimos de los señores temporales; pues, ellos están puestos de Dios por luz del mundo, y que tienen obligación de resplandecer en toda virtud y santidad más que todos, para poder salvarse y dar buena cuenta de sus súbditos.

Si es caballero, considere que su principal batalla

ha de ser aquella para que nació y vive en este mundo, que es aquella de la cual dice Job: *Batalla o pelea es la vida del hombre sobre la tierra.* Ejercite fielmente su oficio militar por agradar a Dios, haciendo lo que debe por la defensión de la fe y ley divina, y de su rey y de su reino y de su patria. Y favoreciendo a los agraviados, y ayudando a los que poco pueden, para que no sean oprimidos y maltratados. Y tomen este su ejercicio — así cuando van a la guerra como cuando se ejercitan en juegos de cañas, justas y torneos para se hacer diestros para la pelea — no para recreación y deleite sino por oficio y trabajo, y como caballeros cristianos y no como profanos. Esto digo, porque hay algunos que se ejercitan en estos ejercicios militares, y no principalmente para su oficio, sino para regocijos vanos e inútiles, y aun dañosos, haciendo en ellos gastos superfluos en atavíos y libreas costosas y curiosas, para sí y para sus criados, y para sus caballos, a los cuales llevan cubiertos de seda y de oro y con muchas invenciones y primores adornados, para una vanidad que se ha de pasar en medio día, y de la cual quedan cansados y menguados, y dejan andar a los pobres de Cristo desnudos. Hacen en aquella vanidad grandes banquetes, con que quedan gastados en las bolsas y en los estómagos; y así ellos, como sus convidados, quedan agraviados en sus almas y pesados en sus cuerpos; y a las veces, fuera de seso del todo, aunque siempre tienen poco. Y aun algunas veces son causa que con estas demasías de un día, queden enfermos para toda la semana o el mes o todo el año o para toda la vida. Y lo que peor es, que en estos ejercicios, ya dichos, que habían de tomar por trabajo para merecer por ellos el cielo, los convierten en vicios y pecados manifiestos, para comprar el infierno. Esto digo por los que no tienen vergüenza de sacar públicamente motes y colores e invenciones, en que dicen a la clara que sirven a sus amigas, y hacen invenciones lascivas, unos para subir al Dios de Amor hasta ahorcarle, otros a defenderle. Otros publican con letras y palabras sus deseos lujuriosos y sucios, y los ardores de sus concupiscencias carnales, con que ya arden sus míseras almas, y con que presto, si no se enmiendan, arderán con las almas y los cuerpos en los infiernos.

Deben, pues, estos tales de aquí adelante — si se quieren salvar — tomar estos sus ejercicios penosos para merecer con ellos el descanso verdadero y eterno; y no que, con el trabajo transitorio, ganen el infierno. Esto han de pretender, ejercitándose en los ejercicios sobredichos, no en las cuaresmas ni en las fiestas, porque estos tales días son deputados para los ejercicios espirituales; tomando aquellos trabajos con intento del fin susodicho, que es por agradar a Dios, y no, como muchos, para agradar al demonio. Y deben andar pensando, cuán miserable es esta vida, pues hay necesidad de tales oficios con que se llaguen y maten unos con otros. Y considerar también, cuán presto se ha de pasar aquel trabajo por el cual, fielmente tomado, se alcanza el descanso y premio eterno, y aquella corona y fidelidad perpetua del paraíso. Y mirar que éste es mejor y más eficaz motivo para se animar a aquel trabajo, que los otros vanos y engañosos, ya dichos, que les ofrece el demonio. Y que si los profanos caballeros toman tan de gana aquellos trabajos por la vanidad ya dicha deste mundo, ¿cuánto de mejor gana los deben ellos tomar por ganar aquella soberana gloria y vida verdadera y eterna, que es la bienaventuranza del cielo?

Los mercaderes y tratantes, cuando buscan las mercadurías y entienden en sus tratos y cuando compran y venden, estén considerando lo que les avisa el apóstol diciendo: *El tiempo breve es; por tanto los que tienen mujeres hagan cuenta como si no las tuviesen, y los que compran como si no comprasen, y los que usan de este mundo como si no usasen de él; pues, tan presto se pasa la figura de este mundo.*[1] *Quiero* — dice luego — *que seáis sin solicitud,* que es un cuidado demasiado y congojoso.

Lo mismo que el apóstol dice, que hagan cuenta como si no tuviesen mujeres, se puede decir de los hijos: *Esto digo, porque, para agradar*[2] *a sus mujeres e hijos, y adquirir para ellos, desean y procuran ser ricos; y se meten muchos en tratos peligrosos; y se engolfan en cobdicias que hacen caer a muchos en el lazo del demonio, y en muchos y diversos malos deseos, que*

1 *1 Cor. 7, 29.*
2 *1.ª ed.:* digo, *por* agradar.

los zabullen en la muerte y damnación profunda del infierno,[1] del cual por sus mujeres ni hijos no serán sacados.

Miren, que esta abundancia exterior de estas riquezas y bienes temporales, acostumbran hacer, a los que las tienen, vacíos de las verdaderas riquezas de las virtudes y espirituales dones y divinas consolaciones. Miren el oficio que tienen peligroso, de ser por él ahogados en las cobdicias de estas vanidades, transitorias, y de caer en mentira y engaños y perjuicios. Y que una mentira sola y simple y sin perjuicio, es de Dios muy aborrecida; tanto, que por salvar la vida de un hombre, y aun de cuantos son en el mundo, no es lícita. ¿Pues, cuánto peor será la perjudicial?[2] Y miren, que si ven que no usan de su oficio sin caer en estas culpas o otras, y que, aunque se han confesado y propuesto la enmienda, tornan luego a caer en la mala costumbre; que deben dejar estos sus tratos, aunque supiesen quedar a pedir por Dios. Porque como les dice nuestro Señor en el Evangelio, hablando con cada uno: *Mejor es a ti entrar con sólo un pie, o una mano, en el cielo, que no con dos ser metido en el fuego del infierno.*[3]

Miren también cuán engañados viven los ricos, siendo avarientos o cobdiciosos; pues, siendo más viles que todos, se estiman en más, y menosprecian a los otros. Aprendan lo que dice el apóstol a Timoteo: *Manda* — dice — *a los ricos, que no se ensoberbezcan, ni pongan su esperanza en las riquezas transitorias y engañosas, mas en Dios vivo, porque alcancen la vida verdadera.*[4] Miren allí ellos — como todos los que tienen riquezas —, que son despenseros de los bienes de Dios, y que se los da para granjear los bienes eternos. Y que los bienes que hubieren distribuídos a los hombres, y por el amor de Dios, esos se hallarán de aquí a poco a la hora de su muerte, y no otros. Y que estas obras pías, si continua y alegremente por ellos son ejercitadas, son las que los han de salvar y llevar a los cielos, como lo enseña nuestro Señor en el Evangelio,

1 *1 Tim. 6, 9.*
2 *1.ª ed.:* ¿perjudicial? ¿y cuánto peor el perjuicio?
3 *Mt. 18, 8.*
4 *1 Tim. 6, 17.*

diciendo: *Ganad con las riquezas tales amigos, que cuando muriéredes os reciban en sus eternas moradas.*[1]

Consideren, para moverse a esto, y procuren traer delante sus ojos aquellas riquezas y abundancia de todos los bienes que presto pueden alcanzar sobre el cielo, y tendrán por basura cuanto hay en este mundo.

Los plateros y herreros y carpinteros y sastres y zapateros y los de los otros oficios, estén pensando en un pensamiento y consideración común y única que debemos todos traer, y es: ¡Cuán miserable y trabajosa es esta vida, y cuán bienaventurada la soberana de la celestial patria! Y que con hacer cada uno fielmente su oficio bien hecho,[2] y llevando por su trabajo no más de lo justo, y que por agradar a Dios huelga de hacer todo aquello; con este enderezamiento de corazón que tengan, les consolará Dios en su trabajo, y todo les será meritorio para alcanzar el verdadero descanso, que esperamos de aquí a poco.

Pueden también, allende de esta común meditación, tener cada uno en su oficio otra especial. El platero, cuando está labrando una piedra o vaso de plata o de oro, considerar que si para las mesas de los hombres se quieren tales vasos, de tan preciosos metales, y tan bien labrados, ¿cuáles no deben ser ellos, y todos los que hubieren de ser dignos de ser vasos escogidos de Dios, a donde[3] se infunde el bálsamo del Espíritu Santo, para que después sean puestos en la mesa de Dios en aquel convite eterno? ¿Cuán preciosos metales de plata y oro deben ser sus corazones, para ser vasos divinos? ¿Y qué oro deben ser de tan finos quilates, que no desdigan, mas se afinen con el fuego de las tribulaciones de este mundo? ¿Y cuánto deben procurar de labrarlos con labores y primores de los ejercicios de las virtudes, y frecuentación de buenas obras?

Los herreros consideren, cuán intolerables son las penas del infierno, pues han de estar los malos metidos en cuerpo y ánima en aquel fuego, y de pies a cabeza encendidos, así como tienen ellos sus hierros, cuando los sacan de la fragua, abrasados; y que, si como aquéllos se viesen para siempre así encendidos, y, sobre

1 *Lc. 16, 9.*
2 *1.ª ed.:* oficio y llevando...
3 *1.ª ed.:* a do.

esto, atormentados con los martillos de los demonios, ¿qué sentirán, y cuánto deben huir de caer en damnación tan horrible e intolerable?

Los canteros y carpinteros consideren con cuánto trabajo hacen estas casas transitorias, y cuán presto pueden alcanzar aquellas moradas celestiales, que Dios con sus manos les tiene fabricadas, y se ha esmerado en hacerlas para do moren con toda recreación y deleite, y sin fin, todos sus verdaderos siervos y amigos, que ha adoptado por hijos.

Los fundidores y sastres, cuando están en sus trabajos o labores, consideren con cuántos y diversos medios y trabajos vienen los paños desde que comienza a ser lana o seda hasta llegar a ser vestiduras humanas; y tomen de aquí lección con cuánto cuidado deben procurar vestir sus ánimas de vestiduras perpetuas, y cuán bien vestidos se pueden hallar en el paraíso de aquí a poco, dotados de incomparable hermosura, y sin tener necesidad de trabajar jamás como en este mundo.

Los curtidores y zapateros y pellejeros, consideren cómo aquellos cueros que tratan son de animales muertos, tantos y diversos, que crió Dios para servicio de los hombres; y cómo por el amor que Dios nos tiene, ha por bien que matemos aquellas sus criaturas, que nunca le han ofendido, para que sirvan a nosotros, ingratos, no sólo de carne para comer, mas también de sus mismos cueros o pellejos, muchos y diversos, para nos vestir y calzar.

Los hortelanos y los labradores, cuando andan labrando la tierra, consideren la fecundidad que Dios ha puesto en ella, y la virtud infinita de la potencia, y la sabiduría, y bondad de Dios, que saca de un poco de tierra y de un poco de lodo tanta diversidad de hierbas y árboles, y diversos géneros de plantas, con tantos colores y figuras y labores y hermosuras, y tantos frutos, con tantos olores y sabores, y tantas y diversas virtudes y propiedades naturales. Y consideren la caridad infinita de nuestro Señor Dios que no cesa de producir todas estas cosas en las cuales todas invisiblemente está con su infinita virtud produciéndolas. Y cómo por puro amor las cría y nos las da siempre; y, por medio de ellas, nos envía tantas y diversas recreaciones y consolaciones.

Capítulo XVIII

DE OTRA VIA POR LA CUAL PODEMOS SUBIR A DIOS CON LA MEDITACION DE LOS MOVIMIENTOS Y SER DE TODAS LAS COSAS

Otra vía por do podemos subir en el conocimiento de Dios, es la consideración del ser natural, y vida y movimientos de todas las cosas. La cual toca y da a entender el apóstol cuando dice: *En Dios vivimos, y nos movemos, y somos.*

Cerca de esto, se debe considerar profundamente, que, pues todos los que se llaman señores poderosos de los hombres, ni todos los ángeles, no pueden criar una piedrecilla, ¿cuánta es la potencia de aquel que a todo el mundo ha criado, y a todas las cosas, innumerables, visibles e invisibles, ha hecho de nada, con sólo mandarlo con su palabra, que es con sólo quererlo? Y si una peña pequeña no la puede levantar del suelo, o tenerla en su hombro el más fuerte y poderoso hombre del mundo, ¿cuánta es la potencia de Dios que tiene y trae en su mano a todo el mundo, y sin sentir trabajo alguno? Y si tan presto se cansa una persona de mover alguna cosa pequeña y por un pequeño espacio de tiempo, ¿cuánta es la virtud y potencia de nuestro Señor Dios, que a todas las cosas y a todo el mundo tiene y trae en su mano, y sin ningún trabajo las mueve siempre a todos sus movimientos, tantos y tan diversos?

Para sentir bien esto, habemos de considerar muy en particular los movimientos de las cosas; y pensar profundamente, qué de movimientos hace un pajarico; y también una mosca, y un mosquito, y una hormiguita, y un animalico, volando o andando. Y lo mismo

[dígase] de todos los animales y peces y aves, y lo mismo de los hombres. Considera, cómo Dios mueve a una mosca o mosquito, y a una hormiga, y a una pulga, y a un arador, y a todos los otros gusanicos, a todos los pasos o saltos que dan. Y así, a todos los animales, y a todos los hombres, que son en todas partes del mundo, los mueve a todos sus movimientos, tantos y tan diversos que hacen con los pies y con las manos y con la lengua y con todas las otras partes del cuerpo. Cómo van por las plazas y calles, unos hacia unas partes y otros a otras, y el gran ruido que causan con sus muchos y varios movimientos, con tantas y diversas palabras y obras, con tantos y diversos oficios y ejercicios. Unos en los trabajos de coger los frutos, otros en aderezar los mantenimientos, otros en edificar, otros en cortar y coser y aderezar los vestidos y calzados, otros en otros muchos y diversos oficios mecánicos, otros en aparejar tantas y diversas medicinas, otros en tratar, comprar y vender, trafagar y mentir, otros en pleitear, otros en juzgar, otros en lisonjear, otros en comer y beber y reir, otros en alabar a Dios y darse a diversas obras de virtudes, otros a tantas operaciones de vicios y pecados. A las cuales todas operaciones está Dios aparejado a moverlos, aunque no los mueve a lo que es formal en el pecado, como es la deformidad y defecto; mas muévelos a todas las positivas operaciones exteriores e interiores, que hacen en sus vicios. Porque tiene por bien de nos mover, aun en las cosas que son contra su voluntad, porque nosotros podamos hacer la nuestra. Y así, cuando pecamos, le hacemos que nos mueva para las cosas en que le ofendemos. De lo cual se queja por Isaías, diciendo contra su pueblo: *Hicísteme servir en tus maldades.*[1]

Considera, pues, cuando ves una ciudad desde fuera, qué de movimientos se ejercitan debajo de aquellos tejados, qué de pensamientos y obras y palabras tan diversas, e innumerables operaciones que se hacen dentro de aquel breve espacio de aquel pueblo. Pues, ¿cuántos más en todas las ciudades, villas y ciudades de todo el reino? Pues, ¿cuántas más en todo el mundo? Y como nuestro Señor Dios está moviendo a todas

1 *Is. 43, 24.*

estas cosas a todos estos sus movimientos, y las mueve en todo tiempo, sin cansancio ni trabajo; y sobre todo esto, está moviendo los cielos, y todos los espíritus bienaventurados que crió sobre ellos, y que son sin cuento, es también aquí de considerar la virtud divina, que da tantos y diversos grados de vida y ser, esencial y accidental, a las criaturas. A unas — como son los elementos, piedras, y metales — las dota de ser esencial, y tantos y diversos accidentes. A las plantas, de ser y vida vegetativa, y tantos olores y sabores, y propiedades. A los animales, de vida sensitiva y tantas potencias sensuales y tantas y diversas comprensiones, instintos y sagacidades. A otras — como son los hombres — de ser, y vida intelectual, y de tantas potencias sensitivas e intelectivas. A otras — como son los espíritus angélicos y los hombres justos — de una vida divina, y de tantas y diversas virtudes y santas operaciones.

Puede también y debe nuestra ánima levantarse en conocimiento de la sabiduría de Dios por medio de lo sobredicho, considerando, cómo Dios *ad aeterno* sabe dar todo este diverso ser, y tantos y diversos grados de perfecciones y hermosuras, que son en todas sus criaturas visibles e invisibles, y todos sus movimientos; y que *ab aeterno* sabe todos los pasos que da agora una mosca y una avecica y una hormiga, y los gusarapicos que vemos a deshora subir por las paredes, y los gusanicos que pasan por los libros, y todos los otros gusanicos, y todos los otros animales, y todos los hombres. Y sabe todo cuanto se nos antoja hablar y obrar y pensar y desear, así de bien como de mal, y todas las veces que por antojo, o por descuido, nos rascamos la cabeza o los pies, o hacemos cualquier otros movimientos exteriores, o interiores, con descuido o de propósito, y todas las niñerías que dicen y hacen los niños, y todo lo que obran y hablan los malos y los necios y los locos. Y, lo que es más de admirar, todos los defectos que cometemos todos, como lo pondera el profeta, diciendo: *Mi imperfección vieron, señor, tus ojos.*[1] Quiero decir, que mira y sabe Dios *ab aeterno* todas las palabras que cada uno dice, y también cuando

1 *Ps. 138, 16.*

por yerro dice una cosa por otra; y todas las letras que escribe, y cuando por yerro o descuido pone una letra o tilde por otra. Y así de todas las otras cosas y operaciones, visibles e invisibles, unas ordenando, otras permitiendo, otras predestinando, otras reprobando. Y su infinita *sabiduría alcanza todas las cosas de un fin a otro fuertemente, y dispónelas todas suavemente.*[1] Y todas las cosas, como dice el Apóstol, *están desnudas delante sus ojos*[2] y todas *ab eterno* son de él conocidas, así las buenas que él ordena, como las malas que en nosotros permite.

Puede también y debe levantarse nuestro corazón a pensar en la bondad de nuestro Señor Dios, considerando, cómo no habiendo menester nuestros bienes, ni pudiendo ser acrecentada su infinita gloria con cosa alguna, por sólo hacernos bien, ha criado tantos y diversos bienes, y los está siempre conservando todos; y está siempre moviéndonos, y a todas las otras criaturas a todos los movimientos ya dichos, tantos y tan diversos.

Y lo que sobre todo esto es de notar, que estas mercedes y dones, tantos y tan grandes, no solamente los da a sus fieles siervos y amigos, más aun a sus menospreciadores y enemigos. Y considera cerca de esto, cómo está un perverso blasfemando de Dios con su lengua, y está Dios en aquel mismo tiempo mandando a sus abejas que hagan panales de miel, y a sus ovejas que críen leche y carne, y a los peces que oven, y a los árboles que produzcan tanta diversidad de frutas; y todo esto, para dar sabores a aquella maldita lengua, contra su infinita bondad tan ingrata, y que a su inmensa majestad está así desacatando y blasfemando.

Débese también notar, y mucho, el modo con que Dios nos da sus bienes y dones; cómo tiene cuidado *ab aeterno* de criar de un grano de trigo una espiga, y cómo la va criando y aumentando, y cómo después por tantos medios hace ser apurado el trigo, y después la harina que de él se saca, y después, que sea amasada, sazonada y cocida, hasta que viene a ser pan que se come. Por la misma vía, es de considerar cerca del

1 *Sap. 8, 1.*
2 *Hebr. 4, 13.*

vino que bebemos, cómo Dios *ab aeterno* tiene cuidado de criar una cepa, y sacar de ella tallos, y después flores, y después agraz, y después de agraz[1] tan agro convertirlo en uvas dulces, después hacer que el mosto sea sacado y sazonado por tantos y diversos medios hasta ser apurado y venir a ser vino y puesto delante de ti en un vaso para que lo bebas.

Lo mismo es de considerar cerca de la fruta, por cuántos medios pasa, desde que se alanza una pepita o un cuesco en la tierra, hasta que viene de árbol crecido a dar su fruta madura. Lo mismo de la carne, desde que se comienza a criar un corderillo en las entrañas de su madre, hasta que viene a ser carnero y después asado o cocido, o en otras maneras guisado y puesto sobre la mesa delante de ti en un plato.

Y considera atentamente cerca de todo esto, cómo Dios *ab aeterno* puede y sabe y quiere todos estos medios; y agora cuando se hacen, los hace por amor de ti todos, y mueve a todos a todas estas cosas para que se hagan; y está presente a todo, y entiende en todo, y lo hace todo.

Sobre todo esto, has de mirar profundamente la intención con que nos da todos estos bienes por tantas y maravillosas vías, que es por amor puro. Porque él quiere con tantos beneficios movernos a que le amemos, porque así le participemos y gocemos.

1 *1.ª ed.:* y después el mismo agraz tan agro.

Capítulo XIX

DE OTRA VIA MAS ALTA PARA SUBIR Y APROVECHAR EN EL CONOCIMIENTO Y AMOR DE DIOS

Otra vía más sublime y excelente para subir y aprovechar en el conocimiento de Dios, es la que nuestro Señor Jesucristo nos enseña, cuando hablando con aquella dichosa mujer Samaritana, figura de nuestra ánima pecadora, queriendo, como celestial Maestro, levantar su corazón, y nuestro, de la tierra al cielo, a conocer y reverenciar a nuestro Hacedor con nuestra más alta potencia del puro entendimiento, le dijo: *Los verdaderos adoradores adorarán al padre en espíritu y en verdad; porque Dios tales adoradores busca.*[1] Entonces se adora — quiero decir, se mira, reconoce y reverencia — a Dios de nosotros *en espíritu,* cuando en llegando con nuestras potencias sensuales a estas cosas exteriores, dejamos luego esta sensitiva operación; y, pasando por ellas, nos ocupamos con el entendimiento en entender la potencia y bondad y amor que Dios nos enseña en cada una de las dichas cosas.

Y para esto, ejercítase en considerar cómo da ser a las cosas, mirando que hay mucha diferencia entre hacer y criar. Ca un[2] artífice haciendo una imagen o una arca, hácela quitando, como vemos; que en cada golpe saca una astilla. Mas Dios hace las cosas, poniendo lo que no tienen. Y asegurándose muchas veces, y muy largamente, represente a su imaginación que ve a Dios con el entendimiento estar dando el ser

1 *Io. 4, 23.*
2 *1.ª ed.:* Que aun artífice *(errata evidente).*

a la cosa que está criando, y luego vendrá en un conocimiento, no fingido, mas verdadero, que aquella cosa no se cría a sí misma, mas que la está criando Dios. De lo cual saca dos verdades. La primera, que lo que vemos, es lo menos, y lo que no vemos, es lo más; y así, en todas las cosas que de ahí adelante ve y considera, luego se aproveche de este fundamento y escalón y modo o medio, harto bueno para subir al conocimiento divino.

Y la segunda verdad, que Dios está presente a todo en todo lugar y en todo tiempo. Y esto es en inefable manera provechoso al que con diligencia se diere a considerarlo. Porque, como en todo lo que ve, ya no cura de lo que los ojos corporales suelen acatar, sino la interior verdad, conviene a saber, que ninguna cosa exterior ni interior hay que no la esté Dios sustentando y formando y hermoseando y acrecentando y multiplicando. Y como esta obra sea toda intelectual, vase en el hombre reviviendo y criando la obra del espíritu, a la cual dándose mucho, como debe, sentirá gran fruto, porque vendrá presto a tener en poco toda forma corporal visible, ocupándose siempre con gran admiración en considerar la potencia y sabiduría y bondad de Dios que considera en las muchas cosas grandes y diversas y hermosas.

Y porque la ocupación es buena, con buena intención tomada, conviene a saber, para buscar a Dios para lo amar y tener en reverencia; ese mismo Señor, en aquella admiración en que anda ocupado, le comunica un sabor interior, poniéndolo en aquel lugar do esta negociación se trata — que es en lo más íntimo de las entrañas —. Y como aquel lugar sea delicado y todo inclinado y en todas las cosas deseoso de amor, júntase la ternura y el grande apetito con la honorable admiración de las cosas espirituales y la bondad de Dios, que nunca falta. Y así, en tal manera se imprime y arraiga y apodera en lo más vivo del corazón, que propone en toda su vida no entender en otra cosa. Y así viene a que no huelga de ocuparse en otra cosa, sino cuando es compelido por la obediencia, o necesidad manifiesta, que le trae algún negocio exterior. Que a las veces distrae, aunque entre aquél procura de no salir fuera del todo de estar con Dios.

Pues como esta obra sea toda del espíritu, y el espíritu tenga tal propiedad, que mientras más obra, más crece; y tanto más es hecho hábil, porque es muy ajeno de todo cansancio; y como vemos que si un hombre en cualquier obra no cansase, más que siempre obrase, aún daría o haría innumerable obra; así nuestra ánima, que en lugar de cansar toma fuerzas, y el sujeto o materia en que se ejercita es en infinita cantidad grande y en soberana manera sabrosa, júntase su infatigable obra y va creciendo poco a poco en grande manera.[1]

Y demás de esto, tiene nuestro Señor Dios y padre amantísimo una virtud atractiva,[2] con la cual, el ánima que a él con entera diligencia se allega, tan fuertemente la tira para sí, que la hace olvidar de sí misma; y entrando en las potencias del Señor, en infinita manera se extiende su crecimiento. Este atraimiento da a entender el ánima a Dios devota cuando en el libro de los *Cánticos* dice a Dios nuestro Señor: *Tráeme tras ti y correremos en el olor de tus ungüentos*.[3] Y dando a entender lo segundo — que es, cómo se extiende en su aprovechamiento — añade luego diciendo: *Tu nombre es como el aceite que se ha derramado y cundido.*

El segundo fundamento y regla que debemos guardar para dignamente ejercitarnos en la meditación, o mental y verdadera oración, que se ordena para conocer y adorar y reverenciar a Dios, enséñanosla el mismo Dios nuestro Señor Jesucristo en la otra palabra que se sigue en la dicha autoridad, do dice: *Que hemos de adorar a Dios en espíritu y en verdad.*

Declarado, pues, qué quiere decir "en espíritu", veamos que quiere decir que le adoremos "en verdad". Esta verdad consiste y nos conviene tener en dos cosas. Una, en respecto de nosotros, otra, en respecto de Dios. En respecto de nosotros, entonces estamos en la verdad y conversamos con la verdad en su presencia, cuando según verdad y sin ningún fingimiento sentimos de nos mismos, que ninguna cosa tenemos ni podemos hacer de bien sin su gracia; lo cual,

1 *1.ª ed.*: en muy grande manera.
2 *2.ª ed.*: atractaiva *(errata)*.
3 *Cant. 1, 3.*

porque adelante entiendo probar suficientemente por razón y por testimonio manifiesto de la santa Escriptura, por tanto aquí no hablaré más desta materia.

La otra verdad en que nos hemos de fundar, es en respecto de Dios. Entonces andamos en verdad en respecto de Dios, cuando sentimos de su Majestad toda perfección pura y sin mezcla de ninguna falta o mancilla; o como conviene a su divina esencia, que es, sin tener limitación, como la hay en la perfección de la criatura. Y así, considerar su eternidad, que no tiene principio ni fin; y su majestad, que por modo incomprensible está en cada una de las cosas, y en toda parte mínima de todas, por presencia y por potencia y por esencia, y no es incluído de ninguna ni de todas. Está en todas íntimamente, dándoles siempre todo el ser. Está dentro de todas, no incluso. Fuera de todas, y no excluído. Debajo de todas para sustentarlas, y no abajado. Sobre todas, y no elevado. Sólo inmortal e inconmutable e inmenso en todo. Su potencia no tiene término. Su bondad no tiene comienzo ni cabo. Todas las cosas gobierna, sin se ocupar ni impedirse. Todas las dispone, sin errarse. Todas las mueve, sin cansarse. Es un fuego infinito de amor, que siempre nos ama, y siempre en aquel amor infinito arde sin enfriarse.

Y cuando parece que nos aborrece, es no porque aborrezca cosa de cuantas ha hecho, mas porque aborrece nuestro pecado. Esto es lo que castiga, y por la obstinación condena, que es cuando alguno por su malicia siente mal de él, y huye de él, y procura cuanto en sí es de lo contradecir, e impedir el amor con que le ama, y el bien que le quiere hacer. Y porque esto mejor se entienda, porque nos es grandemente fructuoso, declarémoslo por un ejemplo.

Pongamos que sea un padre que tenga un hijo al cual ama cordialmente. Claro está, que el deseo de este padre es de honrar al tal hijo cuanto más pudiere, y darle todos sus bienes. Esto es manifiesto, pues vemos que el fin por qué trabajan los padres, es el provecho de los hijos. Pues, no es duda ser su deseo, que su hijo sea discreto y concertado, y capaz de los bienes que le quiere dar; y junto con esto, que su hijo le tuviese amor, y siempre holgase más en estar en su presencia

que con otro, y que si alguna necesidad tuviese, confiase con toda certidumbre que su padre tenía voluntad de la suplir.

Pues, si el hijo siempre tuviese este concepto de su padre, siempre estaría seguro; y con la confianza que de él tiene, allegaríase a él a menudo, y con la mucha frecuentación de cada día iría más entendiendo y conociendo la voluntad de tan bueno y tan rico padre, de do le vendría crecer en deseo de le aplacer; de lo cual se seguiría, que tanto más el padre se comunicaría con él, y él siempre crecería en más obrar su voluntad; por lo cual, de cada un[1] día sería más amado del padre y digno de recibir las paternales bendiciones.

Pues tornando agora por el contrario, pongamos que el hijo tuviese una medrosa sospecha de su padre, que lo quería mal, y por ninguna manera — por señales, palabras ni obras que el padre le mostrase —, pudiese creer otra cosa. Este tal andaría aventado[2] de la casa de su padre, y por la ausencia de él siempre tendría menos conocimiento de su voluntad. De donde se seguiría, que sus obras tanto más fuesen[3] discordes del deseo del padre, que en lugar de ganarle la voluntad para que le hiciese mercedes, muchas veces le indignase[4] contra sí; en manera, que en lugar de bienes mereciese males.

De la misma manera somos nosotros con nuestro padre Dios; que si tenemos de él buen concepto y firme, y por consiguiente no huímos de él; antes, ya que por nuestra flaqueza le hayamos hecho alguna ofensa, nos pesa; y nos volvemos luego a él, con confianza que nos dará perdón y salud y remedio para nuestra llaga y enfermedad y para toda necesidad, como el buen hijo que sabe que tiene un padre piadosísimo, y que es de él más amado que de otro: venirnos ha el bien de su divina majestad y paterna e inmensa bondad, como el ejemplo arriba puesto lo demuestra. Y de la misma

1 cada un día, *forma clásica anticuada por* cada día.

2 aventado, *e. e.*, alejado, auyentado. *El verbo* aventar *se usa aún hoy día pero no con el significado de aquí, sino de lanzar una cosa al viento para que la lleve éste. Esta misma palabra y con este significado de aquí la emplea fray Luis de León en los* Nombres de Cristo, *aunque la forma difiere algún tanto.*

3 fuesen *por* serían.

4 indignase *por* indignaría. *Parece corrompido este pasaje.*

manera, por el contrario, si tuviéremos lo contrario del hijo adverso y perverso.

Debe, pues, el que quisiere aprovechar en el amor de la bondad y caridad de Dios nuestro Señor, estar muy atento a todas las señales de amor, que siempre nos muestra por obras y palabras; y mirar siempre cómo nos está dando continuamente tantos dones por puro amor. Y que si aún siendo perversos y huyendo de él, y menospreciando lo que él nos manda, no cesa de hacernos tantas mercedes, ¿cuánto mayores bienes participaremos de él, viniéndonos a él, conociendo nuestra culpa, y deseando conversarle y agradarle, y estar siempre en su presencia? Esto nos da a entender la Sabiduría diciendo: *Sentid de Dios en bondad, y buscadle con corazón sencillo, porque los que así lo buscan y en él confían, sin duda le hallan.*[1]

Sentir, pues, de Dios así: Ser piélago infinito e inconmutable en toda nobleza, virtud y bondad. Y que, si de cada día más no le participamos ni gozamos, es porque de él huímos. Y conocer de nosotros ser del todo inhábiles de nuestra cosecha para todo bien, e indignos de todo don, y dignos por nuestra culpa de todo mal. Y que, no obstante todo esto, si con verdadero corazón a él nos venimos, nos perdona y remedia, enriquece y nos ensalza, y consuela con la participación de su divinidad, por ser, como ya hemos dicho, esencia invariable e inmensa en toda virtud y bondad; Esto es estar delante su acatamiento "en verdad". De lo cual se sigue: que mirar y ver y reconocer todo esto con el puro entendimiento del espíritu y ofrecerle nuestra voluntad, es "adorar a Dios en espíritu y en verdad".

Lo dicho de este capítulo es, por la mayor parte, del libro llamado "*Via spiritus*".[2] Lo cual, por ser útil y devoto me pareció ser bien recolegirlo[3] en esta última meditación, que aquí he puesto.

De lo dicho se sigue, cuánta es la maldad y ceguedad del mundo. Porque el que a tanta caridad e in-

1 *Sap. 1, 18.*

2 Fray Bernabé de Palma, *Via Spiritus*, Salamanca, 1541, *Cfr. Introducción.*

3 recollegirlo, *e. e.*, recopilarlo. *Latinismo frecuente en los siglos XV y XVI.*

mensa bondad no se aficiona, muy malo es. Y el que tanta benevolencia y majestad incomprensible menosprecia, ciego es. Mas el que no huye de Dios, antes a él se allega con la frecuente y santa meditación; como sea de la divina noticia alumbrado,[1] de cada día se allega más a él con el deseo; y a él sólo suspira; y le da y levanta a él todo su corazón, procurando gozar siempre su divina conversación con el ejercicio de la sagrada oración.

1 *1.ª ed.:* noticia; *2.ª ed.:* illumbrado, *errata.*

Tercera Parte

COMIENZA EL TERCERO Y ULTIMO EJERCICIO DEL *CAMINO DEL CIELO*, QUE ES LA ORACION

Capítulo I

DE LA CUALIDAD DE LA ORACION Y DE CUATRO CONDICIONES DE QUE HA DE SER ACOMPAÑADA, CON LAS CUALES SIEMPRE ES OIDA

El tercero y último Ejercicio del *camino del cielo* — que es más alto y más sabroso, porque con él más se busca y halla a Dios — es la oración. Y porque este divino ejercicio, es el fin para que se ordenan los precedentes, y por el cual participamos más la divina bondad y su dulcísima familiaridad, que es causa de todos los bienes verdaderos y dones perfectos; conviene considerar con toda atención acerca de seis cosas. La primera, la cualidad de la oración. La segunda, su necesidad. La tercera, su nobleza y excelencia. La cuarta, su utilidad. La quinta, los impedimentos con que el demonio procura quitarnos [1] de la oración. La sexta, de los remedios para amarla, y tener en ella atención.

Cuanto a lo primero — según [el] Santo Damasceno dice — la "oración es un levantamiento del alma a Dios". Este levantamiento, o subida, es por deseo, el cual procede del conocimiento de Dios, que con la frecuentación profunda sobredicha alcanzamos. De modo que la meditación pare la verdadera oración. Porque considerando profundamente, y sintiendo cuán amable sea nuestro Señor Dios en sí mismo, y cuán amador nuestro, somos despertados e inflamados a amarle, y a desear verle y agradarle. Y este deseo, enviado a Dios, es una petición del corazón, en lo cual consiste la oración.

Esto mismo da a entender nuestro padre San Agus-

1 quitarnos, *e. e.*, apartarnos.

tín, cuando, definiendo qué cosa sea oración, dice: *Oración es una petición hecha a Dios para alcanzar las cosas que nos convienen.* En decir, que esta petición es hecha a Dios, se da a entender, que el alma, cuando ora, ha de mirar con quién habla, y a quién pide; y esto, no se mira y siente, sino con el corazón. Pues, luego pedirlo con sola la lengua, sin sentir lo que habla, no es orar, sino parlar. Si esto fuese oración, también podría orar un tordo o papagayo; porque, enseñándole el *pater noster,* podría decirlo. ¡Gran mal es que tú, hablando con el rey terreno, que es un gusanico como tú, y sobre pedirle algunas mercedes de cosas transitorias, estés muy atento y remirado; y que hablando con el sumo rey del Cielo y Dios todopoderoso, y sobre pedirle mercedes de los bienes verdaderos y eternos, no estés mirando a lo que dices, ni con quién hablas; y que hablando con la majestad divina, tengas el corazón en la plaza o en alguna cosa transitoria!

De estos tales se queja el mismo Dios por un profeta, diciendo: *Este pueblo con sus labios me honra, más su corazón lejos está de mí.*[1]

En esta definición del bienaventurado padre San Agustín se incluyen las condiciones que ha de tener la oración para ser oída, y alcanzar todo lo que demanda. En lo que dice "petición", se denota[2] la humildad con la cual conocemos nuestra falta y necesidad. Porque el que a otro pide, es que no tiene, y el humilde — que es el que verdaderamente se conoce — halla que de sí no tiene bien alguno, y que le falta todo, así lo recibido — porque por su ingratitud merece que le sea quitado — como también todo lo demás que pide de nuevo; porque de todo es indigno. Y que no sólo no merece bienes algunos, mas muchos males, incomparables y perdurables.

Conociendo esto, como lo conoce, el humilde, y viéndose en toda mengua, da voces con gemidos inenarrables, pidiendo el remedio a la misericordia divina. Y conociendo su indignidad y maldad, ora con humildad. Y el que así humillándose ora, alcanza de Dios

1 *Is. 29, 13.*
2 se denota, *latinismo por* se indica *o* señala.

lo que pide. De estos dice el profeta: *Miró Dios la oración de los humildes y no menospreció sus ruegos.*[1] Y el Sabio dice: *La oración del que se humilla penetra los cielos.*[2]

La segunda condición es la confianza, y ésta se nos representa en decir, que la "petición es hecha a Dios". Así como la humildad nace del conocimiento de ti mismo, que es el que pide; así la confianza nace del conocimiento de Dios, que es a quien se pide. El que a Dios conoce, con gran confianza le pide, porque sabe que es Dios piélago infinito de piedad y de liberalidad. Por lo cual dice nuestro Padre San Agustín: *Haya vergüenza la pereza humana; porque más quiere Dios dar, que el hombre le ose pedir.* Gran falta de conocimiento de Dios es, que tengas tu confianza de ser favorecido de un hombrecillo, como tú, y que alcanzarás de él todo lo que te cumple; y que no tengas esta confianza de Dios que te crió, y te quiere, para darte a sí mismo. El que sin confianza entera de Dios, ora, no merece alcanzar lo que pide. Y por esto dice el apóstol Santiago: *El que ora, demande con fe, no dudando cosa alguna. Porque el que duda semejante es a la ola del mar, que se mueve con cada viento.*[3] Y no piense aquel tal alcanzar de Dios cosa alguna. La confianza, del amor procede. Cuando uno ama a otro y cree ser de él amado, con mucha confianza le pide. Por tanto el que con mucha confianza no pide a Dios, claro está que no le ama, ni cree, ni siente cuánto es de Dios amado. El que a Dios ama, con toda confianza le demanda cuanto desea.

Y esto es lo que dice el apóstol: *El que espera, no será en lo que pide confundido, porque el amor de Dios es en nuestros corazones difundido.*[4] *Si tuviéredes tanta fe como un grano de mostaza, y mandáredes a los montes que se pasen de una parte a otra*[5] — ofreciéndose necesidad o razonable causa — *obedeceros han,* dice el mismo Señor Dios nuestro. Con toda fiucia[6] ha

1 *Ps. 101, 18.*
2 *Eccli. 35, 21.*
3 *Iac. 1, 6.*
4 *Rom. 5, 5.*
5 *Mt. 17, 20.*
6 fiuza o fiucia, *igual a* confianza.

de pedir, el que pide mercedes a un señor tal, que es todopoderoso e infinitamente magnífico y piadoso. Y por esto dijo el mismo Señor nuestro a sus discípulos, viéndolos en el mar temerosos: *Tened confianza, que yo soy.*[1] De aquí se sigue, que cuanto uno más de Dios confía, tanto más alcanza lo que desea.

La tercera condición es, que sea saludable; conviene a saber, que se pidan cosas no contrarias mas convenientes a nuestra verdadera y eterna salud. Esto da a entender nuestro Señor Jesucristo, diciendo: *En verdad os digo, que cualquier cosa que pidiéredes al Padre en mi nombre, os la dará.*[2] Su nombre es Jesús, que quiere decir *Salvador.* No pide, pues, en su nombre el que pide cosas contrarias o impertinentes a su salvación. De aquí es, que las cosas temporales, como son salud del cuerpo, hijos, haciendas, honra y cualquier otro bien transitorio, no se ha de pedir absolutamente, sino condicionalmente, esto es, si nos fuere para lo eterno conveniente. Porque algunas veces puede ser que estas cosas no nos cumplan, antes impidan; y entonces no deben ser deseadas, y es gran misericordia que nos sean negadas.

Otras veces nos son útiles estos bienes temporales para los espirituales, y entonces sin duda nos son concedidos, porque los ordenamos para el fin suyo, que es para los eternos. Y por esto dice nuestro Señor Jesucristo: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas temporales os serán añadidas.*[3] El que las pide por solas ellas, parando en ellas, que es no siendo para el dicho fin ordenadas, como sean cosas transitorias, en vano pide, porque nada pide. Y esto demuestra el Señor, diciendo: *Hasta ahora ninguna cosa habéis pedido, pedid de aquí en adelante en mi nombre, y recibiréis.*[4] Dice, que ninguna cosa habían pedido; porque tiene Dios, y debemos nosotros tener por nada, lo que se pasa, que es todo esto visible, sino en cuanto se ordena para lo espiritual y divino, que sin fin permanece. Esto significa en lo que añade: *Pedid en mi nombre* — que *Salvador* quiere decir — todas

1 *Io. 6, 20.*
2 *Io. 14, 13.*
3 *Mt. 6, 33.*
4 *Io. 16, 24.*

las cosas que cumplen para vuestra salvación, y recibirlas heis.

No es cosa honesta pedir cosas vanas a un señor de infinita potencia y magnificencia, que desea y nos manda le pidamos grandes mercedes e inefables dones. Lo que absolutamente le debemos pedir, es la vida bienaventurada y eterna, y los medios para alcanzarla, que es su gracia y virtudes, y todos los dones espirituales que para más amarle y servirle nos sean importantes; y condicionalmente, cualesquier bienes temporales; quiero decir: siendo expedientes [1] para los sobredichos.[2]

Y si bien miramos, en dos cosas se incluyen todas las que pide el que piadosamente y dignamente ora y a Dios así orando demanda; que son, verle y agradarle. El que así ora, todo cuanto pide alcanza, porque su oración es saludable y piadosa. Y esto es lo que dice nuestro padre Santo San Agustín en la definición sobredicha, diciendo, que es la oración petición de cosas convenientes, que es lo mismo que saludables.

La cuarta condición es la perseverancia, que de lo dicho se sigue. Porque el que conoce la suavidad y felicidad que con la oración se alcanza, nunca de orar se cansa. Por lo cual dice nuestro Señor en el Evangelio: *Que conviene siempre orar y nunca desfallecer.*[3] Y el apóstol nos dice y amonesta que *oremos sin intervalo,* que quiere decir, de continuo.[4] El que verdaderamente a Dios ama, siempre ora; porque el amor divino siempre le mueve el corazón,[5] lo cual dijimos que es orar. Si el que da petición al rey terrenal, o a su Consejo, sobre demandar su hacienda, renta o estado, no se querría ocupar ni entender en cosa que esto le impida; ni se cansa de negociarlo, aunque le dure este negocio toda la vida, ¿cuánto más no se debe cansar en este tiempo [6] el que pide a Dios los tesoros incomparables e incorruptibles, y aquel estado de señorío perpetuo de su celestial reino, y la visión y fruición de ese mismo Dios infinito? Pues es cosa cierta, que si

1 expedientes, *e. e.,* convenientes. *Latinismo hoy no usado del verbo* expedio, convenir.
2 sobredichos, *e. e.,* fines eternos o espirituales.
3 *Lc. 18, 1.*
4 *1 Thess. 1, 2.*
5 *1.ª ed.:* a deseo de le ver y agradar, lo cual...
6 *1.ª ed.:* En este momento de tiempo.

persevera en demandarlo, no le será negado; más que con pedirlo con verdadero deseo en este tiempo brevísimo, será de él tan presto alcanzado. Señal es que estima en poco estas mercedes, quien se cansa de desearlas y pedirlas.

Ayuda a perseverar en la oración, que en todo tiempo y lugar podemos pensar en Dios y con nuestro deseo hablarle y pedirle: en la iglesia, y en casa, y en la plaza, y en la calle, y en el camino, estando solos y acompañados. Siempre podemos y debemos tener en Dios nuestros ojos, como lo dice el profeta,[1] y proveer de tenerle siempre en nuestro acatamiento, para hablarle con nuestro deseo orando, como en otra parte lo enseña el profeta mismo: *Siempre ora, quien siempre a Dios bendice.*[2] Por lo cual el mismo profeta dice en otra parte: *Bendeciré a Dios en todo tiempo.* Y él mismo amonesta a su ánima en otro Psalmo, que bendiga a *Dios en todo lugar de su señorío,*[3] que es, en toda parte del mundo.

Los tres niños, que menospreciaron adorar la estatua del rey de Babilonia, oraban estando en el fuego;[4] y Jonás, en el vientre de la ballena;[5] San Pablo en lo profundo del mar;[6] San Pedro, en la cárcel;[7] San Andrés, en la cruz;[8] y todo justo, en cualquier lugar y tiempo. Así como no hay momento en que no estemos recibiendo algunos dones de la mano divina, así no debe haber momento en que no tengamos a Dios en nuestra memoria, como nuestro padre San Agustín lo enseña.

Que la perseverancia de la oración alcance de Dios todo cuanto quiere, dalo a entender el mismo nuestro Señor Dios en el Evangelio, diciendo: *¿Qué hombre hay que si tuviere un amigo y fuere a él a la medianoche a pedirle lo que se lo ofrece que le cumple, que si persevera en llamarle, aunque esté acostado, y cerrada la puerta, y en tiempo tan importuno, que no se levante y*

1 *Ps. 53, 4.*
2 *Ps. 24.*
3 *Ps. 102, 22.*
4 *Dan. 3, 25.*
5 *Ion. 2, 1.*
6 *2 Cor. 11, 25.*
7 *Act. 12, 4.*
8 *Act.*

le dé cuanto le pide, si persevera en llamarle y demandarle.[1] San Pablo no cesó de orar para ser librado del estímulo, hasta que le fué respondido: *que le era dada gracia con que fuese aquél vencido para mayor mérito suyo?* [2] La Cananea perseverando en la oración, alcanzó lo que pedía.[3] Nuestro Redentor perseveró orando en el huerto, hasta que el ángel se le apareció y le conhortó.[4] Y aún dice el evangelista que, *puesto en aquella agonía, más prolijamente oraba.* Y en las postreras palabras que habló a sus amados discípulos, lo que les amonesta y encarga es, que se den a la oración. *Velad* — dice — *y orad, porque no entréis en tentación.*[5]

No hay cosa que el demonio más aborrezca y más impedir procure, que es la oración. Porque sabe que no tenemos otras armas con que él se vea vencido, ni tiempo en que se nos siga más fruto. Por esto, procura de entremeter muchos y diversos pensamientos, y de atraer todas ocasiones para otros motivos, y atraer cualesquier impedimentos.[6] Y así, hace los principios de la oración ser penosos a los imperfectos; porque, o por la dificultad vencidos, o por su astucia engañados, no oramos. Mas si tú, hermano muy amado, crees a nuestro Redentor, serás continuo orador.[7] Si siempre andas con deseo de siempre a Dios agradar, nunca cesarás de orar.

Aprovecha mucho para la perseverancia de esta oración divina, conocer la necesidad y nobleza y utilidad de ella; y destos tres puntos resta tratar en los siguientes capítulos.

1 *Lc. 11, 6.*
2 *2 Cor. 12, 9.*
3 *Mc. 7, 24-31.*
4 *Lc. 22, 44,* Conhortó; *igual a* confortar. *Latinismo del verbo* conhortar, coexhortar, alentar con.
5 *Lc. 22, 40.*
6 cualesquier impedimentos: *el original pone* cualquier, *errata evidente por* cualesquier. Atraer-atraer, *por* apartar. *Debe ser error de imprenta, por* distraer.
7 orador, *e. e.,* suplicante u orante. *Latinismo hoy en desuso, pues la palabra* orador *se aplica sólo al que ejercita la oratoria.*

Capítulo II

DE LA NECESIDAD DE LA ORACION

La oración te es sobre todas las cosas necesaria contra tu necesidad y miseria, la cual no se remedia sino por la misericordia divina, que por medio de la oración se alcanza. Así lo enseña el profeta diciendo: *Bendito sea el Señor que no apartó de mí la oración mía y la misericordia suya.*[1] La oración nuestra y la misericordia suya pone juntas, porque siempre andan acompañadas.

A quien Dios hace merced de darle el don de la oración, nunca le niega su misericordia, para todo lo que cumple a su consolación y salvación. La razón es clara. Porque como Dios sea la fuente do todo bien emana, y sea bondad infinita, siempre tiene voluntad de se nos comunicar. No nos da sus dones por nuestros méritos, porque los mismos méritos son dones suyos; mas deja muchas veces de darlos a los que le cierran la puerta, no queriéndolos, y haciéndose por su malicia indignos. No los da, porque por nuestras obras, como de propia virtud nuestras, se merecen; mas niégalos a los que las desmerecen. No quiere Dios de nosotros sino que no le contradigamos, y que con nuestras maldades no le impidamos y repugnemos.[2] Él siempre está a la puerta de nuestro corazón llamando, previniéndonos — aunque malos e indignos — para que, en abriéndole, se entre a cenar con nosotros, para hacernos todas las mercedes que quisiéremos, y remediar todas nuestras necesidades. Pues, así como la puerta de nuestro corazón está a Dios cerrada por el conoci-

1 *Ps. 65, 20.*

2 repugnemos, *esto es,* contradigamos, opongamos. *Latinismo (del verbo* repugnar = luchar, combatir), *hoy casi en pleno desuso.*

miento y menosprecio; así la abrimos con el buen conocimiento y deseo. Y este deseo es la verdadera oración, como ya hemos dicho.

Pues, si quieres conocer la necesidad que tienes de orar, considera bien los males y peligros, necesidades y miserias, presentes y futuras, en que estás engolfado; pues, para todo esto es la oración único remedio. Las necesidades y miserias que en esta vida padeces en el cuerpo y en el alma, hallarás, si bien miras, que son sin cuento y continuos. Sino que, como nacimos y nos criamos con ellas, no son tan miradas. ¿Qué de defectos en el cuerpo, en el más rico y poderoso del mundo? Hambre, sed, hastío, cansancio, mil géneros de enfermedades, dolores y corrupciones en que estamos a cada paso sujetos y de pies a cabeza metidos. Y sobre todo esto, la muerte, que siempre nos anda acechando, y nos ha de arrebatar a deshora y presto. En el ánima, llenos de ignorancia, con que a cada paso se nos ofrece en que no sabemos lo que nos cumple. Llenos también de malas inclinaciones, cargados de pecados, combatidos de grandes y diversas tentaciones, de la carne, del mundo, de los demonios. Cercados de malas compañías, de hombres necios y maliciosos, malévolos, fingidos, mintrosos,[1] cautelosos, ingratos, traidores crueles y pestíferos. Estorbadores para el bien, provocadores para el mal. Escarnecedores de la virtud, vacíos de caridad, llenos de malignidad. Finalmente, *conversamos* — como dice el apóstol — *en medio de la nación prava y perversa,*[2] *y moramos* — como dice Ezequiel — *entre los escorpiones e incrédulos y revolvedores.*[3]

¿Pues, qué si alzamos los ojos a las miserias de la otra vida, en que hemos incurrido por un solo pecado mortal — ¿cuánto más por muchos? —; y miramos la pérdida de los bienes verdaderos y eternos del paraíso; y estar condenados a los tormentos perdurables del infierno; y que es cierto que la sentencia está ya dada, y que no sabemos si está revocada; y los muchos de los mismos cristianos que caen en ella? Si estas cosas pro-

1 mintrosos, *e. e.,* mentirosos. *Es contracción de* mintirosos, *forma aún hoy día muy usada en el pueblo.*
2 *Phil. 2, 14.*
3 *Ez. 2, 6.*

fundamente pensamos, ¿en cuánta miseria nos hallaremos?

Cosa es de grande admiración, cómo nos podemos reir en este mundo, viéndonos puestos en tanto peligro. Cosa es de gran dolor ver, que no podamos dormir, ni comer, ni cosa alguna negociar, sin hablar de esto, o pensar en esto, y ordenar todo lo que hacemos a librarnos de tan incomparable peligro. Miremos bien esto: Cómo estamos siempre en la presencia y en la mano de Dios, a quien tanto hemos ofendido. Y temiendo, como es razón, sus juicios, con los cuales caen y se condenan tantos, procuremos de sentir, cómo en todo momento estamos en este tan gran peligro, que es soltarnos y arrojarnos Dios de su mano, y así perderle sin remedio y caer de la jurisdicción del cielo hasta el profundo del infierno; y que, por tanto, siempre debemos estar demandando a Dios misericordia con voces de incomparable deseo. Esto nos enseña el profeta diciendo: *Como los ojos de la esclava en las manos de su señora, así están los nuestros a nuestro Señor Dios, hasta que haya misericordia de nos.*[1] Y en otro Psalmo dice, hablando de este peligro: *Mis ojos siempre están puestos en Dios, porque él librará mis pies del lazo.*[2]

Pues, como la oración sea la que alcanza la misericordia para toda nuestra miseria y sea para todos nuestros males único remedio, según habemos ya probado, cuanto tus miserias presentes y futuras pudieres más conocer, tanto conocerás más la necesidad que tienes de orar. Esto significa el Apóstol, a do dice: *que el Espíritu Santo pide por nosotros con gemidos inenarrables.*[3] Quiere decir, que nos muestra el peligro y miserias en que estamos, y nos hace orar con gemidos inefables para librarnos de tantos y tan grandes males.

1 *Ps. 122, 2.*
2 *Ps. 24, 15.*
3 *Rom. 8, 26.*

Capítulo III

DE LA NOBLEZA Y EXCELENCIA DE LA ORACION

Como dice el bienaventurado San Crisóstomo, ninguno hay que ignore ser la oración causa de todo bien. Mas, aunque esto se sepa de todos con una noticia universal, conviene que, según nuestras fuerzas, tratemos en particular este negocio. Porque los que ya comenzaron a habituarse en la oración y ocupar en ella su vida, se les aumente la intención y amor de ella. Y también, los que hasta agora han vivido tan inconsideradamente, que han menospreciado su ánima, dejándola desamparada deste divino ejercicio y único refugio y amparo, conozcan juntamente la pérdida de su tiempo pasado, y en el que les resta de vivir, no permitan privarse de la salud.

Ocurre, pues, luego, para[1] hablar de sus excelencias, primeramente aquella que es máxima, conviene a saber: que el que ora, habla con Dios. ¡Oh, de cuanta dignidad es hablar el hombre con Dios todas las veces que quiera, y tener familiaridad con su infinita majestad, y gozar de la conversación dulcísima de su infinita bondad; y que por sólo esto, que es conversar con Dios, que es gozar de tanta honra y tan delectable y bienaventurado coloquio, alcance del mismo Dios todo cuanto quiere y le pide! Si el Rey terreno concediese a alguno tal gracia, que pudiese hablar con él cada vez que quisiese, y cuanto quisiese, sin que ninguno le pudiese impedir; y que sólo porque se huelgue y quiera hablarle y conversarle, le dará cuanto le pidiera: ¿en qué tanto debría estimar esta gracia de tan gran amor

1 para hablar = al hablar. *Empleo poco frecuente, aun en el siglo XVI, de la preposición* para *con significado de* al.

y favor significativa? Pues si tener tal gracia con el rey de la tierra [es singular favor], ¿cuánto más con el rey del cielo? Pues mira, oh ánima, que con el ejercicio de la oración alcanzas esta gracia suprema, que es conversar deleitablemente con Dios. Y por esto sólo, que es un gozar deleitable de su conversación, alcanzas cuanto quieres de ese mismo Dios. Y por esto dice el profeta: *Deléitate en Dios, y darte ha las peticiones de tu corazón.*[1]

Es ésta una dignidad de tanta honra, que sobrepuja la majestad angélica. Lo cual entendiendo bien los mismos ángeles, como por la santa Escriptura se dice, *Todos con mucho temblor ofrecen al Señor sus loores,* teniendo cubiertas sus caras y sus pies por la suma reverencia con que le hablan, y siempre dando vuelo sin descanso. En lo cual significan, cómo están temblando con temor de reverencia y con gozo ante el acatamiento divino; dándonos también a entender que nos hemos de llegar a la oración con gran temor y gozo. Con temor, temiendo ser indignos de hablar con Dios. Con gozo, considerando las sumas mercedes que en esto nos son hechas. Y también, que cuando oramos, debemos olvidarnos de nuestra humana naturaleza; item, que siendo llenos juntamente de gozo y temor, no miremos cosa alguna de estas presentes; mas estimémonos estar en medio de los ángeles, y ofrecer juntamente con ellos un mismo sacrificio.

En todas las otras cosas, gran diferencia hay entre ellos y nosotros, así de parte de su naturaleza, como en todas las otras virtudes. Mas en la oración, comunican los hombres con los ángeles. La oración es la que nos distingue de los animales brutos, y nos acompaña[2] a los espíritus angélicos. De que se sigue, que fácilmente pasa a su compañía el que orando imita su vida. ¿Qué cosa puede ser hallada más santa, ni más sabia, ni más justa, ni más hermosa y adornada? Si los que acostumbran a hablar con hombres sabios, por la continua costumbre de comunicar con ellos, de tal manera son mudados y mejorados, siendo de su prudencia revestidos, ¿qué podremos decir y sentir de los que

1 *Ps. 36, 4.*
2 nos acompaña = nos hace iguales o compañeros de los ángeles.

con ese mismo Dios acostumbran a platicar? ¡De cuánta sabiduría y virtud, de cuánta prudencia y bondad los hinche la oración con su frecuentación! ¡Cuánta dignidad al linaje de los mortales, que es poder gozar continuamente de su divino coloquio, por el cual alcanzamos ser inmortales!

Por cierto, necesaria cosa es que todo aquel que con Dios tiene familiaridad, sea superior a la muerte y a toda cosa corruptible. Así como es imposible que el que goza de los rayos del sol, no sea libre de las tinieblas, así también no es posible que el que conversa con Dios, fuente de la vida, no sea hecho inmortal; porque la misma alteza de esta dignidad nos traspasa a la inmortalidad.

Si los que con el emperador familiarmente hablan y conversan, habiendo recibido de él esta honra, no pueden ser pobres; ¿cuánto menos puede ser, que los que con la oración acostumbran a hablar con Dios, y a él por la virtud de ella son hechos familiares, tengan las ánimas mortales? La muerte del ánima es la impiedad y la vida contraria a la ley divina. De lo cual se sigue: que la vida del ánima es el culto divino, y la vida a este culto divino digna. Pues, la tal vida piadosa y de este divino ejercicio merecedora, la oración la cría y con modos maravillosos concilia y aumenta y guarda.

Si alguno es poseído del amor de la virginidad; o si estudia abrazar la castidad honorable del matrimonio; o si quiere hechar freno a la ira; o si alguno cobdicia verse limpio de la pestilencia de la envidia; o si procura hacer otra cualquier cosa, que para vivir rectamente conviene; la oración le ha de guiar y con ella fácilmente lo puede todo alcanzar. No es cosa posible, que el que pide a Dios castidad, justicia, mansedumbre y benignidad, no alcance de él lo que pide, pues él mismo nos dice: *Pedid y daros han, buscad y hallaréis, llamad y abriros han. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca halla; y al que llama, se le abre la puerta.*[1] Y él mismo dice en otra parte: *¿Quién de vosotros hay que si su hijo le pide pan le dé una piedra, o si le pidiere algún pece le diere un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenos dones a vuestros*

1 *Lc. 11, 9.*

hijos, ¿cuánto más vuestro padre celestial dará buen espíritu a los que lo piden? Con tales palabras y con tal esperanza nos provoca a orar el Señor de todas las cosas.

Conviene, pues, que, obedeciéndole, empleemos siempre toda nuestra vida en oraciones y divinos loores; y con mayor cuidado de este santo ejercicio y divina obra, que de nuestra propia natural vida. Porque ansí orando, tendremos vida digna de hombres. Porque cualquier que no se habitúa a orar y gozar con la oración del coloquio divino, este tal está muerto e insensato.[1] Porque esto sólo es evidentísimo argumento de haber perdido el juicio: no entender la grandeza de esta honra de la familiaridad divina, ni amar este divino estudio, ni estar persuadido, que toda alma de oración está viva y con vida divina.

1 insensato, *e. e.*, insensible. *También puede tener el significado de* necio.

Capítulo IV

DE LA UTILIDAD Y PODERIO DE LA ORACION

La utilidad de la oración, de las cosas ya dichas en el capítulo precedente puede ser entendida. Mas, porque despertemos a amarla, veamos ahora más específicamente el valor y poderío de ella, y consideremos profundamente su virtud, para todo bien poderosa, y su incomparable eficacia.

Suficientemente podremos conocer todo esto, si atentamente miramos y entendemos — según lo pondera San Crisóstomo — las palabras de nuestro Señor Jesucristo, que con su misma boca nos ha dicho: *Decíales* — dice el santo Evangelio — *esta parábola. Había en una ciudad un juez tan malo, que ni temía a Dios, ni había vergüenza de los hombres. Había en aquella misma ciudad una viuda, la cual vino a él, pidiéndole que le hiciese justicia de su adversario, y nunca quería. Mas, perseverando ella en suplicarle y pedirle, dijo aquel mal juez dentro de sí: Aunque yo no temo a Dios, ni acato a los hombres, mas porque esta viuda me es molesta, quiero otorgarle lo que me demanda, y vengarla de su adversario, siquiera porque con su importunidad no me moleste.*[1] Añadió, pues, luego, nuestro Señor, y dijo: *Oid lo que dice el juez inicuo.* Pues, si el tal dijo esto, ¿cuánto más Dios hará a los suyos venganza contra todos sus adversarios y oirá a sus escogidos que, orando le llaman, dándole voces de día y de noche? *Yo os digo que los vengaré y presto.*

Oigamos, pues, oh hermano — dice San Crisóstomo — tan profunda y tan saludable y juntamente tan suave sentencia de esa misma verdad dicha. En la cual,

1 *Lc. 18, 1-8.*

queriendo nuestro Señor convidarnos a la oración y comendar [1] a nuestros corazones la utilidad de ella, induce y propone un juez malo y cruel y que había arrojado de sus ojos toda vergüenza a los hombres, y de su ánima todo temor de Dios. Bastará, por cierto, proponeros la persona de un juez justo y piadoso, para que la bondad de Dios, se nos mostrará de cuánto valor y potencia sea la oración. Porque si el hombre manso y benigno recibe alegre y amigablemente a los que llegan a él y le ruegan, ¿cuánto más hará esto con nosotros nuestro Dios, cuya benignidad acerca de los mortales es tanta, que no sólo excede nuestra inteligencia, mas aun es mayor de lo que puede comprender la naturaleza angélica? Bastara, pues, como dije, proponer la persona de un juez justo. Mas propónenos e induce un juez airado, impío e inhumano y en todas las otras cosas implacable; mas, a los ruegos frecuentados y por su suplicación hecho manso y benigno. Y esto, para darnos a entender, que la oración vence aun el ingenio o ánimo malo, y con ella es fácilmente convertido, y a misericordia y clemencia atraído.

¿Por qué causa ha propuesto Cristo nuestro Señor tal semejanza, sino porque ninguno ignore cuánta fuerza tenga la oración y cuánta sea su eficacia? Por tanto, después que propuso a la viuda delante el juez, el más inhumano del mundo, y muestra que el tal, contra toda naturaleza, vencido por los ruegos de aquélla, le había hecho hacer obra humana y tan buena, convierte entonces la parábola a su Padre, y tal padre, tan manso, tan benigno y tan humano; a aquel que con su misericordia vence los pecados de todos los mortales y toda nuestra malicia; a aquel que perdona tantas y tan graves ofensas; a aquel que sufre cada día tantas malas palabras contra él dichas, y tantas injurias, y que disimula la honra hecha a los demonios y ser él ofendido con muchas deshonras, y a su Hijo unigénito haber tratado con innumerables vituperios, y que sufre otras muchas ofensas graves; de ellas, que se pueden decir; de ellas, que cumple callar; y con ser tan ofendido, es a todos tan manso.

Pues, si viere a algunos llegarse a él con aquel te-

1 comendar *por* encomendar. *Latinismo desusado.*

mor y reverencia que le es debida, ¿por ventura no habrá de ellos misericordia? *Oíd,* dice, *lo que el juez inicuo dijo: Aunque no temo a Dios, ni he vergüenza del hombre, mas porque no me fatigue más con sus ruegos, yo la vengaré.* ¿Qué es lo que dices, oh juez? Lo que no pudo el temor, pudo el ruego. Las amenazas de Dios, ni todo lo que de su juicio se espera, no movieron a aquel hombre a hacer justicia. Mas la suplicación de la viuda, trocó al juez inicuo, haciéndolo de feroz tan manso. Pues, si aquella viuda, suplicando, hizo a aquel juez cruel ser tan manso, ¿qué podremos y debemos pensar que hará la oración con aquel Señor que es tan benigno? No debríamos de apartar nuestro pensamiento de la consideración del juez malo, para que, en aquella su mansedumbre, que era fuera de su condición y contra naturaleza, contemplemos la bondad de Dios inefable e inmensa. Porque si aquel que nunca había pensado de usar de humanidad con alguno, súbitamente fué mudado a misericordia por el ruego de la viuda, ¿cuánto cuidado y benevolencia causará en Dios acerca de nos nuestra oración ante su acatamiento continuada?

Cuánto valga y pueda la santa oración, fácilmente podrá conocerlo el que considere y sintiere, cuántos y cuán grandes bienes son los que alcanzan los que frecuentemente oran. ¿Quién no sabe que nuestro Señor Dios nos da tanta luz del sol, luna, y estrellas, y la templanza del cielo, y tanta abundancia de alimentos, tantas riquezas, y esta misma vida, e innumerables bienes para ella; y que todos estos dones innúmeros da a todos, buenos y malos, por sola su inmensa bondad con que nos ama, aunque tan indignos? Pues si a los que no le ruegan da tantos bienes, ¿qué dará a los que toda su vida se ocupan en oraciones y en sus divinos loores?

Son tantos y tan grandes los bienes que alcanzan los que oran, que cualquier hombre de sano juicio tendrá por mayor daño ser privado de la oración, que de la propia vida. Esto nos enseña bien con su ejemplo aquel santo mancebo y profeta Daniel,[1] el cual antes escogió morir, que privarse por sólo tres días de orar. Esto hizo con gran razón. Porque si nuestro Señor Dios no se

1 *Dan. 6, 18.*

inclina a nos, ningún bien puede venir en nuestras almas; pues, como dice el profeta: *Lo que a nuestro Señor Dios inclina, es la oración nuestra.*[1]

De aquí se sigue que si alguno no ama el estudio de la oración, ni tiene de ella ferviente cuidado, claro está no ser el tal de virtud alguna dotado. Por el contrario, si alguno se da insaciablemente a este santo ejercicio, y tiene por el mayor daño del mundo el tiempo que de orar se ha perdido; este tal, es hecho templo de Dios y de toda virtud adornado.

La oración es medicina del ánima, con que es purgada de todos los malos humores de los vicios y librada de todos los pecados. Esto se manifiesta bien en los Ninivitas;[2] los cuales, estando llenos de vicios, luego que por la oración devota se volvieron a Dios, fueron perdonados; y los que mucho habían provocado a ira a nuestro Señor, con la oración le amansaron. La oración fué más poderosa para hacerles bien, que su mala costumbre para el mal. La oración alimpió aquella gran ciudad de los vicios carnales, y la hinchó a deshora de las leyes celestiales. ¡Tan a deshora mudó la oración aquella ciudad, y la trocó de turpísima en santa y devota, que si alguno que la hubiera visto de antes entrara en ella, no la conociera! Así como si alguno hubiese visto alguna mujer mendiga, que acostumbrase andar vestida con vestiduras viles, rotas y sucias, y después la viese vestida de seda y de oro, no la conocería; así aquella ciudad, que antes estaba vacía de todo bien y cubierta de todo mal, no la conocería viéndola tan limpia y de tanta virtud adornada.

También aquella famosa pecadora, la Magdalena,[3] que toda su vida había gastado y engolfado en las suciedades de los vicios carnales, luego que se arrojó a los pies de Cristo nuestro Señor a demandarle perdón con devota oración, fué sana y salva. ¿Y que otra cosa hubo en el publicano para descender justificado, sino aquella oración cordial con que dijo: *Señor, Dios, habed de mí piedad?*[4]

1 *Ps. 87, 3.*
2 *Ion. 3, 10.*
3 *Lc. 7, 48.*
4 *Lc. 18, 43.*

Capítulo V

QUE PROSIGUE LA UTILIDAD DE LA ORACION Y LA EFICACIA Y EXCELENCIA DE ELLA

Es también la oración hermosura del alma, porque la oración compone la vida del hombre. No consiente en él cosa fea o torpe. Enseña y persuade a reverenciar a Dios y darle la honra debida. Hace arrojar todos los sucios pensamientos. Da menosprecio de todos los deleites transitorios. Da deseo de ver y agradar a Dios. Da misericordia para con el prójimo. Ordena bien toda la vida. Hace que esté siempre en buenas obras ocupada y de buenas costumbres compuesta. Y librándola de cada día más de todos los vicios, hínchela del resplandor de todas las virtudes. En figura de esto se lee de Moisés, que, cuando venía de hablar con Dios, traía su cara tan resplandeciente, que no le podían mirar los hijos de Israel.[1]

Así como el que llega a tanta honra que tiene poder y costumbre de hablar familiarmente cuanto quiere con el emperador, y recibe de él respuestas amorosas y apacibles, no se abate[2] a estar y conversar con los hombres viles; así el que tiene costumbre de platicar con Dios y comunicar con él sus deseos, y sentir sus dulces y amorosas respuestas, no se abate a admitir la familiaridad de los demonios. De lo cual se sigue, que, como no sea ofuscado con los vicios, participa con el coloquio divino los rayos de la cara de Moisés, que son la hermosura y resplandores de las perfecciones divinas.

Es también la oración candela encendida y luz del

1 *Ex. 44, 17.*
2 abate = abaja.

ánima. Porque aquel que en todas las cosas que ha de hacer, consulta primero con Dios y pide su favor para no errar, este tal mediante esta previa oración es alumbrado de Dios para que vea por do ha de ir y no caiga ni tropiece. Esto nos enseñan bien aquellos dos más excelentes profetas, Moisés y David, mostrándolo con su ejemplo. Los cuales en todas las cosas que habían de hacer, siempre, primero, recurrían a Dios, para que les inspirase y aconsejase lo que debían hacer, y así no erraban; mas antes, siempre eran alumbrados y amparados y de Dios en todas las cosas favorecidos. De modo que, lo que es la luz de la candela y del sol a los ojos del cuerpo, eso es la oración a los ojos del alma.

Es no menos verdaderamente la oración una atadura con que el hombre tiene atado a Dios consigo. Esto nos enseña la misma definición de la oración, la cual es elevamiento de la ánima a Dios. Porque con el deseo del amor se levanta a él y se abraza con él. Y mientras desea así a Dios, Dios está infaliblemente asido al alma, y ella con Dios unida. Porque aquel deseo es amor divino; y Dios es caridad, la cual es divino amor.[1] Y el que a Dios con caridad ama, en Dios está — como dice San Juan — y Dios en él. Está Dios tan atado al que así con verdadero deseo ora, y tiene el tal tanto en su mano la voluntad de Dios, que orando Moisés a Dios para que perdonase el pecado grave del pueblo israelítico, le dijo Dios a Moisés: *Déjame enojar contra este pueblo.*[2] Como si dijera: Estoy por la virtud de tu oración tan atado a tu voluntad, que si tú no me sueltas, no me podré vengar y le castigar como quiere su maldad.

Es la oración muro muy fuerte del alma. Porque así como la ciudad que no está con muro cercada, fácilmente es tomada de los enemigos; así el ánima que no está cercada y amparada de la oración, fácilmente le entra el demonio, y la hincha de toda maldad. Mas al alma que está cercada y guarnecida con oraciones, no se osa acercar, temiendo la fuerza y fortaleza que la oración le comunica.

También, los que frecuentemente oran, no sufren admitir alguna cosa indigna a la oración; mas, reve-

1 *Io. 4, 16.*
2 *Ex. 32, 10.*

renciando a Dios, con el cual poco ha han hablado, presto desechan y arrojan de sí toda mala sugestión y torpe cogitación del espíritu malo, reputando cerca de sí cuán grande maldad sea, el que poco ha hablado y conversado con Dios y le ha pedido pureza y toda santidad, y el tal se entregue luego a la sucia voluntad del demonio y le dé entrada en aquel pecho, que poco ha Dios ha visitado, y en el cual se ha entrado a morar; y consentir al demonio que meta corrupción en su alma, en la cual el Espíritu Santo ha ejercitado tanta benignidad y comunicado tanta gracia.

Es también la oración arma poderosa para vencer y hacer huir los enemigos visibles e invisibles. Y que valga contra los invisibles, puédese colegir de lo ya dicho, porque no hay cosa que más haga huir a los espíritus malos. Por lo cual nuestro Señor dice en el Evangelio: *Este linaje de demonios no se alanza, sino en ayuno y oración.*[1] Que triunfe también de los enemigos visibles, y libre al hombre de grandes peligros y de todas las presentes adversidades, manifiéstase en aquel admirable profeta y rey David; el cual venció muchos y crueles enemigos, no guarneciéndose y confiando con otras armas, sino con oraciones, como se lee en muchas partes de los *Libros de los reyes*. De aquí es, que cuando venció y mató aquel disforme gigante Goliat, le dijo: *Tú vienes a mí con lanza y armas, mas yo vengo a ti en el nombre del Señor.*[2] Así como los otros reyes acostumbran a poner la esperanza de su victoria en la sagacidad y arte militar de sus caballeros y soldados, y en los arcabuceros o ballesteros, y en la multitud de buenos caballos, y en otros muchos buenos instrumentos bélicos, así David en solas las oraciones. En ellas confiado, no temía la ferocidad de los emperadores, ni tribunos, ni centurios; ni cogía súbditos de dinero, ni compraba más armas; mas, orando, las traía del cielo. Porque la oración es verdadera e infalible arma, que sola puede dar firme guarda y cierta victoria. Las otras todas pueden aplicarse en vano, mas la oración es certísimo refugio. La cual tan fácilmente vence innumerable ejército, como a un soldado o enemigo solo.

1 *Mt. 17, 21.*
2 *1 Reg. 17, 45.*

Esto mismo nos enseña aquel gran profeta y capitán del pueblo de Israel Moisés, del cual se lee, que mientras Josué, con todo su ejército estaba en el campo peleando contra sus adversarios, subióse Moisés al monte, y estando [1] allí orando, mientras tenía las manos alzadas hacia el cielo, vencía su ejército, y en abajándolas, venía huyendo. Por lo cual, para que no se cansase, acordaron de estar sustentándole los brazos, para que los tuviese así alzados, orando, hasta que el ejército de los enemigos fué del todo vencido.[2]

El rey Ezechías con sola la santa oración mató ciento y ochenta y cinco mil [hombres] del ejército del rey Senacherib, su adversario. Los cuales todos mató en una noche, o en menos de una hora, con sólo tirarles una saeta, que fué su oración devota.[3] Con la misma oración venció su muerte propia, a la cual estaba sentenciado; porque por virtud de la oración alcanzó de Dios prolongación de la vida.[4]

Con la oración los tres niños echados en el horno babilónico vencieron el fuego.[5] Daniel echado en el lago, amansó los leones.[6] Susana triunfó con la oración de los inicuos jueces y falsos testigos.[7] Y de esto mismo tenemos otros innumerables ejemplos.

Es también la oración poderosa, no sólo para librar al hombre de sus propios males, mas aun para librar y guardar con su potencia las ciudades y gentes. Y aun para librar a todo el mundo bastó alguna vez la oración de un santo. De aquí es, que San Pablo, con sus continuas oraciones, hizo salvas a toda las gentes. Esto da a entender, en lo que suele decir: *Por esto* — dice él — *hinco mis rodillas al padre de nuestro Señor Jesucristo, del cual toda paternidad se nombra en el cielo y en la tierra: para que conforme a la abundancia de su gracia, os dé virtud que seáis corroborados por el Espíritu suyo, porque more Cristo en vuestro hombre interior.*[8] Mira cuánta virtud tiene la oración, que, así

1 *1.ª ed.:* y estábase allí orando. Y mientras, etc.
2 *Ex. 17, 12.*
3 *4 Reg. 19, 35.*
4 *4 Reg. 20, 10.*
5 *Dan. 3, 24.*
6 *Dan. 6, 22.*
7 *Dan. 13, 43.*
8 *Eph. 3, 14.*

como el oro y los mármores constituyen los palacios de los reyes, así las oraciones hacen a los hombres ser moradas del Rey del cielo y sus templos divinos.

Cosa es muy digna de notar, que discurriendo San Pablo por todo el mundo con tanta diligencia y velocidad, que parecía tener alas e ir volando; y siendo detenido en las cárceles, y sufriendo azotes, y trayendo consigo la cadena, y andando sangriento y en tantos peligros metido; y que, sobre todo esto, lanzaba los demonios, resucitaba los muertos, sanaba los enfermos: en ninguna cosa de estas puso confianza para guardar los hombres, mas púsola en las oraciones. Es no menos de notar lo que sobre esto escribe a todos, diciendo: *Daos con instancia a la oración, orando juntamente por mí, porque se me dé palabra a mi boca para que hable como debo el misterio del Evangelio.*[1] ¿Qué decís santo apóstol? ¿Tanta confianza hemos de tener en la oración, que no temamos de orar y rogar por un San Pablo? ¿Qué soldado osa rogar al emperador por su capitán general? Aunque cierto, ningún capitán amado de emperador alguno, como de Dios lo era San Pablo; mas con todo esto, a tanta dignidad nos levanta la oración, que pudiésemos suplicar a Dios por él.

Lo mismo se lee haberse efectuado en San Pedro,[2] el cual por la oración de los fieles fué librado de las cárceles.[3] Esto da a entender San Lucas diciendo: *San Pedro era guardado en la cárcel, mas era hecha oración por él de parte de la iglesia, que eran los fieles.* Y la oración de la iglesia le abrió prestamente la cárcel.

Aprendamos, pues, cuánta fuerza tiene la oración en los fieles, pues podía librar a San Pedro y a San Pablo de los peligros, orando otros por ellos; por aquéllos, que eran columnas de la iglesia, príncipes de los apóstoles tan claros en el cielo, muro del mundo, y de toda la tierra común presidio.[4]

Es la virtud de la oración — porque en una palabra incluya sus innumerables prerrogativas y omnipotencia — una piedra preciosa, la cual hallando el merca-

1 *2 Thes. 3, 1; y a los Eph. 6, 18.*
2 *1.ª ed.:* en aquel príncipe de los Apóstoles San Pedro...
3 *Act. 12, 5.*
4 presidio, *por* amparo y defensa. *Latinismo admisible y elegante.*

der, vendió cuanto tenía y lo dió por comprarla, y la compró, como dice el santo Evangelio.[1] Hizo en esto como sabio, porque vió que aquella sola piedra preciosa vale todas las cosas, y en ella las tiene todas, porque con ellas las alcanza todas.

Vale para alcanzar los dones espirituales. Por lo cual dice el apóstol Santiago: *Si alguno ha menester sabiduría pídala a Dios.*[2] Por la sabiduría — que quiere decir esciencia sabrosa — se entiende la luz sobrenatural con que Dios se conoce, y el amor con que se gusta; en las cuales dos raíces se contienen radicalmente todas las virtudes y todos los dones espirituales.

Vale también la virtud de la oración para alcanzar la salud corporal y para ganar estos temporales bienes. De lo primero dice Santiago: *Si alguno de vosotros está enfermo, oren por él y la oración fiel le sanará.*[3] De lo segundo dice el mismo: *Elías, hombre era, semejante a nosotros, y oró a Dios que no lloviese, y no llovió por tres años y medio. Y después oró a Dios que lloviese, y luego llovió en abundancia.*[4]

La oración puede matar a los vivos y dar vida a los muertos. Lo primero se muestra en San Pedro que con su oración mató súbitamente a Ananía y a su mujer.[5] Lo segundo, en él mismo y los otros apóstoles, y otros muchos santos, que con la oración resucitaban todos los muertos e hicieron por medio de ella todos los otros milagros y prodigios. Alcanza también el mismo ser humano a muchos, porque por medio de la oración ha dado Dios fruto de bendición a las que por naturaleza eran estériles. Como se manifiesta en Sara y en Santa Elisabeth y en otras muchas.

Vale asimismo la oración, no sólo para remedio de los vivos, más también de los difuntos. Por lo cual se lee en los libros de los Macabeos, que Judas Macabeo envió limosnas a Jerusalén para rogar por los muertos. Y añade la santa Escriptura allí, diciendo: *Santa,* pues, *es y saludable la oración por los difuntos*

1 *Mt. 13, 45-46.*
2 *Jac. 1, 5.*
3 *Jac. 5, 14.*
4 *Jac. 5, 17.*
5 *Act. 5, 5;* Anania, *forma poco usada. Comúnmente se escribe* Ananias. *Forma procedente del latín.*

para que sean perdonados sus pecados.[1] Finalmente el que ora, de todos los males se libra, y todos los bienes alcanza, porque así puede decirse de la oración, lo que se dice de la Sabiduría: *que como sea una, todas las cosas puede.*[2] Y lo que en otra parte se escribe: *Viniéronme todos los bienes juntos con ella, e innumerables riquezas por sus manos me fueron dadas.*[3] Así como cuando alguna reina entra en alguna ciudad, necesario es que juntamente se consiga toda abastanza de los bienes temporales; así, cuando la oración entra y mora en el alma, entran en ella todas las virtudes y vienen todos los dones divinales.

Es sobre todo esto la oración devota, deleite del alma. Porque, tanto es más dulce alguna cosa, cuanto está más sin mezcla de amargura. Y de nuestro Señor Dios se escribe, *que no tiene amargura alguna su conversación, ni su compañía algún enojo o tristeza.*[4] Pues, claro está, que la divina conversación es por la oración. Trae consigo la oración no sólo todo interés, mas juntamente gran deleite. Lo uno y lo otro enseña — como ya dijimos — el profeta, diciendo: *Deleítate en Dios y darte ha las peticiones de tu corazón.*[5] Oh bondad infinita de nuestro Señor Dios, que tanto desea y huelga que su criatura pequeñuela y paupérrima, que hizo de nada, converse con él; que, por sólo que huelgue de hablarle y conversarle, le promete darle cuanto le pidiere. ¿Quién hay que esto entienda, que sobre todas las cosas no ame y procure de siempre orar, por poder gozar de la conversación de tan noble y amable Señor, que es todopoderoso y tan amador tuyo? Si tanto deleite es conversar con un hombre sabio y virtuoso y verdadero amigo; ¿pues, cuánto más será con Dios, que es la fuente de la sabiduría y toda virtud, y nos ama tanto? ¡Oh, cuán gran deleite es hablar con quien sé que nunca está ocupado, sino que siempre me oye! Nunca enojado o desabrido, sino que siempre huelga que le ame. Nunca importunado, sino que mientras más le pido, más se huelga. Que siempre me escucha,

1 *2 Mach. 12, 46.*
2 *Sap. 8, 5.*
3 *Sap. 7, 11.*
4 *Sap. 8, 16.*
5 *Ps. 36, 4.*

y luego me entiende. Nadie le engaña, ninguno le impide. Siempre me concede todo lo que me cumple, siempre conmigo se huelga, y nunca se cansa o fastidia. Más, antes, cuanto más le hablo y converso, más amor me muestra, más me alumbra, más me enamora, más me enriquece, más me guarda, más me honra, y más y mayores favores y deleites me convida; más bienes y consolaciones me comunica, más galardones y mercedes eternas me promete, más presentes me envía, y más gozos y consolaciones verdaderas me infunde.

Gustad, pues, con la oración, *y veréis con los ojos del corazón, cuán suave es el Señor en su divina conversación.*[1] Bienaventurado el que pone en él su esperanza, y goza de su deleitable compañía y amicicia verdadera.[2]

1 *Ps. 33, 9.*
2 amicicia, *latinismo desusado ya en el siglo XVI.*

Capítulo VI

DE LOS IMPEDIMENTOS DE LA ORACION Y DIVINA CONVERSACION

Los impedimentos de la oración son las cosas que impiden la divina conversación. Porque todo se es uno, como ya está declarado. La conversación divina no la goza el que no recibe a Dios en la casa de su corazón; porque Dios no le habla, sino cuando está dentro de su casa, que es la misma alma. Digo que no la habla para dulcemente conversarla, sino cuando entra y mora en ella por especial benevolencia de su amistad divina. Esto da a entender el profeta cuando dice: *Oiré lo que habla dentro de mí el Señor Dios.*[1]

También el alma, para hablar con Dios, como debe, ha de entrar dentro de sí misma, y mirar bien con quién habla. Lo cual haciendo con debida reverencia y devoción, es entrar dentro de sí y aparejar a Dios la casa de su corazón. Hablar, pues, así con Dios, y oír entendiendo profunda y dulcemente lo que le responde Dios, es gozar de la conversación divina. Lo uno y lo otro se incluye en la oración. Porque como dice Cristo nuestro Redentor en el Evangelio: *Toda alma con deseo verdadero le busca. Y a todo aquel que le llama, abre;*[2] conviene a saber, le responde.

Pues como sea necesario para gozar de esta divina conversación, que Dios entre y more amorosamente en la casa do se ha de gozar su conversación divina, aquellas cosas son impedimentos, que impiden para que Dios no entre a morar en ellas. No tiene Dios por bien de entrar a morar en alguna casa, cuando ve que

1 *Ps. 84, 9.*
2 *Mt. 7, 7.*

está contra él rebelada, o si está ocupada, o del todo vacía, o entorpecida, o sucia.

El primer impedimento para entrar Dios a conversar con nosotros, es cuando halla su casa contra él rebelada. Y esto es por la soberbia. Con este vicio pésimo — y de todos por su ingratitud y temeridad causativo — se alza el pecador consigo mismo, y roba a Dios su misma casa, no queriéndose para Dios, ni curando de su voluntad divina; sino queriéndose para sí, y siguiendo su voluntad propia.

Por dos vías se alza consigo mismo el soberbio. La una es con falso juicio, parando en sí por vía de presunción, o queriendo que los otros paren en él por vía de vana gloria, atribuyendo a sus méritos, o propia virtud, algún bien que tenga o que obre, o queriendo que le sea atribuído. Contra este tal dice el apóstol: *¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido,*[1] *¿por qué te glorias de ello, como si no te fuese dado?* [2] Esta falsa estimación y error del entendimiento procede de la ingratitud y malicia de la voluntad, con que desordenadamente quiere su bien propio, más que a Dios el suyo, cuyo es todo. Y porque es mayor bien tener algún bien de sí mismo, que no tenerlo de otro; por esto, amándose perversamente, y no a Dios, como debe, atribuye a sí algún bien, o huelga serle atribuído: aunque de sí ningún bien tiene, mas de Dios lo ha recibido todo.

La otra vía con que se exempta [3] de Dios el alma, es por atrevimiento temerario de la voluntad, que directamente se opone, y rebela, y resiste a Dios, en cuanto puede, queriendo no estar a Dios sujeta; mas ser suya, y estar de la voluntad de Dios exempta. Y esto comete con la culpa de la desobediencia, resistiendo a Dios, o a cualquier prelado o señor, espiritual o temporal, el cual está en lugar de Dios. Y por esto — como dice el apóstol —: *El que a la potestad que está en lugar de Dios resiste, a Dios resiste.*[4] Que, aunque es verdad que en todos los pecados se comete desobediencia y se resiste a Dios, mas en los otros, es indirectamente:

1 *2.ª ed. omite:* Y si lo has recibido. *Omisión indebida.*
2 *1 Cor. 4, 7.*
3 se exempta, *e. e.*, se independiza.
4 *Rom. 13, 2.*

que bien querría el que peca no ir en aquello contra la voluntad de Dios, si ser pudiese; y holgaría poder alcanzar aquel interés o deleite, quedándose sujeto a la voluntad de Dios. Mas la soberbia directamente desobedece y resiste a Dios. Porque el interés que pretende en su culpa la voluntad soberbia, es no estar sujeta a la voluntad de Dios; sino que en todo, si pudiese, fuese exempta y no sujeta a Dios, o al hombre, que tiene en lugar de Dios. Así que, lo que pretende en todo el soberbio, es mandar y no ser mandado, y que se haga su voluntad y no la de Dios. Lo cual es suma perversidad e ingratitud y temeridad contra Dios.

Este tan grave pecado, fué el pecado del demonio; el cual, por su soberbia, cuanto más perversamente se amó a sí mismo y no, como debía, a Dios, tanto más aborreció a Dios. Por lo cual dice el profeta, hablando con el mismo Dios: *La soberbia de los que te aborrecieron sube siempre.*[1] La causa por qué le aborrecieron, fué porque resistió a su perversa voluntad, la cual sola amaron: y porque, cuanto uno más ama alguna cosa, tanto más aborrece al que se la quita y le resiste. Pues, así como la voluntad soberbia es la que directamente resiste a Dios, así a los soberbios, más que a otros, resiste Dios.

Es este vicio una tan gran pestilencia, que la principal causa porque el unigénito Hijo de Dios vino a este mundo, y se vistió de nuestra flaqueza, y conversó visiblemente con nosotros, y obró tales y tantos misterios, y padeció tantos y tan graves tormentos, hasta ser crucificado, fué por sanarnos y librarnos de ella con su doctrina y ejemplo. Y por esto dice en el Evangelio: *Descendí del cielo, no para hacer mi voluntad* — la cual hace el soberbio — *mas la voluntad del que me envió,* la cual hace el humilde;[2] porque el tal no quiere seguir su voluntad propia sino la divina. Y porque Cristo no se alzó consigo mismo, ni por presunción ni desobediencia, antes hizo en sumo grado lo contrario; por esto dice de él el apóstol: *Que no robó la igualdad de Dios,*[3] como lo quiso hacer el demonio, queriendo, si ser pudiese, tener el bien de sí mismo y

1 *Ps. 73, 23.*
2 *Io. 6, 38.*
3 *Phil. 2, 6 ss.*

no dependiente de otro; lo cual a solo Dios conviene. Y contra lo segundo de la soberbia, que es la desobediencia, añade luego, diciendo de Cristo: *Humillóse, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.*

De seguir lo contrario, viene todo el mal al mundo. Y de aquí es, que, como a quien Dios más resiste y más niega su gracia son los soberbios — que son los presuntuosos y desobedientes —; por esto han caído los Luteranos; así por presumir de sí mismos, como por apartarse de la obediencia de la iglesia, y no querer sujetarse a su juicio y mandamientos. Por esta misma razón los religiosos que vuelven atrás de la obediencia y religión que profesaron, caen más que otros. Porque, así como son más ingratos y protervos, así también [son] de Dios más desamparados.

El segundo impedimento es hallar Dios su casa desordenadamente ocupada. Porque los hombres mundanos están tan metidos y negociados [1] con sus vanos pasatiempos, que no quieren ver ni oír a Dios, por no apartarse de ellos; y así, no pueden recibir a Dios, en su casa, porque como no le quieren ver ni oír, no le dan entrada. Esto da a entender nuestro Redentor en el Evangelio diciendo: *El mundo no puede recibir al Espíritu Santo, porque no le ve ni le conoce.*[2]

La causa de no verle y conocerle [3] algunos, da a entender en aquella palabra que dijo, "mundo". Quiere decir; porque son mundanos, y lo que aman y buscan y en que siempre se ocupan, son las cosas del mundo, con las cuales se huelgan más que con Dios, hacedor suyo y de todo el mundo, y que lo ha criado y se le da para su servicio.

Acaécele a Dios con un mundano, como a un rey que por puro amor fuese a visitar a su vasallo a su misma casa, que él le hubiese dado. Y llamando a la puerta le enviase a responder: que se esperase allí, porque estaba negociando; y llamando otras muchas veces, le detuviese así, con la misma respuesta, todo el día y toda la vida, haciéndolo allí esperar a la puerta. Y si hacer esto contra el rey de la tierra sería cosa tan

1 negociados, *término derivado de negociar, en sentido de* estar llenos de negocios.
2 *Io. 14, 17.*
3 *1.ª ed.:* y no conocerle.

fea; ¿cuánto más contra el rey del cielo y único señor, hacedor de todo el mundo? Lo mismo, pues, pasa entre Dios y el mundano. Viene Dios por su bondad y amor a visitarle a su casa, y está llamando a la puerta para entrar a verle y morar con él, y con su presencia honrarle y consolarle. Lo cual él mismo manifiesta en el libro del Apocalipsis diciendo: *Yo estoy a la puerta y llamo. Si alguno me abriere entraré a él y cenaré con él.*[1]

Mas el pecador ingrato y descortés respóndele con el corazón y con la obra, diciéndole: que se espere a la puerta, porque está ocupado con otros, con quien más se huelga. ¿Y quién, si pensáis,[2] son éstos? Primeramente digamos que son los animales brutos, carneros y aves y peces y otros manjares diversos, con los cuales se ocupa el malo desordenadamente cuando come. No decimos que es pecado comer estos manjares, mas que el malo se ocupa con tan desordenada afición con ellos, que cierra la puerta al mismo dador de ellos. Dios es el que se los envía, y antes estos presentes habían de abrir la puerta, que no cerrarla, al dador dellos. Porque los dones, antes suelen abrir que cerrar las puertas de las casas y de los corazones. Y así lo hacen los que no son ingratos. Porque viéndolos y comiéndolos, hacen con amor gracias al Señor que se los envía, y con ellos toman motivo de pensar y conocer el poderío de Dios, que los pudo criar, y su sabiduría que lo supo hacer, y su bondad y caridad con que se los quiso dar y huelga de se los enviar. Y están diciendo en su corazón: ¡Oh, potencia y bondad y amor de mi Dios, que ha criado esta avecica tan bonita, tan hermosa; y para mí y por mi amor huelga agora de matarla y enviármela para que la coma, y poner en ella tanto sabor, que guste! Y lo mismo, de un corderito, o carnero, o cabrito, o pececito, y de las frutas y de las otras cosas que con diversos favores le envía para él comer; y de los licores y diversos vinos para él beber.

Mas los malos e ingratos al amor del dador, paran en éstos sus presentes y en los otros sus dones; y así,

1 *Apoc. 3, 20.*

2 si pensáis. *Evidentemente sobra el* si. *El sentido sería más claro:* ¿Y quién pensáis son éstos? *La puntuación salva el sentido.*

cuando están comiendo, verles heis alabar los manjares, mas no loar al dador de ellos; hablar de sus favores, mas no del amor con que Dios se los envía. Ni tampoco están considerando esto y aficionándose a Dios por ello, porque de la abundancia del corazón habla la boca.

Llama otra vez nuestro Señor Dios a la puerta, y responde. ¿Quién está ahí? y él dice: Decid que es Dios, que quiere entrar. Y respóndele: Esperaos un poco que está mi señor ocupado con otros que han sobrevenido. ¿Y quién, si pensáis, son éstos mayormente los grandes señores? ¿Ya sabéis quién? Los lisonjeros, que son sus criados, y comúnmente, o por la mayor parte, todos los demás de quien son visitados. Porque no hay quien les quiera decir la verdad; sino, por hablarles siempre a favor de su paladar, siempre les están adulando y mintiendo, y los tienen y traen engañados. Y con esto los hacen de cada día más necios y más malos, más aborrecibles y más incorregibles.

Llama otra vez el Señor, y dícenle: ¿Quién está ahí? Y responde: Decid que es Dios. Y envíale a decir: Decid que se espere; que ha venido otra gente con quien está ocupado. ¿Y quién, si pensáis,[1] es la gente? ¿Queréislo saber? Pues, sabed que son los perros y halcones y todos los otros instrumentos para la caza. Esto digo, no para decir que el tal ejercicio de la caza es malo, o prohibido; porque, antes, el bueno podría en él y por él tomar muchos buenos motivos para pensar en Dios, y considerar y amar la grandeza de Dios, que tantas hierbecicas y arboledas cría en los campos, y las viste de tantas libreas, con tantos y diversos colores y figuras, y cría tantas diversidades de aves y avecicas, y de animales grandes y pequeños, ansí aquellos que caza, como aquellos con que caza; y todo esto, para su recreación. Y a unos animales inocentes y tan bonitos, y a unas aves tan hermosas y que nunca le han ofendido, huelga de dárselas para que las cace y se huelgue, y que las mate y las coma. De lo cual puede y debe considerar y en su corazón decir: Si Dios huelga que sean muertas tantas criaturas suyas y tan hermosas y buenas y que nunca le han ofendido,

1 Si pensáis, *frase ya empleada anteriormente, hoy sin uso.*

y me da a mí que yo las mate por mi recreación y favor, ¿de cuántas muertes seré yo digno, si a tanto amor le fuere ingrato, y le hubiere ofendido y menospreciado? Mas los malos e ingratos, no usan en estos ejercicios de estas consideraciones; mas, paran en los dones y en estas sus propias recreaciones; y ocúpanse demasiadamente en ellas, perdiendo el tiempo para pensar en Dios y amarle y conversarle, y entender en otras cosas necesarias y piadosas a que son obligados, y con que serían a Dios gratos y vivirían más consolados; y gozando de Dios, gozarían aún también más de estas mesmas recreaciones templadamente tomadas.

Llama otra vez nuestro Señor a la puerta. Y diciéndole: ¿Quién está ahí? Responde, que es Dios, que quiere entrar. Al cual responde el portero o criado — que son el pensamiento y el deseo —: Dice mi señor que os esperéis ahí, que han sobrevenido otros con quien tiene que negociar y con quien más se huelga él conversar. ¿Y quién, si pensáis, son éstos? Son una gente muy honrada; unos hombres, no vivos y cuerdos, sino insensatos; no hombres verdaderos, sino pintados: unas estatuas o figuras en las cartas de los naipes pintadas, o en otras maneras impresas en diversos instrumentos de juego. Con tales y semejantes ejercicios se ocupan todo el día; y después, a la noche, van a servir el sueño y revolcarse en el muladar del vicio carnal. Así con ésta y varia ocupación mundana, tienen a Dios a la puerta toda su vida. Por lo cual — como dice Job — *pasan sus días en estos bienes* — que son tan viles y vanos — *y en un punto descienden a los infiernos.*[1]

El tercero impedimento es, cuando tiene el hombre su casa vacía, conviene a saber, de sí mismo. Quiero decir: que cuando Dios viene a morar en ella, no halla allí al huésped o señor de la casa, para que le reciba y abrace con amor y honra debida. Y por esto no tiene por bien de entrar a morar en ella. Entonces el ánima no está dentro de sí misma, cuando sale por las puertas de sus sentidos, y anda derramada en estas ocupaciones corporales y de su naturaleza ajenas. Porque, como el espíritu esté más a do piensa y ama, que en el cuerpo que rige, de aquí es que el ánima, mien-

1 *Iob. 21, 13.*

tras está ocupada del todo en estas cosas visibles y obras exteriores, aunque sean lícitas, está como fuera de su casa y aun de sí misma.

Es aquí de notar, que aunque este impedimento y el precedente, comuniquen [1] en ocuparse con las cosas exteriores, mas distingo el uno del otro; porque el sobredicho,[2] ordinariamente es en cosas vanas, y muchas veces gravemente viciosas. Mas en este impedimento (quiero decir en las cosas lícitas y que de suyo no son malas, mas buenas, como son labrar la tierra, y los ejercicios de los oficiales, y tratantes, y pleiteantes, y jueces; y, lo que más es, los trabajos y ocupaciones de las obras de misericordia corporales, como es: servir al enfermo, visitar al preso, y las otras; y lo que más difícil parece también, las ocupaciones exteriores de las espirituales, como son: confesar y predicar y todas las otras ocupaciones con las criaturas): aunque las obras sean lícitas, la mucha ocupación con ellas es muy peligrosa, y muchas veces dañosa, porque hacen perder el principal bien y causa de todo nuestro bien, que es la conversación con Dios. Y por tanto, cuando alguno más se da a estos visibles objetos y exteriores ejercicios, si en ellos sale del todo de la presencia divina, pónese en mayor peligro de caída. Porque como son tan diversos, y aun contrarios, los objetos espirituales, y aun sensuales, cuando alguno no tiene por objeto a Dios, con actual consideración de su bondad y caridad inmensa, con la cual es inclinado y asido en el amor divino, presto y fácilmente es engañado y derribado de los objetos y motivos exteriores deste mundo.

De lo dicho se puede colegir, cuán perdido está el día de hoy el mundo, y cuán eclipsado el pueblo cristiano, y en todos los estados caído, pues, vemos casi a todos darse con tanta gana a las ocupaciones de estas cosas sensibles y exteriores, y tan pocos, o ningunos, que sean amadores del ejercicio entrañable de las interiores, con las cuales Dios se busca y se halla. Por tanto, el profeta, dando a entender la gran caída de estos nuestros tiempos, nos avisa de todo diciendo: *El Señor miró desde el cielo sobre los hijos de los hombres, para que vea si hay alguno que entienda y busque a*

1 comuniquen, *e. e.*, convengan.
2 Sobredicho, *e. e.*, el más arriba dicho o primero.

Dios.[1] En decir juntamente, que, "entienda y busque", nos da a entender, que, ejercitando, como se debe, esta obra interior del entendimiento en la conversión de Dios, se busca a Dios. Y claro está, que el que persevera en buscarle, no puede dejar de hallarle. Mas no sin gran dolor debríamos oír lo que se sigue, y que por experiencia lo vemos: *Todos* — dice — *declinaron:* esto es, se apartaron de este camino, que es la obra interior y divina de nuestro espíritu. Por lo cual también se sigue lo que luego añade: *Todos juntamente son hechos inútiles, no hay quien haga bien y apenas se halla uno entre tantos.*[2]

Pues como sea así, que por la mayor parte los seglares, como no son verdaderos cristianos, se dan desordenadamente a estos terrenos trabajos, y huyen de los espirituales ejercicios y, por consiguiente, no buscan a Dios, que es vida del alma: de aquí se sigue, que para las cosas de Dios andan muertos. Y por esto dijo nuestro Redentor a uno que le quería seguir y le pedía licencia para ir a enterrar a su padre: *Sígueme* — le dijo — *y deja a los muertos enterrar sus muertos.*[3]

Y si los seglares por falta de meditación y oración están perdidos, los religiosos indevotos, que huyeren de estos divinos ejercicios, siendo, como son, para ellos dedicados, y teniendo tantos y mayores, ¿cuánto estarán más estragados?

El cuarto impedimento, es tener la casa entorpecida. Quiero decir: cuando el morador de ella está hecho rudo y torpe, y por consiguiente inhábil para conversación tan delicada, como es la de Dios. Y esto causa en gran manera la gula, la cual agravando y haciendo pesado el cuerpo, impide las operaciones del espíritu, al cual está unido, embota su entendimiento, estraga la buena inclinación de la voluntad. Por lo cual nuestro Redentor nos avisa y amonesta, diciendo: *Mirad que no sean agravados vuestros corazones con la demasía del comer y beber, y cuidados del siglo, y os sobrevenga la destrucción a deshora.*[4]

La gula, aunque en sí misma no sea el mayor pe-

1 *Ps. 13, 2.*
2 *Ps. 13, 3.*
3 *Mt. 8, 22.*
4 *Lc. 17. 27.*

cado, es, empero, cosa muy dañosa y peligrosa; porque es un vicio de muchos males causativo; y porque su combate es cotidiano; y porque hace al hombre ser para todo bien perezoso; y hace al espíritu ser envilecido; y destruye la salud y buena disposición del ánima y del cuerpo. De lo primero es manifiesta figura nuestra primera madre Eva, en la cual el apetito desordenado del manjar fué el comienzo de todo mal, y con un negro bocado hinchió [1] de tantos males a todo el linaje humano. Lo segundo, muéstranoslo la experiencia. Porque la necesidad que tenemos del comer y beber cotidiano nos es grande ocasión de ser cada día combatidos de este vicio, y ser muchas veces de él engañados, y vencidos, si no estamos muy avisados y en la temperancia muy fundados. Lo tercero da a entender el Apóstol diciendo: *Los cretenses malas bestias, hombres de vientre perezoso.*[2] Esto dice, porque la repleción del vientre inhabilita al espíritu. De lo cuarto dice el mismo Apóstol llorando: *Son enemigos de la cruz de Cristo aquellos cuyo Dios es el vientre.*[3] Pues, ¿qué mayor vileza que la del hombre, cuyo espíritu, semejante a un ángel, haga adorar una cosa tan sucia y vil?[4] Lo último, es a todo manifiesto; porque de la demasía de los manjares o del vino se causan innumerables y continuas enfermedades del ánima y del cuerpo. Cáusase especial y préstamente de la gula el vicio de la lujuria, como se ve por ejemplo en nuestros primeros padres, que luego que fueron derribados por la gula, padecieron rebelión de la carne.

El quinto y último impedimento, es tener la casa sucia. Lo cual se causa mayormente por el vicio de la lujuria, cuya hija es la ceguedad del alma. La cual, mientras está así ciega, no puede admitir la conversación divina. Y que el estiércol del vicio carnal ciegue los ojos del alma, dáse a entender en el estiércol de la golondrina que cegó a Tobías los ojos del cuerpo.[5] Así como la golondrina mora dentro de la casa, así el vicio de la lujuria ordinariamente derriba al hombre

1 hinchió, *forma clásica del verbo* henchir.
2 *Tit. 1, 12.*
3 *Phil. 3, 19.*
4 *1.ª ed.:* vilísima.
5 *Tob. 2, 10.*

dentro de la casa. Cosa es pues manifiesta, que si alguno tiene su casa llena de estiércol, no holgara el rey de entrar a morar en ella. Bien así, cuando alguno tiene su ánima hecha establo de las bestias infernales, y llena del estiércol de los vicios, y toda tan sucia, no puede recibir en sí la morada del Rey del cielo, a cuya casa divina conviene toda santidad y pureza. No echa la Sabiduría en vaso tan sucio el bálsamo tan precioso de su amor divino. Y como dice el Sabio: *En el alma malévola no entrará la sabiduría, ni morará en el cuerpo a pecado sujeto.*[1]

1 *Sap. 1, 4.*

Capítulo VII

DE LOS REMEDIOS PARA AMAR LA ORACION Y GOZAR DE LA DIVINA CONVERSACION

Vistos los impedimentos de la oración y conversación divina, resta agora de ver los remedios para gozarla. Y porque el primer impedimento, es — como dijimos — la soberbia, el primer remedio sea la humildad.

La verdadera humildad consiste en el verdadero conocimiento de ti mismo, conocimiento que de ti eres nada y puedes nada. Y así como el sol, si no le impides cerrando la puerta, luego se entra; así Dios en el ánima, cuando se conoce bien a sí misma, y no le cierra la puerta con la falsa estimación de tener bien alguno de sí misma. De modo, que no te pide, sino que no desconozcas lo que te da.

Pues para que sientas cómo de ti eres nada, piensa bien cómo no eres señor de tu propia vida. De lo cual se sigue, que ni del movimiento de tus miembros. Y sentirlo has muy claro, cuando vieres que muchos son ciegos y desean ver y, aunque quieren, no pueden. Y otros que son mancos, que aunque quieran no pueden mandar sus manos y brazos. Otros tullidos, que aunque quieren no pueden andar. Y así de las otras habilidades corporales. Y piensa entonces, cómo, si tú no padeces la privación de ellas, como aquéllos, es por la misericordia de Dios tan grande, que te hace merced de ellas.

Pues viniendo después a las cosas que son espirituales lo mismo has de sentir de ellas, pues que todo el ser y virtud corporal y espiritual de Dios lo recibes; y todo lo que es algo, de Dios emana y de Dios lo tienes. Porque lo que de sí es nada, ninguna cosa puede de su co-

secha tener ni hacer. Esto nos da bien a entender el Espíritu Santo por el profeta Esaías, diciendo: *Mirad que vosotros sois de nada, y vuestra obra de aquello que de sí no es.*[1] Si alguna buena cosa pudiésemos de nuestra propia virtud, lo primero sería pensar bien, de lo cual dice el Apóstol: *No somos suficientes de pensar alguna cosa por nuestra propia virtud, que de nosotros proceda.*[2] Después de esto, es el querer, y después el obrar; y de estas dos cosas dice el mismo Apóstol: *Con temor y temblor obrad vuestra salud, porque Dios es el que obra en vosotros el querer y el obrar.*[3] Y Esaías dice: *Todas nuestras obras habéis obrado en nosotros, Señor.*[4] Y el mismo Señor dice en el Evangelio: *Sin mí ninguna cosa podéis hacer.*[5]

Así como los ojos corporales de sí no tienen luz, mas sólo tienen disposición para recibirla y con ella, mientras la participan, ven; y si el sol no les enviase sus rayos, no podrían participarla; así las potencias de nuestra ánima, de sí no tienen virtud alguna, mas para obrar algún bien han de recibir los rayos e influencias de la divina virtud. Síguese, pues, que de nuestra cosecha no tenemos ni podemos bien alguno; sino, que lo que puede nuestro libre albedrío — si poder se puede llamar — es hacer mal, corromper el bien, desfallecer o pecar. Y si algún bien hace, movido con la gracia de Dios — la cual siempre para ello ha de estar concurriendo — así lo afea con sus poquedades, que lo hace parecer delante de Dios como el paño sucio de la mujer, que ha padecido su ensuciamiento de costumbre, como dice Esaías.[6]

Debemos, pues, para tener humildad, estar del todo desconfiados de nosotros para todos los bienes, conociendo nuestra inhabilidad; y esperar firmemente el favor de la infinita bondad. Debemos también reconocer delante de Dios nuestras culpas y miserias y las grandes llagas de nuestros corazones en que habemos incurrido por nuestra ingratitud o maldad. Esto todo nos enseña muy bien el santo profeta diciendo: *En Dios*

1 *Is. 41, 29.*
2 *1 Cor. 3, 5.*
3 *Phil. 2, 13.*
4 *Is. 26, 12.*
5 *Io. 15, 5-5.*
6 *Is. 64. Se refiere al menstruo.*

es mi salud y gloria, Dios de mi ayuda. En Dios es mi esperanza. Esperad en él toda la congregación del pueblo.[1] Esto, cuanto a lo primero. Y cuanto a lo segundo, añade luego diciendo: *Descubrid y arrojad delante de él vuestros corazones,* esto es, manifestando sus llagas, para que de él sean sanas. Y haciéndose esto, seguirse ha lo que luego añade, diciendo: *Y él siempre os ayudará.*

Debe, pues, el que quiere llegarse a Dios, fundarse en la verdad. Y por esto dice el profeta Oseas, hablando con el alma: *Desposarte he conmigo en juicio,*[2] que significa esta dicha verdad. Porque el que con recto juicio se juzgare a sí mismo, hallará, que de sí es nada, y ninguna cosa de bien puede; mas que Dios lo obra todo, y todo bien de Dios nos viene; y de nuestra parte, es recibirlo, no poniendo obstáculo de culpa u ocupación de propio apetito, como muchas veces hacemos pecando y siguiendo nuestros intereses propios.[3] Y que de nuestra propia virtud no podamos hacer ni aun querer bien alguno, manifiéstase por ejemplo en los ángeles malos; los cuales, aunque tienen tanta luz de conocimiento natural que excede incomparablemente al nuestro, con todo esto, no se pueden convertir a Dios, ni hacer bien alguno para agradar a Dios, ni para hacerse salvos; antes, están siempre en el mal obstinados, por estar de la gracia de Dios desamparados. Pues si de suyo no pueden hacer bien los ángeles, ¿cuánto menos los hombres? Si no tiene de qué gloriarse de suyo la naturaleza angélica, ¿por qué se ensoberbece el hombre, que es tierra y ceniza?

De esto así declarado, se pueden sacar dos verdades muy nobles y saludables.

La una, es la verdad incomprensible de Dios; pues, para hacernos tantos bienes no nos pide otra cosa sino que con nuestros males no le impidamos y resistamos. Esto enseña el profeta Esaías, diciendo: *Dios abrió la*

1 *Ps. 61, 6 ss.*
2 *Os. 2, 19.*
3 *Se refiere el autor a la operación que se llama remoción de obstáculos y allanamiento natural del camino de la gracia; que en realidad no se puede ni aun esto hacer sin el auxilio de Dios. Esta distinción esclarece admirablemente la operación del hombre y la de Dios o la gracia en la santificación del alma; atribuyendo a aquél la parte negativa o remoción de obstáculos, y a Dios la positiva y verdaderamente eficaz y divina.*

puerta de mi alma, y lo que yo hago es que no le contradigo ni deshuyo.[1] Verdad es que el alma, después de movida por Dios, obra con el consentimiento. Mas aunque concurre en esta obra, no obra por su virtud propia, sino mientras es de Dios movida. El cual, con su infinita virtud tan sutil y delicadamente la mueve, que no la fuerza; mas siempre le conserva la libertad que le ha dado. Mas, porque no basta la libertad sin el poderío, siempre que para el bien concurre, Dios la mueve. De modo que Dios es como el agente principal, y nuestro espíritu, o libre albedrío, es como instrumento, aunque muy noble y delicado.[2] Y esto es lo que el Apóstol nos enseña diciendo: *Más que todos trabajé; no yo, mas la gracia de Dios conmigo.*[3]

La segunda verdad, y muy notable, es la grave enfermedad y profunda ceguedad en que nos ha derribado nuestra soberbia y malicia; pues, con ser así verdad, y tan manifiesta, lo que hemos dicho de nuestra inhabilidad y maldad, hay muchos que apenas pueden ser traídos a creerlo y conocerlo, mas antes menosprecian a los otros y se estiman a sí mismos en mucho. Contra los cuales dice la Escriptura santa: *El que se estima ser algo, como sea nada, él mismo se engaña.*[4]

Es pues necesario para llegarnos con la oración a conversar con Dios, que es suma verdad, fundarnos en la verdadera humildad.

1 *Is. 50, 5.*

2 *En todo este capítulo trata el autor con mucha claridad y competencia teológica el problema de la gracia y su modo de obrar en el hombre y de la cooperación de éste con ella.*

3 *1 Cor. 15, 10.*

4 *Gal. 5, 26.*

Capítulo VIII

DEL SEGUNDO REMEDIO PARA GOZAR DE DIOS CON LA ORACION, QUE ES EL RECOGIMIENTO DE LOS SENTIDOS

Para librarte del segundo impedimento de la oración y conversación divina, que son los pasatiempos vanos y viciosos, debes por remedio tener gran cuidado de recoger y guardar tus sentidos, porque la muerte entra por sus puertas.[1] Por tanto, has de velar en tenerlas siempre cerradas al mundo y al demonio, porque no te llaguen con sus saetas de las ocasiones y sugestiones.

No te descuides ni engañes con parecerte que tienes tanto conocimiento de Dios y tanta inclinación a su servicio, que bastará para vencer cualquier encuentro. Mira, para deshacer este engaño, cómo nuestros primeros padres estando en tanta luz y santidad, como era el estado de la inocencia, ofrecida la ocasión y sugestión, cayeron en la culpa.[2] Mira, cómo Salomón siendo sapientísimo, habiendo sido de Dios tan amado y escogido, vencido de la hermosura corporal, fué hecho muy malo; y el que en mocedad, con su doctrina y ejemplo, enseñó a servir a Dios y a orar, depravado por las mujeres, vino después, de viejo, a idolatrar.[3] El Rey David, después de ser santísimo, por la vista de una mujer cayó en el adulterio y homicidio.[4] Los hijos de Dios — como en el Génesis se lee — viendo a las hijas de los hombres ser hermosas, tomáronlas por mujeres, de lo cual se ocasionó que todo el mundo se hizo

1 *Ier. 9, 21.*
2 *Gen. 3, 6.*
3 *3 Reg. 11, 4 ss*
4 *2 Reg. 11, 2 ss.*

corrupto, y fué por esto sumergido y destruído con el diluvio.[1]

Has, pues, de procurar de evitar todas las ocasiones y huir cuanto puedas de la superfluidad de estas recreaciones sensuales. Si quieres, pues, no caer con la vista, aparta tus ojos de ver los espectáculos mundanos y de cualesquier vanidades. Si quieres no ser inficionado con malas palabras, aparta tus oídos de doquier que sintieres que se hablaren cosas deshonestas, o vanas, o perjudiciales. Si quieres no murmurar, apártate de las parlerías. Si quieres no ser vencido de la gula, no pongas más de lo necesario en tu mesa. Si quieres no ser asolado de la lujuria, no sufras morar en tu casa persona que te incline a culpa, ni vayas por la calle donde temas encontrar alguna ocasión mala, ni por doquier que fueses vayas mirando, sino con los ojos en tierra, acordándote de tu presta sepultura. Y no estés un punto ocioso, mas ten siempre toda tu vida bien ordenada y en buenas obras ocupada.

Ayuda mucho para refrenarnos de estas sensuales y exteriores delectaciones, considerar frecuentemente, cómo Cristo nuestro Señor no sólo se privó de ellas por nuestro amor, mas aun abrazó las penas a ellas contrarias. Onde[2] en su pasión eligió para objeto de su vista el improperio de la compañía de dos ladrones justiciados, entre los cuales fué crucificado. Para el oído, las injurias e improperios y blasfemias y escarnios que los príncipes de los sacerdotes y los otros le estaban diciendo. Para el olfato, el lugar hediondo do estaban los huesos de los muertos por malhechores. Para el gusto, gran sed y amargura de hiel y vinagre. Para el tacto, tormentos y dolores crudelísimos de pies a cabeza en todo el cuerpo, azotado y llagado y descoyuntado.

1 *Gen. 6, 2.*
2 onde, *del latín* unde, *e. e.*, de donde, por lo que, etc.

Capítulo IX

DEL TERCER REMEDIO PARA CONVERSAR CON DIOS POR LA ORACION, QUE ES EL MOTIVO DEL AMOR DE CRISTO. Y COMO POR APLICACION DE LAS CINCO LETRAS VOCALES A SUS CINCO LLAGAS SE PODRA ADQUIRIR ATENCION EN EL OFICIO DIVINO

El tercer remedio para amar la oración, y con ella gozar la divina conversación, es considerar siempre el amor inefable con que Dios nos ama, el cual vemos por sus tantos y continuos dones, como ya arriba habemos declarado. Y que si no somos ingratísimos, nos habemos únicamente de aficionar a él, y amarle sobre todas las cosas. Que el que ama a otro, huelga de conversar con él, y cuanto más le ama, más se huelga de estar con él. Y de aquí es, que ya que no le tenga presente con el cuerpo, tiénelo en su pensamiento; y a doquiera que está, le va a buscar con el corazón.

Y con este modo está, según puede, con él; porque a *do está nuestro tesoro, allí está nuestro corazón*,[1] como dice el santo Evangelio; y a do está nuestro amor, allí se van nuestros ojos, así exteriores como interiores. Pues como Dios sea espíritu, no se puede hallar en estas cosas visibles, ni gozar de su conversación en estas cosas sensuales; sino que habemos de entrar dentro de nosotros a nuestro corazón, y buscarlo con nuestro entendimiento y afecto en la región de los bienes invisibles, esto es, en lo íntimo de nuestra ánima. Porque allí está, y allí mora, y allí se halla, y conversa. Y con-

1 *Mt. 6, 21.*

siderar cómo para entrar a las cosas interiores es menester dejar estas exteriores, así recreaciones como ocupaciones, no sólo las lícitas, mas aun las buenas. Y digo que las habemos de dejar, o del todo o en parte. Digo en parte, no ocupando todo nuestro entendimiento en ellas, sino que entre ellas se goce también de la presencia de nuestro Amado, mirándolo en ellas con los ojos de la imaginación y del entendimiento; aunque, cuanto más nos apartáremos de estas operaciones exteriores, tanto estaremos más libres y hábiles para gozar de Dios en las interiores, como lo enseña el Eclesiástico, cuando dice: *El que disminuye la obra exterior, percibirá la sabiduría.*[1] Por la Sabiduría se entiende al Hijo de Dios, el cual de buena voluntad mora y conversa con el que se abstiene de estas ocupaciones visibles. Porque, cuando el espíritu no anda en ellas derramado, halla Dios dentro de la casa al huésped que le recibe; y así remedia el tercer impedimento, que es cuando Dios halla la casa vacía.

Ayuda a este recogimiento el lugar apartado, secreto y quieto. De aquí es que nuestro Redentor, por darnos ejemplo, subía a orar en el monte, y otras veces se iba a un huerto, que estaba del ruido de la ciudad apartado. Lo mismo amonesta por palabra, a do dice: *Cuando orares, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu padre en escondido.*[2]

Verdad es que los perfectos, y aun los aprovechantes, que están en la conversación divina ejercitados, en todo lugar y tiempo podrán entrar en el aposento secreto de su corazón y, cerrada la puerta de sus sentidos, sin hincarse de rodillas, ni dar a entender que oran, pueden orar y con Dios conversar. Mas en los principiantes, la conversación de Dios, que es por la meditación y oración, es cosa dificultosa. Porque el cuerpo, pesado y corruptible, agrava al alma; y, así por esta corrupción de su naturaleza, como por la mala inclinación con que por su culpa se han incurvado a las cosas bajas y viles, que son estas terrenas, dificultosamente y haciéndose fuerza son levantados a pensar y desear las cosas altas y divinas. También la oración

1 *Eccli. 38, 25.*
2 *Mat. 6, 6.*

les es dificultosa, porque los demonios entremeten muchos y varios y desvariados pensamientos, procurando sobre todas las cosas impedirla. Mas perseverando un poco, con tener delante los ojos el fruto, presto con ayuda de Dios será vencida la dificultad y la convertirá en suavidad.

Débese también tener debida disposición y manera, en el modo de estar con el cuerpo, mientras estamos orando. Esto entiendo, cuando el que ora está solo y apartado. Entonces debe estar de rodillas o postrado, como lo uno y lo otro hizo nuestro Redentor, cuando oró en el huerto. O esté en pie, como oró el mismo Redentor estando crucificado. O si eres flaco, debes, porque no te canses, arrimarte a algún banco o silla, u otra cosa, cuando estás puesto de rodillas. Y paréceme, que es mejor arrimar las espaldas, que no los pechos. Quiere Dios ser reverenciado del ánima y del cuerpo, porque lo ha criado todo, y con todo se huelga de servirle el que es devoto. La humildad y reverente disposición del cuerpo, ayuda a la devoción y atención del espíritu.

De lo dicho se sigue, que en el tiempo a Dios dedicado, que es cuando se dice el oficio divino, conviene que estés quieto con el ánima y el cuerpo, y no rezarlo paseando, salvo por manifiesta enfermedad, o andando camino. Porque el religioso, y cualquier eclesiástico, tiene grande obligación de pagar lo mejor que pudiere el divino oficio. El que paseando lo reza, hurta parte de aquel tiempo a nuestro Señor, porque parte de él quiere tomar para su recreación. ¿Pues, qué diré de los que estando hablando con Dios, andan mirando acá y acullá en diversas partes, por recrearse en estas cosas exteriores y evadir la dificultad de la atención necesaria para conversar con Dios y ofrecerle en aquel tiempo su corazón por la oración?

¿Pues qué diré de los que estando así en el oficio divino hablando con la infinita majestad de Dios, por muy fáciles ocasiones se vuelven a hablar con los hombres, y a entender en negocios exteriores, y entremeter cosas tan extrañas y vanas? Y aunque los tales sean muy ocupados de negocios, como son mayormente los prelados, deben buscar y tener algún convenible tiempo, en que se den a Dios, como deben; y lo cumplan,

no como quien lo toma a destajo y por trabajo, sino por regalo y descanso. Los que diciendo el oficio divino, buscan juntamente recreaciones exteriores, señal es que les falta mucho del amor divino, y que tienen su corazón, no tanto en Dios, del cual tan fácilmente se apartan, como en las cosas sensibles en que más se recrean. Porque como dice nuestro Señor en el Evangelio: *A donde está tu tesoro, allí está tu corazón.* Estos que así andan recreándose en estas cosas exteriores con la imaginación o corporales sentidos en el tiempo del oficio divino, muy poco, o ningún fruto sacan al cabo del año. Y de aquí es lo que dice aquel devoto y divino libro que se llama *Contemptus mundi,* que lo que más te impide el espiritual fruto, es que tarde te vuelves a estar en verdadera oración; y primero que así ores, buscas muchas consolaciones en estas cosas exteriores. Mas los que, cuando oran, menosprecian todas estas cosas sensibles, y se recogen a conversar y recrear y negociar con solo Dios, aunque a los principios sientan alguna dificultad en desechar estas vanas recreaciones y pensamientos importunos, presto tienen en la oración mayores deleites, allende de alcanzar sus peticiones. Y por esto dice el Sabio: *que mejor es el fin de la oración que el principio.*[1]

Es también remedio para la atención y devoción de la oración, procurar de aparejar primero el espíritu con alguna buena disposición. Esto nos amonesta el Eclesiástico, diciendo: *Antes de la oración apareja tu ánima.*[2] Puédese aparejar nuestra ánima con alguna santa y breve meditación, que preceda a la oración. Y paréceme que será meditación muy fructuosa para disponernos a orar, tratar al principio aquellas palabras que dijo Abrahán, cuando quiso hablar con Dios: *Hablaré* — dice — *al Señor mío, como yo sea polvo y ceniza.*[3] En las cuales palabras se nos representa la infinita majestad y bondad divina, y nuestra vileza y maldad propia. En decir, *Señor,* se representa el señorío, en cuya mano se sustenta y de cuya voluntad cuelga todo el mundo. En decir, *mío,* se representa su amor incomprehensible y eterno. En decir, *como yo*

1 *Eccli. 7, 9.*
2 *Eccli. 18, 23.*
3 *Gen. 18. 27.*

sea polvo y ceniza, se nos representa nuestra inhabilidad y maldad.

El último remedio para la tentación y devoción de la oración sea, que al principio del oficio divino, y de cualquier psalmo, o de las palabras aquí dichas, o de otras, uses de alguna señal exterior y sensible, con que puedas de pronto presentar en tu memoria a nuestro Señor Jesucristo crucificado. Y para que fácilmente alcances esta su memoria, aplica las cinco letras vocales a sus cinco llagas principales.[1] La *A,* a la llaga de la mano derecha. La *E,* a la de la mano izquierda. La *I,* a la del pie derecho. La *O,* a la del siniestro. La *U,* a la del costado. Pues como en el principio de cualquier psalmo, o himno, u oración vocal has de hallar luego alguna de estas letras vocales, haz luego algún tocamiento o señal, en la parte a que se aplica la letra que entonces se ofrece. Si fuere la *A,* tócate en la palma de la mano derecha con los mismos dedos de ella. Si fuere *E,* tócate en la izquierda. Y lo mismo digo de los pies y del costado, haciendo en cada una algún tocamiento o movimiento, para rememorar las llagas de tu mismo Dios y esposo, por ti crucificado. Con lo cual, como ya declaramos, se nos representa máximamente estos dos motivos, que son: cómo Dios es infinitamente amable, y único amador nuestro. Con estos dos motivos de esta suma lección de Cristo y su pasión, puedes y debes — oh ánima — despertarte siempre en profunda meditación, con la cual alcances y goces la verdadera oración.

1 *Aunque algo infantil este método y procedimiento de mantener la mente atenta y devota a lo que reza; sin embargo, fué muy recomendado este modo, especialmente en la Edad Media y todo el siglo* XV.

Capítulo X

DEL CUARTO REMEDIO PARA AMAR LA ORACION Y GOZAR DE LA CONVERSACION DE DIOS, QUE ES LA FRECUENTACION DE LOS SOBREDICHOS EJERCICIOS

Dijimos que el cuarto impedimento para amar la oración y gozar de la conversación divina es, cuando halla Dios la casa entorpecida, lo cual es por la gula. Pues para que el ánima no siga el apetito desordenado del manjar de su cuerpo, el remedio es, que el espíritu coma cuanto más pudiere el manjar suyo. Su manjar es la palabra de Dios, la cual se come usando el ánima de los sobredichos ejercicios, que son: la lección, y la meditación, y la oración, que se gozan con el entendimiento, con el cual el hombre goza de su manjar propio, conforme a lo que dice el Eclesiástico, hablando del justo: *Dióle Dios* — dice — *a comer pan de vida y entendimiento.*[1] La lección apareja el manjar. La meditación lo masca, La oración lo gusta.

Gran diferencia hay entre este manjar espiritual y el corporal. Porque el manjar del cuerpo no se puede tomar de él sino poco, que baste para lo necesario; y si más se toma, daña. Mas el manjar espiritual cuanto más de él se come, tanto más aprovecha. El manjar del cuerpo, presto hinche su estómago; mas el manjar del espíritu, hácelo más capaz, y ensancha y habilita más su espiritual estómago. El manjar del cuerpo, cuando se toma de más, se hace desabrido; mas el manjar del espíritu, cuanto más de él se toma, es más sabroso. Del manjar corporal, no se puede gozar casi en todo el día,

1 *Eccli. 15, 3.*

sido obra[1] de una hora; y si un poco más alguno en él se detiene, cáusale mala disposición y enfermedad. Mas el manjar del alma, puédese gozar todo el día, y con esto da más buena disposición y salud.

De lo dicho se sigue, que la frecuentación de la lección y meditación y oración, es gran remedio contra la gula; porque, cuanto el espíritu gusta más de su propio manjar, tanto más desprecia el corporal. También, cuanto el espíritu más recibe su manjar espiritual, tanto más engorda, y recibe más salud y más fuerza. Y cuanto más se aumenta la fortaleza del espíritu, tanto mejor puede vencer el apetito desordenado sensual del manjar del cuerpo.

De las cosas ya dichas fácilmente se puede conocer, cómo el que se da a los ejercicios santos de la devota lección y amable meditación, alcanza disposición de su alma para darse a la oración y gozar de la divina conversación. Mas, si con todo esto, hubiere alguno que pregunte ¿cómo puede holgarse de conversar con Dios, pues no lo ve? A esto respondo, que el que tiene algún amigo, huelga de conversar con él, aun cuando no le vea, si sabe que está presente y le oye y le responde. Como acaece estando a oscuras de noche. Pues como sepamos que Dios está en toda parte, y oye al que le habla, y responde dulcemente al que familiarmente y con toda gana le conversa; de aquí se sigue. que en todo tiempo y lugar le podemos y debemos conversar, aunque estemos en la noche de este mundo. Porque, aunque en esta vida estemos, como quien está a oscuras, en respecto de los que gozan de aquella suma luz viendo claramente la divina esencia; la misma conversación con que Dios se goza en esta vida presente, aunque como de noche, nos alumbra y encamina para comenzarle a gozar aunque imperfectamente, entre las tinieblas de este presente siglo; y nos guía hasta el punto que nos amanece en el cielo, viendo claramente su presencia e infinita hermosura con su luz clara y perfecta.

Cuánto más, que su presencia y amor y muchas dulces palabras con que nos habla, podemos ver en todas

1 obra de una hora, *e. e.*, cosa de una hora *o* el espacio de una hora.

las cosas; porque en todas, si bien miramos, se manifiesta. Porque, así como tú ves el corazón o ánima invisible de tu amigo por las señales exteriores y visibles; así, y mucho mejor, puedes y debes ver la presencia de tu Dios por medio de sus obras y sus dones. Pues, como puedas gozar de la conversación de Dios todas las veces que quieras; y con ella, de tanta honra y deleite y provecho. ¿cuánta razón es, que te esfuerces a vencer un poco de dificultad, que para la oración se ofrece en el principio?

Dime: si el Rey de la tierra — y que, junto con esto,[1] fuese el más sabio y virtuoso y de más dulce conversación que hubiese en el mundo y perfecto amigo tuyo —, este tal te convidase a conversar con él todo el tiempo que quisieses, y sintieses que se huelga mucho de esto por el grande amor con que te ama, por el cual allende de su honra y de su conversación, te prometiese hacer todas las mercedes que le pidieses por sólo que le conversases: si esto todo tuvieses por cierto, ¿dejarías de conversarle, por no tomar un poco de trabajo de subir a su palacio,[2] aunque hubieses de ir cuesta arriba por espacio de un cuarto de legua? Por cierto, con grande alegría vencerías la dificultad de esta subida. Pues, ¿por qué no harás esto mismo para vencer la dificultad que se ofrece al principio de la oración, pues sabes que con vencerla subes a conversar con el Rey del cielo, que en sabiduría y potencia y bondad es inmenso, en conversación suavísimo, y único amador tuyo; y que te promete, por sólo conversarle, todo cuanto le pidieres, que te sea provechoso?

La dificultad que se ofrece al principio de la oración, y que has de procurar siempre vencer, es — como muchas veces hemos dicho — apartarte de estas recreaciones y ocupaciones exteriores; de las cuales vanidades se te hace dificultoso apartarte, por haberte a ellas mucho inclinado por tu culpa y descuido. Mas si de ellas te apartas, y dentro de ti te recoges, hallarás a Dios como deseas. Porque cuanto menos la virtud de tu ánima se derrama en las cosas de fuera, y cuanto más de sus ocupaciones se vacia, tanto queda más libre para

1 y junto con esto, *e. e.*, con ser Rey.
2 *1.ª ed.:* palacio real.

vacar a la meditación y oración, y ver y conocer a Dios, conforme a lo que nos amonesta por el profeta, diciendo: *Vacad y ved que yo soy Dios.*[1] También, porque cuanto se abstiene más de las consolaciones de las criaturas, tanto más se hace digna de la divina consolación. Por lo cual dice el profeta: *Menospreció mi ánima consolarse* — conviene a saber, en cosas las de este mundo —; *de Dios se acordó y se deleitó.*[2]

Debemos, pues, procurar, cuanto más pudiéremos, evitar las consolaciones de estas cosas transitorias, no sólo ilícitas, mas aun las lícitas, como es oír nuevas, y hablar unos con otros, si no fuere para despertarnos a Dios; y de reírnos y de tomar cualesquier pasatiempos vanos; y aun de tomar demasiadamente corporales ejercicios, aunque sean útiles y buenos. Pues, como está ya declarado, privan de otros mejores, que son, la lección, meditación y oración, con que se goza la divina conversación.

1 *Ps. 45, 11.*
2 *Ps. 76, 3.*

Capítulo XI

DEL QUINTO Y ULTIMO REMEDIO PARA LA ORACION Y CONVERSACION DE DIOS, QUE ES FRECUENTAR LOS SANTOS SACRAMENTOS DE LA CONFESION Y COMUNION

El quinto y último remedio para gozar de la conversación de nuestro Señor Dios por medio de la oración es, que no halle Dios sucia la potencia de nuestra alma, cuando viene a ella; más limpia y adornada, para que huelgue de entrar y morar en ella. Esta pureza y limpieza y hermosura se alcanza[1] por la frecuentación de los santos sacramentos de la confesión y comunión. Porque cada vez que se recibe cualquier de ellos — no poniendo impedimento — nos da nuestro Señor nuevo aumento de gracia, con la cual el ánima es purificada, y hermoseada, y deificada.

Especial y principalmente es ordenada la confesión para purificar el alma. Porque, así como con el agua se limpia la suciedad corporal, así el agua de las lágrimas, que ha de preceder y acompañar a la confesión por el dolor del pecado, alimpia de toda manzilla al espíritu. Y también con la gran vergüenza que se debe tener del pecado se adquieren las lágrimas de contrición, con que se riega la casa. Y con la lengua, manifestando las suciedades que tenemos dentro, como con una escoba echamos aquellas suciedades fuera.

Es la confesión muy necesaria para limpiarnos de la culpa. Porque, puesto que el pecador después de haber pecado mortalmente, se arrepiente, teniendo pesar y dolor de su pecado; y tenga también propósito

1 se alcanza. *Es frecuente en los clásicos concertar el verbo en singular con varios sujetos, que reclamarían el plural.*

de enmendarse, y de confesar, cuando lo manda la iglesia: con todo esto, puede ser que se quede en pecado mortal. Y aun temo que las más veces acaece así. Porque el tal dolor puede nacer del amor propio, y no del amor divino; y mientras este pesar, o dolor, no nace del amor de Dios, no es contrición, sino solamente atrición, que es un dolor imperfecto, no formado[1] con caridad. Y mientras no hay en el alma otro, que es el que es llamado contrición, formado con la caridad, siempre se queda en pecado mortal. Y aunque sea tan grande el pesar o dolor de sus pecados, que venga a llorarlos;[2] si el tal dolor no nace del amor de Dios, al cual porque ya ama sobre todas las cosas le pesa sobre todas las cosas de le haber ofendido, siempre se queda en pecado.

Este arrepentimiento imperfecto, engaña a muchos, pensando, que con él están ya en gracia, lo cual es grande engaño del demonio. Porque el pecado consigo trae ordinariamente arrepentimiento, como lo enseña el bienaventurado nuestro padre San Agustín, diciendo: *Mandaste, Señor y así es hecho, que todo ánimo desordenado sea pena a sí mismo.* Esto puede ver por experiencia cada uno; mayormente en los pecados carnales, que son más manifiestos. Y tanto el pecador puede tener mayor pesar, y lo tiene estando fuera de gracia, cuanto alcanza más claro ingenio, o más luz de letras; y cuanto más intensamente se ama. Porque el tal pecador, cuanto más conoce los males en que ha incurrido por el acto o deleite del pecado, ya pasado, tanto más le pesa de haber en él caído. Y aunque sea tanto el pesar, que vengan a llorar, si no es más de por esta causa, se quedan en pecado mortal.[3] Esto se muestra

1 no formado, *e. e.*, no informado o penetrado.

2 *1.ª ed.:* ollarlos.

3 *En todo esto habla el autor del dolor del pecado como de un acto natural del hombre, que se duele de haber caído en tal o cual acción indigna y vergonzosa del hombre; como sería en una persona noble y rica haber robado una cosa vil; o el pecado de infidelidad con la esposa o amigo, a quienes lo debe todo; o una mentira en una persona honorable; o una vileza y bajeza en un caballero y gran señor, etc. En estos casos las caídas o recaídas suelen llevar consigo un gran dolor y confusión, y aún a veces lloran las tales personas sus pecados y los detestan de todo corazón. Pero este dolor, si no pasa de ser por motivos naturales y humanos, no es suficiente para borrar la mancha, que sólo la gracia sobrenatural puede borrar. La* contrición *es, pues, siempre necesaria para borrar los pecados; sin embargo, como más adelante explica, puede la atrición, unida a la*

bien en Esaú, el cual, aunque por su culpa derramó muchas lágrimas, no mereció ser perdonado, como lo pondera el Apóstol; antes, con todo esto se condenó, y está en el infierno.[1] El Rey Antiocho, viéndose muy enfermo, le pesó, y mucho, de todos sus pecados, y propuso y prometió la enmienda, y de ser gran servidor de Dios de allí adelante, y hacer grandes bienes en su servicio. Y con todo esto, nuestro Señor Dios, aunque es clementísimo, no quiso perdonarlo; antes, lo dejó caer en el infierno.[2] Porque aquel dolor no le procedía del amor divino, sino del amor propio, por el cual, cuanto más se amaba tanto más le pesaba de todo lo que había ofendido por los males en que había incurrido.

Esto mismo se cree acaecer regularmente a todos los que por toda su vida se dan a rienda suelta a los vicios, y guardan a hacer la penitencia a la hora de la muerte; en la cual, no dejan los tales de corazón sus vicios, mas los vicios los dejan a ellos. Por lo cual, contra éstos dice el bienaventurado Padre San Agustín una terrible sentencia, y es ésta: *Con tal juicio es herido el pecador, que a la hora de su muerte no se acuerda, como debe, de sí mismo; el cual, mientras vivió, se olvidó de Dios.*

No queremos decir, que si a la hora de la muerte tiene éste tal contrición, no se salve; que salvaríase con ella, aunque hubiese cometido todos los pecados del mundo. Mas dice San Agustín, que al tal pecador no quiere Dios darle gracia con que se convierta a él por verdadera contrición, mas el tal muera con atrición sola, con la cual se condena. Y aunque el tal se confiese y comulgue, no le aprovecha, antes daña, porque pone impedimento, no teniendo propósito verdadero,

confesión sacramental, borrarlos, puesto que el efecto de ésta es hacer al hombre de atrito contrito. *Téngase en cuenta esta doctrina para la recta interpretación de todo este capítulo, eminentemente teológico.*

1 *Hebr. 12, 16: A pesar de lo que dice el autor, no consta por ninguna parte que Esaú se condenase, ni la Iglesia ha dicho sobre esto la menor cosa. Es verdad que así lo dicen algunos Santos Padres, interpretando en este sentido aquellas palabras de la Escritura:* Jacob dilexit, Esaú autem odio habuit. *Pero la mayoría los entienden en el sentido de* primogenitura y herencia del Patriarcado, *que la pasó a Jacob gratuitamente y porque quiso, quitándosela a Esaú.*

2 *2 Mach. 9, 11 ss. Dígase también lo mismo que del anterior.*

sino falso, de hacer enmienda, porque ve que más no puede gozar de lo que en este mundo ama.[1]

También, aunque uno tenga pesar de lo pasado, y esté bueno y sano, y tenga propósitos de enmendarse, si no tiene — como ya dijimos — el dolor perfecto de la contrición, siempre se queda en pecado mortal, si no se allega a la confesión. Mas si alguno convirtiéndose a Dios con tiempo, quiero decir, si tiene verdadero propósito de enmendarse y pesar de todo lo pasado, y juntamente con esto se allega al sacramento de la confesión: en participando este sacramento, sale del pecado. Porque, por virtud de la gracia, que por el sacramento de la confesión se le infunde, es hecho de atrito contrito.

De esto, así declarado, queda muy manifiesto, cuán gran remedio sea la confesión para salir del pecado, pues sin ella el dolor y el propósito de la enmienda, y el propósito de confesar cuando lo manda la Iglesia, puede ser muchas veces que no basten a sacar el alma de la caída de la culpa. Mas, si con las disposiciones ya dichas, se participa actualmente la confesión, con esto basta, y es reducida el alma a estado de gracia.

Colígese también de aquí el gran desatino de los que, después de haber pecado mortalmente, dilatan la confesión, ni aun por una semana; ¿cuánto más en cabo de un año, quiero decir, hasta la cuaresma? Porque aunque es verdad que la iglesia no obliga a la confesión sino en aquel tiempo, y en otros ciertos casos; lo que de esta licencia pueden sacar es, que si no se confesaren antes, no incurrirán en nuevo pecado mortal por no se confesar antes de aquel tiempo. Mas no les concede la Iglesia que salgan de cualquier otro pecado, si no fuere, o teniendo verdadero dolor de contrición, el cual muchas veces y las más, como ya se ha dicho, debemos temer que falte; o, llegando con la atrición y propósito de la enmienda, participar el remedio de la confesión sacramental, con lo cual el ánima queda absuelta.

Ésta es, según creo, una de las principales causas

1 *Esto es muy verdad y confirma el dicho:* Sicut vita, finis ita. Como es la vida, así es el fin. *En realidad quien ha vivido siempre olvidado de Dios y de sí, muere también olvidado de Dios y de sí. Quien ha vivido tibio, tibio muere; quien neciamente ha vivido, como necio también muere.*

por qué el día de hoy caen los cristianos en tantos pecados, y de cada día más se van despeñando en sus vicios; y es, por no recurrir luego al remedio, sino antes, dilatar este santo Sacramento. Porque como dice San Gregorio: *Todo pecado que presto no es lavado y deshecho por la penitencia, con su mismo peso atrae y hace caer en otro.* Pues, como los tales, por contentarse con sola la atrición y no llegarse a la confesión, no hacen verdadera penitencia, siempre se quedan en pecado mortal, fuera de la divina gracia. Y por estar privados de ella, de cada día más se van despeñando de una culpa en otra. Porque como les falta la buena inclinación, que da y aumenta el favor del Espíritu Santo, para resistir a la mala inclinación del vicio, de aquí les sucede que, aunque tienen pesar y propósito de se enmendar, mas ofreciéndoseles las especies concupiscibles de los vicios a que están inclinados, y mayormente con las ocasiones de los aparejos, fácilmente tornan a caer en sus pecados.

También, porque cuanto más pecan, tanto más mal inclinados se hacen. De aquí es, que, cuanto más viven, más pecan; y cuanto más pecan, tanto más al mal se inclinan. Y así, cayendo de cada día en más y peores vicios, se vienen a hacer incorregibles y obstinados. De modo que, por una poca de negligencia de llegarse luego a la confesión y participar presto este remedio, se pueden condenar; y se cree que se condenan muchos a caer y estar para siempre en el infierno.

Es pues la confesión sacramental gran remedio para la oración. Lo uno, porque quita el impedimento del pecado, que inclina a lo contrario. Lo segundo, porque da y aumenta siempre la inclinación buena con el aumento de la gracia. Lo tercero, porque dispone al alma para dignamente participar la santa comunión, la cual mayormente se dispone[1] a orar y gozar de la divina conversación.

1 *1.ª ed.:* se dispone, como luego diremos, a orar.

Capítulo XII

DE COMO LA SANTA COMUNION AYUDA MUCHO PARA CONSERVARSE EL HOMBRE EN GRACIA Y GOZAR DE LA CONVERSACION DE DIOS

El otro remedio, y muy mayor, es frecuentar el santo Sacramento de la Comunión. La razón de esto es, porque cada vez que se recibe con pesar del mal pasado y propósito verdadero de no ofender más a Dios, y con haberse confesado, se recibe con disposición suficiente, y en estado de gracia, y con nuevo aumento de ella, en mayor grado que en otro sacramento ninguno.

No debe el hombre esperar otra disposición y dignidad. Porque si espera ser digno de otro modo, es engaño del demonio; el cual, sobre todas las cosas procura impedirnos la comunión, porque sabe que no hay cosa que al pecador pueda ser más saludable para conservarle y aumentarle en amor divino, y conversación entrañable de nuestro Señor Jesucristo. Si el hombre espera a ser digno de otro modo, nunca podrá comulgar. Porque aunque tuviese la santidad y méritos de todos los santos que son en la tierra y en el cielo, no sería digno de condigno para recibir este santo Sacramento. Quiere Dios hacernos estas mercedes inmensas, por su caridad infinita.

Danos este don excelentísimo, no por nuestros méritos, sino por su inmensa bondad. Y no nos pide que lleguemos como dignos por nuestros méritos; mas, que no se llegue alguno, habiéndose hecho de nuevo indigno;

que es, mientras está caído en mortal pecado. Recibiéndolo, pues, con sola la disposición ya dicha, cada vez nos comunica nuevo aumento de gracia, y en mayor grado que en otro Sacramento alguno; porque se recibe en él, por singular modo de su divina presencia, la misma fuente de la gracia, que es el mismo Cristo.

Y recibe(se)[1] su divino favor en la comunión, por dos vías. La una, por parte de la devoción del que lo recibe; y la otra, por virtud del mismo Sacramento. ¡No hay cosa con que más Dios alumbre al alma! Y en figura de esto, se lee de Jonatás, que gustando un panal de miel, dijo, que se le habían alumbrado los ojos. Por el panal se entiende Cristo, cuya miel — que es su divinidad — está en la cera obrada sin corrupción, que es su humanidad purísima. No hay cosa también, que más fuerzas y esfuerzos dé al ánima para proseguir el camino del cielo, que es con el comer este pan sagrado. Y en figura de esto se lee de Elías, que comiendo de un pan subcinericio, anduvo en virtud de aquel manjar hasta llegar al monte de Dios, que era llamado Oreb.[2] Por aquel pan se entiende Cristo, que es pan que descendió del cielo, traído por el ángel del gran Consejo, que es también el mismo Cristo, el cual nos trujo[3] y dió a sí mismo. Por el monte de Oreb — a do Dios más especialmente mora, porque allí es visto —, se entiende el cielo empíreo.

Pues, como toda esta eficacia sea de la gracia, la cual inclina el ánima a Dios; y cada vez que alguno comulga, se le aumenta; de aquí es, que, cuando más fuere frecuentada, con sola la dicha disposición, tanto más se aumentará la inclinación de la divina dilección, que — según algunos — es lo mismo que la gracia. O si es distinta — según Santo Tomás — cuanto hay más de gracia con que se perfeccione la esencia tanto hay más de caridad, que es la dilección divina, con que se perfecciona la potencia del ánima: pues, cuanto uno estuviere más inclinado a Dios por amor, tanto estará

1 *1.ª ed.:* recíbese. *2.ª ed.:* recibe. *Nos parece errata de imprenta la de la segunda edición.*

2 *3 Reg. 19, 6.*

3 trujo, *forma anticuada de* trajo, *que se usa no obstante actualmente en algunas comarcas de España, entre gente de pueblo.*

más habilitado y más dado a gozar de la divina conversación por medio de la oración.

Esto se ve por experiencia, aun en la conversación humana. Porque, cuanto una persona más ama a otra, tanto más desea, procura y huelga conversar con ella. Así también el que frecuenta, como hemos dicho, la comunión, en la cual siempre se aumenta el amor de Dios, no puede dejar de frecuentar la oración, por gozar de tan amable y amada conversación. Esto nos da a entender el bienaventurado San Lucas en el libro de los "*Actos de los apóstoles*", a do, hablando de los cristianos de la primitiva iglesia, dice: *que perseveraban en la doctrina de los apóstoles y en la oración y en la comunión.*[1] Pone la oración y la comunión juntas, porque siempre andan acompañadas. Presupone la doctrina evangélica, porque para lo uno y lo otro es grande adyutorio.[2] Dice, que *frecuentaban la comunión;* porque todos comulgaban, por lo menos cada domingo. Dice, que con esto *perseveraban;* conviene a saber, en buena vida, la cual representa el mismo San Lucas, diciendo: *que todos vivían unánimes, teniendo una ánima y un corazón en Dios.*[3] Por lo cual, también se holgaban mucho de darse a la oración, por conversar con Dios.

Y porque del amor de Dios redunda el amor del prójimo; y la caridad — como dice el apóstol —: *No quiere las cosas que son suyas,*[4] — que quiere decir como lo declara nuestro Padre San Agustín *que antepone las cosas comunes a las propias,*[5] — de aquí es, que ellos hicieron entre sí todas las cosas comunes, para que fuese repartido a cada uno lo que fuese necesario. Y también, porque por la fuerza del amor de Dios y deseo de su celestial Reino, tenían despreciado todo lo de este mundo.

Toda esta santidad les provenía — como allí dice

1 *Act. 2, 42.*

2 Adyutorio, *término latinizante, hoy anticuado, por* ayuda. *No obstante debiera ponerse en uso esta forma, pues, no tenemos otro equivalente. El Diccionario no registra esta palabra.*

3 *Act. 2, 6. El texto de San Lucas dice:* un corazón y un alma. *El autor cambia los términos por influencia de la* Regla de *San Agustín, que da la lectura del autor.*

4 *1 Cor. 13, 5.*

5 San Agustín. *Regla, C. IV,* quiere, *el original latino,* busca.

San Lucas — de *perseverar en la doctrina santa:* la cual se hace por la lección o predicación y por la meditación. Y lo segundo, por darse a la oración. Y lo tercero, por comulgar por lo menos cada domingo. Y con estos divinos auxilios vivían en tan bienaventurado estado de vida común y religiosa; de modo, que todos — así los casados, como los otros — vivían en aquel estado, como ahora los buenos religiosos; y así vivían como verdaderos cristianos.

Mas, ¡cuán al contrario se vive ahora en nuestros tiempos! ¡Oh tiempos desdichados, que cotejados aquéllos y los que agora vivimos, no parecemos cristianos! ¡Oh tiempos — como dice el Apóstol — peligrosos! Porque — como allí dice el mismo — ya los hombres son amadores, no de Dios, sino de sí mismos.[1] ¿Quién no se espanta de tan gran caída, si coteja esta nuestra vida con aquélla? ¿Quién no tiembla de ver la iglesia tan eclipsada? ¡Cuán pocos hay el día de hoy entre los mismos que se llaman cristianos, que vendan toda su hacienda, como hacían aquéllos, y se queden con sólo día y victo, por socorrer a las necesidades de su prójimo! Pluguiese a Dios, que siquiera la tercera parte de los bienes temporales que tienen, empleasen en remediar las necesidades que otros padecen. Pluguiese a Dios, que diese siquiera cada día el rico de comer a un pobre.[2] Pluguiese a Dios, que de las vestiduras sobradas y tan superfluas que traen y tienen en las arcas, cubriesen a sus hermanos las espaldas desnudas. Pluguiese a Dios, que ya que no venden por amor de Dios su casa, tuviesen siquiera cuidado de dar cada día parte de ella a Cristo, dándole posada en algún pobre suyo. Pluguiese a Dios que con lo mucho que sobra a los ricos, *redimiesen* — como dice Daniel — *sus pecados con socorrer a las necesidades de sus prójimos.*[3]

Mas, para esto, luego los avarientos y cobdiciosos, y todos los amadores de este mundo, tienen la respuesta en la mano, y dicen: *Que nada les sobra, antes les falta.* En esto, según su intención, dicen muy gran verdad. Porque teniendo respecto a lo que han menes-

1 *2 Tim. 3, 1* ss.
2 *1.ª ed.:* un hombre.
3 *Dan. 4, 24.*

ter para satisfacer a su gula y a su lujuria y a su pompa y a su cobdicia, ninguna cosa les sobra; antes, es mucho lo que les falta. ¡Desventurados de ellos, que tienen corazón para servir a los juegos con muchos dineros, y no para servir a Dios en los suyos! Tienen estómago para echar un montón de reales o de ducados en un resto, y no para socorrer con uno al necesitado. Tienen ánimo para gastar a desmuertas[1] en mil vanidades y locuras, mas no para favorecer las iglesias pobres de los monasterios y de las parroquias, así para sus ornamentos como para sustentación de sus ministros. Son manirrotos en gastar para lo que se les ofrece de su interés o vana honra, mas hállanse maniatados para hacer algún gasto en lo que cumple a la honra divina.

Mas, fuera de todo esto, para no hacer caridad, ármanse con otra escusa que el demonio les enseña y con que les engaña, porque les parece muy justa y santa. Porque dicen algunos: No queremos todos estos bienes para nosotros, ni para esos gastos profanos, sino para remediar a nuestros hijos. ¡Como si aquellos cristianos de los tiempos ya dichos, no tuvieran también hijos! ¡Como si Dios no tuviese más cuidado de sus hijos, que ellos mismos! ¡Y como si no les dejasen mejor heredad con el ejemplo de vida templada y amor de la pobreza y menosprecio del mundo, que no con procurar de casarlos en más alto grado, o subirlos a mayor fausto! ¿De dónde les ha venido a éstos estar tan ciegos y tan desatinados, que ya no son verdaderos cristianos, como los de aquellos tiempos; sino, porque aquéllos se comulgaban — ya hemos dicho, por lo menos cada domingo — y éstos no, sino de año en año, y aun entonces Dios sabe cómo?

Ésta es la causa principal por que han venido en un estado tan seco, como lo enseña el profeta, hablando en persona del pueblo cristiano, que es en este tiempo. *Hase* — dice él — *mi corazón secado, porque se olvidó de comer su pan*,[2] que es el santo Sacramento. Porque el manjar material es manjar del cuerpo, mas el manjar

1 desmuertas, *no se halla en el Diccionario. El significado es claro:* sin tino, a manos rotas, a espuertas.
2 *Ps. 101, 5.*

del corazón, por el cual se entiende el espíritu, es el pan vivo que da vida verdadera — esto es, la espiritual — a todo aquel que verdaderamente vive en este mundo.

Así como con la falta de manjar corporal, por no ser frecuentado, presto muere el cuerpo; así con la falta del manjar espiritual, presto muere el espíritu. Y por tanto, así como para el cuerpo tomamos su manjar cotidiano, así para sustentación de la vida del espíritu importa mucho tomar cada día, a lo menos espiritualmente con el deseo; y en cabo de la semana, en el mismo Sacramento. Aunque más aprovecharía si espiritual y sacramentalmente se recibiese cada día.

Por esto nuestro Señor nos avisa, que digamos cuando oramos: *Nuestro pan sobresustancial cotidiano, dánosle hoy, oh Padre nuestro.*[1] Estas dos palabras juntas dijo nuestro Redentor que dijésemos en la oración del *Pater Noster,* que él mismo nos compuso. Porque un evangelista dice que dijo la una, y otro la otra, de do se sigue que las dijo entrambas a dos juntas. Pues en lo que dice, *sobresustancial,* da a entender que se pide el pan sacramental. En lo que dice, *cotidiano,* nos da a entender, que debe ser cada día frecuentado. Y por esto dice San Agustín: *de tal manera vive, que cada día puedas comulgar.* Yo por lo menos te amonesto que comulgues cada domingo.

Este Santísimo Sacramento es piélago inmenso de amor, porque en él realmente se contiene y se da el mismo Cristo, Dios nuestro, que es ese mismo Amor por esencia. Y así este singular don procede de máximo amor divino, y es en nosotros causativo de máximo amor suyo. Y esto se significa en el modo con que se da en él el mismo Dios, conviene a saber, en manjar. Porque el efecto del amor es unión; y de aquí es, que el que ama a otro de amor perfecto, querría siempre tenerlo presente, y aun tenerlo cabe sí. Y cuanto más le ama, tanto quiere tenerlo más junto consigo; y hasta llegarlo y meterlo dentro de la fuente do procede su amor, que es el corazón. Y por tanto, si pudiese el que así ama, abrirse el pecho sin daño suyo, y meter dentro de él a su amigo, hacerlo había de grado,

1 *Lc. 11, 3.*

por poder dentro con su mesmo corazón abrazarlo, y dentro de él meterlo, y consigo perfectamente unirlo; y de esto recibiría más gozo.[1]

Por esto, nuestro Dios, como nos ama con amor perfecto e incomparable y sumo, y sea todopoderoso; porque supo, y pudo, y quiso, se nos dió con este efecto de perfecta unión de su amor divino. Y por esto se nos da en manjar. Para que, comiéndolo, lo metamos dentro de nuestro pecho. En el cual manjar, aunque mascamos y desmenuzamos las especies sacramentales, no mascamos ni desmenuzamos su cuerpo; mas en cada partecita se queda entero, y lo metemos dentro de nos así todo entero y sano, para que lo podamos apegar a nuestro corazón, y abrazarnos con él, y unirnos con él. Y por esto también se da en manjar; porque el manjar se convierte en el que lo come, y se hace una cosa con él. Y así, el que con debida disposición comulga, es hecho una voluntad con la de Cristo, y es a él perfectamente unido.

Hácese también conversión, mas no como en la comida corporal. Porque allí el manjar se convierte en quien lo come, y esto, porque el que lo come es más noble que el manjar comido. Mas en esta comida divina es la conversión al contrario. Porque el manjar — que es el mismo Dios — es más noble, que el que lo come, que es nuestro espíritu. Por esto no se convierte el manjar en el que lo come, mas el manjar — que es Dios — convierte al que le come en sí mismo. Y aunque no sustancialmente, a lo menos por participación. Y así convertido, es mudado de carnal en espíritual, y de humano en divino. De modo que, con recibir debidamente este santo Sacramento, queda el hombre deificado. Y esto es lo que dice San Agustín que le dijo Dios: *Crece y comerme has; mas no me mudarás tú en ti, más tú serás mudado en Mí.*[2]

También, porque del amor de Dios nace el amor verdadero del prójimo, de aquí es, que el que dignamente comulga, es con todos sus prójimos, amigos y enemigos, por caridad y amor verdadero unido. Y por

1 *Este afecto de amor se da a entender con los abrazos y besos, con los que los amantes querrían embeberse y como meter al amado en su pecho y corazón.*

2 San Agustín, *Confessiones, lib. X, C., n.*

esto — como dice el mismo divino padre [1] — se da este Sacramento so las especies de pan y vino; porque el pan se hace de muchos diversos granos en una masa unidos, y el vino también de muchos granos y racimos de uvas que son hechos un licor en él unidos.

¿Quién podrá explicar, cuánto sea bienaventurado el estado en que vive el que frecuente y debidamente comulga? Por un ejemplo podremos dar a entender algo de la abundancia de sus bienes y goces y deleites. Pongamos que un gran Príncipe de este mundo amase tanto a su esposa, que nunca quisiese apartarse de ella. Pongamos que a éste, Dios le diese poder de convertir su cuerpo en un mazapán, cada vez que quisiese, y de la cantidad que quisiese; y con esta gracia, puesta por obra, se diese a su esposa hecho como un mazapán, para que lo metiese en su pecho, y allí se lo trujese cada vez que ella quisiese; y aun dentro de su pecho, si por la boca — como podía — lo metiese. Ésta tal, si le ama como debe, tendría gran gozo de traer consigo en su seno a su tan amable y tan amado esposo, porque el gozo procede de tener lo que se ama; y cuanto es más amable, y más junto o íntimamente se tiene, más se goza. Pues si este esposo anduviese así por puro amor en el pecho de su esposa, a su corazón apegado y abrazado, de dentro; y de fuera, mandase a todos los de su corte, que siempre la anduviesen sirviendo: ¿Qué vida gozaría tan sabrosa? ¿De cuánta consolación y deleite gozaría, trayendo así siempre consigo tan dulce esposo? ¿Y cuán segura, andando así servida de todo el mundo, y trayendo dentro de sí, para su guarda, aquel señor y príncipe tan poderosos? Pues, esto todo recibe y goza el ánima que frecuente y debidamente comulga, porque trae dentro en su pecho a su tan amable y amado esposo; y de fuera, por su mandamiento, le andan sirviendo toda su corte, la tierra y el cielo. Todas las criaturas terrenales, visiblemente, y los ángeles, acompañando, guardando y sirviéndola, invisiblemente. Y finalmente, todo lo que es de su esposo, es suyo; y todo le sirve y obedece, cuanto hay en todo el mundo.

El que por negligencia de no aparejarse, no comul-

1 Este divino padre, *e. e.*, San Agustín.

ga, señal es que poco ama, o que no ama de amor verdadero a Cristo. El que no huelga, sobre todo, recibirlo muchas veces en su casa, señal es que no está en su amistad divina; pues, que el amor verdadero desea recibir cada día a su amado, y gozar de la conversación de su amigo.

Cosa es, pues, de gran espanto, ver la ingratitud y desvergüenza de un mal cristiano, y la maldad y ceguedad del mundo; pues, quiere Dios venir a morar con él en su casa, y que él, por no barrerla y aparejarla, no quiera recibirlo.

Dos géneros de hombres son los que se condenan: los unos son los que se atreven a comulgar en pecado mortal, de los cuales dice el apóstol: *que comen y beben para sí su juicio.*[1] Los otros, son los que no tienen el deseo y cuidado debido de recibirlo. Los primeros lo reciben en su casa, no como amigo, sino para servirse de él de cocinero o despensero, como lo hacen los malos sacerdotes, que estando en pecado mortal celebran, porque se les guise el manjar del cuerpo, o porque se les aumente el interés terreno. Y otros lo reciben por cumplir con el mundo. Los segundos le dan con las puertas en los ojos, porque él llega a llamar y convidar; y ciérranle la puerta, no le queriendo recibir. Esto hacen muchos malos, de los legos, y algunos, peores, eclesiásticos,[2] de éstos dice el Evangelio: *Si no comiéredes mi carne y bebiéredes mi sangre, no tendréis vida en vosotros;*[3] de lo cual se sigue, que están muertos. Y como el que está muerto no puede conversar con la vida, que es el mismo Dios: de aquí procede, que los tales huyen de la oración como de su enemigo, porque no huelgan de conversar con Dios, sino con el mundo, en el cual tienen su corazón metido.

Mas el justo — como dice la santa Escriptura — *Desvélase en dar su corazón al que lo hizo.*[4] Y esto hace, frecuentando los sobredichos ejercicios divinos, que son la Lección, Meditación, y Oración; y aparéjase con gran deseo y gozo para recibir a menudo al rey del cielo, su amigo y esposo único en la santa comunión; con cuya

1 *1 Cor. 11, 29.*
2 *Job. 6.*
3 *Io. 6, 54.*
4 *Eccli. 35, 12.*

visitación frecuentada recibe siempre aumento de su divina gracia, con la cual le comienza a gozar en esta vida, y le irá a gozar presto en la vida bienaventurada y eterna de la gloria. A la cual plegue a nuestro Señor Jesucristo, por quien es él, llevarnos a gozarle.

El cual, con el Padre y Espíritu Santo, un Dios inmenso, vive y reina en eternidad inconmutable, de todos sus escogidos visto y amado y loado, por todos los siglos de los siglos, Amén.

LAUS DEO

Fué impresa la presente obra en Alcalá de Henares en casa de Joan de Brocar a XXII de septiembre, año de M. D. XLVII.

Nihil Obstat. *D. José Sebastián,* censor. Imprimi Potest: *Fr. Germán Fernández, O. S. A.,* Prior provincial. Imprimatur: *Juan,* Obispo auxiliar y Vicario general. Madrid, 11 de abril de 1959.

BX2349 .A32
Camino del cielo y de la maldad y
Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 00129 9348